OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ.

2933

OBRAS

DE

DON NICOMEDES-PASTOR DIAZ,

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO III.

JM FERNANDEZ
COLECCION

15-0014
8/5/19

MADRID.
Imprenta de Manuel Tello, San Marcos, 26.
1867.

ALBUM LITERARIO.

COLECCION DE ESCRITOS EN PROSA

LITERARIOS Y ACADÉMICOS.

J. M. FERNANDEZ
DE F. VIGON

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrasobras03dada

PRÓLOGO.

Album Literario llamó el Sr. D. Nicomedes-Pastor Diaz al total de los varios opúsculos aquí puestos y coleccionados segun el órden cronológico en que brotaron de su pluma, y en que se dieron á la estampa. Ellos bastarian á marcar el itinerario ya seguido por su autor ilustre, desde que en 1833 consagraba frescas y patéticas memorias á Galicia, su recien abandonada patria, hasta que en 1847 hacia la entrada solemne en la Real Academia Española. Unos toman el aire de novela; críticos hay bastantes; algunos vienen á ser de historia, y á la más elevada filosofía corresponden otros: todos llevan el sello de una época de revolucion política y literaria, en que la juventud pagó tributo á la libertad y al romanticismo; en todos preponderan la imaginacion y el sentimiento; con todos se patentiza que la fé católica y el espíritu liberal caben á maravilla y sin pugna dentro del alma; de todos

resulta un entusiasmo jamás decadente y siempre comunicativo; ninguno se puede leer sin verdadero encanto.

Antes de saltar denodado al político palenque, nuestro autor hizo la pintura fantástica de *Una cita*, y habló *Del movimiento literario en España*, y puso el *Prólogo* al primer tomo de poesias de D. José Zorrilla.—Vulgar anécdota de su país nativo le dió asunto para agrupar en torno muy bellas descripciones y tiernos y felices recuerdos, trazando con pincel magistral el carácter borrascoso de Luciano, y el ideal tipo de Eulalia, que personalmente no aparece más que difunta, y excita sumo interés y arranca melancólico llanto.—Como heraldo figuró de nuestra regeneracion literaria, al admirar el conjunto portentoso de producciones líricas y dramáticas de los dias en que se fundaba el Liceo Matritense; en que los cantos de los noveles vates eran recitados, leidos, declamados, aplaudidos y censurados por toda la sociedad culta; en que á cada estreno se llenaban los teatros de bote en bote; y aunque su inspiracion arrebatada le indujo á consignar que los laureles escénicos se habian secado sobre las tumbas de Calderon y de Moreto, haciendo caso omiso de que los cosecharon inmarcesibles y envidiables D. Ramon de la Cruz y Cano, D. Leandro Fernandez Moratin y D. Manuel José

Quintana, sin duda anduvo atinado en concebir esperanzas halagüeñas para la literatura española, que sacudia el polvo de la vejez y se remontaba en alas de la poesía, durante las convulsiones inherentes á los angustiosos períodos de crísis y de transicion de los pueblos.—Pintoresco y sentimental cronista fué de un suceso extraordinario, que en la historia de nuestras letras hará gran bulto, pues abarca el eslabonamiento de dos celebridades, y de modo que se experimenta la necesidad imperiosa de recurrir á la intervencion de la Providencia, para explicar de una manera satisfactoria y fecunda cómo al llanto por la muerte de Larra vino á suceder inmediatamente, y en rededor de su mismo sepulcro, el alborozo por la victoria poética de Zorrilla. Doblemente precedíale Pastor Diaz por la edad y el estudio: con acentos de admiracion y de cariño, al público le presentó como de la mano; y guia quiso tambien ser de su estro prodigioso, mediante estímulos eficaces para realizar en creaciones proféticas ese apocalípsis de la inteligencia, esa época de reorganizacion y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada esta de su egoismo, como aquellos de su barbarie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una co-

mun familia á las naciones aisladas ahora, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada. Inoportuno fuera aquí examinar detenidamente si las exhortaciones del crítico ejercieron mayor ó menor influjo en los ráudos vuelos de la imaginacion esplendorosa del poeta; y además faltan datos, no siendo en Europa bien conocidas sus inspiraciones de tres lustros. Ahora acaba de poner los piés en Barcelona y de saludar con un himno á su querida patria: no puede ya Pastor Diaz estrecharle en sus brazos, ni pedirle cuenta amistosa del uso que hizo de sus sanos consejos; todo lo habrán de avalorar en su dia los historiadores de nuestra literatura contemporánea, y de índole propia á no deslustrar la de los siglos ya pasados.

De 1840 á 1843 obligó Pastor Diaz á sudar á las prensas con sus escritos más que nunca; y casi todo lo contenido en el *Album Literario* data de entónces. Con motivo de estrenarse en el teatro de la Cruz la *segunda parte de El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla, otra vez tuvo ocasion de rendir alabanzas al gran poeta: su crítica giró sobre el drama y sobre la historia; en cuanto dijo bajo el primer concepto, sólo observaciones atinadas verán los lectores; acerca del segundo, no se encuentran más que extravíos. Rey nivelador y demócrata llama á

D. Pedro de Castilla; y supone que no dejó impresion desfavorable en la memoria del pueblo su reinado; y afirma que su carácter está ya formado, fijo y amoldado por la historia, por la escena, por la poesía, por los romances y las tradiciones populares. Todo lo contrario evidencian tales testimonios, y nada atenúa los horrendos crímenes de aquel Monarca. Lisonjeado por astrólogos con vaticinios de prosperidades, sólo tuvo por norte su antojo: no fué valedor más que de sus ballesteros de maza, á quienes honraba como privados para que le sirvieran de verdugos: á lo imponderable llegaron su apetito sensual y su codicia, y de *Cruel* mereció especial sobrenombre, como que su cuchilla á todo nivel segaba cabezas. Así nos le presentan sus contemporáneos acordes, y sin saber el uno del otro, pues en Castilla escribian Pedro Lopez de Ayala y el muy estimable anónimo, dado á conocer por el cronista de Pero Niño; en Granada Ben Jaldum, y en Aragon Pedro *el Ceremonioso*; é igual fué el punto de vista del Sumo Pontífice Inocencio VI, y de Juan Froissart, desde Francia, y de Mateo Villani, desde Italia. D. Pedro Gomez Álvarez de Albornoz, Arzobispo de Sevilla; Don Rodrigo Sanchez, Obispo de Palencia; Juan Rodriguez de Cuenca, despensero mayor de la Reina Doña Leonor, y Berenguer de Puig Pardinnas, to-

dos testigos inmediatos, le pintaron con los mismos negros colores. Más recargólos todavía un anónimo adicionador del despensero, cuando ya de la catástrofe de Montiel se contaba un siglo: incidentalmente dijo á bulto, que existian dos crónicas del rey D. Pedro, una verdadera y otra fingida, *por se disculpar de la muerte que le fué dada;* y esta especie suelta bastó á Gracia Dei para calificar á aquel Soberano de *Justiciero* antes que otro alguno, aventurando á la par el noticion de haber sido Obispo de Jaen el autor de la crónica verdadera, y de llamarse D. Juan de Castro. Cierto vuelo tomó desde entónces la opinion favorable á D. Pedro, hasta atajarlo mucho el P. Juan de Mariana y Gerónimo de Zurita con sus magnas é inmortales obras. Aunque determinados escritores prosiguieron tenaces, y prosiguen todavía, la ímproba tarea de sostener lo que Gracia Dei supuso á capricho; muy de notar es la circunstancia de haber opinado de idéntico modo que los testigos oculares é inmediatos, y que el primer analista de Aragon y el primer historiador de España, unos autores tan de nota como Fr. José de Sigüenza, D. Diego de Saavedra y Fajardo, D. Francisco Ramos del Manzano, D. Juan Ferreras, Fr. Benito Gerónimo Feijóo, Fr. Enrique Florez, D. Eugenio Llaguno y Amírola, D. José Ortiz y Sanz, D. Al-

berto Lista, D. Francisco Martinez de la Rosa, Don Modesto Lafuente, con buena crítica, y despues de reunir y de compulsar todo género de preciosos datos. No de otra suerte dibuja el carácter del Rey D. Pedro la fiel historia. Violentísimo é impetuoso, atropellador insano de doncellas y de casadas, sin escrúpulo de cometer los mayores desmanes, á trueque de saciar sus desenfrenadas pasiones, se le descubre sobre la escena. Así lo corroboran Lope de Vega en *Lo cierto por lo dudoso*; Tirso de Molina en *El Rey D. Pedro en Madrid* y *El Infanzon de Illescas*; Moreto en *El Rey valiente y justiciero* y *Ricohome de Alcalá*; Calderon de la Barca en *El médico de su honra*; Claramonte en *De este agua no beberé*; Velez de Guevara en *El diablo está en Cantillana*; Perez de Montalvan en la primera y segunda parte de *La Puerta Macarena*. Únicamente D. Agustin Moreto y un Ingénio de esta córte le hacen *Justiciero* en dos comedias suyas, tituladas *Ganar amigos* y *El montañés Juan Pascual y primer Asistente de Sevilla*; pero hay la singularidad culminante de que allí no figura como protagonista D. Pedro; lo es el Marqués D. Fadrique en la primera, y Juan Pascual en la segunda; y de modo que á ellos, y no al Soberano, se debe que la *crueldad* ceda su puesto á la *justicia*, segun ciertos pasajes, que fuera prolijo citar ahora. *Cruel* resulta asimismo de los roman-

ces el Rey D. Pedro de Castilla: varios existen sobre la muerte de la infeliz Doña Blanca, y en todos resalta como cándida, y pura, y víctima de la ferocidad de su esposo: uno tan sólo echa á volar torpemente la vil calumnia de que aquella infortunada belleza tuvo ilícitos amores con el maestre D. Fadrique; mas su anónimo autor asegura no saberse tal cosa de cierto, aun cuando la dijera el vulgo, á quien levanta así un falsísimo testimonio: de las muertes del tal maestre de Santiago y del Rey Bermejo hablan los romances como Lopez de Ayala: hasta en los relativos á la noche de Montiel, se dá al Rey D. Pedro la calificacion propia; y en el que resume la historia de su reinado se declara, sin circunloquio alguno, que España quedó muy gozosa y alabando á Dios por su muerte. Y tampoco alteran su carácter histórico las tradiciones: si por ellas ha ganado algo el Rey D. Pedro en la opinion de la muchedumbre, no se olvide que suenan como héroes populares Francisco Estéban y Jaime el Barbudo. Siempre será personaje altamente dramático el Rey D. Pedro como valiente hasta la temeridad, y enamorado hasta el delirio; pero nunca la moral saldrá bien librada de los esfuerzos por buscar disculpas ó atenuaciones á las fechorías y á las perversidades, ni de las ingeniaturas por atribuir superioridad de sentimientos á los hombres

de mala vida. Ya que D. José Zorrilla quiso malograr su númen pujante, dedicándolo á hacer la apoteosis del Rey D. Pedro, necesario é imprescindible es del todo esgrimir las armas de la crítica en defensa de los fueros de la historia, cuando personas del valer de Pastor Diaz sancionan los erróneos fallos de la poesía en tono formal y como de autoridad inapelable.

Sab titulábase una novela, dada á luz por entonces, y original de la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, jóven americana recien venida á Europa, y muy celebrada con el pseudónimo de *La Peregrina*, que estampaba al pié de sus poéticas inspiraciones, muy aplaudidas y oportunamente coleccionadas á poco. Sobre ambas obras emitió Pastor Diaz su juicio con elevacion y profundidad grandes. Notando que en España el género de la novela distaba mucho de ser cultivado tan felizmente como los demás ramos de la literatura, y no por carecer de interés y de boga, ni por faltar entre nosotros la imaginacion y el talento, requisitos los más necesarios; y sin embargo de haber aquí tesoros históricos y descriptivos, no ménos que de peculiares costumbres, para dar animacion y variedad á magníficos y numerosos cuadros, se detuvo á hacer el exámen de *Sab* con imparcialidad severa y plausible. No le satisfizo la novela en su-

ma, si bien apresuróse á vaticinar que las cualidades privilegiadísimas de su autora la elevarian hasta figurar entre los novelistas de más renombre. Acerca de las poesías, todos fueron legítimos encomios, tras de exponer los obstáculos tremendos con que luchan los poetas en el actual siglo positivista; obstáculos que suben de punto y llegan al extremo, cuando es una mujer la que tributa homenaje á las musas, y cuya superacion exige verdadero heroismo, alto númen y superior talento. No de otro modo cabia aquilatar bien y conservar todo su realce al mérito de aquel libro precioso. Ya en el Prólogo habia expresado rotundamente un poeta y crítico del gran marco de don Juan Nicasio Gallego que, sin agravio notorio, nadie podria negar á la señorita Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos. Á más llevó Pastor Diaz las alabanzas, pues sostuvo con buenas razones que aquella coleccion de poesías aventajaba á cualquiera otra de las publicadas en el último período literario. Pasado es ya del todo lo que estaba por venir durante aquellos dias respecto de la Avellaneda, escritora ilustre y ascendida al apogeo de su gloria mucho antes de que Pastor Diaz bajara á la tumba.

Aun cuando las apariencias de *La Alhambra*, *Gonzalo de Córdoba*, *el Cid*, sean literarias, toda la realidad tiene tal escrito de político y de oposicion vehemente; así peca de parcial y declamatorio en algunos pasajes, por más que tambien abunde en rasgos sublimes y en frases fulmíneas contra lo que gráficamente se denomina vandalismo. Sin duda el amor á la patria y el amor al arte se afligen por igual de las restauraciones, que echan á perder los primores del alcázar morisco ó *palacio de los génios*; del desmantelamiento de la basílica de San Jerónimo de Granada, en donde reposaban las cenizas del Gran Capitan desde hace más de tres centurias; de la traslacion de los restos mortales del héroe de la epopeya española á la ciudad de Búrgos, pues debieron seguir dentro del monasterio de San Pedro de Cardeña, aunque se desmoronara en escombros. ¿Pero no es acaso de todos los tiempos la destructora profanacion de los recuerdos históricos y de las artísticas obras? ¡Ojalá en España no existiesen más ruinas que las hechas por la invasion de los bárbaros del Norte y por los golpes de la piqueta revolucionaria! Así hoy sabriamos á lo ménos dónde están los enterramientos del gran Cervantes y del fecundísimo Lope de Vega; no afearan tampoco embadurnamientos atroces el suntuoso alcázar de Sevilla; y en el

Escorial viéramos á Santa Margarita segun la trazó el pincel del Ticiano, y no segun ha venido á quedar por consecuencia de los aspavientos y terrores pueriles de la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia. Verdad es que más por lo pasado que por lo presente correspondemos á Europa los españoles; pero verdad tristísima á todas luces. Desde el año de 1560 hubo principio la segregacion lamentable, cuando Felipe II vedó á nuestros abuelos que aprendiesen y enseñasen fuera de España. Tras de la incomunicacion intelectual vino el año de 1648 la política en suma, cuando sin participacion de Felipe IV se reguló en Westfalia por vez primera lo que se llama equilibrio de Europa. Y empleando el tono aquí usado como para ensalzar las excelencias del régimen antiguo, ¿qué seria el señor Pastor Diaz en política y literatura sin la revolucion de España, contra la cual truena iracundo en esa especie de calenturiento arrebato?

Ahora correrá más desembarazadamente la pluma, no hallando asunto sino de elogio, cuya sinceridad no es para puesta en tela de juicio despues de las censuras anteriores, quizá severas en demasía. Impresores de nota contribuyen siempre á dar brillo al movimiento literario en sus más expansivos desarrollos; y así en el de la época de Cárlos III suenan los nombres de Ibarra, Sancha y

Cano, como los de Mellado, Rivadeneira y Boix en el reinado de su augusta biznieta. Aún difunden los dos primeros á porfía las luces desde establecimientos bien montados; ya el último es difunto. Con elementos mayores que los otros dos lanzóse á la industria de la imprenta y la librería; desaventajado fué en inteligencia y fortuna; pero en buena voluntad y en corazon espacioso no le excedió nadie. Entre las obras salidas de sus prensas, muy digna de particular mencion es la coleccion de *Biografías de hombres célebres de nuestros dias*, positivamente la mejor y más completa hasta ahora. Don Francisco de Cárdenas y D. Nicomedes-Pastor Diaz concibieron el pensamiento fructuoso y figuraron como directores de la publicacion importante. Aquí de Pastor Diaz se insertan las biografías de don Francisco Javier de Burgos y de D. Angel Saavedra, duque de Rivas: ambas son modelos en su clase; por tanto duele que no terminara la del insigne traductor de *Horacio*, muerto el año de 1848 á 22 de Enero, ya que no le alcanzára la vida para hacer lo propio con la del afamado creador de *Don Alvaro ó La fuerza del sino*, que hasta el 22 de Junio del año de 1865 estuvo entre nosotros.

Al cabo de muchos años de ausencia, por el otoño de 1846 volvió Pastor Diaz á pisar su país nativo. De allí habia salido mozo, y tornaba con ar-

rugas y canas, y no por viejo, sino por consumido en graves y amenos estudios, y por fatigado en luchas políticas y ardientes; pero desconocido abandonó sus lares, y ahora de tal hijo gloriábase Galicia toda. Con una funcion muy lucida le agasajó el Liceo artístico y literario de la Coruña, y declamacion y música hubo alternadas, y versos dedicados al gallego ilustre se leyeron al son de unánimes aplausos. Pastor Diaz sintióse conmovido; su corazon era manantial inagotable de ternura, y entonces rebosó con toda abundancia: nunca estuvo más en su elemento que aquella noche memorable: siempre era intuitiva su elocuencia, y á la sazon fué tan sublime que no hay descripcion capaz de imprimir al espectáculo ofrecido por el Liceo coruñés en tan solemne circunstancia, más animado colorido que el que resulta del brillante discurso pronunciado allí por Pastor Diaz y aquí inserto en su lugar propio, con la certidumbre de que su lectura producirá espontáneo enternecimiento á la par que vivo entusiasmo.

Tres dias faltaban para cumplirse un año cabal de la susodicha solemnidad literaria, y ya Pastor Diaz habia permanecido en las regiones del poder como segundo ministro de Comercio, Instruccion y Obras públicas por espacio de cinco meses, cuando el 7 de Noviembre de 1847 se le vió tomar posesion

de su plaza en la Real Academia Española. Desde la creacion de este cuerpo, depurador inteligente de la rica y eufónica lengua castellana, veinticuatro fueron sus individuos, y treinta y seis comenzaban á ser entonces, por efecto de reformas flamantes: aun ascendiendo á la categoría de número á los que figuraban como supernumerarios y honorarios, tres sillas resultaron vacías, y para ocupar una de ellas fué elegido Pastor Diaz por unánime voto. No alcanzando su ingénita modestia la justicia de tamaña honra, y cediendo á los estímulos de la gratitud más profunda, su corazon habló el primero como en todas las circunstancias prósperas ó adversas de su vida, y de aquí provino espontáneamente la tésis de su discurso notable. Sin osadía para extremar su propia modestia en desdoro del alto juicio de la Academia Española, y ante la consideracion de que su existencia literaria no pasaba de una iniciacion interrumpida, de que sus escritos eran bosquejos, sus cantos no más que preludios, sus tareas históricas solamente reseñas individuales y diminutas, y de que sus escritos morales ó políticos desvanecíanse en las tinieblas del olvido, como las exhalaciones meteóricas de una noche de tormenta, ó habian corrido arrastrados por el velocísimo raudal de ese torrente, más atronador que fecundo, con que la

prensa ruge entumecida por entre los partidos en los dias borrascosos de las políticas tempestades; se determinó á indagar la significacion de su nombramiento, y supuso que la Academia habia juzgado con benevolencia grande lo que pudieran ser sus obras, si una existencia ménos dividida y agitada le permitiese concentrar sus esfuerzos sobre un objeto perenne y exclusivamente literario. Generalizada esta idea, naturalmente le condujo á elevadísimas reflexiones para examinar hasta qué punto la participacion en los negocios públicos de los que cultivan las letras y profesan las ciencias, pueden ser causa ó síntoma de decadencia en la literatura de una edad; hasta qué punto el consorcio de las tareas políticas y de los trabajos del entendimiento, de la vida práctica y de la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza, puede ceder en detrimento de los adelantos del saber y rebajar los quilates de la perfeccion ideal á la liga impura de las miserias terrenas, de las pasiones mundanas, de los intereses materiales. Admirablemente dilucidó el tema grandioso, como se verá en el discurso verdaderamente inspirado, que pone remate magnífico á esta parte de sus escritos, hasta consignar que las Academias pueden ser representantes legítimas del saber colectivo de la sociedad toda.

Hoy está ocupada la silla académica de D. Nicomedes-Pastor Diaz por su condiscípulo antiguo D. Isaac Nuñez de Arenas, y un recuerdo cariñosísimo dedicó en su discurso de recepcion á quien por tan desusado modo ceñia el triple laurel de poeta, orador y estadista, como que en sí pudiera dar muestra de la talla de la humanidad, si la falta de salud no le aquejara en la flor de la vida, por ser persona de candor y experiencia, de seriedad y gracejo, de entereza y bondad, de reflexion y entusiasmo, de pensamiento y accion, y por acumular así partes, que se reputan generalmente incompatibles en un mismo individuo, y que aun aisladas y menores bastaran para distinguir y encumbrar á otros. Encargado por la Academia de responder á este discurso de Pastor Diaz, me reduje á decir que habia legado una honra inmaculada á su familia, y un nombre por muchos conceptos ilustre á su patria. Nada propenso á cosechar en mies ajena, y debiendo analizar mejor cortadas plumas sus varias obras, tampoco me es dado traspasar ahora los límites fijos del *Album literario*; y así quedo un tanto receloso de no haber satisfecho ni con mucho la deuda de agradecimiento, que me hicieron contraer sus bondades, y que aún me liga á su digna memoria. Durante su primer ministerio, como secretario particular debíle muy honorí-

ficas distinciones, y por espacio de un mes justo habité bajo su techo y comí á su mesa en el Real sitio de San Ildefonso; lo cual vale como decir que aprendí mucho en tan breve período, porque de sus lábios y hasta en el trato más familiar y sencillo fluia la enseñanza á raudales. Hombres como Pastor Diaz se encuentran pocos; y si, teniendo sobre su personalidad tan alto concepto, mi ofrenda á su ínclita fama se resiente de humilde, harta y triste demostracion es de que la voluntad no tiene eficacia por sí sola para llevar los deseos más vivos á colmo.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

MADRID 7 de Agosto de 1866.

UNA CITA.

ANÉCDOTA.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Nada hay más grato ni más tierno para el autor de estas páginas que el recuerdo de su país, del pueblo donde nació. Nada ha visto más bello ni más pintoresco que el casi ignorado rincon de la tierra donde pasó sus primeros años. Y cuando á la memoria del tiempo más feliz de la vida se unen las imágenes de un país encantador, hay en el sentimiento un no sé qué de inefable y consolador, de particularmente íntimo y casi religioso, que sale de lo más íntimo del corazon, del fondo mismo de la existencia, como todos los afectos domésticos. El murmullo del rio de la patria, el eco de la campana de su iglesia, el rumor del viento entre sus árboles ó sobre sus techos, no se borran nunca del oido, y resuenan siempre en él como la voz de nuestros Padres, como el acento de los hermanos con quienes nos hemos criado.

Á pesar de un sentimiento tan vivo y tan poderoso, aunque algunos versos ha escrito, ningunos ha podido consagrar exclusivamente á tan tierna memoria; y sin embargo, los habia hecho. Ausente muy jóven todavía de aquel delicioso recinto, y engolfado despues en otra vida más agitada y turbulenta, ha solido volver los ojos con melancolía hácia aquel valle de la casa paterna: ha suspirado mil veces por su cuna de flores, y echado otras tantas de ménos, en las tormentas de su corazon, las borrascas de aquel mar cuyos bramidos arrullaron el sueño de su infancia. No pudo dejar de cantar alguna vez estos recuerdos, y de consolar con tan melancólicos suspiros sus solitarias penas; pero acaso la vehemencia del afecto

le hizo creer siempre fria su expresion, y apagados y pálidos los colores con que habia iluminado aquel cuadro tan vivo y brillante. Por eso rompió y borró su pintura con desapiadada severidad; por eso arrojó al olvido versos que le parecian indignos del objeto á que los consagraba: y si no hizo lo mismo con los que á su Madre dedica, es porque una madre es una persona, y un pueblo es un público.

Suplir de alguna manera su silencio para con aquellos lugares á que debe el autor todas sus inspiraciones, y donde escribió la mayor parte de estos preludios, es el objeto de esta publicacion. Son un homenaje que les tributa, estas páginas que ellos tambien inspiraron, y en las que no ha hecho más que agrupar en torno de una anécdota vulgar en aquel país, algunas descripciones de su aspecto, y algunas indelebles memorias de venturosos dias.

Verdad es que cuando en 1833 escribió en Madrid este cuento, que en 1837 publicó un periódico literario, no se habia vulgarizado este género. Escribiéronse y se tradujeron muchos despues; y si bien pueden descubrirse en este otras tendencias, y hasta otras formas, pudiera tambien parecer hoy imitacion y contagio lo que bueno ó malo fué entónces un pensamiento propio. Así tambien mucha parte de sus versos, escritos y conocidos algunos años hace, parecen, sin embargo, ahora imitaciones de otros que notoriamente se han escrito despues. El carro de la literatura, como el de la política, pasa por cima de los mismos que le llevan, cuando vienen otros que con más esfuerzo y más energía, y con ardiente inspiracion avanzan.

UNA CITA.

I.

El Anteojo.

Rayaba una hermosa aurora de Agosto. El mar se distinguía ya del cielo, y las estrellas se habian apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitacion en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansion de los hombres sueño y silencio aún. Pero aquella mañana los hombres habian despertado primero que las aves, el pueblo de las aldéas vagaba por las campiñas ántes que los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habian engalanado ántes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen ántes que el sol las tueste, ántes que el calor sofocante de Agosto las fatigue. La religion las llama, el placer las espera..... van á una *romería.*

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el rio, la villa y el mar. No puede llamársele colina; es más alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arran-

cando perpendicularmente de la fértil ribera y sus amenos vergeles, termina allá en una region donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última roca es una ermita, y la rodéa una plazuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele á veces sentarse el génio de la tempestad, y parar su carro de negras nubes: allí ruge el trueno, y de allí se precipita el huracan. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre; las bellezas trepaban por donde descienden los torrentes; los trajes de la multitud que subia por todas las sendas, parecian flores que tapizasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se habia trocado en un vasto salon de fiesta.

Cubríanle por todas partes tiendas y pabellones, donde se ofrecian agradables manjares y mesillas con tiestos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas é instrumentos rústicos. Habia bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacía tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecia palpitar de placer, y acudir tambien á la fiesta. Pronto se inflaman estos combustibles, y el entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El tosco violin rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldéa se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales todos se confunden, rien, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inexplicable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario,

sobre la plataforma de un pico altísimo, teniendo á sus piés los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religion es un festejo, parecían no pertenecer á la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del fondo del valle, aquella reunion, cuyos movimientos se veían distintamente, pero cuyas voces no podían oirse, parecía un cuadro ideal, una vision milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa á quienes hacía salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno más entusiasmado, ninguno más ébrio de alegría que el gallardo Luciano. Su airosa estatura descollaba por todas partes; sus pies ligeros bullían en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oidos de todas las hermosas, y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta extrañeza que infundia aquella mañana. Veíase, en efecto, casi enloquecido á un jóven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaidos y melancólicos, chispeaban con una vivacidad extraordinaria; sus labios, comunmente silenciosos, brotaban un torrente de expresiones, y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veian requebradas de repente y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. Él mismo extrañaba su trasformacion, y no podía contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo é intenso se habia hecho por un momento la inconstancia misma. Corria á todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas, abrazaba á otras, pero las dejaba á todas. Enmedio de su alegría, ninguna le fijaba ni le complacía. Su

contento brotaba de su corazon mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno habia allí que le adoraba; y él lo sabia. Procuraba entretener á su amante; pugnaba por hacer de la gratitud correspondencia; pero al fin se disgustaba y huia: el amor es una tristeza contínua, y aquella mañana su pecho no queria más que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta, para reposar, cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasía; su corazon dá un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante é indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenía, de aquel amor que entónces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Porqué aquel extremecimiento repentino? ¿Dónde está el norte de aquella oscilacion magnética? ¿Está ausente su adorada?.... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la poblacion?.... No: todas están allí.—¿Suspira en vano por alguna que vengue su sexo, siendo ingrata á su cariño? No..... La pasion de su amante es aún más intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar á su lado? ¿Le separa de su querida algun obstáculo insuperable? No..... Para aquella noche le ha dado una cita..... ¡Ah! esta sola idéa basta para turbarle. La más terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento esta palpitacion, á la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado; pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campi-

ña, y descubrir á lo ménos la choza donde se alberga.

Sí; una hija de las cabañas, una jóven del campo, una aldeanita del valle era objeto de un amor que bellezas finas y *civilizadas* no habian podido conseguir; y el amable y ardiente Luciano suspiraba por la rústica Eulália. Y no porque fuesen groseras sus inclinaciones, ni bajos sus pensamientos, como decian muchos nobles; pero Luciano, llevado del idealismo de su imaginacion, despreció demasiado á las mujeres, y queriendo tomar un rumbo opuesto, cayó en el abismo que pensaba evitar. Desesperanzado de hallar el amor, no buscaba sinó el placer. Le pareció que las rosas del campo eran más fáciles de coger que las de los jardines, y como tantos otros en el mundo, empezando por ser seductor, acabó por ser amante.

Eulália no era una mujer comun: era una doncella hermosa, cándida y tierna, sinó comparable á una mañana brillante de primavera, sí á lo ménos á un dia puro y diáfano del invierno. Su tez era esmaltada como la hoja de la rosa; sus ojos claros, radiosos y serenos, como la inocencia; su acento algo tosco, cortado y tembloroso, imitaba el murmullo de una fuente que se desprende entre el musgo de las rocas; su talle, su seno, sus formas no eran tal vez delicadas y ligeras como en las aéreas bellezas del mediodia; pero no es sólo esbelto y hermoso el tronco de la palma y su ondulante abanico; tienen tambien su atractivo y majestuosa belleza el copudo nogal, el frondoso plátano y el recto pino de las arboledas del Norte.

Tambien hay en las playas de aquel bello país ojos árabes y formas griegas. Eulália las tenia, y su corazon habia recibido del cielo una sensibilidad al parecer tranquila, pero concentrada é interna; una ternura dulce, apacible, modesta, pero vivísima y profunda como el amor de una

inglesa. Capaz de resistir á todas las ofertas del interés, y á las gracias más brillantes de la juventud, una voz suave, un suspiro involuntario, y más que todo, una atencion delicada, una muestra de respeto, le podian inspirar la más tierna pasion. Un amante la hubiera hecho derretirse en lágrimas, sin alcanzar de ella una caricia; y un pesar le hubiera quitado la vida sin hacerle derramar una lágrima. Habia escuchado con desconfianza, pero con placer, las melosas palabras del hijo de las ciudades, y conoció que eran irresistibles. Se previno contra sus tiros, defendió su inocencia, pero no su corazon, y le amaba. Le amaba con timidez, con humildad, con recelo; pero le adoraba. Se ponia pálida al verle, se envanecía de sus obsequios; y si en una solemnidad campestre la sacaba á bailar, era un vértigo, un delirio lo que sentia la infeliz. Cuando le veía al lado de una dama, se sonreia; pero si hablaba á otra aldeana, lloraba. Luciano, atraido al principio sólo por la hermosura exterior, se halló súbitamente con un alma extraordinaria, y esta sorpresa acaloró su fantasía. La resistencia inesperada de su virtud le inspiró interés, y la ternura del amor que se mostraba á través de esta firmeza, convirtió el interés en pasion. Tal vez el amor de Luciano no era muy tierno; pero la imaginacion exaltada suple con frecuencia por el sentimiento.

Pasaban muchos dias sin verse. Las romerías del campo ó los mercados de la villa eran sus citas, y algunas noches muy oscuras solia Eulália recibir á su amante en su misma casa, por una ventana que el intrépido jóven escalaba.....—¡Qué! ¿Y eran puros estos amores?—Sí..... —Y Eulália, introduciendo en las altas horas de la noche á su apasionado galan, ¿habia conservado la inocen-

cia?—Nada más cierto. En vano el mundo se rie de las quimeras platónicas: estas quimeras, estos imposibles á los ojos de una sociedad degradada, están en nuestra naturaleza, y el tosco amor en los campos de mi pátria eleva aquellas almas sencillas al entusiasmo de la virtud. Para esto en otras partes se necesitaria heroismo; allí basta que haya ternura. Despues de un dia de contínuas y penosas fatigas, el enamorado mancebo no corre á su lecho de paja para dormir tranquilo, ó para desvelarse pensando en su amada. Asiendo su ferrado baston, arrostrando el frio de la noche ó la rapacidad de los lobos, vadeando profundos torrentes, ó trepando peligrosos derrumbaderos, camina sólo y á pié dos horas, á la luz de la luna ó de las estrellas, y escála arriesgado la habitacion de su querida..... Preguntadle cómo pasó la noche, reclinado tal vez en su mismo lecho; no de otra suerte, os dirá, que la hora del dia festivo que puede hablarla en el átrio del templo. Hablan, se cuentan sus trabajos, sus asuntos domésticos; velan juntos, ó tal vez duermen, y al tercer canto del gallo se despiden, acaso sin haberse abrazado, acaso sin haberse dicho una palabra de amor.—Ficcion, ficcion, exclamarán todos; pero todo es ficciones y paradojas para los que piensan conocer el corazon humano por lo que observan en las ciudades. El mismo Luciano dudaba de esta virtud hasta que la experiencia propia vino á convencerle.

La noche de aquel dia era noche de cita. Luciano extrañó en la romería la ausencia de Eulália; pero su imaginacion se asía de esta falta para prometerse á la noche mayor ventura; que entre dos amantes un motivo de queja lo suele ser de favores. No se habian visto en ocho dias; y creia él que esta ausencia habria avivado su pasion. La

veia perdida, extasiada, arrojarse entre sus brazos. Esta imágen no podia causarle tristeza, pero sí agitacion, y su sangre, en extremo acalorada con el júbilo, mezclaba el ardor más vivo con aquella memoria que le perseguía, que le fatigaba.

Levántase para distraerla, y empieza á recorrer los bordes de la explanada, creyendo que las sensaciones de aquella magnífica perspectiva serían más poderosas que un recuerdo importuno. Tenía delante de sus ojos el mar terso, inmenso, surcado de variados visos, como la superficie de una gasa dibujada. Los lejanos navíos blanqueaban en el horizonte como aves acuáticas, y las rocas de aquellos terribles promontorios, avanzándose en las olas, parecían enormes gigantes en actitud de defender la costa. Elevábase á su derecha una inmensa cadena de montañas, de que aquella eminencia no parecía ser más que el primer eslabon, y á su izquierda descubría todo el valle, mostrando de un golpe el conjunto de sus bellezas, su rio, su villa, su puente, sus frondosos verjeles, sus campos floridos, y las casas rústicas que se alcanzan por todas partes, formando un pueblo contínuo de aquel inmenso tiesto de flores. Este cuadro arrebató su atencion, y los techos de pizarra fijaron más su vista que los mares, las rocas y las montañas.

Su primera ojeada, rápida como la del buitre que atisba su presa, percibió allá léjos, muy léjos, casi en el horizonte, la mansion de Eulália. Más bien la adivinaba su imaginacion que la veian sus ojos; y como si para descubrirla claramente le bastase dar un paso, se adelanta hácia una peña, donde hay una cruz. Pero se adelanta en vano; la casilla blanca, con su techo aplomado y piramidal, no parecía entre la arboleda más que un pequeño

túmulo de un cementerio rodeado de arbustos, y esta vista estaba muy léjos de satisfacer su momentáneo capricho. De repente recuerda haber visto un anteojo en manos de un amigo. Corre, le busca, se le arranca, y está ya otra vez bajo la peña de la cruz. Ufano y trémulo como un soldado que apunta el cañon mortífero, parecia que sus ojos, á través de aquel instrumento, iban á hacer una conquista. Cree sorprender á su querida, verla en su feliz ventana, registrar su aposento..... ¿Quién sabe?.... Dirige el tubo..... allí está..... pero ¡oh fatalidad!.... El anteojo no es un telescopio perfecto: los objetos parecen todos azules, nebulosos y vagos; las ramas de los árboles ocultan las estrechas ventanas, y las personas no hubieran podido conocerse. Sólo se distingue como un espacio negro la puerta de la casa, y en medio de esta negrura se mueve un objeto blanco. Los rayos del sol hieren de lleno aquella nevada figura que parece un fantasma. Luciano se fija en ella con anhelante curiosidad, y en el instante mismo aparta la vista deslumbrado; un temblor involuntario le sobrecoge, párase la sangre en sus heladas venas, apoya con una mano su frente como si fuera á despeñarse, y deja caer maquinalmente el anteojo, que rueda y se hace pedazos entre las rocas.

¿Qué rayo le habia herido así? ¿Quién llenó su pecho de aquel profundo estupor? ¿Qué vieron sus codiciosos ojos? ¿Quién era el blanco fantasma?.... No lo vió. Su vista solo percibió en el aire un extraño y deslumbrante reflejo, un objeto luminoso, una columna brillante que vibraba y centellaba como un sable esgrimido al sol; una figura de plata que desapareció como un relámpago, internándose allá en el albergue de su querida. Esta vision singular es la que le aterró; aquella sorpresa le co-

municó un pavor extraordinario que no habia sentido jamás. Quedó absorto, embargado, como si empezara á petrificarse; no podia pensar, no podia meditar en lo que fuese aquella plateada figura. Era incapaz de discurrir, como si fuera incapaz de dudar. Parecía haber visto claramente que aquel objeto era un objeto terrible, y no sabía lo que era. Aquel centelléo habia llegado á su corazon ántes que á sus ojos, como si un ser sobrenatural le hubiese producido: y Luciano, pálido, cruzados los brazos, despavorido como el que ha visto una vision del otro mundo, é inmóvil como la roca que se alzaba sobre su cabeza, hubiera permanecido allí muchas horas, si ningun ser viviente hubiera turbado su éxtasis de terror. Pero en el momento mismo que, siguiendo maquinalmente con la vista los fragmentos del anteojo que iban despeñándose de roca en roca, asomaba á sus lábios una sonrisa más amarga que todas las lágrimas, una voz dulcísima suena á su espalda, y llega á sus oidos un acento de tierna compasion, que exclama: ¡Pobre Luciano!....

Entónces todo era prodigios para él. Aquella voz le sonó tambien á celestial, y volvió la cabeza aguardando otra vision. No se engañó. Era la voz de un ángel; la criatura más hermosa le llamaba; era una jóven más pura y brillante que el azul de los cielos, una linda señorita de las que sin duda habian seguido con ojos de celosa solicitud sus pasos y movimientos; la compasion habia vencido en ella al despecho de no verse atendida, y corrió á él, y le asió de la mano. El poder de la belleza es tan mágico como el del cielo; y Luciano cedió á él como quien cede al destino. Arrastrado de una fuerza superior dejó la Peña de la Cruz, y siguió á la hermosa; pero no contestaba á su acento ni á sus amorosas miradas. Ella

le examinaba sorprendida, y al ver su palidez, sus ojos clavados y sus lábios entreabiertos; al sentir fria aquella mano que tenia asida, sus ojos desprendieron una lágrima, y esta lágrima tambien era sobrenatural, porque era de amor. Esta lágrima llegó al corazon de Luciano como el rocío á una planta agostada. Su sangre volvió á circular con más libertad; las rosas volvieron á colorear sus mejillas; las idéas tomaron de nuevo en su cabeza el curso de la reflexion natural, y estrechando con placer la mano de su bella conductora, la miró, sinó con el fuego de la pasion, sí á lo ménos con la ternura de la gratitud. Sintió un placer de reposo al lado de aquella amante no correspondida, y el brillo de sus ojos inocentes eclipsó un momento en su fantasía la misteriosa impresion de la figura de plata.

El pensamiento á su vez se apoderó de ella para adivinarla; pero inútilmente. Le era imposible imaginar lo que fuese aquella columna centellante, aquel relámpago sólido, aquel objeto resplandeciente sobre la puerta de una casa rústica. Desechaba todas las explicaciones naturales de aquel brillante enigma, y su razon se apartaba de él, deslumbrada y ciega como su vista. En vano recordaba el efecto de un soldado llevando un bruñido fusil, un jarron de azófar sobre la cabeza de una aldeana, ó un segador empuñando la afilada guadaña: su mente despavorida no podia comprender cómo objetos comunes causen una impresion tan mágica y durable. Lo fué sin duda. Su entusiasmo, su regocijo, su sed de placeres desapareció. Se esforzaba por recobrar á lo ménos su serenidad natural, y esta violencia le daba un aire más extraño. Las danzas continuaban, y aquellas figuras hermosas le parecian fantásticas larvas. Los cantos de ale-

gría no cesaban, y aquellas voces las oia él como de una region remota. Hablaba á su hermosa compañera, á veces con fuego como si estuviese al lado de su querida, y otros momentos, cuando la terrible figura obraba sobre su fantasía, sus impresiones eran ideales, místicas, vaporosas, como si hablase á un ser de otro mundo, ó á la sombra de una persona muerta.

En tanto habia pasado la mañana. La brisa del Océano cesó de soplar, y el sol ejercia toda su fuerza sobre aquella desnuda cumbre. Los sotos que ciñen la falda del monte como una zona de verdura, convidaban á la alegre multitud con su amenidad y sombras, y la cima quedó desierta. Aquella multitud descendió con más estruendo y algazara que si rodasen torrentes y rocas. Corrian todos y gritaban, y daban alaridos como si fuesen á despeñarse. Los jóvenes se daban la mano para sostenerse en la carrera, y se precipitaban más á prisa, como acontece en la vida. Luciano habia anhelado salir de aquel recinto, y al bajar sintió terror. Miró con espanto á la Peña de la Cruz, y volvió á herir su memoria la misteriosa figura de plata.

El contento de aquella reunion no se disminuyó, y la fiesta del monte se multiplicó en la falda. Dividiéndose en una infinidad de corros en torno de los árboles más corpulentos, aquellos sotos extensos se vieron sembrados de innumerables banquetes. Ni los bailes ni los cantos cesaban, porque la monotonía de aquellos sencillos placeres es deliciosa, como una prolongada succesion de dias bellos: hay además en la vida cierta monotonía que es la felicidad. El mismo Luciano volvió á participar de aquella dulce electricidad. Reclinado á la sombra de frondosos laureles, en una pradera cercada de romerales y

mirtos, á orillas de un fresco arroyo, viendo el mar á través de las ramas, y arrullado por su sereno mugido, su alma sobresaltada se adormeció, y el aura balsámica de las flores le trajo el aura del placer. Rodeado de amigos y objeto de las atenciones más tiernas, procuró mostrarse alegre, y lo estuvo en efecto. Tomó parte en los placeres de la mesa, se aturdió, gritó, y habló más que todos; se dejó coronar de mirtos por mano de aquellas ninfas; improvisó versos de amor, y cantó un himno báquico. Los vapores del vino y del café disiparon las memorias de la mañana; y la espesura del soto, ocultando la Peña de la Cruz, ponia un velo de tranquilidad entre su corazon y la figura de plata.

Tal vez contribuia á este reposo no ver aldeanas en torno de sí. Todas sus sensaciones amorosas se volvian á su bella amante, ántes esquivada: al fin sus mágicos atractivos le habian alucinado: la hablaba con todo el fuego del amor, y la hablaba sinceramente. Á la caida de la tarde llegó paseando solo con ella á la fuente del arroyo, y la tenia casi abrazada. La infeliz, que se veia correspondida, extrañaba su dicha, y no esquivaba sus abrazos. Sentada luego con él en un canapé de mirtos, exaltada por la elocuencia más seductora, fascinada por el fuego de sus miradas, caida la cabeza sobre el pecho de su querido, y amortiguados sus ojos como el brillo del sol que se escondía entónces en los mares, parecia una víctima inmolada ya para siempre al imprudente jóven. Él la estrecha en sus brazos, y ardía: el arrebato de un momento era más vivo en su pecho que el efecto de una pasion arraigada; su voz se había anudado á la garganta, sus manos asían á su amante con una fuerza volcánica, y sus lábios se inclinaban sobre los de aquella criatura

que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía á huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba tambien; y no quería ceder, porque no habia perdido la virtud. En esta crísis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresion enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazon que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frio; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresion funesta; y aparta sus lábios helados como si hubiera besado un cadáver.—"Sí, soy un mónstruo, exclama; pero no te amaré jamás!"—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse á la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II.

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias la apetecen; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. Tambien la agitacion de Luciano creció con la noche; tambien brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulália adornada de los encantos misteriosos de que se rodéan en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del dia. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatídica trazando letras de fuego en la sala del festin. Á su luz infernal, la hermosa Eulália parecía un fantasma; aquel deséo era un tormento; aquella agitacion un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazon del jóven, á medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero es-

tos pronósticos estaban sólo en su corazon. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía á los jóvenes de la aldéa que se retiraban en tropas; y aun cantaban alborozados, y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo; y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar; y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecía el cielo, en la ribera parecía el río. Miraba al río; y terso, puro, brillante, y estrellado, parecía á través de los campos un camino de plata.

Luciano llega, y se prepara á salir para la aldéa de Eulália. Otras veces gustaba de atravesar el valle á pié como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habían debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Ármase cual si hubiese de luchar contra algun contrario; ase la espada; cuelgan en su cintura dos rayos de muerte: sube en un caballo más negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido y denodado como un antiguo paladin que corriese á escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentía; y este terror se disminuyó tambien. Al verse armado y corriendo en su fogoso bridon, se cree superior á todos los riesgos, á todos los enemigos, á todos los rivales; y sus esperanzas vuelven á ser lisonjeras. No obstante, su aspecto era algo siniestro: los que pasasen por el campo creerían ver un espectro que volaba por entre los árboles: su espada pendiente y brillando á veces, tenia algo de funesto: diríase que el génio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña; los que le mirasen creerian tambien ver la figura de plata.

Á alguna distancia de la casa de Eulália moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la

aldéa. Aquellos campos no son desiertos como los demás de España, donde de noche no hay más que sombras. Allí se descubren por todas partes casas aisladas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por dó quiera labradores que se llaman á gritos, niños que lloran, dos amantes que hablan bajo un árbol, ó un anciano que vuelve á su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allá rechinan carretas; en el rio golpéa sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el labrador ahuyenta al jabalí, y los humildes campanarios de las aldéas mezclan tambien á estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, ó el lento pulsar de la agonía.

Era ya entónces media noche, y nada se oia. Solo por los emparrados caminos discurrian como fuegos fátuos manojos de paja encendida, que sirven de antorchas á aquellos aldeanos. Brillaban las luciérnagas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban tambien con cierta blancura fantástica, como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos á los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la iglesia de la aldéa. Él no era supersticioso: había tal vez mucha religion en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era más bien sentimiento que creencia. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de un templo, experimentaba diversa sensacion que ante las casas de los hombres, y su alma se elevaba; pero entónces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. Á través de aquel resplandor pasaba á veces una sombra

informe que le eclipsaba. Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia, que despertasen y revoloteasen por su imaginacion despavorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares; no siempre hay quietud en la mansion de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo..... síguelos un resuello profundo y fatigado..... Luciano se hiela; su cabello se eriza; su sangre se pára.—"No hay duda, exclama; las tumbas se abren..... Oigo ya el ronquido de los muertos."—Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellos tres golpes se repetían á cada momento.

—"Sí, continúa sin aliento; hoy me persigue un Génio infernal..... hoy me oprime el cielo con el peso de sus prodigios..... La tierra misma me quiere tragar, y tiembla bajo mis piés. Mansion de la virtud y de la inocencia, mansion de Eulália, protégeme..... escóndeme..... ya no busco en tí el amor..... busco el amparo; busco..... la calma!.... ¡Eulália!.... ¡Eulália! líbrame de las iras del cielo."

Eulália ya podía escuchar sus plegarias..... Luciano está á sus umbrales..... Detiénese un momento, y aplica el oido con triste curiosidad, como si en la casa de su querida hubiera de hallar tambien rumores siniestros. Pero nada oye: en aquella mansion de vivos reinaba más tranquilidad y silencio que en la morada de la muerte.

Luciano rodéa la casa hasta ponerse bajo la propicia sombra de una parra, por cuyos puntales solia trepar á la ventana hospitalaria. Otras noches le daba el amor ligereza; ahora se la dá el pavor, el sobresalto. Huye mas bien que trepa; huye del suelo, donde cree ver abrirse

una tumba, y está ya en el suspirado dintel. No necesita pulsar; la ventanilla cede á su impulso, como siempre que se le esperaba. Abre, entra, y tiende su vista por la oscura estancia..... ¡Santos cielos!.... Á la escasísima luz que traspiraba la noche, y que no alteraba la negrura de las tinieblas, refléjase en el aire, enmedio del aposento, aquel extraordinario brillo..... la espantosa figura de plata.

Luciano se abalanza á ella, y no la halla; ya no la ve; desapareció. Cree, no obstante, percibir más cerca otra blancura..... se aproxima asustado..... Pero ¡ilusion! ¡delirio dulcemente desvanecido! Es el lecho de su amada; el lecho donde Eulália dormía, es el que detiene sus pasos..... el tacto sólo de la almohada donde reposa su frente templa el ardor de su pecho y hace una revolucion en su fantasía. Poco ántes le sobresaltaba el terror que por todas partes le iba siguiendo; ahora casi extraña la tranquilidad que allí reina. Aquella tranquilidad le conmueve; el sueño profundo de su querida le enternece, pero no con la ternura del amor. Luciano entónces no era capaz de transportes ni de caricias. Un respeto religioso le contiene; sus manos se apartan del lecho como de una cosa santa; y cruzados los brazos, y fijos los ojos, contemplaba á oscuras á Eulália como si la mirase, y la hablaba como si ella le oyese.

"Duermes, dulce adorada mia, duermes, exclama..... duermes tranquila, mientras en mi seno ruge una tempestad..... Duermes, y me esperabas..... Ni la inquietud te desvela, ni el amor..... ¡Ay! no..... yo no estoy celoso de tu sueño..... Tú me amas; pero eres inocente: crees en mi honor, y crees el tuyo seguro..... Duermes esperándome, como dormirías en mis brazos..... Tu sueño no es el de la

indiferencia, sinó el de la virtud..... Y á mí me cercan los terrores del delito..... Sí..... yo soy criminal.... La inocencia no siente esta inquietud, este espanto..... La inocencia duerme..... ¡qué tranquilamente!.... casi no se oye su aliento..... Reposa, hechicera criatura, reposa: yo no te despertaré..... ese sueño te hace sagrada..... para siempre!.... sí..... yo quiero ser virtuoso..... yo expiaré mi crímen..... Ese sueño me revela un gran secreto..... yo te amaré como tú me amas..... yo no turbaré jamás tu inocencia, ni tu sueño..... lo juro..... sí..... lo juro!.... por el mágico brillo con que hoy hirió mis ojos la espada de la justicia divina; lo juro por el sagrado terror que me persigue, por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas, que aún me estremece..... y por tu sueño!»

Diciendo así, habia tendido la mano sobre el pecho de Eulália en ademan solemne, como para confirmar su juramento; y el cielo puso tambien en ella el signo sagrado sobre el que los mortales suelen jurar. Sus manos toparon una cruz..... y como si esta cruz fuese inflamable, la estancia se iluminó. Luciano cerró involuntariamente los ojos á esta luz, y nada vió: sintió solamente que un sér humano habia penetrado en la estancia. Este sér dió un grito terrible, dejó una antorcha, y desapareció. Luciano abre los ojos, mira, y los vuelve á cerrar; ha visto ya la figura de plata, y ha caido de rodillas..... ¡Ah!..... quisiera haber quedado ciego en aquel momento!.... pero al fin cede á su destino, y mira otra vez..... ¡mirada funesta!.... ¡Vision terrible! Ya está patente tu misterio..... Lecho de amor, gracias de la inocencia, tranquilidad de la virtud..... encantos de la hermosura..... todo desapareció ante aquella mirada horrorosa. El brillo fantástico es ya un objeto real..... las voces del templo tienen eco..... la in-

quietud de Luciano ha cesado..... su juramento se ha cumplido!.... Eulália..... Eulália allí está..... pero está muerta!.... su cadáver yace tendido en el negro féretro..... y á su cabecera brilla y centelléa ante los ojos atónitos de Luciano el águila de los funerales, el lábaro brillante de la muerte, la cruz parroquial, la terrible cruz de plata.

Luciano tenía otra mano entre sus manos, la que habia hallado sobre el seno de Eulália. Estaba de rodillas; sus ojos clavados miraban alternativamente á aquella cruz de plata, y á aquel rostro de cera. Su color era más pálido que el de su amada, y estaban más desfiguradas sus facciones. Sobre la frente angelical de Eulália reposaba toda la belleza de que es capaz la muerte; en el semblante de Luciano se pintaba todo el espanto que puede sentirse en la vida. Eulália no era más que un cadáver; pero Luciano parecía un alma réproba que se presenta ante el Supremo Juez; y si en aquel momento fuera capaz de desear alguna cosa, hubiera deseado tenderse en aquel féretro, al lado de su querida, y quedar allí muerto.

Pero estaba inmóvil. Solo algunas veces apretaba á su pecho la cruz que asía con violencia. Sus ojos no se alzaban un instante de aquellos objetos terribles, y sus lábios pronunciaban maquinalmente las últimas palabras de su voto funesto. "No turbaré tu sueño..... lo juro por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas!"

Hubiera permanecido así toda la noche; pero una nueva sorpresa le sacó de su letargo. Al grito agudo de la persona que habia entrado en la estancia de Eulália, otros cien gritos de pavor habian respondido, y Luciano sentia que se acercaban al aposento. Pero las personas que los proferían no se atrevieron á entrar. Sus alaridos se convirtieron en oraciones: un sacerdote las dirigía, y

prosternadas á la puerta de la estáncia, respondían en alta voz á sus preces, y golpeaban sus rostros. Luciano oyó desde su profundo éxtasis aquella espantosa gritería: enmedio de sus confusas plegarias distinguia solo: "¡*Jesus, Jesus, Jesus!*....." y cesaban un instante, y luego la voz del sacerdote hacía llegar á su alma estas tremendas palabras: "Huye, espíritu de perdicion; huye, enemigo infernal, á tus eternos abismos."

"Ya huyo, dijo con voz sepulcral Luciano, poniéndose en pié..... ya huyo!—" Y á este acento cadavérico, á este aullido de muerte, se prosternaron de nuevo, y se estremecieron, y prorumpieron en un ¡ay! mil veces repetido, en un alarido de espanto.

Luciano pensó realmente que hablaban con él; se creyó un momento un génio infernal, y quiso huir; pero al despedirse de aquellos queridos restos, se despertó enmedio de su terror un sentimiento de ternura. Inclinóse respetuosamente sobre aquel cuerpo aún hermoso; miró aquella frente de marfil, ceñida de flores como la de una víctima santa, y un transporte de amor fúnebre ardió en su corazon.—"Oh hermosa mia, exclamó, yo te abrazaré al fin sin quebrantar mi voto..... Ven á mis brazos, cadáver adorado..... mis últimas caricias no turbarán tu inocencia..... ni tu sueño!"

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulália, y estrechó á su pecho aquel seno que no palpitaba ya..... En aquel abrazo aún habia ilusion de amor, aún había sombra de placer..... y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fué un grito de terror..... Sus lábios se inclinaban sobre los lábios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y

volvió á sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus lábios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió á poner la cruz sobre el pecho de Eulália, y volvió á exclamar en alta voz: "Ya huyo, ya huyo..... no me atormenteis más, voces del cielo..... Ya os dejo á Eulália..... ya no turbaré su sueño..... ya huyo!...."

Y huyó en efecto. Desesperado, herido por los rayos del cielo, ardiendo como un precito, y despavorido como un malhechor, se descolgó por la ventana con la rapidez de una sombra. Las voces *¡Jesus, Jesus!* atronaban sus oidos, y le empujaban afuera del funesto aposento. El último objeto que vió aún al descender, fué el brillo fatal de la cruz de plata.

Sin embargo, no era solo el terror lo que le alejaba de aquel lugar,.... no. El hubiera permanecido toda la noche al lado de aquel cadáver; hubiera gozado en su desesperacion; y ni los temores de este mundo, ni las visiones del otro le hubieran apartado. Pero Luciano era virtuoso aún, y amaba; amaba el alma de aquellos despojos; amaba el nombre y el honor de Eulália, como una cosa pura en la vida, y sagrada en la muerte; hubiera mancillado su reputacion permaneciendo allí, y tuvo bastante fuerza de alma para pensarlo. Aquella reflexion era sin duda más fuerte que todos los sentimientos y todos los terrores, y huyó. Huyó por amor, huyó por virtud, huyó porque su destino no estaba aún cumplido. Habia visto á su amada: faltábale ver á su víctima.

Siguiendo el camino de la iglesia, divisa de nuevo el terrible resplandor; pero entónces, en vez de repelerle, le fascina, y le atrae como los ojos del dragon. Corre despechado, como un guerrero vencido ya, que busca la muer-

te; empuja la puerta del templo, y entra..... No vé fantasmas, ni cadáveres..... Un hombre está solo en medio de la iglesia, sentado sobre la enlutada mesa de los ataudes. Á su lado se alzan los candelabros negros de los muertos, coronados de antorchas amarillas..... Una sólo está encendida..... Los vestidos del hombre eran rústicos, su semblante macilento, su fisonomía tristemente estúpida; tenía en su mano una botella, y bebia tranquilamente, cual si estuviera en un festin. Aquella tranquilidad era espantosa; parecía un Génio de muerte sorbiendo á todo su sabor la sangre de los humanos. Pero aquel sér tan familiarizado con los muertos, se aterró á la vista de un vivo: sobrecogido delante de Luciano, que se acercaba silencioso, corrió á echarse á sus piés.

—¿Quién sois? dijo Luciano con voz seca. ¿Qué haceis aquí á estas horas?

—Señor, respondió todo temblando el hombre del templo; soy..... un pobre..... soy..... ya lo veis..... (diciendo esto le mostraba una sepultura abierta.) Todo el dia estuve ganando mi sustento en el campo..... he tenido que hacer esa sepultura de noche..... ahora mismo:..... estaba descansando de mis fatigas..... soy un pobre, señor.....

—¿Y para quién es esa sepultura?

—Para Eulália.....

—¿Y quién mató á Eulália?....

—¿Quién la mató?.... Señor..... nadie..... ella..... Dios..... una fiebre..... un pesar.....

—¿Un pesar?....

—Sí, dicen que un jóven, un caballero.....

—¿Qué?....

—Un jóven, un caballero la seguía. Sus Padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron..... ¡Oh señor!

con mucha razon;.... con aquella desventurada amistad, un maligno espíritu se habia apoderado de la jóven..... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba, como si interiormente la quemasen..... Diz que algunas veces se habían visto en torno de su casa apariciones extrañas..... pero al fin..... Dios se la llevó!..... Sus padres volvieron á reñirla, y á castigarla, y á encerrarla..... y mañana la enterraré. Murió en tres dias..... murió de pesar;.... pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros.

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció tambien. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la iglesia, se adelanta á la vacía huesa, y se prosterna. Entónces sí que sentía todo el peso del cielo! Hasta aquel momento habia experimentado los terrores de la imaginacion, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crímen. Aquel instante fuera del templo hubiera sido el más cruel de la noche; pero allí había un altar; la presencia divina animaba aquel recinto; y Luciano conoció al fin que, si el hombre puede consolar sus desgracias con los hombres, los tormentos que causa el delito sólo hallan alivio ante Dios. Oró, sí.—Oraba con toda el alma, con todo su sér. Sus ojos medían toda la profundidad de aquel sepulcro; su mente sondeaba los abismos de la eternidad, y sus suspiros parecían decir al cielo: "No, no te ruego por esa alma que ya descansa en tu seno; te ruego por la mia, por esta alma criminal, por la tranquilidad de este corazon homicida. Gran Dios, ya sé porqué son delitos las pasiones..... ya estoy horriblemente convencido; pero ya estoy castigado. Eulália, ruega por mí! Mira cómo se elevan al cielo las manos que excavaron tu sepulcro..... mira cómo le riegan con

sus lágrimas los ojos que te han fascinado, los ojos que te han dado la muerte.»

Lloraba entónces en efecto; lloraba á torrentes, y este llanto era ya un beneficio. No habia llorado aquella noche, ni hubiera podido llorar sinó en un templo. Aquel llanto era de dolor, de penitencia, y en él habia tambien ternura, amor, alivio; pero consuelo, no.

El sepulturero, que observaba atónito á Luciano, le advirtió que ya se veia la estrella de la mañana. Luciano dejó el templo, y se fué lentamente al albergue de su colono, que dormía tranquilo. Al verle así, repitió aquellas tremendas palabras: «No turbaré tu sueño.» Estremecióse, dejó sus armas, y volvió al campo.

Errante entre los árboles vió amanecer; vió la alegría de la naturaleza, con todo el horror que causa en los pechos ulcerados. Las aves cantaban como cantan en todas las mañanas hermosas; pero él sólo oyó el fúnebre tañido de las campanas. Arrodillóse, y oró. Oraba aún cuando salió el sol: su vista se dirigió involuntariamente á él como la de un niño á la luz; pero tampoco le vió. Sobre la colina donde se alzaba su lumbre, sus ojos hallaron la Peña de la Cruz, y quedaron clavados en ella llorando. Aquella mañana del dia anterior era ya una memoria. Aquellos placeres le parecía haberlos disfrutado allá en tiempo muy remoto. Habia vivido en una sola noche una vida entera, y se acordaba de aquella mañana, no como un anciano que recuerda complacido un dia bello de su juventud, sinó como un moribundo á quien atormenta la imágen de sus antiguos placeres.

Las campanas volvieron á sonar, y se levantó. Pensaba asistir á las exequias de Eulália, y se dirigió á la iglesia. Á pocos pasos llega á sus oidos un canto fúnebre, y una

bandera negra ondéa á través de los árboles. Adelántase..... Mas ¿porqué vuelve la cabeza de repente? ¿Porqué desaparece apresurado? ¿Porqué huye por los campos como un malhechor? ¿Porqué vé despavorido sombras y espectros en derredor de sí?.... ¡Ah!.... Hirió sus ojos el brillo de la cruz de plata..... y no pudo mirar más! . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Luciano no murió, ni estuvo visiblemente enfermo; pero fué más desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituirle la razon, pero la alegría..... no. Aquella noche tiñó de negro toda su vida.

Jamás se le vió despues en un festejo; jamás mujer alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor; jamás en sus solitarios paséos volvió á la aldéa de Eulália. Pero algunas mañanas trepaba á la cumbre de donde habia dirigido aquella mirada fatal. Otras veces se le veía en el puente, en la playa, ó en la vega, mirando absorto la Cruz de la Peña. Vagaba con frecuencia por las iglesias, y asistia á los funerales. En las noches oscuras del verano las aldeanas solian oir entre las arboledas un canto dulce y lúgubre que entonaba un fantasma. Aquel fantasma era Luciano. Habia puesto á la cabecera de su lecho una cruz de plata cubierta con un velo. Todas las noches la besaba de rodillas..... y no dió otros besos en su vida!

DEL MOVIMIENTO LITERARIO EN ESPAÑA

EN 1837.[1]

I.

Extraño espectáculo ofrece, sin duda, á los ojos del observador filósofo el movimiento literario que en España se nota, y la multitud de producciones poéticas que diariamente ven la luz pública, precisamente en una situacion y en circunstancias que parece debian estar reñidas con todo lo ideal, con todo lo bello. Trabajada la nacion por una guerra larga y sangrienta; cuando de un ángulo al otro de la Península no se oyen más que alaridos de muerte, llanto de orfandad y quejidos de miseria; cuando resuena tan estrepitosamente la gritería de las controversias políticas, y sopla tan embravecida sobre ésta sociedad despedazada la tormenta, que acompaña siempre á los angustiosos períodos de crísis y de transicion de los pueblos, entónces es cuando la literatura sacude el polvo de vejez que la cubria, cuando sobre el teatro español reverdecen los laureles que se habian secado sobre las tumbas de Calderon y de Moreto, y cuando por todas partes, mezclado al toque del clarin y al grito de alarma,

[1] Artículos insertos en el *Museo Artístico Literario*, que se publicaba en Madrid en dicho año.

se eleva y distingue el dulce canto de los poetas, como una solemne protesta contra las atrocidades de que, en mengua de la civilizacion, somos testigos; como una voz de consuelo que nos advierte que la hora de la barbarie aún no ha llegado; que aún hay fé y creencias en el seno de la sociedad; que el instinto de lo bello no se ha perdido todavía, y que detrás de la aparente disolucion que nos circunda, los primeros albores de la reorganizacion y de la vida social despuntan sobre el horizonte. Una generacion naciente de literatos se eleva, una generacion decrépita de políticos se hunde, y una generacion varonil de guerreros peléa. Los principios abstractos y el prestigio de una política infecunda se desvirtúan; las cuestiones prácticas y los encontrados intereses materiales combaten; y la inteligencia, el órden y la belleza vuelven á revestir la forma que en todas las sociedades nacientes han tomado la forma de la poesía, la voz del canto, el fuego de la inspiracion, la irresistible fuerza de la armonía.

No pretendemos nosotros en este artículo hacer una composicion poética más. No queremos dar una importancia exagerada á la literatura contemporánea, muy distante sin duda de la perfeccion, apartada tal vez de su camino. No somos despreciadores de la política, ni hacemos una abstraccion pueril de los intereses sociales, de las graves y sérias cuestiones que se discuten en el foro y en el gabinete: el que traza estas líneas consume casi todas las horas de su dia en áridas taréas, que á esas cuestiones y á esos intereses atañen. Solamente queremos consignar un hecho, y darle todo el valor que en sí tiene. Y nosotros, que tomamos en sério todos los hechos sociales, y que vemos un fin en todas las tendencias de los

pueblos; nosotros, á quienes nada de lo que afecta á una porcion considerable de la sociedad, parece despreciable ó perdido, no queremos dejar pasar sin advertirla y consignarla, esa reaccion poderosa del espíritu literario que presenciamos, y esa no ménos poderosa inclinacion que en las clases más entendidas ha nacido hácia las nuevas producciones de nuestra literatura. Nosotros queremos alejar de estos estudios y de esta inclinacion la apariencia de futilidad y lijereza de que hombres verdaderamente fútiles y lijeros la culpan y tachan; nosotros aspiramos, en fin, á deducir de un hecho evidente y fecundo consecuencias transcendentales para el porvenir de nuestra Patria, á cuyos más positivos intereses enlazamos nosotros los intereses de la literatura.

Porque se le ha hecho un grave cargo á la juventud, de su esterilidad y de su abandono; se ha pretendido ridiculizar su tendencia ideal y poética, enmedio de un siglo tan eminentemente material y positivo, y ha sido mirada por muchos con una especie de compasion despreciativa la aparicion simultánea de tantos jóvenes literatos, la creacion de tan bellos dramas, la inspiracion de cantos tan dulces ó fantásticos, y finalmente, la publicacion de cuatro ó cinco periódicos exclusivamente literarios, en una capital en que no pasan de otros tantos los periódicos políticos.

Nosotros no contestarémos á esa inculpacion sinó con un hecho. Estos periódicos se sostienen: uno de ellos, á la segunda semana de su aparicion contaba cerca de seiscientos suscritores; los teatros se llenan de bote en bote siempre que se anuncia una nueva pieza dramática original; los cantos de los nuevos vates son recitados, leidos, declamados, aplaudidos y criticados en todos los círculos de

la sociedad culta, y todas las imaginaciones se agitan con una comezon poética, que si por lo comun no produce más que obras informes y efímeras como el dia en que nacen, es un síntoma harto claro de la fermentacion que precede siempre á una nueva era literaria. Existe, pues, una tendencia marcada de este género en la sociedad española: los espíritus gravitan, por una inclinacion irresistible, hácia esta clase de estudios, y las producciones que aparecen no son más que la fórmula más ó ménos exacta de las idéas que abriga la generacion que nace, el himno de amor y de ilusiones que prelúdia un pueblo que despierta á la vida de la inteligencia y del sentimiento, la expresion de una necesidad vivamente sentida que se agita aun en las primeras y vagas tentativas de comunicarse y de satisfacerse.

Reconocido este hecho, no nos detendrémos á examinar los extraños, si bien naturales síntomas con que aparece, y las consecuencias que de él se deducen. Este trabajo, ó es superior á nuestra inteligencia, ó nos conduciría á cuestiones muy difusas, y al parecer muy ajenas del asunto que tratamos. Tal vez en otros artículos, si para ello nos dá lugar la multitud de otras graves y asíduas tareas que nos cercan, presentarémos más detalladamente algunas de las consideraciones que diariamente nos sugiere la comparacion de nuestro estado social, de nuestra revolucion política y de nuestra nueva existencia literaria. Bástanos consignar desde ahora la relacion que média entre estos grandes intereses, no ménos íntima á nuestros ojos que el lazo que liga entre sí la vida física, intelectual y moral de los individuos. Por eso escribimos; por eso cantamos; por eso combatimos; por eso nos atrevemos á dogmatizar; por eso recogemos y damos al pú-

blico las producciones que en nuestras columnas se insertan.

Y no enunciamos esta verdad y esta conviccion para dar mayor importancia á nuestros trabajos; que servirá sólo para imponernos nuevas y graves obligaciones. Pues que consideramos á la literatura con un fin social, á un fin, digno de la actual sociedad y de la grande obra á que ésta es llamada, debemos dirigirla: pues que vemos en ella el reflejo de sus idéas, con relacion á la inteligencia y la filosofía de la humanidad, debemos considerarla; ya que ella debe ser la expresion de sus sentimientos y la fórmula de sus creencias. Nosotros no debemos aspirar á pervertirla, á corromperla, á desnaturalizarla, á convertir en instrumento del Génio del mal la lira armonizadora del Génio que ilumina y créa; ni á verter, trocado en veneno disolvente y corrosivo, el bálsamo celestial que la Providencia derrama sobre las sociedades moribundas ó infestadas, para infundirles nuevas fuerzas, para cicatrizar sus heridas, para purificar la sangre de sus venas, y para restituir la alegría y el consuelo al seno de los pueblos afligidos y desesperanzados.

Acaso nuestra nacion está en ese período, y acaso en ninguna otra deba ser más influyente la poesía en el estado social, porque en ninguna otra es un medio tan natural de comunicacion y enseñanza.

II.

Todas las naciones de Europa han tenido en estos dos últimos siglos hombres grandes y génios colosales, que las han civilizado con su talento, y que han asentado con

sus doctrinas, y sellado tal vez con su sangre los eternos principios de la verdad, justicia, libertad y religion, afirmando en tan sólidos cimientos la paz y la dicha futura de los pueblos. El siglo actual ha producido ya nuevos Génios, á quien la humanidad debe nuevos beneficios, la filosofía nuevos descubrimientos y las artes nuevos tesoros.

España, en tanto, ha parecido como extravasada del movimiento intelectual; en España no se ha levantado un génio; España no cuenta un filósofo; España ha aprendido poco, y no ha creado nada. Y en esta España se eleva al mismo tiempo una generacion de artistas y un coro de poetas: enmedio de la aparente esterilidad de los pensamientos, brota con una fecundidad maravillosa la más lozana y vigorosa creacion de versos sublimes, de trovas delicadas, de sentidas elegías y de dramas caballerescos y profundos, que prometen hacer olvidar en breve las producciones de la nueva escuela extranjera, y elevar nuestra poesía al rango preferente que en otro tiempo obtuvo.

Nuestro génio es la imaginacion; nuestra filosofía la literatura: lo que en otras partes es amor á la verdad, es en nosotros entusiasmo por la belleza; lo que en otras naciones es actividad de producir, es en la nuestra ánsia de gozar, ó más bien placer de sentir. Este suelo produce espontáneamente versos y flores, y bajo este cielo privilegiado, bajo las influencias de un clima meridional y de un temperamento árabe, los españoles más se entregan á lo vagaroso de las Musas que á lo positivo de las artes; más gozan en cantar que en aprender; más que los aplausos de la tribuna les embriagan de gloria los triunfos del teatro.

¡Y qué! Este fenómeno constante, ¿debe ser perdido

para el observador filósofo? ¿No debe ser apreciado como un hecho, como un dato en los cálculos de nuestra civilizacion y progreso? Y porque no esté en consonancia con la marcha de las otras naciones, ¿debe ser despreciado, debe ser tenido por una calamidad, ó contado en nada para la obra del político? Nosotros no lo podemos creer. Los instintos de los pueblos se dirigen; pero no se contrarían. Los instintos de los pueblos son obra de la Providencia, y entran en el cálculo de sus fines; y medio de la Providencia puede ser, y en el cálculo de sus fines ha entrado y puede entrar todavía, el que así como hay naciones que se regeneran por las idéas, otras se regeneren por los sentimientos, y que el principio de vida social que se inocula en unas por el apostolado de las doctrinas, sea infundido en otras por la inspiracion del canto. La Providencia, como el General de un vasto ejército que lleva las tropas de la humanidad á través de la cordillera de los siglos, puede comunicar sus órdenes y dirigir los combinados movimientos de sus divisiones, ora por la voz de los intérpretes de su inteligencia suprema, ora por los armoniosos toques de su música y de sus bardos.

¡Ah! Si esto no fuera cierto, ¡qué desconsolados quedaríamos al tender la vista por nuestra Pátria! ¿Dónde hallaríamos un punto luminoso que nos anunciara el sol que ha de alumbrar el oscuro horizonte de nuestro misterioso porvenir? Si no nos animara esta fé, ¿cuál podria ser nuestra esperanza?

No nos importa que pueda estar lejana esta época, y que sea muy lento el trabajo necesario para elevar nuestra literatura hasta el punto de influir poderosa y saludablemente sobre la sociedad, y ejercer de lleno sobre ella

su accion fecunda y civilizadora. El impulso está dado, y el movimiento no se parará. Acaso todas las producciones que ahora aparecen, desaparecerán como informes embriones y confusos bosquejos, ante obras más armónicas y dotadas de más perfecta vitalidad. Romperánse acaso, y se desharán como tipos incompletos, como postizos andamios, para que edificios nuevos se eleven y duren: acaso no está aun hallado el principio que ha de presidir á la grande obra de nuestra regeneracion literaria, y nos agitamos á ciegas buscándole en una confusion parecida á la anarquía. Pero el movimiento existe, el deseo existe, el doloroso trabajo que precede á la creacion existe, y el calor literario se hará fecundo, y la inspiracion vendrá, y el principio se formulará, y los bosquejos se harán modelos, y los edificios se levantarán magníficos, colosales, eternos; y nuestra España se rodeará de la aureola de gloria y de la atmósfera de armonía y perfumes de que necesita para respirar y vivir, y sin la cual se asfíxia y se muere.

Y nosotros que para este santo fin trabajamos, no consideremos nuestras taréas como fútiles y vanas, como una obra de mero pasatiempo, como una obra de circunstancias, como un paséo en que nos es permitido vagar sin rumbo y sin objeto. No: para nosotros hay un porvenir, un sistema y un destino providencial: tenemos un estádio que es preciso recorrer; una meta que es preciso tocar; y no importa que nos estrellemos. En la lucha está la gloria, y en el intento el valor: otro carro pasará sobre nosotros, y llegará al término apetecido, y pondrá la corona de su triunfo á los pies de la humanidad, en cuyo nombre lidia. No: nosotros no somos los bufones del mundo ni los juglares de sus pasiones; que debemos ser

sus bardos. Cuando en el corazon de la sociedad hay egoismo, y prosa, y materia muerta, nosotros no debemos ser sus imitadores, no; que la poesía no es arte de imitacion, por más qne bárbaramente se la haya así proclamado. Buscar debemos en el cielo inspiraciones de virtud, esfuerzos de abnegacion, imágenes de ideal belleza, y presentarlas á la sociedad, como modelos que ella debe imitar, y en cuya direccion debe elevarse, ya que no le sea dado llegar á su altura.

Y cuando la sociedad se despedaza, cuando los fundamentos de todas las instituciones se conmueven y se desmoronan, cuando todas las creencias se destruyen, cuando todos los afectos del corazon se secan, cuando los mezquinos intereses del egoismo y las míseras pasiones personales toman la voz y ocupan el lugar de los intereses públicos; cuando la libertad está en todos los lábios y la tiranía en todos los corazones; cuando la sangre corre, y los campos se talan, y los pueblos se incendian, nosotros no debemos asociarnos á esa política sangrienta, á esa obra nefanda de desolacion y de ruina, ni azuzar con nuestros acentos la saña de los vencedores, escarnecer la afliccion de los vencidos. No: precisamente entre estos horrores, nuestro deber y nuestra mision es dirigir una voz de consuelo á esta sociedad, que nos lo agradecerá con lágrimas, y distraerla de su afliccion con himnos de paz y tonos de dulzura, como se hace oir una música armoniosa á un enfermo doliente y postrado. Y cuando haya cesado la lucha, y tras la obra de destruccion sea preciso edificar y construir, entónces nos asociarémos con más esperanza y con más intimidad á trabajos de reorganizacion, y á empresas dignas de un nuevo siglo, que tiene que lucir para esta nacion sin ventura, si el cielo en

su cólera no ha decretado que sea borrada del libro de la vida. Así, cuando Hércules hubo purgado el suelo de los mónstruos que disputaban su vivienda al hombre, Orféo elevó sobre aquel mismo suelo ciudades poderosas con sólo el poder del pensamiento, de la inspiracion y de la lira.

PRÓLOGO

Á LAS OBRAS POÉTICAS

DE DON JOSÉ ZORRILLA.

Era una tarde de Febrero.—Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion centenares de jóvenes, con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataud; en el ataud los restos de Larra; sobre el ataud, una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento: la primera vez acaso que se declaraba que el génio es en la sociedad una aristocrácia, un poder. La envidia y el ódio habian callado; los hombres de la moralidad dejaban para despues la moral taréa de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitólio, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habian procurado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios; y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes.

Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre

encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen tambien los muertos ántes de adormercerse profundamente en su eterno letargo. Entónces el Sr. Roca de Togores, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz. Larra se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió, por la vez postrera, la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias.

En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no lo sientan; que los mismos que lo hayan sentido lo habrán ya olvidado; porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idéa, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida; el alma vé clara los misterios, ó crée, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se vé entónces á sí misma, se desprende, y se remonta del suelo; conoce, vé, palpa que ella no es el barro de la tierra; que otro mundo le pertenece; y se eleva á él, y desde su altura, como el águila que vé el suelo y mira al sol, sondéa la inmensidad del tiempo y del espácio, y se encuentra en presencia de la Divinidad, que enmedio del espácio y de la eternidad preside. Entónces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno.

Tal era entónces nuestra situacion. No era sólo amistad lo que sentíamos; no era tampoco meramente la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio,

la inauguracion de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era exclusivamente nada de esto; era todo reunido, ó más que todo esto, para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situacion vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor. Llorábamos—sábenlo el cielo y aquellas tumbas!—y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiracion que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra afliccion, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros.

Entónces, de enmedio de nosotros, y como si saliera debajo de aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un jóven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oir una voz que por primera vez sonaba en nuestros oidos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta coleccion, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecida á la fuerza de su emocion, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal, que tan nuevas y celestiales armonías nos habia hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiracion religiosa de que aún estábamos poseidos; bendijimos á la Providencia, que tan ostensiblemente hacia aparecer un génio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habiamos conducido al

ilustre Larra á la mansion de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos, y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.

No he recordado aquí aquella tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Más poética y más grande fué seguramente que mi descolorida descripcion, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entónces empezó á sentir hácia el ilustre poeta á quien la consagra, el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entónces empezó el público á conocer las producciones de este ingénio; y la impresion que de ellas ha recibido es demasiado profunda, para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razon de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas, porque aquella original aparicion me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oimos los versos de que acabo de hacer mencion, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiracion que los habia dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque tambien nosotros estábamos inspirados, y tambien nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo génio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar: porque entónces, como

los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como Píndaro en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partian. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella produccion no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitacion de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica* ó *romántica, oriental* ó *filosófica*. Era una composicion de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas.

Y sin embargo, el autor la habia escrito algunos momentos ántes de aquella reunion, á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiracion de su dolor y de su génio. Si á solas tambien la hubiera leido á cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase, otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento: un oido *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso: un entendimiento metódico, observaría la falta de órden, de conexion y enlace entre sus idéas: cuál la tendría por *vaga*, y haría notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idéa fija. Y ¿qué más? La mayor parte tal vez, no hubieran visto en ella más que una imitacion de Victor Hugo ó de Lamartine.

Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion así leida, sucede todos los dias, no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos, con otras que se han dado á luz. Todas ellas suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y solo los corazones sensibles y no gastados, que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demás poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entónces su inspiracion habia volado sola, á donde nuestro entusiasmo voló despues; su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez más poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oimos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas ó críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese *gongorismo* para los que piensan que la poesía es solo un medio de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí, en fin, la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela, por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es *un arte de imitacion*, y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas ó sistemas filosóficos.

Empero los que tienen corazon y alma, y los que saben que con estos, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos, saben tambien lo que signifi-

can estas impugnaciones, y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra: el entusiasmo que le arrebata, no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo, ha querido protestar contra ese tema de que es imitacion y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo, y como las rocas de los montes.

Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo el que los canta: principios, idéas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generacion, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entónces la analogía no es el plágio, la semejanza no es la imitacion, ni la consonancia el eco; entónces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiracion y de la originalidad: entónces dos obras se parecen, y distan entre sí un mundo entero: entónces, dos autores se imitan sin conocerse; entónces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y Homero: entónces se copian Shakespeare y Calderon. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproduce todos los objetos que baña con sus pálidos rayos.

Sí. El siglo de Byron, de Hugo, de Chateaubriand debe inspirar tambien á los vates españoles; pero su inspiracion no ha de dejar de ser propia y española, como del siglo y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbra: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no

colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composicion un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiracion original, la naturalidad, la uncion, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron; se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció vision y quimera; les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo, no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra série de reflexiones dió, además, lugar en mi alma la escena de aquella tarde; reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hácia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico; hácia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo, empero, que creo en un órden de cosas superior al órden de los fenómenos que á nuestra razon y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede; acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que con más solemnidad quiere como revelarse á nosotros.

Sí; un poeta puede confesarlo: puede decir que cree en las *causas finales*; que cree en la *predestinacion*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y so-

bre todo, cada especialidad concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia es un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que Larra era algo en la tierra; que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío, no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacía, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo génio una mision tan especial como la del primero.

Los presentimientos análogos que hasta ahora he tenido, no han sido nunca vanos; el de aquella tarde no lo ha sido tampoco: los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del génio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones, que no pasaron efímeras, como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros dias, ó conocidas sólo de los inteligentes, como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leidas y releidas, oidas y recitadas por todos; el ánsia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion.

Y no sólo en elogios y alabanzas ha consistido su popularidad. Tambien han sido parodiadas, y puestas en ri-

dículo é imitadas por malos poetas, que es la más infeliz paródia: tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Córtes. Pues bien: esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la medianía, y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad.

Nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella; que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus idéas, de sus sentimientos y creencias. Varios jóvenes, al parecer, con esta esperanza, y con éxito más ó ménos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena, y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de Zorrilla ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso.

Tibios todavía sus primeros rayos, han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía; y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparicion ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy transcendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree, la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este gérmen? ¿Cuál será este fin?—Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del Destino no se explican, ni los vuelos del génio se calculan. Permítasele, sin embargo, á un alma tam-

bien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idéa de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en consideraciones del aspecto bajo el cual las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginacion, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazon, el sentimiento, la fantasía, son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilizacion, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religion, ha perdido su tendencia unitária y simpática y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hácia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hácia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una region en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun, á despecho de la filosofía y del egoismo, un corazon palpita y un espíritu inmortal vive. Pero un hombre, en su aislamiento, es el más miserable y desgraciado de los séres. La Providencia ha hecho necesaria para la dicha y perfectibilidad del hombre la asociacion; asociacion que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sinó el conjunto de las facultades que en comun poseen, la comunion de sus idéas y de sus sentimientos; de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas, tristes para la humanidad, en que estos

lazos se rompen, en que las idéas se dividen y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el cáos; el del sentimiento, el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sinó en el análisis y en la duda, y no conserva su corazon sinó para sentir la soledad que le rodéa, y el abismo de hielo en que yace.

Entónces el génio puede volar aun; pero vuela, como el Satanás de Milton, solitario y por el cáos: el sol le causa pena; la belleza del mundo, envidia. Su poesía es solitaria como él; y como él, triste y desesperada. Canta, ó más bien, llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazon, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero sólo en su presencia, si la reconoce; y sólo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia: los himnos que debian consagrarse á una religion de amor, serán solamente gritos de desesperacion y de impío despecho, ó extravíos de un abstracto y estéril misticismo.

Tal es, á mis ojos, el carácter de la época presente; tal es tambien su poesía: la poesía dominante, la poesía elegíaca actual; poesía de vértigo, de vacilacion y de duda; poesía de delirio, ó de duelo; poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unísona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo.

Zorrilla ha empezado, y no podía ménos de empezar, por este género. Hijo del siglo, le ha pagado tambien su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado tambien á solas, y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la Reina de los Ángeles; y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de su inspiracion, arrancándole de su individualismo, le lanzó á más ancha esfera, y le hizo recorrer, á pesar suyo, la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilizacion, sinó que instintivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura, á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo, presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado, á tal vista, de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus lábios aquella risa horriblemente sardónica, con que el hombre, en el último extremo de desesperacion y miseria, escarneciendo á los demás y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose, qué es lo que tal desórden significa: dúda si se debe tomar en sério la suerte de la humanidad; mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amar-

gas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oir las carcajadas de una orgía.

Entónces, evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos, tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza), como aquel génio inmortal parodiaba los suyos. Entónces, personificando en Venecia á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de Calderon y de Byron la grandeza de su antiguo poderío, y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia, amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion más poderosa y más profunda, abarcando de un sólo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de Lamennais, y que equivalen á todo un volúmen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de Daniel sobre el convite de Baltasar, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hámbre cayeron;
Y todos se maldijeron;
Que eran infelices todos!

Empero lo que más caracteriza al génio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive, y presentir

la que nace enmedio de las inspiraciones de lo que existe. Así Homero adivinó los tiempos de Licurgo y de Solon; así Virgilio casi pertenece al cristianismo y á la edad media; así el Dante apénas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII; así Cervantes en una edad caballeresca todavía, predecía y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII: por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiracion poética el don de la profecía.

El génio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debía haber, y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos: para él aún puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegacion, y heroismo é interés, que no sean de la tierra,—y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad.

Por eso nuestro Poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo, era estéril y transitória, como debe serlo esta época de desorganizacion y de duda, como debe serlo el egoismo que nos disuelve y el escepticismo que nos hiela; y parándose en su carrera, y apartándose de la boca del Tártaro á donde caminaba, y subiéndose á un puesto más avanzado y más digno de su mision, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada, como Dios la creó para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del íris y de los celajes del Oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendicion y alabanza al Creador:

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡La vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Entónces, enmedio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; su Musa, empero, ántes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones,—sin las que no hay sociedad ni poesía,—y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginacion debia encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religion y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento; y su pluma no pudo ménos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos.

El primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigan; que ha comprendido que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, ha sido tambien el primero en dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades, que hacian las delicias de nuestros Padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno, que la cubren como un sepulcro olvidado, la severa capital del Imperio godo, revestida del armiño de sus Reyes y de la púrpura de sus Prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios. Trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansion de placeres, asistimos á sus fiestas y tornéos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, sedas y pedrería, y respirando el aliento de las huríes.

Pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la Catedral Primada, símbolo arquitectónico del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas; y presenciamos los sagrados ritos de la religion única verdadera y más bella que ha existido sobre la tierra. Oimos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crugir de sus túnicas y brocados: nos deslumbra el brillo de mil lámparas, reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á espectáculo tan grandioso, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobo santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan, los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el desapego á los hombres dan lugar á la idéa de la inmortalidad, prémio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo, nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una *oracion* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas.

Allí están todas las artes: allí están la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, concurriendo todas á un fin comun; formando todas un concierto de los talentos del hombre. El templo abarca toda la vida: la Religion completa el cuadro de la poesía, como que es la clave

de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos ménos de consagrar un suspiro de pesar por aquellos hermosos tiempos que se han perdido; un ¡ay! por los placeres de nuestros Padres, por la fé que alimentaba su vida;.... una lágrima por la Religion, hoy de muchos abandonada, un movimiento de sagrado respeto hácia las venerandas reliquias que de ella nos quedán!

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que nuestro Poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro, donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, idéas contradictorias. Tal es el pensamiento unitário transcendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idéa moral que preside á su redaccion, y el hilo de union que liga con una trama invisible, pero fuerte, los varios trozos de este precioso mosáico. Pero este pensamiento y esta moralidad los buscarán en vano los que crean hallarlos en sartas de máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito Zorrilla; ni, á la verdad, yo tampoco. La filosofía de que yo hablo, es una filosofía viva, animada, que transpira y brota en las cosas, y no en las palabras, como un jardin delicioso inspira idéas de placer; como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía; como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá:—¿ha sido el pensamiento que tú descubres el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que le asignas, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armo-

niosos himnos? ¿Ha pensado él, por ventura, en el fin social de sus versos?.... ¿ha pretendido ensalzarle en un conjunto regular, y en un sistema poético, el jóven génio, que acaso no ha hecho más que ceder al ímpetu de su imaginacion en una hora de arrebato, y fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo prévio del plan de sus trabajos?—No, sin duda. Y si hubiera sido capaz de concebirlo, acaso no lo hubiera sido de realizarlo.

El génio no raciocina: los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen siempre conciencia de lo que son; cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediacion suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que sólo ellos están en el secreto del génio; y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de léjos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo, donde debian ver al poeta; no ven más que al autor, cuando debian examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de Herrera.

Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría; y no saben que son los gemidos de una generacion entera los que se exhalan de aquel pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira! Ven al mortal, afortunado acaso, quejarse de una

sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres; y no saben que á una alma eminentemente simpática, no le bastan los placeres de una existencia sola; y que la esponja de su corazon embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices! Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religion y los misterios; y no conocen la terrible personificacion del siglo atéo, obligado á arrastrarse al pié de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando, por gracia, al cielo una creencia, un rayo de verdad y de luz que alumbre á la humanidad, y le enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. Nó. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios; no ven más que al hombre uniformemente vestido, al hombre del café y del paséo, del teatro y de la orgía; que se modela por los demás, y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazon.—Y luego exclaman: ¡Hé aquí el hombre! ¡Hé aquí el filósofo! ¡Hé aquí el poeta!

Pero la sociedad sólo vé el génio, sólo contempla y admira la creacion de la inteligencia y de la inspiracion. Él se la lanza, como la Pitonisa el oráculo, como la estátua de Memnon su armonía. Ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, Poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sábios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue tu grandiosa carrera: avanza desde tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazon, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza y el poder de la ins-

piracion. Tú, manchado de polvo y de fango, el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada: tú has matizado con los tintes de la luz de Oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue.—El Destino tal vez te reserva otra carrera, y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hácia un nuevo período más brillante y más filosófico. Tú conoces que lo presente no es digno de tí; pero debes saber tambien que lo pasado, fué ya; que lo que ha muerto una vez, no resucita jamás; y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca.

El porvenir te aguarda; ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos, como se sueña en la adolescencia con las gracias de una amante que se forja el corazon. Esa edad por que la juventud suspira; esa edad invocada por los votos de nuestros corazones; esa edad, tierra de promision en este desierto, para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es; y ántes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que, á velas desplegadas, boga por el mar de los tiempos.

A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas, y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora casi ni vagamente se trasluce. Tú sólo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalípsis de la inteligencia; esa época de reorganizacion y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada ésta de su egoismo, como aquella de su barbárie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una familia comun las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice so-

bre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, Poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular: tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple, pues, tu mision sobre la tierra!*

No importa que los que á sí mismos se desprecian; los que no se creen nacidos con fin alguno; los que piensan que existen arrojados por el acaso, como piedras en el pozo de la vida; los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, el soplo divino del espíritu humano, su imperio sobre el mundo; y los que á trueque de no reconocer los privilegios del génio niegan tambien su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno, á pesar de las tempestades que en el horizonte asoman, la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo.

Yo te he visto partir, mi querido amigo; yo tambien habia querido lanzarme á ese Océano. Pero delante de tí he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí; yo en mis ilusiones habia creido que tenia una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda otra, bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y la de ser tu amigo.

MADRID 14 de Octubre de 1857.

JUICIO

SOBRE LA SEGUNDA PARTE

DE

EL ZAPATERO Y EL REY. [1]

Hemos dicho ya que el éxito del drama del Sr. Zorrilla, representado en el teatro de la Cruz, había sido brillante como ninguno. Hoy es, y á pesar de las representaciones transcurridas, el teatro continúa lleno de bote en bote. El mérito y el interés del drama están por consiguiente juzgados. Cuando el público falla, tiene que enmudecer la crítica. Todos los análisis de los más inteligentes y más altamente reputados maestros del arte no nos podrán nunca persuadir de que un drama que excita tan grande interés en el público, y que clava al espectador en la luneta por espacio de tres horas sin dejarle respirar, pueda ser una produccion monstruosa.

El interés es el criterio del arte, es el sello del génio, del mérito artístico: el gran talento desplegado por el Sr. Zorrilla en su última produccion, es indisputable. Este gran poeta se ha elevado sobre sí mismo á una inmensa altura. Desde el primer drama de *El Zapatero y el Rey* á este, que ha intitulado ahora su segunda parte, hay un progreso tal, que hubiéramos deseado que llevára otro título, para que pudiera ser más completa la ilusion de que las dos obras pertenecen á diferente autor.

[1] Publicado en El Conservador.—16 de Enero de 1842.

De consiguiente, nuestro exámen, nuestra crítica sólo podrán recaer sobre las consideraciones á que dé lugar ese vivo interés que en el público excita; á erigirnos en censores ó analistas de la rectitud de ese juicio en su parte moral, política ó filosófica. La crítica sin duda puede llegar á tanto. La filosofía puede preguntar si es extraviado, natural y recto el sentimiento del público, cuando goza ó sufre en un espectáculo. La razon puede darse cuenta de los fundamentos en que su criterio estriba. Al investigar las causas de la perfeccion y de la belleza, no le está negado discurrir sobre si el placer que en la representacion de un drama experimenta, es una depravacion, ó un triste resultado de circunstancias que pervierten y extravían la sensibilidad de un pueblo ó de un auditorio.

Esto es lo que hemos procurado hacer respecto á la profunda sensacion que nos ha causado el drama del señor Zorrilla. Nos hemos preguntado á nosotros mismos, en lo más hondo y tranquilo de nuestra desapasionada conciencia literaria, si esa sensacion era racional; si como tal, sería duradera. Y la respuesta que nos hemos dado, ha sido ventajosa tambien al gran mérito del drama que examinamos. No es un éxito de circunstancias, no es un interés efímero, ni un triunfo pasajero el de esta obra. Es una obra de duradera belleza, de profunda filosofía; una obra de conciencia, de reflexion, de estudio, de altas miras; despues de ser concepcion de un maravilloso talento.

Muchas, infinitas veces ha sido puesto en escena el Rey D. Pedro. Es él, entre todos nuestros Reyes de los siglos medios, el personaje más dramático: prueba segura de que es el personaje más popular. D. Pedro no es un carácter que pueda prestarse ya á la creacion de nin-

gun poeta. Es un carácter ya formado, ya fijo, ya amoldado por la historia, por la escena, por la poesía, por los romances y las tradiciones populares. D. Pedro, el Rey cruel, D. Pedro el tirano, D. Pedro el fratricida, es el cruel, el tirano de la aristocrácia; es el enemigo de la nobleza, el opresor de los señores y tiranos particulares; el Rey nivelador, el Rey demócrata. La impresion que dejó su reinado en la memoria del pueblo, no fué desfavorable. El pueblo cubrió sus tiranías con el nombre y el velo de la justicia. El pueblo conservó largamente el sentimiento de aquella fascinacion que ejercen sobre la muchedumbre todos los grandes caractéres, y que debia inspirar á las masas el aborrecido de los magnates. Hasta en sus defectos vió grandeza: las más notables faltas de su vida son extravíos de una pasion que se ha llamado el "flaco de las almas grandes," y que obtienen siempre, sinó disculpa, fácil perdon á lo ménos. Á través de sus defectos, y considerado en un siglo tan bárbaro como él, y en una sociedad tan desatada y tumultuosa como sus ardientes pasiones, D. Pedro es todavía una gran figura, es un coloso; y tiene á sus piés al pueblo que le llora, y á la posteridad que le acata y le respeta.

Pero á esta figura no se la puede tocar. El poeta la encuentra ya hecha y dibujada. Le es dado ennoblecerla, realzarla, iluminarla ú obscurecerla al presentarla; pero desfigurarla, no; pero rebajarla, ménos; pero degradarla, nunca.

Hé aquí una gran dificultad en el asunto manejado por el Sr. Zorrilla; pero una dificultad, no sólo vencida, sinó que es cabalmente esta circunstancia el orígen y fuente principal de las grandes bellezas de su drama. El Sr. Zorrilla, léjos de querer pintar con nuevos rasgos al D. Pe-

dro de la tradicion, ha procurado ponernos en relieve la verdad de aquel grandioso y poético personaje; ha querido hacernos palpable el sentimiento, la aureola de popularidad que sobrevivió á su desastroso fin, y que vengó en cierta manera su memoria. Y para eso el poeta personifica al pueblo. Blas Perez, el hijo del zapatero elevado á capitan, el servidor rendido, el asistente inseparable, el vasallo por pasion, el perro fiel del altivo, pero generoso Monarca, es esa personificacion. Blas Perez es el verdadero protagonista del drama. Su carácter es la creacion del Sr. Zorrilla: es la gran figura, el principal papel, es el drama entero. Aquel *mónstruo* de gratitud que, enamorado de la mujer que cree hija de Guillen de Castro, y que despues resulta serlo de D. Enrique, sacrifica, no sólo su vida, sino la de su amada, á la venganza de su señor, es una concepcion gigantesca, digan lo que quieran los que la tienen por exagerada. No, ese carácter no es en sí mismo donde debe ser examinado. Está dibujado para ser el reflejo del alma de D. Pedro, para que veamos y contemplemos en él el irresistible ascendiente, la fascinacion poderosa, que ejercen siempre las almas grandes y los grandes génios.

Recordemos á Alejandro, que con una señal de sus ojos hacía despeñar en un precipicio á más de cincuenta de sus soldados; y sin remontarnos á tiempos tan remotos, recordemos los prodigios del irresistible ascendiente que Napoleon ejercía sobre sus allegados, y comprenderémos entónces la verosimilitud, la verdad del carácter de Blas Perez, y su grandeza enmedio de su atrocidad. Acaso, á pesar de la distancia de las edades, le comprendemos en nuestro siglo tan bien como entónces le comprenderíamos. El pueblo español ha mudado poco.

Blas Perez es en los tiempos de D. Pedro el tipo del vasallo que vive con la vida de su señor, que respira con su aliento, que no puede vivir así que él falte, "*que cava su sepultura, de la suya por igual*"; y Blas Perez es en nuestros tiempos la democracia y la monarquía; la democracia social que sólo puede existir con un jefe que la acaudille, con un ídolo único á quien adore y eleve sobre todas las demás eminencias que no sufre, y que detesta. Lo que prueba la profunda verdad del carácter de Blas Perez, es que no repugna en el teatro, y que el espectádor se interesa por él, y llora con él el inmenso sacrificio que hace: se compadece y se admira; no se horroriza, ni detesta el heroismo de su venganza.

Oportunamente ha escogido el Poeta para el desenvolvimiento de su idéa el momento de la accion. Los últimos agitados dias de la vida de aquel Monarca, aquellos en que abandonado de todos los suyos, encerrado por el poderoso ejército de D. Enrique en el último castillo que de su reino le queda, y atraido de noche á la tienda del francés Duguesclin por una traicion villana, se halla solo y desamparado en el mundo, y hace todavía los últimos esfuerzos para luchar con el destino, que se desploma sobre él. Grandemente interesa en tan desventurado período la agonía del Leon Castellano. El Sr. Zorrilla ha pintado aquellos últimos instantes con un pincel de artista, con aquellos vigorosos toques, que acaso mirados muy de cerca pudieran parecer tiznaduras, pero que á regular distancia, á la distancia de la perspectiva escénica, no pueden dejar de parecernos de maravilloso y sorprendente efecto. Aquel D. Pedro, que convencido de la necesidad de morir, solo piensa, como César, en caer dignamente; aquel gran corazon, que en sus últimos instantes desafía

á sus contrarios á que "vengan á ver cómo mueren los leones castellanos", se levanta todavía á muchos codos de altura sobre sus contrarios. Asómanse involuntarias lágrimas á los ojos de los espectadores, y parece que se oye enmedio de la pavorosa noche de Montiel la voz funeral de aquel tristísimo romance antiguo:

. . . . . Y los de Pedro
Clamoréan, doblan, lloran su Rey muerto.

Entónces el corazon parece que descansa, con que á aquel hombre le sobreviva el leal vasallo que le vengue. Blas Perez aparece: D. Pedro ha muerto: para él ya no hay amor, ni encantos, ni vida. En inmolar su existencia á la de su señor, le parece que nada hace. Pero su amada, que es más que su vida, es al mismo tiempo hija de D. Enrique. La sacrifica, la hace matar. Para el vencedor es la venganza; para él el suicidio: para D. Pedro la víctima de expiacion. "Cabeza por cabeza, esta es la mia," ha dicho el capitan. Hé aquí el drama, drama terrible; pero grande, pero gigantesco drama.

Á algunos hemos oido decir que es un drama doble; que son dos dramas; que son dos protagonistas, con dos acciones distintas, y sus exposiciones correspondientes. Puede haber una crítica que halle en esto un defecto: á los ojos de otra crítica más elevada, esa es la perfeccion, porque ese es el drama; es el intento del autor cabalmente esa duplicidad, esa union. No son D. Pedro ni Blas Perez los héroes: los dos son un solo personaje, un solo protagonista; es el uno el apéndice del otro; y en vano será que nos digan que el interés se duplica, si no se divide. No consiste el menor mérito del Sr. Zorrilla en que la soldadura de esas dos grandes piezas no se conoz-

ca. Es un retrato á caballo, ginete y cabalgadura que van, que corren, que se les vé precipitarse juntos.

Y sin embargo, la obra del Sr. Zorrilla tiene defectos, grandes defectos, obscuros lunares; pero defectos de detalle, lunares que se pierden en la luz brillante de bellezas de primer órden. La exposicion del primer acto está acaso demasiado llena de incidentes de comedia de enredo, y no corresponde á la sencillez clásica de los otros tres: la escena del ermitaño no está bien desempeñada, y la llegada de Guillen de Castro al castillo de Montiel á entregarse en manos de sus enemigos, no está bien preparada, ni es demasiado verosímil. Acaso nos atreveríamos á decir al Sr. Zorrilla que la versificacion no es tan esmerada como la de algunas otras de sus producciones; y hubiéramos deseado en las invectivas contra los caballeros franceses algo ménos de lo que puede parecer intencion de aludir á sucesos de la época presente. No son los aplausos de circunstancias los que debe buscar un Poeta que tiene asegurado ya un lugar muy distinguido en el juicio y aprecio de la posteridad; pero no son tampoco estas ligeras faltas las que podrán empañar el brillo de la aureola de gloria que circunda la frente del gran Poeta.

Otros defectos hay que resultan de lo que pudo ser recelo de la empresa al poner en escena una obra cuyo éxito ignoraba. Pudiéramos citar alguno; pero nos contentarémos con advertir que la sombra de D. Enrique en el tercer acto hubiera podido ser ridícula, sin el talento y los esfuerzos de Latorre. Hay en el dia otros medios de ejecutar esas apariciones con ilusion y con grandeza. Afortunadamente el espectador no vé la sombra de Don Enrique en el lienzo iluminado. Donde ve aquel fantasma,

donde se aparece, donde se debe ver y pintarse es en el semblante del actor. Allí estaba. Latorre nos pareció en aquella escena, inimitable, y todo el drama hubiera sido una lluvia de aplausos para él, si el público pudiera siempre aplaudir en las grandes emociones. Es D. Pedro de Castilla, es el Rey del teatro este grande actor. Su voz, su accion, le llenan enteramente, y le dominan; y su figura sobresale por encima de todos, como sobresale terrible é imponente en la historia el Monarca Justiciero; como se eleva en la escena su erguida magestuosa cabeza.

El público refrenó varias veces su deseo de aplaudir, para desahogar al final su entusiasmo, haciendo llover sobre el Sr. Latorre los bien merecidos parabienes, que por espacio de muchas noches salió á recibir en compañía del jóven autor. Pero la representacion no puede ser completa, sin que el papel de Blas Perez suba á toda la altura en que el autor le ha colocado, y las fuerzas del Sr. Lombía no alcanzan á tanto, por más que con loable celo y con muy recomendable intencion haya querido desplegar todas sus facultades. Algunas veces lamentamos la division de las dos compañías. Cuando nos figuramos lo que sería este drama ejecutado por los Sres. Latorre y Romea, no podemos dejar de suspirar por la union de estos dos actores.

El Sr. Mate, aunque débil y con voz debilitada, nos conmovió profundamente en el desempeño de D. Enrique. Mucho sentimos ver declinar las fuerzas de actor tan estimable, en cuya accion, maneras y estilo tienen tanto realce los papeles, y se nota un estudio profundo del arte y un gran conocimiento del corazon.

DE LAS NOVELAS EN ESPAÑA,

CON MOTIVO DE LA PUBLICACION DE SAB, NOVELA ORIGINAL, POR LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. [1]

Nos hemos puesto muchas veces á pensar, aunque sin fruto hasta ahora, cuál podrá ser la causa de que el movimiento literario de esta época, al paso que fecundo en producciones dramáticas y en poesías de todos géneros, haya sido estéril en novelas. Fenómeno raro sin duda, pero real y existente.

Desde 1833 han visto la luz pública más dramas originales, y más comedias notables han ocupado la escena que en ninguna época del teatro español desde los tiempos de Felipe IV. Ninguno de esos años ha transcurrido sin que dejase de salir á luz una coleccion de poesías líricas. Los periódicos y publicaciones literarias, por otra parte, succediéndose unos á otros, han mantenido siempre despierta y encendida la aficion á estas obras y á estas lecturas. En fin, en unos tiempos en que el poema largo y sostenido no suele cautivar demasiado la atencion de los lectores, hemos visto publicarse y concluirse largos y difíciles poemas, en tanto que la curiosidad pública espera todavía confiada la terminacion de otros cuyos prelúdios han empezado á excitar su interés.

Y entre tanto no hay en España un novelista. Desde

[1] Publicado en El Conservador.—19 de Diciembre de 1841.

los primeros ensayos publicados en 1833 y 1834, y que están muy léjos de llegar á la altura á que sus mismos autores se han elevado en otros géneros, esta clase de producciones ha quedado como desdeñada; y Walter Scott, Victor Hugo, A. Dumas, J. Sand, Federico Soulié, Balzac, Jules Janin, De Vigny y otros escritores extranjeros, han abastecido en España la insaciable curiosidad del numeroso público, que pone sus delicias en una lectura donde no tienen rivales ni hasta ahora imitadores afortunados.

Repetimos que se nos oculta la causa de este fenómeno. No será por cierto la falta de interés y voga de esta clase de producciones. Ningunas hay que le exciten en más alto grado: ningun libro de los infinitos que hoy se publican, cuenta con un público más numeroso; ninguno está más seguro de obtener fama, de dar nombradía; ninguno es más popular. Dígase lo que se quiera de la influencia de las novelas en las costumbres, las novelas son actualmente una necesidad, y una necesidad muy general y muy viva.

En la vida individual de las sociedades modernas, la novela ha reemplazado al interés social del poema antiguo. Era el poema el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses; de los grandes concursos, de las solemnidades públicas: la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del sofá modernos; el libro de los sentimientos solitarios de cada corazon, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas que no se reunen en ninguna parte para cantar, para orar, para sentir y llorar algo en comun. El teatro mismo no es más que la novela en accion: la novela es un teatro más extenso todavía, de más interés acaso, aunque de ménos ilusion de realidad.

Hasta la política misma ha pedido auxilio y fuerzas á la novela. Gastada fatigosamente la atencion en las acerbas cuestiones, que por espacio de tantos años han prestado alimento diario á la prensa periódica, vemos hoy á ésta, en el extranjero, exhausta y desfallecida, buscar en folletines el sosten de su vida y del interés, que ántes bastaba á excitar su ya fria y decadente voga. Tambien nuestros periódicos, aún enmedio de la fiebre que á nuestro cuerpo político devora, y que hace más importante que en otros países su polémica política, han tenido necesidad, para sostener y cautivar la atencion, de insertar novelas en sus columnas. ¡Y ninguna de ellas es original! [1] Todos esos folletines son traducciones; y á veces ¡qué detestables traducciones!

No será por falta de imaginacion y de talento, ni por falta de paciencia de nuestros ingénios. Sus producciones en otros ramos protestarían contra esta suposicion. Ellos escriben asídua, diariamente para el teatro; ellos escriben casi siempre en verso; y por fácil y fecunda que sea su vena, todos sabemos cuánta más dificultad ofrece dialogar ceñidas escenas en tan lindos versos como á cada paso oimos recitar en el teatro, que describir libremente cuadros de la vida, en lo que—no *vil*, como dijo Voltaire,—sinó comparativamente *fácil prosa* llamarémos nosotros.

¡Y qué campo tan ancho tienen nuestros escritores para este interesante ramo de la literatura! Si quisieran cultivar el género de Walter Scott, nuestra historia está vírgen todavía: nuestras contínuas luchas, nuestras eternas contiendas civiles, nuestros turbulentos reinados de la Edad media, nuestras dramáticas y casi fabulosas conquistas, nuestros grandes reveses é inauditos infor-

[1] Aún no habia escrito Fernan Caballero, ni otros, aunque pocos, novelistas posteriores.

túnios, materias son no tocadas todavía, y que prestaran objeto inagotable á cien plumas y á cien pinceles.

Aquí no hay una historia sóla: aquí no hay una sóla nacion. Es la historia de cien pueblos, de cien razas, de cien naciones, de cien gobiernos, y de idiomas y de civilizaciones distintas, coexistiendo á un tiempo mismo. Aquí subsistía aún una ciudad enteramente romana [1], y un Imperio godo y cristiano contaba siglos de existencia; y los árabes transplantaban á nuestro suelo su Alcorán, y las costumbres, y las pasiones, y la vida y la sangre de los hijos de Oriente. Aquí despues Astúrias y Leon, con los primeros, salvajes y nebulosos tiempos de la restauracion; aquí la vieja Castilla, desde el romántico Cid hasta la romántica Isabel; aquí Aragon y sus sangrientos borrascosos anales; aquí la dramática Navarra; aquí los originales nunca domados pueblos vascos; aquí las Ordenes Militares; aquí la série interminable de los Reyes moros, desde el interesante Abderrhaman I, hasta la deplorable suerte del último Rey granadino; aquí los ignorados piratas normandos apoderándose de nuestras costas septentrionales, mientras que los catalanes y baleares plantaban sus pendones en Sicilia, en el Archipiélago y en la misma Constantinopla; aquí la morisma, las comunidades, los autos de fé, las fabulosas emigraciones y empresas de viajes: aquí en fin Cárlos V, Colon, Hernan Cortés, Pizarro, el Gran Capitan, el Duque de Alba, D. Juan de Austria, Felipe II, D. Álvaro de Luna, don Rodrigo Calderon; aquí las Blancas, las Urracas, las Berenguelas, las Marías, las Isabeles, las Padillas..... y las Teresas tambien, heroinas de amor, y de virtud, y de caridad del cielo!....

[1] Mérida.

¡Oh! sí: nos cansaríamos en vano en la inagotable taréa de indicar asuntos y materias para relaciones históricas. En el género descriptivo no vemos término á las innumerables bellezas, que ofrece por todas partes nuestra rica y variada naturaleza, no descrita nunca ni pintada sinó en las eternas monótonas rosas y jazmines de nuestros amanerados poetas líricos. Hasta nuestras actuales costumbres podrían ofrecer cuadros no ménos variados y ricos que la sociedad francesa, á los que de ellas quisieran sacar partido. Porque si es cierto acaso que nuestra sociedad no está tan corrompida; si las boardillas, los salones, los garitos y los palcos de esta reducida capital, no pueden ofrecer las desgarradoras y á veces repugnantes escenas de Balzac ó de Soulié; si en este Madrid, donde todos nos conocemos y nos hablamos, no puede haber grandes secretos, ni en esta vida *panóptica* y transparente del círculo de la buena sociedad, serían verosímiles esos misteriosos terribles arcanos que forman á veces el nudo de las novelas de nuestros vecinos, tiene el escritor español la ventaja de poder amenizar con variedad de figuras y de fisonomías, un cuadro que no podrá acaso ser de tan fuerte y cargado colorido.

Á nuestro entender, la sociedad francesa no es tan variada como la nuestra. Las clases allí se parecen más unas á otras, y los individuos entre sí. Allí hay más homogeneidad, más unidad de carácter, más nacionalidad que entre nosotros; y esto que es un bien en política, en literatura conduce á la monotonía. Aquí hay más riqueza, porque hay más anarquía. Aquí las clases se diferencian como las provincias: no se confunden, aunque se mezclen. Aquí más que clases hay individuos; y no se necesita mucha imaginacion para encontrar por todas

partes tipos originales de los más raros y extraordinarios caractéres, aún en clases bajas y abyectas. Tienen á veces nobleza y generosidad nuestros bandidos, intrepidez nuestros contrabandistas, y gracia y donaire nuestros truhanes.

Hay todavía muchas almas nobles, aunque obscuras, en esta época de egoismo y de desgracias, muchos elevados caractéres ignorados y oscurecidos, muchas virtudes sublimes de que el mundo no hace cuenta, y que pudieran hacer gran papel en los escritos de un novelista de la época. Y hay, sobre todo, tanta desgracia, tanta desventura en una sociedad tan hondamente conmovida y desgarrada, que nosotros, á la verdad, no podemos dejar de lamentarnos de que entre tantos escritores no salga un escritor distinguido, que nos haga sentir el placer que experimentamos siempre al mirar en el relieve de la novela, y en el cuadro, siempre algo ideal, de una composicion literaria, los mismos sucesos que vemos en la vida real, las mismas bellezas ú horrores, los mismos crímenes ó virtudes, los mismos placeres ó llantos, ó prosperidades ó desventuras, que en torno de nosotros presenciamos, ó que la historia de nuestros padres nos refiere.

Por eso al anuncio de una novela original, la hubiéramos leido siempre con avidez; por eso nos hubiéramos apresurado siempre á ver si sus páginas nos revelaban al escritor, que para lustre y decoro de nuestra literatura anhelábamos. Pero la que ahora se anuncia con el nombre de *Sab*, tenía para nuestro interés y nuestra curiosidad nuevos y poderosos estímulos. Es su autor una señorita: es la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, ya tan ventajosamente conocida por composiciones poéticas de un mérito poco comun; y esta señorita, esta

poetisa, esta escritora, es nuestra amiga; circunstancia que podrá parecer acaso un obstáculo para nuestro imparcial juicio, á los que no sepan que el afecto con que la jóven escritora nos distingue, es demasiado noble y tierno, para que pudiera menoscabarse en lo más mínimo, aunque nos viéramos en la precision de ser, al juzgarla, severos.

Afortunadamente no nos vemos en esa precision. Afortunadamente parte de nuestras esperanzas se han realizado. Es verdad que estas esperanzas no podían ser muy altas desde las primeras líneas de su prólogo. *Sab* se anuncia sin pretensiones, como un juguete, como un ensayo, como un pasatiempo en ratos de ócio de años muy juveniles de la autora; cuando su estilo y su gusto literario no estaban formados todavía; cuando sus piés no habian pisado el suelo de la vieja Europa; cuando sus ojos no habian visto el cuadro de esta antigua sociedad; cuando su alma acaso no conocía más que un sentimiento y una pasion.

No: nosotros desde luego no buscamos en *Sab* la novela: buscamos al novelista, y no le buscamos en vano. El novelista le hay: con la novela no podemos ser severos. Pero nos dá el derecho de serlo con otra que de su pluma salga, porque culpa será suya, si la que escribió algunos capítulos de *Sab* no dá á otra obra de más conciencia y de más estudio, toda la superioridad á que debe aspirar y llegar sin duda.

No es *Sab* una novela española, ni ménos inglesa ó francesa. *Sab* es una novela americana, como su autora. No es una novela histórica, ni de costumbres. *Sab* es una pasion, un carácter nada más; un carácter ideal sin duda, un carácter demasiadamente excepcional; y este es,

á nuestro entender, el principal defecto de la produccion que nos ocupa. Un carácter, que en cualquiera clase y raza que se escogiera, podria parecer exagerado, escogido entre los esclavos y los mulatos, debe parecer falso; y las nobles pasiones que se nos pintan en el corazon del generoso africano, á fuerza de querer ser realzadas y puestas en contraste con su triste condicion, pueden no ser comprendidas.

No es la novela la obra más á propósito para luchar con las creencias ó con las preocupaciones muy generalizadas; y lo está mucho la que condena á la inferioridad de sentimientos y de inteligencia á la raza negra. Nosotros no sabemos si las almas tienen color, como nos inclinamos á creer que tienen sexo; pero ningun pintor hasta ahora se ha atrevido á pintar en la gloria un serafin de tez de cobre, ni entre las legiones precitas una cabeza de rubios cabellos y de cútis nacarado.

Ya se vé. El sentimiento que respira en la obra de la señorita de Avellaneda, es muy natural, muy generoso en ella. El primer espectáculo que se hubo de ofrecer á sus ojos en aquellas regiones, y herir desde sus más tiernos años su sensibilidad, fué el espectáculo de la esclavitud. ¡Espectáculo horrible, tan humillante para el siervo como para el señor; espectáculo que subleva hondamente el corazon del hombre, y hace necesarias toda la fuerza del hábito, toda la dureza del cálculo, todo el egoismo del interés, para que el horror que infunde, se modifique!

Bajo esta impresion profunda está concebida la novela, ó más bien está escogido su héroe, Sab, el pobre esclavo que se enamora de su señorita, y que devorado de celos y abrumado con la idéa de que el amante, que va á ser su

esposo, es indigno de ella, y no puede hacer su felicidad, no sólo no estorba su union, sinó que pone los medios de que se realice, y sacrifica á esta idéa su fortuna y su vida, pudiera haber sido tomado en otra condicion y en otra sociedad; y acaso, á lo ménos entre nosotros, puede ser que tuviese más interés, teniendo más verosimilitud.

Por lo demás, el carácter y la pasion de Sab, que es toda la novela, están descritos con un pincel de fuego. Hay páginas magníficas, hay rasgos sublimes. Cuando Sab refrena sus ímpetus homicidas á vista de su dichoso rival postrado y moribundo, con la esperanza de tomar más sangrienta venganza en que al fin será conocido y despreciado, todo un carácter se dibuja en esta pincelada, digna de Otelo. Cuando el pobre esclavo lo inmola todo á la felicidad imaginaria de Carlota, y se deja morir por no arrancar de sus ojos la venda que puede hacerla feliz por dos ó tres años más, es sublime sin duda.—"¡Es un crímen anticipar á un mortal la hora de su triste desengaño!"—Sólo quien no tenga el corazon ulcerado por este mundo de ilusiones,—donde, muy al revés de lo que dijo Boileau, todo es bello ménos la verdad,— podrá desconocer la profundidad de esta máxima.

Es el estilo, en general, animado, flúido y corriente; pero á veces más desigual, y con más hondas caidas de lo que quisiéramos, en el libro de una persona, que escribe inspirada y admirablemente prosa más bella todavía que sus versos. *Sab* tiene algo de la incorreccion de la juventud, algo de la amable versatilidad de la mujer, y la desigualdad acaso de aquellos climas tropicales donde fué escrita. Hay en ese libro páginas nubladas y fatigosas, como algunos dias de aquellas ardientes zonas; pero á poco sale el sol, puro, radiante, abrasador, y se ostenta

por él bañada la espléndida y lujosa vejetacion de aquel suelo, donde las palmas

Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas de Oceäno
Bajo un cielo purísimo se mecen.

Las descripciones son muy bellas. En el primer tomo hay una tempestad que sofoca al lector; y son tanto más notables y de mayor mérito estas pinturas, cuanto no hay en ellas pretensiones, ni se aspira á la exageracion y afectada originalidad que pudiera haber tentado á la jóven escritora, tratándose de un país vírgen y poco conocido, y en cuya descripcion pudiera haberse dejado llevar del peligroso impulso de imitar la manera de Chateaubriand. Uno de los mayores méritos de este ensayo es la sencillez.

No lo es sólo en el lenguaje: la accion tambien es sencilla; y tanto, que el primer tomo nada perdería acaso en tener más pormenores, y dejarla correr ménos desembarazadamente. No hay enredo, no hay drama, no hay arcanos, no hay peripecias sorprendentes; y hay interés, sin embargo, y hay en las partes de esa narracion tan sencilla, una trabazon admirable. El final sorprende por lo natural. Aparte de la muerte de Sab, nada sale del órden comun; y sin embargo, queda de ese libro un sentimiento profundo y una memoria de dolor que no se espera, ni debiera resultar de un desenlace, que podria parecer frio y lánguido á los ojos vulgares.

En esa interesante historia de una familia criolla suceden grandes desventuras, y sin embargo, no hay ningun malvado, no hay ningun crímen. El mismo Enrique Otway

no es un perverso; es solamente un personaje prosáico, un buen comerciante, para quien el libro de la vida no deja de ser un libro de caja, en donde todas las partidas se asientan en guarismos, inclusa la de su matrimonio. Los asesinos, los malvados, los traidores de esta composicion, son las pasiones, los caractéres, el alma volcánica de Sab, el carácter ideal de Carlota, la concentrada severidad de la pobre Teresa. Este es un mérito, un gran mérito sin duda, y rogamos á la señorita de Avellaneda que así lo crea, y que no lo eche en olvido en sus demás producciones.

Para que resulten grandes sucesos no tiene necesidad el génio de emplear el puñal ni el veneno. Ponga almas tiernas en la escena, corazones verdaderamente apasionados, caractéres ardientes y generosos; y el infortunio, las lágrimas, el interés brotarán de suyo bajo su pluma. No tema la señorita de Avellaneda la censura que puedan hacerle de exageracion ó de inverosimilitud.

Recuérdasenos lo que decia Larra en uno de sus folletines sobre *Los Amantes de Teruel* al Sr. Hartzenbusch: "á los que digan que nadie se muere de amor, no les contesteis; sería inútil."—¡Oh, sí; tenia razon aquel desventurado! Las pasiones son de todos los siglos. Lo mismo matan hoy que hace dos mil años. Sí, nosotros creemos que hay todavía quien se muere de amor, aunque no tenga el valor de confesarlo ante una sociedad, que en masa ridiculiza las pasiones, aunque individualmente las siente y las llora.

Lo que lamentamos amargamente en el carácter de Sab, es que aquel desgraciado, tan noble y tan virtuoso, no tenga siquiera el consuelo de saber de dónde le viene tanta virtud y tanto esfuerzo. Aquel hombre, tan solo y desamparado en el mundo, no se acuerda nunca de vol-

ver sus ojos al cielo. Cree que su pasion es bastante para todo el sacrificio que se impone, y permítanos nuestra amiga decirle que esto no es verdad. Sab muere como Bruto, mártir de la virtud y blasfemando de ella; porque no encuentra á la virtud bastante digna de inmolarla su felicidad, su esperanza y su vida. En efecto, no lo es la virtud del mundo; pero sí la virtud del cielo, la virtud de la Religion.

Sab espira creyendo en el poder de su orgullo. ¡Triste palabra, que quisiéramos ver reemplazada con la esperanza en el Dios de los justos! La religion de Teresa no hace ménos falta al pobre mulato; y en lugar de aquella Martina, cuyo episódio nos parece un lunar de la obra, hubiéramos querido mejor ver á la cabecera de su lecho de muerte la imágen de la Madre del Redentor, cuyo culto debe ser tan tierno, tan consolador para los esclavos sin ventura y sin madre.

Nos hemos atrevido á hacer estas reflexiones, porque no creemos que *Sab* sea la última produccion de este género que hayamos de deber á la pluma de la señorita de Avellaneda. *Sab* es un cartel, es un heraldo, que anuncia á la literatura española la existencia de un novelista. *Sab*, á pesar del calor de alma con que está escrita, á pesar de las inspiraciones de sentimiento que la animan, de los destellos de génio que en ella chispéan, no es á nuestros ojos la obra: es el prefacio. No es el sol todavía; pero es la aurora.

Nosotros tenemos motivos para creer que el dia que anuncia será bello y magnífico, aunque en esos ardientes celajes ya se vislumbre que habrá horas de tormenta, y que más de una vez surcará la esfera el rayo, y barrerá el suelo el huracan de los trópicos.

POESIAS

DE LA SEÑORITA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA. [1]

Esfuerzo es de valor, tanto como de talento y de génio, dar á luz en estos malaventurados tiempos un libro de poesías. Hay algo de heroismo literario, algo de verdadera abnegacion en quien se atreve á poner su firma al pié de una coleccion de versos. Precisa es una vocacion irresistible; preciso es que el corázon se vea arrastrado por una pasion, que no prevé ni calcula, que ningun placer ni satisfaccion alguna, más que la pasion misma, ha de venir á recompensar.

¡Un libro de poesías! ¿Á qué fin, ni para qué objeto le arroja el poeta enmedio de esta fútil y prosáica sociedad, enmedio del siglo positivo y financiero, enmedio de la literatura convertida en industria, á los piés del altar solitario del arte, condenado al olvido, ú objeto del desprecio?

Quien á tal se arroja, hechas tiene las pruebas del desinterés de su corazon, de su talento y de la pródiga riqueza de su alma desprendida. Ninguna recompensa le espera, ninguna!.... ni la palma celestial del génio, ni aquellos aéreos perfumes de que vivian, como en su empíreo las deidades, los númenes de la imaginacion, que en los anti-

[1] Juicio publicado en El Conservador.—23 de Enero de 1842.

guos tiempos elevaba casi á su igual, y ceñía tambien con una corona de inmortalidad, la admiracion de un pueblo encantado y seducido.

Ahora no hay gloria. Ahora las artes no tienen templo, ni tienen culto: sus ántes reverenciados sacerdotes, convertido se hán en retirados y oscuros ermitaños, que han llevado á una escondida gruta su divinidad querida. Ahora no hay para ellos aplausos ni coronas. Ahora sólo les esperan, de un lado la crítica, armada de su tienta dolorosa y de su anatómico escalpelo; del otro, la ironía y el sarcasmo de la sociedad, que sin leerlos los juzga, y sin examinarles los condena.

¡Poeta!.... Este nombre tiene que ocultarle el triste que le lleva; tiene que rechazarle con desden el que sin embargo se afanó tan largos dias, y soñó tantas noches sólo por merecerle. Este nombre es para su felicidad un anatema; para su reputacion un escándalo; acaso hasta para su virtud y su moralidad, una mancha.

Sed poeta!.... cantad las maravillas de la naturaleza, las borrascas del corazon, las tristezas del alma, las esperanzas del cielo, ó la desesperacion del mundo; y en respuesta á vuestros cantos, y en eco á la expresion de vuestros afectos, os negarán la posibilidad de sentirlos. Sed poeta, describid las pasiones; que no creerán en las vuestras. Sed poeta, y hablad de virtud; que os llamarán hipócrita. Sed poeta, cantad el nombre de Dios; que os llamarán atéo. Sed poeta, dad al viento los ardientes suspiros de amor; y ninguna hermosura creerá que podeis consagrarle vuestro corazon. Sed poeta, y no halle vuestra ideal fantasía bastantes placeres en la vida, bastante alimento para vuestro insaciable corazon; y ocultad cuidadosamente vuestro tédio y vuestro desaliento; llenad, aunque

sea de piedras, vuestro vacío; secad vuestras lágrimas, y no consagreis ni un suspiro á las ajenas; reíos y mostraos jovial y dichoso á la faz del mundo;..... porque vendrán los hombres positivos á probaros que sois feliz, á llamar manía vuestra tristeza y ridiculez vuestro dolor; porque vendrá la crítica á deciros que este—que la misma Religion llama valle de lágrimas,—es el mejor de los mundos posibles. Sed poeta, y dad á luz vuestros cantos; los sábios de los grandes volúmenes os llamarán compasivamente superficial, y deplorarán un talento perdido. Sed poeta, y publicad un libro, si los aterrados libreros se han decidido al arrojo de imprimirle; y os habréis incapacitado ante el mundo para todo lo que exige y supone ciencia, gravedad, perseverancia, estudio, conciencia, acaso virtud.

Pero sobre todo, sed poeta mujer; y á todas las desgracias y miserias de vuestro sexo, y á todas las agitaciones y tristezas de vuestro corazon, añadid una más grande todavía. Cuando la preocupacion de los hombres no os dispute la originalidad de vuestro génio, la de vuestro propio sexo os condenará á la pena, que en el pueblo de Aténas alcanzaba á todos los que por alguna calidad eminente se elevaban sobre los demás. No será el desprecio, no, que tanto no pueden; pero sufriréis el ostracismo.

Y sin embargo, preciso es que haya un encanto irresistible todavía en esta inclinacion que á ser poetas, y á confesarlo, y á gloriarnos de ello nos arrastra; cuando, á pesar de tantos obstáculos como se les oponen, y del triste galardon que las espera, hay almas todavía en gran número, que se inmolan generosas y ardientes á la profesion de tan austero sacerdocio; cuando enmedio

del frio de esta sociedad, helada por el positivismo egoista que forma su base, no se apaga aun el fuego sagrado del altar de la poesía; cuando todos los años vemos aparecer como brillantes y esparcidas chispas, multitud de colecciones de versos, que para sostener y conservar el culto del arte, basta que se escriban, ya que por desdicha no podamos asegurar que se lean.

No siempre son, á la verdad, centellas ardientes ó luminosas antorchas: hay tambien en esas apariciones, exhalaciones fosfóricas que cruzan las nubes, fuegos fátuos de aquellos que se ven alzarse efímeros en los cementerios. Pero sinó siempre alumbran ó calientan esos resplandores, revelan á lo ménos, á trechos y á ráfagas, la electricidad de la atmósfera; nos vienen á decir todavía por intervalos que hay en el corazon sentimientos, idealismo en la imaginacion, amor en la vida, calor en el alma: vienen algunas noches á arrullar el sueño en que el hielo del mundo nos aletarga, con dulces cantos y brillantes notas, que nos hacen ver ilusiones y maravillas, aunque al despertar nada veamos, y nada por desgracia escuchemos.

La poesía, enmedio de lo positivo de la ciencia y del mercantilismo del arte, es como una de esas hermosuras coquetas que aparecen en la sociedad para desgracia de los hombres sensibles, y por las cuales, á su pesar, se mueren, y no obstante el ridículo del mundo, arrostrando burlas y desdenes, se sacrifican; mientras que tal vez otras bellezas ménos caprichosas y esquivas, que les brindan caricias y favores, suspiran desatendidas ó lloran abandonadas. No les importa su desgracia, ó el disfavor de su ídolo. Su placer es su pasion propia; su deleite, su mismo sacrificio.

¡Y todavía se quiere que la crítica se ensañe con los poetas! ¡Todavía se pretende que la pedantesca gravedad de la ciencia los proscriba, que la moral los destierre, como Platon de su república! Son sus libros acaso los únicos en que se revela sin disfraz el corazon: ¡y se les ha de poner en ridículo á nombre de esa verdad de convencion que reina en la sociedad! Son sus producciones acaso el último asilo adonde se ha refugiado la originalidad de nuestra literatura; ¡y se ha de decir que la corrompen! Son sus cantos la única protesta del espíritu que cree, y del corazon que siente, contra el escepticismo del siglo y el egoismo del mundo; ¡y se les ha de despreciar todavía como vanos y estériles y perniciosos!

"¡Hay tantos poetas!" decís con desden.—¿Y porqué no guardais con más razon esa desdeñosa pedantería, para decir, ¡hay tantos filósofos, tantos políticos, tantos oradores, tantos publicistas!.... y la verdad y la prosperidad de los pueblos, y la felicidad del género humano no adelanta un paso con sus vanas teorías, con sus reformas efímeras y sus revoluciones ominosas!—Á lo ménos la poesía no tiene tan altas pretensiones. Guárdese, pues, vuestra severa censura para los errores detenidamente pensados; quédense vuestras invectivas para la inmoralidad fria y calculada, para las teorías anárquicas, para la filosofía atéa, para la moral disolvente.

Los poetas, los artistas, los cantores de lo ideal y de lo bello, los escritores que hacen vibrar todavía las flojas y enmohecidas cuerdas de nuestro corazon; los que prefieren al peligro de los extravíos de la inteligencia las emociones del sentimiento, bien venidos sean..... enhorabuena vengan! Nunca les diremos nosotros que *hay muchos:* nunca serán para nosotros bastantes. Nunca nuestra crí-

tica les condenará desdeñosa, sólo por el arte divino que cultivan, nuestro arte querido, nuestra primera pasion literaria, aunque despues, — á pesar nuestro y con harta amargura! — hayan venido otros estudios y otras taréas á ocupar nuestra inteligencia, y á surcar de precoces arrugas nuestra frente.

Y venga en buen hora, y bienvenida sea, descollando entre el coro de nuestros jóvenes poetas, la jóven y brillante Poetisa, cuyo libro anunciamos al frente de estas líneas. Venga: que nada tiene que temer de nuestra crítica ni de nuestra censura. Hace tiempo que esperábamos la ocasion de consagrarle el láuro debido á su mérito. Hace tiempo que hemos anunciado su nombre. Los bellísimos destellos de su génio han hermoseado más de una vez nuestras columnas, y amenizado nuestras taréas [1].

Nuestro fallo no puede ser dudoso; nuestro juicio está hecho muy de antemano. Porque acaso parezca — por esta razon misma — un tributo de gratitud, no es un juicio de parcialidad. Cuando vamos á calificar como una joya preciosa de nuestra literatura el libro de la SEÑORITA DE AVELLANEDA, no es sólo ciertamente porque hayamos mostrado de antemano alguna de las brillantes perlas que le adornan. Por el convencimiento de su mérito las habíamos insertado: ahora que ella las ha publicado y reunido, inconsecuencia sería que no se le concediéramos, y no le ensalzáramos en todo su alto y relevante valor. Prueba hemos dado de que la amistad no nos ciega, de que el entusiasmo no nos impone deberes de adulacion. Con la autora de *Sab* más severos hemos sido acaso que indul-

1 Las de EL CONSERVADOR, Revista que escribia el Sr. Pastor Diaz en 1841 con los Sres. Pacheco y Cárdenas, y para la cual vió la luz pública este artículo.

gentes. Con la inspirada Poetisa no tenemos que faltar á la crítica entonando en su justo loor un canto de alabanza, y consagrándole por todo análisis un sincero y desapasionado tributo de admiracion.

No somos nosotros solamente los que emitimos este juicio; por eso le asentamos con toda confianza. Un célebre Poeta,—acaso el más distinguido entre todos nuestros líricos contemporáneos, y que aun entre los antiguos puede contar pocos rivales;—un Poeta, que conservando en su vigorosa ancianidad toda la frescura y lozanía de las inspiraciones de su juventud, no puede creerse que paga en sus juicios tributo á la debilidad de los años; un Poeta, que conservando como una tradicion viva entre nosotros, jóvenes é innovadores, la severidad del gusto clásico, la belleza pura de las antiguas formas, la robustez del lenguaje y la fuerza del pensamiento de nuestros autores del siglo XVI, no puede ser tachado de que se deja contaminar por el espíritu de nuestro siglo, y por las preocupaciones de nuestra literatura; el respetable DON JUAN NICASIO GALLEGO, cuyo nombre hemos leido con placer y veneracion al pié del prólogo con que se encabeza el libro que anunciamos, no ha vacilado en afirmar *que nadie, sin hacerla agravio, podrá negar á la señorita de Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.*

Nosotros extenderémos á más nuestras alabanzas: nosotros tampoco vacilamos en asegurar que la preciosa coleccion á que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangon con las colecciones de mayor mérito que han dado á luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginacion,

en talento, en génio. Ninguno, en la grandeza, elevacion y originalidad de los pensamientos; ninguno, en la robustez y valentía de la expresion; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes; ninguno, en la belleza y en la variedad de las formas; ninguno en la espontaneidad de la inspiracion; muy pocos y contados, en la filosofía y profundidad de sus conceptos, en la extension y transcendencia de sus idéas.

Ábrase por donde quiera su libro, y no tenemos haber de retractar nuestras alabanzas ante las pruebas de él sacadas. Haríamos un artículo interminable, si con ellas hubiéramos de corroborar nuestros asertos, porque tendríamos que trasladar á nuestras columnas su libro entero: habríamos de copiar íntegros sus bellísimos sonetos, modelos algunos de perfeccion, como el que encabeza sus versos, dando en él la Autora un triste adios á Cuba su Pátria; como el que se intitula *En una tarde tempestuosa*: habriamos de reproducir sus vagas letrillas, entre las que descuella el *Paséo por el Bétis*, *Á la mariposa y el ruiseñor*; ó los sentidos romances *Á un gilguero*, *Á un niño dormido y Á su Madre en sus dias*; y sobre todo tendríamos que insertar las composiciones profundas, fantásticas y elevadas, en que la Autora se deja arrebatar á la altura de la más ardiente y sostenida inspiracion.

Nada más grande y poético que su oda AL MAR; nada más ardiente y apasionado que los versos Á ÉL; nada más sentido y dulcemente melancólico que las bellísimas estrofas Á LA ESPERANZA, ó la triste elegía que lleva por título CONTEMPLACION; nada más vago y puro que su himno á LA LUNA, ó más fantástico que su INSOMNIO Ó LA SERENATA, ó más acabado y perfecto en versificacion y

estilo que las magníficas octavas AL GÉNIO. Nuestros lectores conocen ya la composicion titulada AMOR Y ORGULLO, esa composicion que sólo una mujer puede escribir. Á nosotros nos parece una de las mejores de la coleccion, y que bastaría por sí sola para dar á su Autora el nombre de Poeta, y asegurarle el lauro de una gloria duradera.

Y no es solamente siendo original cuando brilla su génio, y aparece como eminente artista. Hay traducciones que revelan tan grande talento como sus más bellos originales. Léanse algunas de Lamartine, especialmente la dedicada á BONAPARTE; la POLONIA, traducida de Víctor Hugo, y se conocerá cuanta facilidad y estro y númen abriga quien tales dificultades supera. Sobre todo es á nuestros ojos de relevante mérito la imitacion de Víctor Hugo titulada LOS DUENDES, que ha merecido del Sr. D. Juan Nicasio Gallego una censura, con la cual no podemos convenir. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de este fantástico capricho, y aunque á nosotros tambien nos ha parecido en el original un tanto extravagante, creemos que la traduccion ha hecho desaparecer las rarezas que le aféan, y que hay verdad y armonía y naturalidad en esa descripcion de las abultadas ilusiones de una noche agitada, en que la fantasía presta cuerpo real y formas temerosas á las molestas é informes idéas que sobre ella cruzan. Enhorabuena que califiquen esos versos como ridículas quimeras, los que tienen la fortuna de dormir siempre tranquilos un apacible y sosegado sueño, ó de trasnochar en una vigilia serena. El autor de estas líneas tiene la desgracia de haber sentido pasar muchas veces sobre el lecho de sus delirantes insomnios algunos *enjambres de duendes*.

Han tachado algunos los versos de que nos ocupamos,

de que falta en ellos aquella suavidad y ternura, que parecía debia ser el carácter distintivo de la poesía del bello sexo. —No dirémos nosotros que sobresalgan en esta cualidad más que en otras, ni tanto como en algunas. Ni es el sello de estas poesías la languidez, la ternura, ni tiene nada de bucólica, pastoril y afeminada la vigorosa entonacion de la ardiente poetisa Cubana: no hay ley más general en la naturaleza que la ley de los contrastes, ni hecho más constante que las reacciones. Á nosotros no nos parece que cuando una mujer toma la lira, necesaria y fatalmente ha de suspirar amores, ni exhalar blandas melodías. Acordémonos los críticos (los hombres) de la triste condicion del sexo hermoso, del destino nada envidiable que sobre él pesa: meditemos sobre ello, y despues, cuando alguna escritora rompe la coyunda á que las tenemos ligadas, y cede al impulso del estro que la agita, y del númen que de ella se apodera, no esperemos sinó la dureza de la amargura y el arranque de la reaccion en los esfuerzos vigorosos de ese súbdito que lucha, de ese esclavo que se emancipa.

Sin embargo, nosotros no asentimos á que carezcan de dulzura estas composiciones; de aquella dulzura que no está en la fluidez de las palabras, ni en lo almibarado y muelle de los afectos; de aquella dulzura, sí, que reside más honda en la profundidad del sentimiento y en la verdad de la situacion. Versos hay muchos en las composiciones que hemos citado, que han hecho asomar á nuestros párpados suaves lágrimas, y en cuya lectura hemos buscado alguna vez blando consuelo, ú apacible reposo á penosos accesos de congojoso esplín ó de lánguida melancolía.

Otros nos han hecho la observacion de que si estos ver-

sos son siempre buenos como versos, las composiciones no son á veces, como tales, acabadas, ni tienen siempre la unidad y las proporciones que les corresponden. Nosotros no creemos que la señorita Avellaneda haya llegado á la perfeccion y altura á que puede y debe encumbrarse; pero confesamos tambien que es muy aventurado analizar en una situacion tranquila las proporciones de lo que se escribe en la agitacion del estro poético, ó en los arrobos del entusiasmo; y que la inspiracion tiene su lógica peculiar, su unidad que le es propia, y que no percibe jamás quien no se entusiasma, ni se inspira.—Los poetas no escriben para esas almas.

No, no serémos linces para los defectos, lunares, é incorrecciones que podrán tener estos versos; tanto más cuanto que podrémos haber sido topos para sus bellezas. No es la taréa nuestra la crítica de los preceptistas ó de los gramáticos. Á las producciones del género de la que analizamos, cumple otra crítica del corazon, del sentimiento. Crítica sin embargo más severa, más exigente, más escrupulosa todavía. La obra de la señorita de Avellaneda puede arrostrarla sin temor, y salir de ella espléndida y acrisolada. Nosotros creemos cumplir un deber en asegurarlo así, y en que nuestras manos puedan colocar una flor en la corona que de hoy más ciñe su hermosa frente.

Sólo sentimos que nuestro juicio no pueda tal vez servirla de consuelo, y que siendo de amigo, nuestro testimonio pueda á ella misma parecerle parcial y apasionado. Rogámosla empero que cuando oiga zumbar al rededor los murmullos de los que llaman fútil, y vana, y frívola á la poesía, recuerde que á las más grandes obras de la ciencia antigua han sobrevivido inmortales algunas frí-

volas letrillas de Anacreonte, y que no han perecido con los gigantescos monumentos de la grandeza romana las odas del flexible Horacio, ó los suspiros que exhalaba Tibúlo en el gabinete de Délia. Recuerde que acaso cuando la posteridad haya olvidado las estrepitosas cuestiones á que se dá hoy tan gran importancia en las regiones de la ciencia y de la política; cuando ni los nombres se sepan de los estadistas y oradores que tanto figuran hoy en la escena del mundo, y mil volúmenes de moral y derecho político duerman en el polvo de las bibliotecas, leeránse quizá todavía algunas estrofas de versos de los que en este período se han publicado, y el nombre de sus autores podrá sobrevivir á muchos nombres muy famosos hoy.

Por último, si la preocupacion ó la rutina hacen sonar en su oido que la ocupacion de hacer versos es incompatible con las taréas de su sexo, tambien á nosotros nos lo han dicho tanto alguna vez respecto á las del nuestro, que hemos abandonado ingratos nuestra aficion. Y despues de habernos engolfado en sérios estudios, en profundas meditaciones; despues de haber invertido algunos años de nuestra vida en el asíduo cumplimiento de graves deberes; despues de haber sido alguna vez hombres públicos, alguna escritores políticos; hemos vuelto muchas los ojos al dichoso tiempo de nuestros amores con las musas; hemos apreciado cada vez más los purísimos é inefables placeres del entusiasmo de las artes, y envidiamos ahora más que nunca, la facultad de hacer versos tan bellos como los de la amable y hermosa amiga, á cuyo talento, y á cuyo triunfo consagramos estas líneas.

LA ALHAMBRA.—GONZALO DE CÓRDOBA.—EL CID. [1]

PORQUE TAMBIEN PARA EL SEPULCRO HAY MUERTE!

ha dicho Quevedo en uno de sus sonetos. Y era Quevedo génio muy profundo, y poeta de muy graves inspiraciones.

Hay, en efecto, tambien muerte para las tumbas, aun para las más gloriosas, para las más magníficas y colosales. Los sepulcros gigantescos de los egipcios quedan; pero los nombres de sus huéspedes han desaparecido.

¿Dónde están los antiguos monarcas del Asia, los que levantaban inmensas moles para perpetuar su memoria; aquellos grandes y Príncipes de la tierra que, segun la expresion de Job, *ædificabant sibi solitudines;* los Ninos, las Semíramis, los Sardanápalos, los Ciros, ¿dónde están? ¿Dónde están los guerreros de Ilion, los semi-dioses de la Grecia; Príamo y sus cincuenta hijos? ¿Dónde están Jerjes y Leonidas, Temístocles y Arístides, Darío despues, y el grande Alejandro, y Aníbal, y César, y Pirro?.... ¿Qué se han hecho?

Los inmortales génios de las artes tambien han desaparecido. Homero y Eurípides, y Demóstenes, y Aristóteles, y Ciceron reposan ignorados. La muerte ha pa-

[1] De EL HERALDO, periódico político, que se publicaba en 1842.

sado su guadaña sobre todas esas cenizas, sobre sus osamentas sagradas. Veinte, treinta siglos, ochenta, cien generaciones..... y nada queda ya de sus restos! Esas generaciones son como los años de la vida natural de esos sepulcros.

Pero, á lo ménos..... la vivieron! Si la Providencia puso un límite y señaló una duracion á los monumentos de los hombres, monumentos hay que han cumplido sobre la haz de la tierra los dias que les fueron contados para memoria ó para enseñanza de las generaciones. Pasaron, como los pueblos que los dieron ser y renombre; pasaron, con la influencia de las acciones ó de las obras á que habia presidido su génio, con las religiones que habian consagrado sus tumbas. Desaparecieron aquellos restos cuando llegaron tiempos en que pudieran ser profanados ó escarnecidos.

Pero vinieron tambien horribles períodos, en que así como la muerte entregó á los hombres su guadaña, para que segara en ciernes una mies verde todavía de existencias floridas y de generaciones lozanas, cedió á su vez el tiempo su hoz para que no quedaran de esas generaciones proscritas, *ni aun las piedras que de ellas se escribieron*, y que no habian criado musgo. Á la aparicion de esos períodos de cataclismo, en que para variar la superficie del mundo físico y las relaciones del mundo moral, era preciso acelerar la vida de los hombres, correspondieron siempre fenómenos necesarios para extinguir tambien los monumentos, y romper así la cadena de las tradiciones que conservan las sociedades.

Los medios de la Providencia no fueron siempre iguales, ni los ejecutores de sus terribles decretos llevaron siempre unos mismos nombres. Á veces anunciaron re-

sueltamente su mision y su destino; otras le encubrieron bajo formas de hipócrita falsía. Á veces fueron las guerras y las leyes; á veces, las revoluciones. Llamáronse unas veces bárbaros; diéronse á sí mismos el título de *azote de Dios*: otras se anunciaron como reformadores y filósofos. Eran en unos siglos godos, hunnos, vándalos, turcos: llamábanse Alaricos, Atilas, Genseríicos, Otman, Timur. Despues se apellidaron jacobinos, demócratas: eran Marat, eran Saint-Just, eran Robespierre y Danton, y Santerre, y Carrier, los nombres de los nuevos destructores, de los que cubrian la tierra de cadáveres, y desenterraban los sepulcros; de los que abrian fosos inmensos para millares de víctimas, y desalojaban de sus muertos las catacumbas de Roma ó de Paris; de los que arrasaban la costa de África, ó las márgenes del Loira ó del Ródano: de los que esparcian al viento las cenizas de los emperadores romanos, y convertian en establos los templos de los dioses: ó de los que hozaron como hienas el panteon de San Dionisio, y arrojaron en un muladar los restos de Luis XIV y de Catalina de Médicis.

Nuestra nacion no podia quedar exenta de esta ley, ni dejar de reproducirse entre nosotros el fenómeno que ha acompañado siempre á todas las revoluciones, como coinciden las tempestades del mar y de la atmósfera con la explosion de los volcanes y con las sacudidas de los terremotos.

Cuando se dió entre nosotros la señal de la revolucion, empezó la época del vandalismo. Brilló como un fugaz relámpago la matanza, y se oye todavía un sordo trueno de demolicion que no cesa. Las eminencias sociales han caido: preciso es que caigan tambien las piedras que se elevan. Los castillos feudales se habian desmoronado ya,

cuando los nobles se hicieron cortesanos. Las catedrales van faltando ahora, como los Obispos.

Los hombres más eminentes han emigrado á tierras extrañas, como los magníficos cuadros han sido vendidos al extranjero. Los gigantescos monasterios, las torres maravillosas, los colosales campanarios, los afiligranados chapiteles se rajan, y se hunden y se derriban, y se destechan por todas partes, como las instituciones. Los piadosos cruceros, los pilares históricos, los tradicionales rayos, son arrancados como padrones de infamia; ¡y gracias cuando un magnífico claustro se conserva para cuartel, ó cuando á la venerable soledad donde murió Cárlos I, el grande Emperador, le cabe el destino de ser una hilandería de sedas!

La revolucion gana más terreno todavía en esas mansiones solitarias, donde no luchan con ella las fuerzas de la vida. Siquiera los hombres combaten, y las instituciones resisten; pero los monumentos ceden..... y los muertos no se levantan! Para derribar una cúpula no es preciso ser arquitecto; y tal se atreve á manosear las reliquias de un héroe, que no fuera capaz de mirarle en vida cara á cara.

Pero es triste y doloroso,—por más que sea fatal!—el hecho á que aludimos, y el sistema de barbárie que revelamos. Es horrible de ver ese espíritu de vandalismo y de profanacion, por la razon misma que dejamos consignada; porque cuando los ultrajes no se pueden rechazar ni castigar, á la intencion de la maldad acompaña la vileza de la cobardía.

Todos los séres débiles son sagrados. La sociedad ha tomado siempre bajo su proteccion á los niños, á las mujeres y á los ancianos. Sobre los muertos han tendido su manto todas las religiones; para que cuando les faltase

la memoria de los hombres, los amparase la presencia de Dios. La Religion cristiana, plantando su cruz sobre las tumbas, habia confiado al ángel de la muerte el depósito que no era bastante á guardar el génio de la gloria.

Por eso, cuando se ofrecen á nuestros ojos las tristes profanaciones de que somos testigos, no sólo lloramos porque vemos eclipsarse sobre nuestro horizonte el último crepúsculo de la gloria; sinó porque nos parece que la Religion nos abandona. Á cada golpe de piqueta, á cada choque del martillo, á cada estallido de techo que cae, ó de piedra sepulcral que se arranca, nos parece oir aquella tristísima voz que gritaba un dia al mundo pagano: "¡Los dioses se van!"

Esas antiguas obras, esas vetustas piedras son como los edificios de las generaciones que nos precedieron, como las señales y mojones del camino de la humanidad, que va andando delante de nosotros. Al arrancarlas y demolerlas, conviértese en solar ruinoso, y en desierto sin huellas ese camino. Destruyendo esos monumentos, rompemos con lo pasado, y vamos solos, vamos nosotros los primeros; como van los salvajes, como van los pueblos bárbaros por sus páramos, sin recuerdos, sin nombre, sin pasado! Esa renovacion de los destructores de lo antiguo, es para los pueblos como sería para un hombre quedarse de repente sin memoria; sin memoria de cabeza, ni de corazon; sin idéas y sin afectos.

¿Qué es España sin esos recuerdos históricos, sin esas religiosas tradiciones? ¿Qué somos hoy nosotros,—nosotros más que pueblo alguno,—nosotros, que más que por lo presente, pertenecemos á Europa, y á la civilizacion por lo pasado? La historia de nuestros dias puede explicarse sin España. La historia de los períodos que prece-

dieron, no existe sin nuestros sucesos y sin nuestras armas; sin nuestra Religion y nuestros libros. ¿Qué es España sin el Cid y San Fernando? ¿Qué la Europa, sin Gonzalo de Córdoba, Cárlos V y Felipe II? ¿Qué es la civilizacion sin la América? ¿Qué es la literatura de la Edad media sin los árabes; la literatura moderna, sin Calderon y Cervantes?

¿Y qué nos queda hoy de todos esos sucesos y de todos esos grandes hombres? Sus reinos y sus conquistas las perdimos. Ya no mandamos en Méjico, ni en los Ándes, ni en el Escalda, ni á los piés del Vesubio. De todas esas tierras y naciones, de todos esos periodos de esplendor y de grandeza, no nos quedan más que unos nombres y unas letras y unos huesos, unos palacios abandonados que se desmoronan, unos lienzos que se venden, unos sepulcros que se van quedando vacíos.

Y no nos lamentamos de un hecho supuesto, no. Pudiéramos citar infinitos é inmediatos, que tejieran una crónica espantosa de vandalismo y de profanaciones. Sería horrible el cuadro que presentáramos. Preguntad á Sevilla, preguntad á Granada, preguntad á Córdoba y á Búrgos; al Escorial y á Simancas; á Guadalupe y á Sobrado; á Santiago y Oviedo; á Valladolid, y á Valencia, y al mismo Madrid, á la capital misma de la monarquía. Registrad todos esos memorables archivos, todos esos panteones ilustres, buscad esos gloriosos letreros, esas venerandas antiguallas, esos nobles pergaminos, esas feudales armaduras. Penetrad en esos templos góticos, en esos alcázares árabes, bajo esos arcos romanos; y decidnos luego dónde ha amontonado más ruinas, y atesorado más sacrilegios la revolucion que nos gangrena, si al aire libre de la sociedad y de la política, ó en esos asi-

los retirados de veneracion y de respeto, en esos santos lugares de gloria y de grandeza, de religion y de poesía.

No los enumerarémos todos: no es posible: no tienen número ni cuento. Hoy sólo señalarémos tres; tres cosas que representan tres períodos de la historia de nuestra nacion: la historia de Castilla, la dominacion árabe, la monarquía española de los Reyes Católicos; el Cid, los Reyes de Granada, el Gran Capitan.

Estos tres grandes nombres están representados en tres grandes edificios. El Cid reposaba en San Pedro de Cardeña: de los Reyes moros quedaba la Alhambra: los restos de Gonzalo de Córdoba se veneraban en San Gerónimo de Granada. ¡Buscad al Cid en su Monasterio, en su panteon venerando!.... ¡Buscad á Gonzalo de Córdoba en el magnífico mausoléo que su Esposa le hizo labrar!.... ¡Buscad en la Alhambra las maravillas de los árabes!.... ¡Os asombraréis..... os horrorizaréis!

"*¡La Alhambra! ¡La Alhambra! Le Palais des Génies,*" hace poco que exclamaba en un arrebato de entusiasmo un poeta extranjero: la Alhambra, Palacio de las Hadas, mansion de encantos, consagrada por la historia y por la poesía, como una creacion fantástica de los cuentos orientales; la Alhambra va á desaparecer, ya que no bajo la piqueta de los demoledores, á impulsos del espíritu renovador de una restauracion sacrílega. Hace poco que insertamos en nuestras columnas la exposicion que con este motivo dirigió al Gobierno la Academia de Nobles Artes de Granada.

"Triste es, decian, triste es en verdad, y mengua para los amantes de nuestra gloria, el ver desaparecer una por una las preciosidades artísticas de la Alhambra, que la constituian un tipo único en las bellas artes de su época.

Inútil será dentro de poco tiempo buscar aquellos preciosos fragmentos de las miniaturas de oro y azul en aquellos colores que resaltaban en los mármoles de sus columnas, en la exquisita lacería de sus techos; porque ó han desaparecido á fuerza del rudo asperon, ó se han cubierto bajo una grosera costra de pintura al óleo!! La precision y exactitud de las formas en las aristas y relieves, ha perecido por este medio bárbaro de limpiar los mármoles.

«Tal es el deplorable cuadro que actualmente presenta ya la fuente de los Leones, rareza artística conocida por todo el mundo, y el admirable Laberinto que forman las columnas de su patio: mutiladas las superficies esferoidales de la fuente, desportilladas las esquinas y perfiles de la inscripcion de alrededor, borrados sus lazos y nexos y perdidos sus contornos: el ignorante cincel del cantero ha desfigurado los ojos de los leones, haciéndolos mas profundos. El mismo deterioro sufren la mayor parte de las columnas del patio en los delicados collarinos de sus fustes hechos á torno, en las inscripciones y hojas de sus chapiteles, en los vestigios de sus caprichosas miniaturas; é igual suerte han corrido las columnas y techos de la galería alta del patio del estanque.»

Si son fundados estos temores, si son ciertos estos cargos que no se han refutado todavía, nosotros clamaríamos porque no se detuviera la accion del tiempo, de la inclemencia y de la soledad. Pediríamos que se abandonara la Alhambra, para que por su propio peso viniera al suelo, ó para que los vaivenes de un terremoto la hundieran. Las ruinas, á lo menos, son grandes, son bellas, son poéticas. Las restauraciones son sacrilegios impíos.—

Trazó á principios del siglo XVI el gran arquitecto y

escultor admirable D. Diego de Silva la grandiosa fábrica del monasterio de San Gerónimo, por órden de los Reyes Católicos; y llegados los muros á cierta altura, en tiempo de Cárlos V, la Duquesa de Terranova, viuda de Gonzalo de Córdoba, pidió al Emperador el edificio.

Hízola donacion de él el magnánimo Cárlos, y concluido el templo á expensas de la ilustre Matrona, fué depositado en él su Esposo en un gran sepulcro, á la entrada de su soberbia Capilla Mayor. Allí durmió tranquilo largos años; allí descansó de sus hercúleas empresas el héroe de Ceriñola y del Garellano. Allí recibió por siglos el homenaje de admiracion y respeto de la posteridad. Aquel templo era su pirámide y su castillo, ya que las almenas de Aguilar habian sido demolidas. En aquel recinto debian haber dado fin sus persecuciones. Pues allí —¡oh mengua!—osaron insultarle muerto los que no pudieron vencerle vivo!....

¡Entrad hoy allí..... y aterraos! El templo suntuoso ha sido desmantelado; los mármoles que decoraban sus altares, han desaparecido. Las paredes están desconchadas; las cornisas y filetes desportillados. La yerba crece por sus derruidos techos, y el agua del cielo cae dentro en copiosos raudales de anchas goteras. Pero mirad el sepulcro: su losa se ha roto; la trompeta del vandalismo del siglo ha sonado para ella ántes que la del Ángel del juicio final. El Gran Capitan no existe allí: nada se sabe de su paradero..... ¡Le han robado!.... ¡Le han desterrado de su última morada!....

El cabello se nos eriza, y la pluma se cae de nuestras manos al anunciar este hecho horrible! Cuando hasta tal punto han desaparecido el sentimiento de la gloria y la veneracion del heroismo, mucho debemos temer por la suer-

te del país. Mas vosotros, los de la seguridad individual de los vivos..... ¿en nada teneis la seguridad de los muertos? ¿Los restos de los muertos no tienen garantías en vuestras cartas constitucionales? Pero qué, ¿las tienen por ventura los héroes vivos? ¿Qué mucho que hayais dejado desenterrar al GRAN GONZALO, vosotros, los que habeis ajusticiado á LEON?

Y el CID tambien, el semi-dios de la epopeya española, la gran figura de nuestra historia, el personaje de tantos romances y de tanta tragedia, la personificacion de todas las grandezas y de todas las virtudes de los tiempos caballerescos, el Cid reposaba de tiempo inmemorial en San Pedro de Cardeña. ¡Y se han atrevido á remover sus cenizas! Nosotros—si, por desdicha, tal hiciéramos—hubiéramos temido que por segunda vez echara mano á su espada el gran Rodrigo, ó que se hubieran desplomado sobre nuestras cabezas, para estorbar tamaña profanacion, las paredes del viejo monasterio. Dicen que se desmoronaba; que aquel memorable santuario amenazaba ruina, y han querido disculpar un sacrilegio con otro mayor.

¡Y qué! ¿Qué importaba que San Pedro de Cardeña viniera al suelo sobre la losa del héroe? Aquel monton de piedras y de ruinas hubiera sido todo él su tumba. ¿Por ventura no lo es todavía? ¿Por ventura son árbitros los hombres de mudar así, á su antojo, el lugar de los recuerdos, que han consagrado tantos siglos y tantas generaciones? ¿Son acaso la tumba del Cid los cinco piés de tierra, que puede ocupar su descarnado esqueleto? No: su sepulcro es San Pedro de Cardeña; aquel vetusto edificio no es otra cosa ya. Sus cenizas podrán estar donde quiera; su memoria está allí. Allí le ha enterrado la Religion, allí le han custodiado los siglos. Allí está su sombra, allí

queda, debajo de aquellos techos ruinosos, al abrigo de aquellos pilares enmohecidos, de aquellos paredones musgosos y cárdenos. ¿Qué importan sus huesos? ¿Dónde encontrarán tumba para ellos!.... ¡Los vándalos que los han profanado, los han depositado en una caja en la casa de Ayuntamiento de Búrgos!

¡En el Ayuntamiento!..... ¡Allí donde se han hecho revoluciones y juntas, allí donde se violaron juramentos, y se execró el nombre de una Reina, allí está el Cid; el Cid, leal hasta el martirio, vasallo hasta el heroismo de la obediencia; el Cid, que mató al Padre de su adorada, por honor, pero que jamás alzó su mano contra el Rey que le ofendía; el Cid, que enmedio de sus fabulosas conquistas, sufrió con resignacion sublime la persecucion y el destierro con que fueron premiadas; el Cid..... trasladado al lugar donde la ingratitud violó á la faz del cielo los más sagrados empeños! ¡El retador de Zamora conducido ahora en hombros de los modernos Vellidos! Á nosotros se nos representa murmurando todavía aquellas solemnes palabras del romance:

Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan,
Que apénas han calentado
La corona en la cabeza.....

Pedimos remedio contra tanto escándalo; alzamos un gemido de indignacion dolorosa contra la manía de estas profanaciones. Para nosotros son el síntoma más horrible del siglo en que vivimos, de la época revolucionaria que atravesamos [1].

[1] No queremos defraudar á nuestros lectores de algunas noticias respecto á este célebre Monasterio de San Pedro de Cardeña, que creemos hubieran sido gratas á su elocuente defensor.

En 7 de Febrero de 1861 se puso á disposicion del Emmo. Cardenal

Y no se nos arguya, en justificacion de algunos de estos hechos, con el ejemplo de los ilustrados franceses, que han ido á desenterrar de Santa Elena el cadáver de Napoleon. Nosotros tambien condenamos este hecho. No vacilamos en decirlo: Napoleon debia quedar en Santa Elena. Aquella era su tumba digna, su tumba poética, su tumba grandiosa. La Providencia se la habia dado. Eleven en las orillas del Sena á Bonaparte el templo más suntuoso: siempre será un rincon de una ciudad, una tumba más, entre otras muchas tumbas. Santa Elena, enmedio del mar, separada del mundo entero por centenares de leguas, no era más que el sepulcro del gran guerrero!

¡Magnífico, grandioso, incomparable sepulcro, una ro-

D. Fernando de la Puente, Arzobispo de Búrgos, este venerando edificio. La entrega se hizo á *virtud de reclamacion* del Prelado, y la Real órden se halla concebida en estos términos:

«Enterada la Reina (Q. D. G.) de la comunicacion en que el M. Rdo. Cardenal Arzobispo de Búrgos hace presente la conveniencia de que se exceptúen de la permutacion convenida con la Santa Sede, la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardeña, sitos á dos leguas de aquella ciudad, con el fin de abrir al culto la primera, y destinar el segundo á Casa-correccion de Sacerdotes, conservándose así tan célebre y memorable edificio; y considerando que por el art. 6.° del último convenio celebrado con la Santa Sede, se exceptúan de la permutacion los edificios que se hallen destinados, ó se destinen, entre otros objetos, á casas de correccion ó cárceles eclesiásticas, S. M., de conformidad con lo propuesto por S. Emma., se ha servido declarar exceptuados de la permutacion la Iglesia y Monasterio de San Pedro de Cardeña, segun desea el dicho Prelado.

De Real órden lo digo á V. Illma. para su inteligencia y efectos oportunos. Madrid 7 de Febrero de 1864.—Trápita.—Señor Director General de Propiedades y Derechos del Estado.»

El Prelado trasladándose á Cardeña inmediatamente, ordenó su reparacion, y el establecimiento de la reclusion mencionada, cuya direccion, así como la custodia del edificio, encargó al P. Fr. Millan Sevilla, antiguo monje de aquella Casa.

Nosotros la hemos visitado con veneracion suma, y la hemos hallado no ruinosa, sinó en el mejor estado de conservacion. Allí se encierran los

ca de algunas leguas de circúito! La gran pirámide de Ménfis es una pequeña urna al lado de aquel peñon monumental, á cuya vista se prosternaban los navegantes, y se empavesaban de luto los navíos. ¡Que construyan otro los arquitectos de la Francia!..... Era preciso ir allí, atravesar los mares, para visitar los restos del Génio del siglo. ¡Bien lo merecia!—Napoleon ya no pertenece á la Francia: le dejaron morir en tierra extranjera. Su tumba, como su génio, era de la Europa, del mundo, de la historia, de la humanidad entera.

Allí estaba bien: allí debe estar. Todavía,—y hace dos años de su traslacion,—no han ideado un monumento digno de su nombre. No le podrán construir, no. No cabe en Paris, en una ciudad habitada, esa sombra más

cuerpos de doscientos Santos monjes mártires, inmolados por los moros en 6 de Agosto de la era de ochocientos setenta y dos.

El Monasterio, edificado en el siglo VI con el nombre de *San Pedro de Caradigna*, y aumentado por la Reina Doña Sancha, fué poblado por el gran Padre San Benito durante su vida, é ilustrado en el siglo IX con aquel célebre martirologio.

Duermen en él diferentes Reyes; Lain Calvo, primer Juez de Castilla, las familias de Fernan-Gonzalez, Diego Lainez y el Cid, y entre esta sus dos hijas, Reinas, Doña Elvira y Doña Sol.

Están tambien los sepulcros del Cid y doña Jimena, ¡pero vacíos!..... Nos consta que la idéa constante del ilustre Prelado, que ha sido el ángel conservador de aquel gran monumento nacional, fué siempre la de reclamar los restos mortales del gran Caudillo y de su Esposa, para devolverlos á aquel sitio, donde, por las tradiciones, vivian, aun despues de tantos siglos de muertos, y donde se hallan hoy todavía en cierta manera, á pesar de verlos ausentes y como expatriados.

La circunstancia de hallarse el Cardenal de la Puente en el último extremo de su vida, administrada la Santa Uncion, en los momentos de imprimirse este artículo, nos autorizan á consignar aquí este recuerdo y su piadoso deseo, tan conforme con el del Sr. Pastor Diaz, y que inspiraron á ambos á la par la Religion, la verdadera ilustracion y el amor patrio.

Los que apetezcan mayores noticias sobre San Pedro de Cardeña, glorioso Relicario á un tiempo, y verdadero Panteon nacional, pueden consultar el Apéndice, al final de este artículo.—(*Nota del Compilador.*)

grande que la Francia actual. Si quieren todavía poseerle los que se llaman herederos de su gloria, conquisten ó compren á Santa Elena, y vuélvanle allí, y echen otra vez sobre su frente augusta aquella piedra sin nombre, á cuya sombra se conservaba incorruptible, y aquellos sáuces sagrados, que no crecieron por cierto con las lágrimas de sus Mariscales!

Muévase el mundo cuanto quieran: inventen los hombres medios de acelerar la actividad de un siglo, al cual viene estrecho el tiempo. Centupliquen por medio del vapor la rapidez de la circulacion social; y viva enhorabuena la sociedad moderna esa vida calenturienta que la agita, y que tal vez la consume.

Pero deje siquiera en paz á los muertos, y no turbe con el estrépito de su agitacion convulsiva y desorganizadora, el reposo de los que duermen para siempre. Harto espacio hay erial é inculto, para que los vivos levanten en él sus moradas de un dia. Respeten á lo ménos los rincones donde haya sepulcros, y déjenlos que se cubran de escombros y de ruinas, ántes que edificar sobre ellos establos ó talleres, lupanares ó prefecturas, prisiones ó teatros. La memoria de los muertos pertenece á la posteridad: los monumentos son propiedad de la humanidad entera: la generacion sacrílega que dispone de ellos, comete un atentado. Un gran edificio pertenece á un pueblo: un ilustre sepulcro es de Dios.

Cuando enmedio de este siglo tan vano y presuntuoso, presenciamos el vandalismo de que nos lamentamos ahora, nos acordamos de aquella época, en que la conquista y la conservacion de un Sepulcro Sagrado puso en movimiento toda la Europa, y la arrojó sobre el Ásia en busca de aquel tesoro. Con aquel grandioso sentimiento empezó

la civilizacion européa: con él se disipó la barbárie, con él se organizó la sociedad.

Ahora es el sentimiento contrario el que prevalece.—¿Si será que la civilizacion declina; que la barbárie resucita; que la sociedad se disuelve?

APÉNDICE.

Para los amantes de la Religion, de las artes y del tesoro de las glorias nacionales, creemos conveniente dar alguna explicacion más detallada del Monasterio de San Pedro de Cardeña, la cual tomamos del *Boletin eclesiástico de Búrgos* de 5 de Mayo de 1864, página 130 del tomo 7.° de aquella interesante publicacion.

Dice así:

"A legua y media del solar en que radica la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla la Vieja en el Reino de España, caminando al Oriente, con alguna declinacion al Mediodia, había por los años de 537 una ermita dedicada á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, en la que se veneraba un Santo Crucifijo de mucha devocion; y como á medio tiro de bala de ella, una fuente que hoy se llama *Caradigna*.

El Infante Teodorico, hijo de la Reina Doña Sancha y de su marido Teodorico, Rey de Italia, fatigado un dia de haber andado á caza, despues de haber bebido en dicha fuente, echóse á dormir, y cogido el sueño, despertó acometido de accidentes mortales, que le quitaron luego la vida. Afligida con la inesperada muerte de su hijo, mandó la Reina Sancha se le diese tierra en la ermita de los Santos Apóstoles, comenzando desde luego á fun-

dar en ella un Monasterio de monjes observantes, que le hiciesen compañía y le encomendasen á Dios. Vivía entónces en Italia el gran Patriarca del Monacato en el Occidente, San Benito, cuya santidad y doctrina, con la sumision y aprovechamiento de sus discípulos, eran el pasmo y edificacion de los fieles en toda la Iglesia. La autoridad Real y el poderoso influjo de su marido en aquel Reino, facilitaron á la Reina Sancha traer á España doce monjes educados en la escuela de tan santo, docto y famoso maestro, y plantar con ellos la celestial doctrina de su regla, el año 537, en el Proto-Monasterio Benedictino de España, que estaba edificando ó tenia edificado ya.

Este Monasterio, llamado de San Pedro de Caradigna ó de Cardeña, donde tienen distinguida sepultura el Infante Teodorico y la Reina fundadora, su Madre, supo conservar con honor en todo tiempo la observancia monástica, correspondiente á los sólidos cimientos en que la establecieron los discípulos de San Benito. El concepto que formaron de ella una multitud de Reyes, de Condes Soberanos y de insignes varones, que lo eligieron para depósito de sus cadáveres; y la liberalidad con que lo dotaron otros muchos fieles, son (entre otras que se omiten) una prueba demostrativa de esta verdad; pues que unos y otros se esmeraron en honrarlo, movidos de la exacta disciplina regular de sus hijos.

En este Real, ilustre y observantísimo Monasterio habitaban en el siglo IX de la era cristiana doscientos monjes, que, floreciendo con singular santidad de vida, se hallaron todos dignos de ser promovidos por Jesucristo á la corona del martirio. Súbditos del abad Estéban, perennemente ejercitados por este varon santísimo en la palestra espiritual, enseñados á vencer la carne, á despreciar el mundo, y á poner en fuga las potestades del infierno; noticiosos de que tenían sobre sí un ejército de árabes, ministros de Satanás, capitaneados por Zefa, y que venían sedientos de su sangre, no quisieron recibir redencion ninguna, por hallar mejor resurreccion; sinó que unánimes, poderosos con la armadura de Dios, fervorosos en el

espíritu, se mantuvieron firmes á sufrir cualesquiera males; y entendiendo muy bien que no son condignas las pasiones del tiempo presente, respecto á la gloria venidera que se revelará en nosotros, se fortalecieron con mútuas exhortaciones á sufrir el martirio, y se previnieron con súplicas contínuas á Dios para padecerlo.

Confirmados así en la Divina gracia, esperando con ánimo fuerte en el claustro del Monasterio, recibieron con suma paciencia la irrupcion de sus asesinos, que mirándolos como los más acérrimos impugnadores de su execrable secta, los degollaron cruelmente, proporcionándoles su inhumanidad la corona deseada, el miércoles 6 de Agosto de la era 872. Así se halla consignado en el *Martirologio Romano* en el expresado dia, diciéndose: *Burgis in Hispania in monasterio Sancti Petri de Cardegna, Ordinis Sancti Benedicti, ducentorum Monachorum cum Stephano Abbate, qui à Sarracenis pro fide Jesu-Christi interfecti erant, atque ibidem in claustro à Christianis sepulti.* Arruinaron en seguida el convento, dejaron abandonados los santos cuerpos, y marcharon. Mas apenas se retiró el funesto ejército, acudieron los fieles de Cristo, sepultaron las sagradas reliquias, y escribieron apresurados en dos piedras, que todavía se conservan, la funesta, pero muy memorable historia de su heróico triunfo. Ni fué este sólo el honor con que despues de haber coronado en los cielos á sus soldados, los hizo gloriosos en la tierra; sinó que tambien ilustró, para gloria de los mismos, con un célebre milagro su sepulcro, ostentándolo rojo, como rociado de sangre reciente, por muchos años consecutivos, el dia aniversario de su martirio.

En su iglesia, cuyas altas bóvedas recuerdan la elevacion que las idéas civilizadoras iban tomando en el siglo XV, se hallan junto al altar mayor, los sepulcros que contienen los restos mortales de la Reina Doña Sancha, fundadora, como se ha dicho, de este Monasterio; de su hijo Teodorico; del Conde Garci-Hernandez de Castilla, hijo del gran Conde Fernan-Gonzalez; y finalmente, de Doña Ava, mujer de Garci-Fernandez y nieta del Em-

perador D. Enrique, cuyas arcas sepulcrales tienen los epitafios siguientes: *Regina Catholica Donna Sanctia, Theodorici, Italiæ Regis conjux, prima quæ monachos in Iberiam vocavit, et hoc construxit Cænobium, obiit era DLXXX.—Theodoricus infans, Sanctiæ reginæ filius, hic et obiit et conditus est, simulque Cænobium constructum era DLXXV.*—"Aquí yace García Fernandez, Conde de Castilla, hijo del gran Conde Fernan-Gonzalez. Finó era MXXXIII."—"Aquí yace la Condesa Doña Ava, mujer del Conde Garci-Fernandez y nieta del Emperador D. Enrique."

La capilla lateral de la Epístola es, aunque pequeña, muy elegante, y pertenece al estilo de arquitectura ojival florido, que por estar sobre ella la torre, y no haber sido derribada ésta, es el único resto que quedó de la iglesia antigua, pues la actual es de estilo gótico; pero segun dicen los maestros de obras, es de lo excelente y primoroso de aquellos tiempos en que se edificó: tuvo principio en el año de Jesucristo de 1447, reinando en Castilla D. Juan el II, y siendo Abad de este Monasterio D. Pedro del Burgo, hijo profeso del de Sahagun, en donde está enterrado en un sepulcro magnífico y de labor muy costosa. (Véase sobre esto la *Historia del Berganza*, t. II, pág. 224, núm. 162.)

En la inmediata, sobre cuya entrada se lee primeramente la inscripcion que sigue: CAPILLA DE LOS REYES, CONDES É ILUSTRES VARONES, y sobre ella tiene una tarjeta que dice: *Filii Sion inclyti reputati sunt in vasa testea. Thren*, 4., 2.° En cuyo recinto se daba culto á San Sisebuto, Abad de este Monasterio, y en el centro del cual subsisten aun los sepulcros, que servian de descanso á los restos mortales del héroe de Castilla RODRIGO DIAZ DE VIVAR, por otro nombre EL CID CAMPEADOR, y de su mujer DOÑA JIMENA DIAZ; si bien vacíos desde la traslacion á Búrgos de los restos que contenian, verificada en 19 de Junio de 1842. Cuyos sepulcros están unidos, y su asiento es sobre un zócalo de uno y medio piés de altura: por los costados de su longitud tiene la inscripcion siguiente:

«Quantum Roma potens bellicis extollitur actis
Vivax Arthurus fit gloria quanta britannis
Nobilis è Carolo quantum gaudet Francia magno,
Tantum ducis Cid invicta Iberia claret.» [1]

El costado longitudinal de la parte del Cid, tiene el escudo de armas de su Padre, que son las de Lain Calvo, y á su cabecera otro, que le agregó D. Alonso el Sábio, que se compone de una cadena que circuye un campo, y pendiente de ella, en la parte más elevada, la cruz de las batallas, apoyada sobre otra cruz que forman dos espadas (la TIZONA y la COLADA), cuyas guarniciones se sostienen en los costados inferiores de la cadena. El costado de la parte de Doña Jimena, que es el izquierdo, tiene por escudo un leon rampante, y en la cabecera un castillo, que es el de los Condes de Castilla, con la diferencia que á este le circuye una cadena como al del Cid.

Debajo de los escudos de la cabecera hay una lápida en que se lee: "En el año de 1809 llevaron los franceses de aquí á Búrgos este sepulcro y restos contenidos, donde permanecieron hasta el 30 de Julio de 1826, en que fueron restituidos con gran solemnidad al mismo sitio." Las losas que cubren los sepulcros tienen tambien sus inscripciones en el canto; la del Cid dice en caractéres góticos:

«Belliger, invictus, famosus Marte triumphis
Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus »

[1] Tambien se hallaban escritas en la pared estas palabras, como si las dijera el Cid á los que venian á ver su sepulcro:

«Cid Rui-Diaz só,
Que yago aquí encerrado,
E vencí al Rey Bucar
Con treinta y seis Reyes de Paganos.
Estos treinta y seis Reyes,
Los veinte y dos murieron en el campo.
Vencilos sobre Valencia;
Desqué yo muerto encima de mi caballo.
Con esta son setenta e dos batallas
Que yo vencí en el campo.
Gané a Colada é á Tizona,
Por ende Dios sea loado.
Amen.»

Estos versos fueron compuestos por el mismo D. Alonso el Sábio.—La losa del de Doña Jimena dice en caractéres romanos: "*Doña Jimena Diaz, mujer del Cid, nieta del Rey D. Alonso el V de Leon.*" Sobre estas losas sepulcrales se hallan las estátuas de los dos esposos. La del Cid, tendida, le representa cubierto de su armadura y casco con plumas; pendiente del cuello tiene la cruz de las batallas, y se extiende desde el pecho á los piés su Tizona arrollada con el tahalí; la abraza por la empuñadura con su mano derecha, y la izquierda abierta descansa sobre el tercio de su longitud; los piés se apoyan en un leon echado, y la cabeza sobre dos almohadas. La situacion de la estátua de Doña Jimena es igual á la del Cid: su traje es largo, con peto y toca, que le cubre la cabeza y el cuello, á lo monja; la posicion de las manos es igual, con la diferencia de abrazar un rosario tendido en la misma forma que la tizona del Cid; á su izquierda en los piés tiene un perrito de lanas.

La capilla de que estamos hablando, contiene en sus paredes laterales, á derecha ó izquierda, veintiseis urnas sepulcrales de los enterramientos siguientes: D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid; Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid; Diego Rodriguez, hijo del Cid, al cual mataron los moros en la hacienda de Consuegra; Doña Teresa, mujer de Diego Lainez, hija del Conde D. Nuño Álvarez, Madre del Cid; D. Ordoño, sobrino del Cid; Martin Pelaez el Asturiano; el Conde D. Pedro, hijo del Gran Conde Fernan-Gonzalez y hermano del Conde Garci-Fernandez; D. Nuño Álvarez de Lara; Hernan Cardeña, caballero del Cid; Fernando Diaz, hermano bastardo del Cid; Álvaro Álvarez, sobrino del Cid; Doña Juliana Anton, hija de Anton Antolinez de Burgos y mujer de Fernando Diaz; Fernan-Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Conde Fernan-Gonzalez; D. Ramiro, Rey de Leon, hijo del Rey D. Alonso el Magno; doña María Sol, Reina de Aragon, hija del Cid; D. Sancho, Rey de Aragon, yerno del Cid; D. Diego Lainez, Padre del Cid; doña Fronilde, hija del Conde Fernan-Gonzalez; D. Álvar Fañez Minaya, capitan del

Cid y su primo; Lain Calvo, primer juez de Castilla; D. Gome de Gormaz; Fernando Alonso, sobrino del Cid; Pedro Bermudez, sobrino del Cid y su capitan; Martin Antolinez, sobrino del Cid; Bermudo Sandinez, y en fin, D. Gonzalo Nuño, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Gran Conde Fernan-Gonzalez.

Cuyos veinte y seis sepulcros, que están embutidos en las paredes de dicha capilla, tienen los escudos de armas ó blasones siguientes: D. Ramiro Sanchez, Rey de Navarra, yerno del Cid, tiene por armas un escudo partido por medio, de arriba abajo: el lado derecho está dividido en dos partes al través; en la superior están las cadenas cruzadas en campo de sangre, que son las armas de Navarra; en la inferior están flores de lis, y en el izquierdo están las armas del Cid, que son una cadena dorada cercando un campo verde: tiene corona sobre el sepulcro.

Doña Elvira, Reina de Navarra, hija del Cid, tiene por armas cuatro bandas negras en campo de oro, tres coronas de oro, en campo colorado; un leon con una hacha de armas en campo de plata, y otro leon rampante en campo de oro, cada uno en su cuadro; estas armas, segun Estéban de Garibay, son las que usaron los Reyes godos: tiene corona este sepulcro.—Diego Rodriguez, hijo del Cid, tiene por armas una cadena de oro, que cérca un campo verde, que son las armas de su Padre.—Doña Teresa, Madre del Cid, tiene un leon rojo rampante en campo de plata.—D. Ordoño, sobrino del Cid, tiene un escudo partido de arriba abajo: en el lado derecho están las armas del Cid, el lado izquierdo está dividido en dos partes al través; en la parte superior está una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior una flor de lis en campo de sangre.

Martin Pelaez, el asturiano, tiene un brazo armado con una espada en la mano, la punta hácia arriba, en campo de sangre.—El Conde D. Nuño Alvarez de Lara, tiene dos calderas de oro con serpientes en campo colorado.—El Conde D. Pedro, hijo del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre.—Hernan Cardeña, tiene un escudo partido de arriba abajo: en la

parte derecha tiene las armas del Cid, y en la izquierda cuatro hojas de plata en campo colorado.—Fernando Diaz, tiene un escudo cuarteado y contrapunteados leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro, que son las armas de Lain Calvo.—Alvaro Álvarez tiene el mismo escudo que Fernando Diaz.—Doña Juliana Anton, hija de Anton Antolinez de Búrgos, y mujer de Fernando Diaz, tiene un escudo cuarteado, y contrapuestas dos flores de lis en campo de sangre, y dos cruces de oro en campo blanco.—Fernan-Gonzalez, hijo del Conde D. Pedro y nieto del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre, y encima una cruz de plata en campo colorado, insignia de los condes soberanos de Castilla.

D. Ramiro, Rey de Leon, tiene un leon rojo rampante en campo de plata, y sobre el sepulcro una corona.—Doña María Sol, hija del Cid, tiene un escudo cuarteado, y contrapuestas las armas de Aragon con las del Cid, y sobre el sepulcro una corona.—D. Sancho, Rey de Aragon, yerno del Cid, tiene las armas de aquel reino, que son unas barras de oro en campo de sangre: tiene corona este sepulcro.—D. Diego Lainez, Padre del Cid, tiene las armas de Lain Calvo.—Doña Fronilde tiene un castillo en campo de sangre.—Don Alvar Fañez Minaya tiene por armas cinco roeles de oro en campo de sangre.—Lain Calvo, primer juez de Castilla, tiene por armas un escudo cuarteado y contrapuestos leones en campo de plata, y cuatro bandas azules en campo de oro.—D. Gomez de Gormaz tiene un castillo en campo de sangre.—Fernando Alonso, sobrino del Cid, tiene por armas un escudo partido de arriba abajo: en el lado derecho están las armas del Cid, y en el izquierdo, que está dividido en dos partes al través, en la superior hay una cruz de oro en campo blanco, y en la inferior está una flor de lis en campo de sangre.—Pedro Bermudez, tambien sobrino del Cid, tiene las armas de Lain Calvo.—Martin Antolinez, sobrino del mismo, tiene las mismas armas de Lain Calvo.—Bermudo Sandinez tiene por armas un escudo partido por medio, de arriba abajo: en el lado derecho hay unas

flores de lis en campo verde, y en el izquierdo las armas de Navarra. — D. Gonzalo Nuñez, hijo del Conde D. Pedro, y nieto del Conde Fernan-Gonzalez, tiene un castillo en campo de sangre, y encima una cruz de plata en campo colorado.

En el interior de la capilla de que estamos hablando, y por encima de los sobredichos sepulcros, se lee la inscripcion siguiente: "*Gaude, Felix Hispania, lætareque semper quia tot talesque meruisti Penates habere: sunt enim Reges illustrissimi genere, et Comites nobilissimi atque fortissimi, quorum corpora in præsenti capella requiescunt.*" Y en una tarjeta que tienen dos leones, se lee: "*¿Quomodo ceciderunt robusti, et perierunt arma bellica? (2.° Regum 1.° 27.)*"

En frente de esta capilla que acabamos de mencionar, hay otra, sobre cuya entrada se lee: "CAPILLA DE LOS SANTOS MÁRTIRES." Y más arriba hay una tarjeta que dice: "*Corpora C. C. S. S. M. M. (ducentorum Sanctorum Martyrum) in pace hic sepulta sunt. Anno* 834. Se llama esta capilla de los Santos Mártires, por estar erigida en el ala del claustro en que fueron enterrados *Doscientos Monjes*, martirizados por los moros en tiempo de su invasion en el año de la era cristiana de 834.

Esta ala del claustro, que segun resulta de algunos autores apoyados en documentos, y aparece de los caractéres de su arquitectura, en dictámen de varios arqueólogos, es del tiempo de la fundacion del Monasterio, á saber, del siglo VI, parece muy probable que sea el único ejemplar de arquitectura que de su época quedó en España, merced á la devastacion sarracénica. Se compone de una série de arcos semicirculares sobre columnas cilíndricas y lisas, cuyas basas son caprichosas, así como los capiteles, y estos muy variados, hallándose algunos que se asemejan bastante al corintio; pero la ejecucion de todos es muy tosca. Cuatro de estos capiteles están incluidos en la capilla que acabamos de nombrar, y allí pueden verse y examinarse de cerca, á diferencia de los demás del ala, que solo se ven al través de unas estrechas ventanillas, abiertas en unas puertas que cierran el en-

terramiento de los Mártires. Entre los capiteles de las columnas y los arranques de los arcos hay unas impostas, segun era uso en el siglo VI, al decir de varios inteligentes.

Entrando en dicha capilla, á mano derecha dentro del santuario, hay dos piedras embutidas en la pared, que contienen con caractéres góticos la inscripcion siguiente: —"*Era DCCCLXXII. IIII. F. VIII. Idus Aug. adlisa est Karadigna, et interfecti sunt ibi per Regem Zepham CC. Monachi de grege Domini in die SS. Martyrum Justi et Pastoris.*" Cuya inscripcion se dice haber sido puesta por los mismos que enterraron los Monjes mártires: á lo ménos los caractéres, segun los anticuarios, son de aquel tiempo [1].

A los piés de la iglesia están los sepulcros de Gil Diaz, moro convertido y mayordomo del Cid, y el de Sancho Guillen, Abad que fué de este Monasterio, y natural de la ciudad de Búrgos, de una de sus principales familias; persona muy venerable, y Abad de ejemplar virtud, cuyo sepulcro se ha tenido siempre en gran respeto. (*Berganza*, t. II, pág. 184, núm. 84 y siguientes.)

En la capilla llamada de Santa Catalina, que está en la sacristía, en donde fué la claustra antigua, enterramiento de varias personas notables que refiere el historiador Berganza, segun el Nicrológio de Cardeña, hay un elegantísimo arco ojival florido, digno de estudiarse por los artistas. En un ángulo del claustro procesional, que es uno de los tres de que consta el Monasterio, se ven unos arquitos con sus columnas tapiadas, que han juzgado dignos de estudio varios arqueólogos.

Este claustro, que es el segundo, al cual le faltan dos paños, que están tirados por el suelo desde el tiempo de la guerra de la Independencia, en que fué destrozado el Monasterio, es de arquitectura grave y magestuosa, de estilo greco-romano: se ve en él una puerta ojival primitiva, tapiada, y tambien unos canecillos de una igle-

[1] Zepha, del Siriaco significa Capitan. Segun algunos, el que martirizó á los Monjes fué Almundar, hijo del Rey de Córdoba, que llevaba aquel título.

sia muy antigua, que estaba en el ala del claustro en frente de donde se halla la actual, los cuales canecillos han sido copiados cuidadosamente por varios artistas. Entre este claustro y la iglesia actual está el ala del de los Santos Mártires, de la cual ya se hizo relacion. El primer claustro pertenece á aquel gusto, que podríamos llamar intermedio entre el estilo ojival y el renacimiento italiano, importado en nuestra nacion por Berruguete y otros artistas, en la primera mitad del siglo XVI.

El tercer claustro es insignificante. El aspecto exterior del Monasterio, tanto por la bella gravedad de sus fachadas, como por su conjunto y posicion, añadido á los recuerdos históricos que á él están ligados, y entre los cuales no se puede omitir aquí el de hallarse incluido en él el sitio en que, hasta el año de 1711, estuvo el palacio del Cid, además de las particularidades que se acaban de citar y otras bellezas que, como los retablos y la sobre-escalera, se pasan en silencio por evitar prolijidad, hacen del Monasterio de San Pedro de Cardeña un verdadero monumento de las antiguas glorias españolas.

Para concluir, queremos insertar el siguiente soneto compuesto en 1842; por la admirable coincidencia que ofrece con las idéas del Sr. Pastor Diaz. Tambien le hemos tomado del *Boletin Eclesiástico de Búrgos*.—Dice así:

¡Salve, sombra del Cid..... sombra gigante!
Yo te acato en tu tumba abandonada;
Que á quien tanto por Dios vibró su espada,
Sólo el templo de Dios tumba es bastante.
En vano el siglo intentará arrogante,
Despues que ha profanado tu morada,
Erigir á tus restos tumba alzada,
Columna que hasta el cielo se levante!.....
El vandálico siglo que ha perdido
Cuanto del gran Gonzalo nos quedaba,
De guarda fiel el galardon desdeña;
Y por sus propios hechos desmentido,
Verá buscar al héroe..... donde estaba!....
En su tumba, en SAN PEDRO DE CARDEÑA!

DON FRANCISCO JAVIER DE BÚRGOS.

BIOGRAFÍA.

Solemos quejarnos con harta frecuencia de la escasez de hombres grandes y distinguidos talentos que han florecido en España en estos últimos tiempos, mayormente cuando comparamos nuestros dias con otras épocas más gloriosas en nuestros fastos, ó cuando volvemos los ojos á las naciones que nos rodéan, y que se hallan hoy á mayor altura de influencia política y de supremacía literaria.

Tambien nosotros tuvimos nuestro siglo de oro. Tambien hubo un tiempo en que dominadores del mundo, y preponderante Potencia en la Europa, no lo éramos ménos en las regiones del saber, y en los vastos dominios de la literatura y de las artes. Parece que el impulso que recibe una nacion, cuando ejerce tan vasto poderío, como el que cupo en suerte á la España en algun período, no se comunica ménos á la inteligencia, que al valor y al ardor marcial. Cuando nuestras armas llenaban la Europa, llenábanla asímismo nuestros libros. Teníamos grandes artistas, cuando teníamos grandes capitanes.

Cuando habia Monarcas como Felipe II, y Generales como D. Juan de Austria, y batallas como Lepanto y Ceriñola, habia sábios como Mariana, escritores como Cervan-

tes, poetas como Garcilaso, dramáticos como Calderon y Lope, pintores como Jordan, y Velazquez, y Murillo. Y habia hombres de Estado para gobernar tanto imperio, y legisladores para dar leyes sábias á tan vastos continentes, y eclesiásticos sapientísimos, lumbreras de la Iglesia, y magistrados íntegros y doctos, antorchas de la justicia; y en todos los ramos, y en todas las carreras el catálogo de los grandes hombres de aquella España era el más numeroso, y el más ilustre hoy todavía, en cuanto las celebridades de los tiempos modernos no han podido aventajar á las eminencias de la edad á que aludimos.

Reyes ahora destronados, y poder enflaquecido, el brillo de otros pueblos, que se elevaron sobre las ruinas de nuestro poder, eclipsa nuestro esplendor; y por muy apasionados que seamos de nuestras glorias, donde quiera que volvamos los ojos podemos ver quien las ofusque y supere. Mal podríamos sostener la competencia con nuestros vecinos en ningun género de talentos, mucho ménos en los ramos del saber. Las naciones extranjeras más avanzadas en los progresos materiales de la civilizacion, descuellan más tambien en el estudio de las ciencias y en el cultivo de las artes. Es mayor sin duda el catálogo de sus literatos, de sus poetas, de sus políticos, de sus historiadores; mayor sin duda el catálogo de obras originales que sale de sus prensas. Hecho es este á cuya evidencia no podemos cerrar los ojos. Lo vemos, lo confesamos.

Pero desde este hecho, á pensar y á creer que estamos infinitamente rebajados del nivel de la ilustracion européa, hay una distancia inmensa, una diferencia esencial: y en ese juicio, y en esa creencia no serémos nosotros los que convengamos. No está, no, nuestra nacion á la altura de las demás de Europa; pero la diferencia en pro-

gresos intelectuales puede no ser tan grande como á primera vista aparece, ofuscados los ojos que la miden, por engañosas apariencias.

Y es, entre otras cosas, que el número de hombres verdaderamente sábios, y alta y merecidamente reputados, no es demasiado numeroso en nacion alguna. Muchas medianías hay que usurpan, alzadas en hombros de una efímera voga, el lugar debido á los que verdaderamente se elevan sobre bases y cimientos propios y sólidamente afirmados. El desarrollo de la industria material ha comunicado á las letras un movimiento, más que intelectual, mercantil; y entre millares de libros, mero producto de especulacion, que la prensa lanza todos los dias, para hundirse á poco en el abismo del olvido, y en los que sólo se hallan repetidas en todos los tonos, y preparadas en toda clase de formas las idéas que circulan en la sociedad, ó que son patrimonio comun del vulgo pensador, son muy contadas las obras verdaderamente originales; las que añaden una idéa nueva, ó un descubrimiento luminoso al fondo comun del saber de la época; las que presentan una solucion satisfactoria á alguna de las graves cuestiones que se agitan en las regiones de la literatura, de la ciencia ó de la política. Son muy escasos los trabajos literarios de verdadero estudio y de conciencia: son raras, y aparecen en todas partes á largos intervalos, las producciones que puedan contar celebridad póstuma y fama duradera. La ciencia y literatura de vapor corren muy rápidas su camino.

Y despues de todo, las naciones que nos rodéan, amaestradas de más tiempo y más escarmentadas por las revoluciones políticas y las vicisitudes de este borrascoso siglo, han aprendido á despreciar las diferencias de opinion

que separan á los hombres y á los partidos, cuando se trata de la gloria nacional y del mérito de los grandes talentos que forman el caudal de esta gloria. Al pronunciarse un nombre ilustre, se olvidan allí las opiniones que ha sustentado, la causa á que ha servido, y la trompa de la Fama pregona con igual sonoridad los talentos de un realista, ó las virtudes de un republicano. Descúbrense todas las frentes al nombre de Chateaubriand, sin que se tengan en cuenta, ni por sus adversarios, sus opiniones. Guizot no deja de ser una alta razon filosófica, porque se le llama doctrinario. De Balanche y de Maistre van á sentarse á la Academia á par de De-Broglie y de Royer-Colard. De-Bonald y Lamenais son igualmente aclamados con respeto; y no ménos glorioso, no ménos popular resplandece el nombre de Lamartine, ensalzando la legitimidad caida y entonando en bellísimos versos religiosas plegarias, que la musa libre y graciosa, cáustica, picante y revolucionaria un tanto, del inmortal Beranger. Son artistas, son poétas, son oradores, son filósofos franceses. La Francia nos los presenta siempre reunidos en un espléndido grupo de gloria; nos repite todos los dias envanecida esos nombres, que su incesante repeticion parece que multiplica. Grandes y muchos son sin duda; pero esa gran voz, esa unánime aclamacion popular, nos los hace parecer más, y acaso mayores.

No sucede así entre nosotros; no sucede así en esta sociedad, trabajada tanto y tan crudamente por las tempestades políticas que rugen y braman todavía. El rencor de las malas pasiones, el ódio profundo de las discordias nos tienen divididos y fraccionados en partidos, círculos y pandillas, verdaderas regiones apartadas unas de otras, más que si las dividieran mares dilatados, ó ale-

daños de enriscadas fronteras. Todos aquí nos separamos, porque todos nos aborrecemos y nos rechazamos. Desunidos vivimos, como domésticamente reñidos; y un pueblo que tan dividido se muestra, no aparece como nacion, no tiene en ningun ramo nacionalidad. Aquí un partido es enemigo del otro: son como dos generaciones extrañas.

Los unos no reconocen los talentos de sus adversarios; los otros niegan toda capacidad en sus antagonistas. La ancianidad no admite los progresos del siglo; la juventud superficial y presuntuosa no coloca en el catálogo de las celebridades á los talentos de la centuria anterior. Cada bando no consiente en los coriféos del otro ningun título, que pudiera suavizar el rigor del anatema á que perdurablemente le ha condenado. Piérdese así la unidad, piérdese el conjunto: las altas aristocracias de la república de las letras no forman cuerpo, y los hombres eminentes que todavía posée España en gran número, aquí enterrados, y más allá oscurecidos, y en una parte calumniados, en otra perseguidos, en muchas ignorados, y en todas mal comprendidos, y vistos á mala luz, brillan sólo á los ojos de algun hombre generoso é imparcial, que tiende sobre este suelo una mirada de exámen desapasionado; pero no se reunen, por el comun y popular encarecimiento, en el foco de luz que podrian aun derramar sobre nuestro anubarrado horizonte éstas hoy esparcidas lumbreras. No basta contarlas. Para ver lo que somos y valemos era menester reunirlas. Nosotros creemos que vendrá un dia, y un período de mayor calma, y otra generacion más justa que así lo haga. Entre tanto nos proponemos ayudar á esta obra en nuestro débil é incompleto trabajo.

Ilustre y alto ejemplo, que corrobora la verdad de las

reflexiones que acabamos de hacer, es el personaje, cuyo nombre encabeza este escrito. Si viviera entre nuestros vecinos, su celebridad sería européa, sus numerosos escritos habríanse multiplicado en repetidas ediciones; las Academias le habrian abierto sus puertas; su retrato y su nombre serian patrimonio del público entusiasta y admirador. Y lo merecería sin duda, y entre nosotros lo merece tambien, y más todavía; como quiera que sean entre nosotros más raros tanto saber y tantos merecimientos, tanta ilustracion, y tantos trabajos útiles, y tantos esfuerzos no perdidos por el bien de la Patria.

Débenle las letras españolas considerables adelantos en la perfeccion del gusto poético y del esmerado estilo que caracteriza sus producciones. Débenle las musas composiciones que rivalizan con las de nuestros más famosos ingénios en brillantez, vigor, entonacion y colorido; que superan á las de muchos en profundidad de intencion filosófica y en elevacion de miras, y que no pasarán efímeras con el siglo en que nacieron. Débele la literatura clásica el más bello monumento, que se ha elevado en nuestros dias á la gloria inmortal y admiracion eterna del más grande de los poetas de la edad latina, la magnífica traduccion de Horacio, que bastaría por sí sola á asegurarle un nombre para siempre glorioso en nuestros fastos poéticos.

Débele la política los primeros gérmenes de las ideas verdaderamente liberales, de las ilustradas nociones y máximas de buen gobierno, que habian hecho desaparecer de entre nosotros las preocupaciones del absolutismo y las exageraciones reaccionariamente democráticas de la escuela de 1812; como le debe el periodismo acaso el primer diario político de influencia y nombradía. Débele

la administracion su ser, su vida: él ha echado en nuestro suelo su semilla fecunda; él la ha beneficiado con luminosas teorías, con especulativos estudios, que no serán perdidos para la generacion presente, ni para las de tiempos más felices y afortunados, y que harán en su dia que vuelvan á dar sus opímos frutos trabajos y aplicaciones prácticas, malogrados ahora y esterilizados, al parecer, por el desbordamiento de la avenida revolucionaria. Débenle el Gobierno y el país mejoras y adelantos materiales, de los que conservará por siempre una memoria tan larga, como corta fué su administracion difícil y afanosa. Débele el teatro producciones dramáticas, á las cuales reserva acaso admiracion y aplausos el público que no ha podido hasta ahora disfrutar su representacion. Y deberále, en fin, la posteridad, sobre otros innumerables trabajos, la historia fiel y animada de los años más interesantes de nuestra época; la narracion filosófica, y la severa aunque imparcial censura de los grandes acontecimientos que han pasado á nuestros ojos, y que mejor que nadie ha podido apreciar desde la altura de su vasto pensamiento, y desde la posicion aislada en que respecto de los partidos ha debido encontrarse.

Y sin embargo, el hombre á quien tanto se debe, yace oscurecido á la vista, y tal vez á la memoria de la Nacion, á cuya gloria tan poderosamente ha contribuido. Muchos habrá que no sepan hoy lo que se ha hecho de esa noble existencia, ni cuál ha sido la suerte de esa vida tan útil y laboriosamente empleada. Acaso ignoran que vive todavía, si bien esperando en el lecho del dolor el término de unos dias consagrados al saber y á la felicidad de su país.

Vive, sí: Granada le tiene. Sintiéndose desfallecer, ha

vuelto desde las orillas del Sena, á respirar, en sus postreros años, el aire que rejuvenece, la atmósfera embalsamada y vivificante de los cármenes del Darro y del Genil. Allí está, siendo las delicias de los suyos y de sus amigos, en la dulce oscuridad, y en la medianía de oro de la vida privada. La amistad lo sabe; pero el público lo ignora. El público, acaso despues de mucho tiempo, recuerda por vez primera, cuando nuestros lábios le pronuncian, el nombre de D. Javier de Búrgos. El espíritu de partido ha querido pasar sobre él una esponja de olvido: el rencor inextinguible de unos hombres, á quienes no ha quedado más que hiel en el corazon, ha querido privar á este nombre hasta de la nacionalidad, y trasladar á otro país la gloria que de poseerle nos resulta.

¿Y porqué? Porque, cuando han pronunciado la palabra *afrancesado*, han creido la envidia y la enemistad eclipsar y oscurecer una existencia tan brillante. Porque han intentado, no sólo condenar á perpétuo ostracismo su persona, sino que quisieran tambien negar carta de naturaleza á su esclarecida fama. Nos cuesta trabajo admitir una razon que se funda en los más innobles motivos personales, en la más pueril y mezquina ojeriza. Queremos olvidarnos de ella. Sólo sabemos el pretexto, y es por cierto harto pequeño, ante nuestros desapasionados ojos.

El Sr. Búrgos en el año de 1810, cuando los franceses invadieron las Andalucías, y dividieron el territorio en provincias regidas por Prefectos, y en distritos administrados por Subprefectos, creyó poder servir útilmente á su Patria admitiendo la subprefectura del distrito de Almería, que 21 años despues, habia, siendo Ministro, de erigir definitivamente en provincia. No era Búrgos, no lo ha

sido, de los que deseasen la sumision de su Patria á una potencia extranjera, ni de los que pudieran mirar con gusto la pérdida de su nacionalidad. Pudo ser, sí, de los que creyeron que la invasion francesa era desde luego incontrarestable por los esfuerzos de un pueblo aislado y mal dirigido; que habia llegado la época de una crísis en su vida política, de un gobierno nuevo, tal vez de una dinastía. Acaso entónces no extendió sus miradas tan léjos, ni se curó de llevar tan adelante las esperanzas de un porvenir, que pendia de circunstancias, que no estaban al alcance de la prevision humana. Él sólo vió un numeroso ejército invasor ocupando su país natal, viviendo sobre sus recursos, amenazando devorar sus subsistencias.

Creyó un deber de patriotismo interponerse entre las tropas enemigas y un pueblo invadido. Nada de comun habia entre propietarios populares y bien quistos, y enemigos que asolaban el territorio en que se esparcian. No habia fuerzas que oponerles. La provincia de Granada no vió en los treinta y dos meses de su ocupacion un sólo soldado de la Patria. Lo único que podia neutralizar las brutales exigencias de tropas habituadas á la rapiña y al desórden, eran los miramientos, las deferencias, las contemporizaciones. Supuesta la necesidad de surtirlas, era mejor que se hiciese esto con órden y regularidad, sin vejaciones, sin tropelías, y con el menor sacrificio posible, que entregar los habitantes todos á discrecion de una soldadesca, indisciplinada siempre y feroz, cuando carece de lo que há menester. Era mejor que los preciosos intereses de la propiedad y del reposo de aquellos habitantes se confiaran á magistrados del país familiarizados con sus leyes, y unidos con los que reclamasen su apoyo por los lazos del paisanaje y las relaciones de familia, que dejar

que sus desavenencias y querellas fuesen decididas por los enemigos mismos, que ocupaban su suelo en aquellas tan calamitosas circunstancias.

Esto creyó Búrgos, cuando se encargó del destino que hemos mencionado. Los bienes que en él habia dispensado á los pueblos, en un sistema á favor del cual apénas se habian sentido en aquel distrito los horrores de la guerra, hicieron que se le llamara á Granada, y se le confiara la presidencia de la Junta general de subsistencias, donde dispensó todavía mayores servicios, en mayor escala, en circunstancias cada vez más difíciles, y rodeado de premiosas necesidades. Bien distante estaba de creer que se le pudiera un dia hacer un cargo por lo que era un título de elogio, y de que las enconadas pasiones calificaran de crímen los grandes méritos contraidos para con el país en una época de trastorno y confusion. Y sin embargo, este fué el crímen de su vida: esta fué su traicion, y el fundamento de las persecuciones y de los ódios que llovieron sobre él. Este fué su título á la impopularidad, su delito de lesa nacion y de *afrancesamiento.* La posteridad será más justa y más desapasionada. El buen sentido de la época lo es ya tambien; y nosotros, que para aquellos sucesos somos ya posteridad, no podrémos confundir jamás con traiciones y bajezas y bastardías, errores de opinion; ni mucho ménos, nobles hechos, que en vez de proscripcion, merecerían en cualquier país gratitud y recompensa.

En la época á que aludimos, y en que se distinguia ya como entendido administrador y enérgico funcionario público D. Francisco Javier de Búrgos, era jóven todavía. Habia nacido en 22 de Octubre de 1778, de padres nobles y acomodados en la ciudad de Motril, provincia de

Granada. Destinado á la Iglesia, entró á la edad de once años en el colegio de San Cecilio de aquella capital, establecimiento célebre ya entónces por la perfeccion con que se enseñaban en él las ciencias eclesiásticas. Búrgos las cursó allí con notable aprovechamiento, y empezó desde aquella temprana edad á distinguirse en los estudios, en que despues habia de sobresalir con mayor lustre, mostrando desde luego una decidida aficion por la elocuencia y la poesía. Adolescente aún, llamaban ya la atencion sus primeras producciones; sus juguetes líricos, sus pequeños y tímidos ensayos dramáticos, dejaban ya entrever, sinó el juicio y aplomo que debia ostentar su autor en edad madura, la imaginacion brillante, que habia de dar tanto color y vida á las producciones todas de su fecunda pluma. No se avenían demasiadamente estas disposiciones con el estado para que sus padres le destinaban; y cumplidos apénas los diez y nueve años, y no sintiéndose con vocacion para la carrera eclesiástica, pasó á Madrid con ánimo de profundizar otras ciencias, y de conocer á los hombres que más se distinguian entónces en el cultivo de las letras.

Era entre estos á la sazon el más célebre y más altamente reputado, el ilustre poeta D. Juan Melendez Valdés, Fiscal de la sala de Alcaldes de Casa y Córte. Hallábase en el apogeo de su merecida gloria literaria: desde el siglo de oro de nuestra literatura, las musas españolas no habian tenido más digno, más noble, más brillante intérprete. No aparecía entónces solamente como gran poeta: era además el restaurador de nuestra poesía. Era el padre, era el príncipe de los poetas de su época. Los años transcurridos, los adelantos de nuestra edad, la fama y mérito de otros ingénios que le han succedido, y aun los

juicios de la crítica que le han censurado, no han podido todavía marchitar la corona que, fresca y lozana entónces, ceñía su frente. En la época á que nos referimos, un nuevo floron se añadía á sus laureles. El alumno de las musas recogía en el templo de Témis la palma de la elocuencia. El dulce cantor de Batilo adquiria una nueva celebridad en su vigorosa y elocuente acusacion fiscal contra la Madame Laffarge de aquellos tiempos, la tristemente célebre *Castillo*; y el mayor prestigio, la mayor popularidad, la más alta gloria circundaba con rica y brillante aureóla al Magistrado Poeta.

Hallábase éste un dia sentado á la mesa, cuando llamó su atencion el ruido de una contienda, al parecer empeñada, entre sus criados, y una persona, que pugnaba por entrar á toda costa por una puerta, que Melendez podia descubrir desde su asiento. Resistian los criados al empeño importuno del que forcejeaba por entrar, cuando su amo les preguntó:—"¿Qué es eso?" Adelantóse entónces, y apareció en el comedor un jóven de resueltas apariencias, pero de dulce y agradable fisonomía.—Nada ya, le dijo. Por ahora he conseguido el objeto que me habia propuesto, que era el de conocer á V. En otra ocasion, si V. lo permite, volveré á tener el honor de tratarle, y de oir de su boca los medios de entrar en una carrera que V. ha corrido con tanta gloria.—Usted es poeta, le dijo Melendez.—Quiero serlo, replicó el jóven. —Entónces, siéntese V., añadió el bondadoso Magistrado, y detuvo cerca de sí al jóven entusiasta.

Este jóven era Búrgos. Desde su llegada á Madrid habia sido su más ardiente deseo conocer al eminente literato; pero no siendo fácil en aquel tiempo, que un mancebo desconocido, á quien apénas apuntaba el bozo,

trabase relaciones estrechas con un personaje de alta jerarquía y de mayor fama; y fatigado y aburrido de los trámites que dilataban el logro de su vivo empeño, se había decidido, en el arrebato de su hostigada impaciencia, á dar el paso que acabamos de referir. No habia sido vano en su corazon el presentimiento que le arrastraba con tanta fuerza: sus simpatías fueron desde luego correspondidas con la más benévola ternura por parte de Melendez. Desde aquella entrevista quedó Búrgos instalado en una confianza, que convertida en íntima y estrecha amistad, no se debilitó un sólo momento hasta la muerte del ilustre anciano, ocurrida veinte años más tarde en Mompeller, en la amargura del destierro. Fué desde sus principios tan afectuosa y cordial aquella amistad, que Melendez, contando con el poder y valimiento de su célebre amigo D. Gaspar Melchor de Jovellanos, Ministro á la sazon de Gracia y Justicia, brindó á Búrgos con el favor de hacerle conmutar por cursos de jurisprudencia sus matrículas de teología, y le puso bajo la direccion de su amigo el abogado D. Miguel Pareja, con el fin de que versado en el estudio de la jurisprudencia, se habilitara para recibir la toga, á que en la esperanza de más seguro y afortunado porvenir le destinaba.

Pero esta esperanza desvanecióse en breve. Jovellanos fué separado estrepitosamente del Ministerio, arrastrando á Meléndez en el disfavor y desgracia de su caida. Afectó á Búrgos grandemente este contratiempo, más por motivos de cariño y por la triste impresion que hicieron en todos los corazones honrados aquellos desagradables acontecimientos, que por miras de mezquino y particular interés. Afligido profundamente, y resuelto á no solicitar empléos que no deseaba ni habia menester

regresó á su país natal á cuidar y hacer prosperar su patrimonio.

Allí, cumplidos apénas los veintiun años, fué regidor perpétuo del Ayuntamiento, y secretario de la Sociedad económica. Distinguióse notablemente en el desempeño de las muchas comisiones de interés local que se le confiaban; y ni estas taréas, ni sus asuntos domésticos le distraían del cultivo de las letras, y del trato ameno de las musas. Todavía en estas várias y agradables ocupaciones halló tiempo su incansable aplicacion para un estudio más gráve y más austero. Un hombre ilustre le habia inspirado la aficion al estudio de la economía y la administracion, ciencias entónces entre nosotros no sólo poco cultivadas, sino casi de todo punto desconocidas. Búrgos se dió á ellas con todo el ardor y entusiasmo que empleaba en cuanto emprendía. Los progresos que hizo en su oscuro retiro, debian revelarse despues en más brillante y dilatada esfera.

Tal era, tal habia sido su vida, cuando en 1810 sobrevino la invasion francesa, y las circunstancias con cuya relacion empezamos la biografía de nuestro protagonista. El ódio encarnizado contra un partido, en que la envidia pudo, bajo un especioso pretexto, hollar á mansalva víctimas ilustres é inteligencias superiores, no ha podido confundirle jamás con aquellos pocos bastardos españoles, que unidos á los invasores, hicieron armas contra su Patria.

Pudo Búrgos, engolfado entónces en estudios administrativos, mirar como más perfectas las formas y métodos introducidos en el gobierno de la nacion francesa por la administracion vigorosa de su Imperio. Pudo desear su importacion entre nosotros, y que se aclima-

tasen en nuestro suelo, de tiempo inmemorial desgobernado, ventajosas prácticas y saludables instituciones. Pudo acaso aprovechar, con generosa y disculpable impaciencia, la ocasion que se le presentaba, de aplicar sus estudios, y de ensayar con utilidad y brillo sus talentos; y si es verdad que hubiera sin duda deseado más bien utilizarlos en más tranquilas circunstancias, y á la sombra protectora de un gobierno de legitimidad y de porvenir, no hay razon tampoco para acusarle porque entónces, en bien de su país oprimido, había prescindido del poder que le tiranizaba.

Los demócratas, que han acusado á Búrgos con tanta acrimonia y tenacidad, son los que han sustentado con más ardor el principio de que los empleados no sirven al Gobierno, sinó á la Patria. Si este principio puede tener alguna vez sentido y aplicacion, es sin duda en las circunstancias excepcionales á que nos referimos, y en los años en que Búrgos desempeñó sus primeras funciones administrativas. Lo que sabemos es, sí, que de ningun período de su vida se muestra tan satisfecho como de aquel, y que de ningun otro conserva más recuerdos de complacencia y más títulos de gloria.

Fuéronlo, sin embargo, de proscripcion; y en 1812 empezó para Búrgos la triste carrera de todos nuestros hombres distinguidos: la emigracion. Sus servicios no le eximieron de una necesidad que, más que á su persona, fué fatal á las letras. Al dejar á Granada, confió á varios de sus amigos el depósito de sus producciones científicas y literarias, que hasta entónces, ó no habia pensado, ó no habia querido publicar. Dos horas despues de su partida, un ex-fraile, á quien habia colmado de beneficios, denunció la existencia de aquel depósito, y la de

otras prendas y efectos que habia dejado, y todo fué invadido, extraviado y vandálicamente repartido y ocupado por empleados infieles. Lo que perdonó la rapiña, lo sepultó la ignorancia. Con su copioso y rico equipaje, con más de dos mil volúmenes de su escogida biblioteca, desaparecieron sus manuscritos originales, y en ellos, además de muchas composiciones dramáticas, líricas y didácticas, un poema épico de la conquista de Granada, traducciones del poema de Lucrecio *de rerum natura*, y de las *Geórgicas* de Virgilio, y copia de Memorias y disertaciones doctas y curiosas sobre varios puntos de literatura, economía y administracion.

Empero, la emigracion misma y sus ócios y sus necesidades, debian producir la compensacion de estas pérdidas, inspirando á Búrgos el ardor, y dejándole el tiempo de concluir y llevar á cabo la árdua y jigantesca empresa de traducir en verso castellano todas las obras de Horacio. Bastaría esta sola obra para la honra y justo renombre de un esclarecido literato: bastaría sólo el arrojo de acometerla, y la perseverancia de acabarla, aun cuando esto solamente se considerara, y no se tuviera en cuenta el mérito de su desempeño. Queria publicarla en Madrid; quería publicarla en su Patria el *afrancesado*, para quien la Francia era un triste destierro. Lo solicitó del Rey, y á consecuencia de los brillantes informes, en que diferentes ayuntamientos y otras autoridades de Granada y Almería atestiguaron los beneficios que habia dispensado al país durante la invasion francesa, obtuvo la autorizacion deseada, y fijó su residencia en Madrid, el año de 1817.

Agradecido á la merced del Soberano, le dedicó su traduccion de Horacio. Diguóse aquel Monarca, un tanto aficionado á las letras latinas, aceptar la dedicatoria; pe-

ro, á pesar de su proteccion, á pesar de que pasada á la censura de varios literatos, sus favorables y lisonjeros dictámenes corrían de mano en mano ántes de que la obra viera la luz pública, el Ministro D. Juan Lozano de Torres la retuvo cerca de dos años en su gabinete, sin que se adivinase el motivo de tan extraño proceder, y sin que surtieran efecto alguno los contínuos esfuerzos del autor para arrancársela. ¡Tan caprichosa é irracional era la administracion de aquel tiempo, y con especialidad, la de aquel Ministro!

Entretanto, y aguardando su rescate, entreteníase Búrgos en publicar con el título de *Continuacion del almacen de frutos literarios*, una voluminosa coleccion de obras inéditas de españoles célebres, unas con notas y comentarios, otras con noticias biográficas de sus autores, y muchas con juicios críticos y calificaciones más ó ménos extensas, de su mérito respectivo. Una de estas producciones, ántes desconocidas, ocasionó en altas regiones una inquietud, que contribuyó no poco á la celebridad del editor, y que revela de paso la asustadiza debilidad del poder de aquella época. Búrgos habia publicado entre otras, los *Aforismos del famoso Antonio Perez*, obra de gran reputacion entre los eruditos. La Inquisicion se alarmó. Los comentarios que habia añadido su editor, poco favorables en verdad al crédito de aquel antiguo secretario de Felipe II, no fueron precaucion bastante contra la suspicacia del Santo Oficio. El editor fué severamente amonestado, el cuaderno escrupulosamente recogido; y este acontecimiento le retrajo de publicar las obras de *Macanaz*, que formaban parte de su copiosa coleccion de manuscritos, haciéndole pensar en otras que no le expusieran á tantos riesgos.

En 1819 empezó á publicar un periódico con el título de *Miscelánea de Comercio, Artes y Literatura.* El Gobierno de aquella época no permitía la discusion de otras materias. Tratólas todas el nuevo periodista con grande elevacion de idéas, con vehemencia de expresion, con esmerada correccion de estilo. Diéronle en breve estas dotes merecido y eminente lugar entre los más distinguidos escritores. Sabíase que era el único redactor de su periódico; y aunque entónces las exigencias del público no fuesen tantas, ni tan difíciles de satisfacer como en años posteriores, no era ménos digna de admiracion y alabanza la grande prueba de laboriosidad que aquel ímprobo trabajo suponia, el vasto saber, la variedad de conocimientos, la transcendencia de miras y la solidez de doctrina, que sus ilustrados artículos revelaban y esparcian.

Hallábase engolfado en estos trabajos, cuando estalló en las *Cabezas de San Juan* el movimiento militar, que había de restablecer la Constitucion de Cádiz, proscripta en 1814. El Gobierno, aterrado y aturdido, dictó en vano, para reprimirle, medidas parciales, equívocas, insuficientes. El incendio tomó vuelo; los mismos mal dirigidos esfuerzos para apagarle, le atizaban. Las chispas de Andalucía saltaron á Barcelona, á la Coruña, á Zaragoza. Pronuncióse en Ocaña el regimiento Imperial Alejandro. La hora de una reaccion política habia llegado para el Gobierno reaccionario de Fernando VII. El Monarca que no habia sabido moderarse, hubo de someterse; y en la noche del 7 de Marzo de 1820, firmó un decreto reconociendo la Constitucion, que seis años ántes habia declarado anárquica y subversiva.

Búrgos anunció y comentó al punto en su periódico aquella importantísima noticia, con todas las muestras de

un júbilo que no dejó de aparecer ardiente, por más que su expresion fuese templada y comedida. Con este acontecimiento ensanchábase el círculo del periódico; las cuestiones políticas caian ya bajo la libre jurisdiccion de su juicio. Su importancia crecia entónces extraordinariamente. No habia ninguno en aquellos primeros momentos, ni era fácil que otro hubiera tratado la política con tanta maestría y elevacion. Sus discursos constitucionales tuvieron inmensa voga, y el periodista no ménos nombradía. Numerosos grupos de personas de todas opiniones se agrupaban en su casa para conocerle; muchos dias se despachaban más de diez mil ejemplares del número de su periódico.

Nosotros, que no hemos presenciado aquellos momentos de entusiasmo político y de anhelosa curiosidad, pero que despues hemos visto en revoluciones no ménos importantes, y en más graves trastornos y extraordinarios sucesos, tanta indiferencia de parte del público, podemos deducir de esta comparacion cómo se han gastado en el corazon del pueblo y de los partidos las pasiones políticas, y cómo el desengaño de mil desvanecidas esperanzas ha hecho dar poca importancia á sucesos y variaciones, en que ningun bien libra la sociedad, aunque se ventilen en ellos los intereses de sus promovedores. Entónces no se juzgaba así todavía. Entónces habia aun entusiasmo, y cuando aquella nueva era política aparecía, presentábase en general á los ojos del país como una era de prosperidad y de ventura. El mismo personaje cuya historia escribimos, respiró acaso, entre los inciensos de su popularidad, el aire vivificador de esta esperanza consoladora.

Empero, harto en breve, comenzó esta popularidad á

sufrir rudos embates. Á los pocos dias, los absolutistas, vueltos de su estupor, acusaban al escritor de la *Miscelánea* de que atacaba la prerogativa Real, enumerando las restricciones que el nuevo Código político imponía á la autoridad del Monarca. Los liberales empezaron asimismo á atacarle, porque en el calor de las pasiones y en el engreimiento de la victoria, se habia atrevido á inculcar idéas de moderacion y templanza, y á condenar la intolerancia con que se señalaban diariamente á la animadversion pública hombres respetables, que no profesaban las doctrinas proclamadas en 7 de Marzo. Iban apareciendo nuevos diarios, cuyos redactores, más apasionados é inexpertos, impregnados de doctrinas exageradas y reaccionarias, trataron de generalizarlas, combatiendo las doctrinas conciliadoras de la *Miscelánea.*

Empeñóse la lucha entre este y los otros periódicos, mesurada primero, viva en breve y violenta, sobre todo cuando Búrgos emitió con sencillez, y sostuvo despues con vigor, la idéa de que para las Córtes que iban á convocarse, convendría que los diputados llevasen el carácter de Constituyentes, considerándose que en Marzo de aquel año se cumplian los ocho que la Constitucion fijaba para poder ser revisada. No disimulaba el autor de esta opinion el poco cariño que profesaba al Código gaditano, y creía hallar en la realizacion de su pensamiento un medio de acomodarle más al espíritu de la Monarquía, y de ponerle más en consonancia con las costumbres, las opiniones y los hábitos de la nacion. Era tal sin duda su deséo, como el de otros muchos sensatos y juiciosos pensadores, demasiado poco numerosos, es verdad, para que su razon prevaleciera contra el torrente de las presuntuosas medianías políticas, que sostenian como artículos

de fé todos los dislates é imperfecciones de la Constitucion de Cádiz.

Búrgos los reveló con ménos precaucion de lo que convenía al amor propio de sus padres, y al ciego entusiasmo de sus restauradores. Al reunirse las Córtes en Julio, todos los periódicos le hacian la guerra: su pensamiento estaba despopularizado, tanto como habia sido bien defendido. No era tiempo todavía; no estaban maduras las verdaderas teorías constitucionales; no se comprendía el sistema representativo. Hoy es, y aquellos hombres no le han comprendido; no han hecho más que variar de absolutismos. Si se hubiera adoptado entónces el pensamiento de Búrgos, si las Córtes de 1820 hubieran hecho una Constitucion nueva, ó no hubiera sido peor que la de 1812, ó se habria abolido en 1822. No son las Constituciones los artículos impresos en el papel; son los hombres que la revolucion pone en evidencia y eleva al mando de los negocios. Y esos hombres lo mismo son ahora que entónces; por fatalidad, incapaces de reforma y variacion. El mismo es ahora que entónces su gobierno.

En este combate y en estos trabajos Búrgos habia agotado sus fuerzas. Los que conocen el mecanismo de la redaccion de un periódico diario, se asombrarán sin duda al saber que era solo absolutamente para escribir, dirigir y componer el suyo, sin colaborador de ninguna especie. No es de admirar que sus fuerzas se rindiesen. Postróle doliente á las puertas del sepulcro una gravísima enfermedad, y tuvo que poner término á sus taréas. Por poco tiempo se suspendieron. Restablecido apénas de su dolencia, se hizo cargo de la direccion de *El Imparcial*, que redactaban con grande autoridad Lista, Miñano, Hermosilla y Almenara. Pero ocurrieron los sucesos del 7

de Julio; encrudeciéronse las pasiones políticas; subieron al poder hombres de opiniones extremas: los que las profesaban templadas, no podian esperar más que rigores, y se decidieron á buscar seguridad contra la intolerancia tras de las barreras del silencio. *El Imparcial* cesó, y con él dieron fin los trabajos periodísticos de nuestro autor.

No empero los de otro género. Al fin habia llegado el tiempo de que pudiera ver la luz su traduccion de Horacio. En 1820 habia publicado los dos volúmenes primeros; en 1822 se ocupó de la impresion de los tomos III y IV, que comprendian las sátiras y las epístolas. No es ésta sucinta biografía el lugar de consagrar á tan célebre obra el extenso y detenido exámen crítico que su importancia requeria. Ni los límites en que debemos encerrarnos nos lo permiten, ni nos creemos con la superioridad de luces necesaria para analizar filosófica y literariamente un tan extenso trabajo, nosotros que sólo nos hemos propuesto contar hechos. Hecho sí es, y como tal debemos consignarlo, que cuando su publicacion, todos los partidos dieron treguas á sus ódios políticos, para hacer justicia al mérito del humanista poeta. Los diarios de todos los colores, los que profesaban opiniones más opuestas á las del redactor de la *Miscelánea* y de *El Imparcial*, entonaron de consuno un concierto unánime de alabanzas al traductor ilustre. Y merecidas eran, y justo el entusiasmo que debia producir en todos los amantes de nuestras glorias literarias, una publicacion que tanto realzaba las de nuestra Patria y de nuestra edad.

Verdad es que el transcurso de los años ha dado lugar despues á examinar más lenta y detenidamente trabajo tan vasto, y á hallar en él imperfecciones y lunares que debian

escaparse á la primera rápida lectura. Tambien es verdad, que desde aquella época hasta nuestros dias se ha generalizado más el gusto poético, haciéndose más exigente y delicado: que entónces pudieron pasar como bellezas y primores, rasgos que ahora serian leidos con más indiferencia ó juzgados con más severidad; que en el dia, enmedio de las extravagancias de la actual anarquía literaria, se atiende más al esmero de la versificacion, se disimula ménos lo lánguido, lo flojo de la locucion poética, y es mucho más severo el gusto y más escrupuloso el oido en punto á la armonía métrica, á la entonacion vigorosa del verso, y aún á la precision y énfasis del pensamiento; y que esta mayor delicadeza y refinamiento harian que el mismo traductor, si hoy hiciese de nuevo, ó simplemente revisase su obra, hallase algo que enmendar y pulir y castigar en muchas de sus versiones.

Por otra parte, es Horacio el génio más vasto, más variado, más flexible de todos los poetas que han llegado hasta nuestros dias. Él ha pulsado en todos los tonos, así la lira como la rústica avena ó la pastoril zampoña. Desde los arrebatos inspirados de la oda pindárica hasta la sencillez de la epístola familiar; desde los robustos acentos con que entona en la trompa heróica las victorias de Druso, hasta los lánguidos suspiros con que exhala ternuras y amores en brazos de Lesbia; desde la cáustica y acerba sátira con que severo estóico declama contra la corrupcion y los vicios de su depravado siglo, hasta la gracia y molicie con que voluptuoso epicúreo celebra en los jardines de Tíbur los mismos placeres que en otras ocasiones reprendía, su musa ha recorrido con igual facilidad, con igual encanto é inspiracion todos los

géneros, todas las escalas y modulaciones de la armonía poética.

Para seguirle igualmente en su carrera, para interpretarle con igual felicidad en todos los géneros, era preciso que el génio del traductor fuese tan vasto como el del original, y que empleando la vida entera en este trabajo, no hiciera la version de ninguna produccion del poeta latino, sinó cuando se encontrara en circunstancias y situaciones análogas á las que hubiesen podido inspirar la pieza traducida. Y esto, á la verdad, sería demasiado exigir de un hombre solo, de un hombre de nuestros dias, de un literato de nuestra civilizacion y de nuestras costumbres.

Por otra parte, hay composiciones, que á traves de tantos siglos, y transportadas á otra sociedad, pierden la gracia y el encanto que les dan las circunstancias de la época, y el colorido de localidad, que entra por mucho en su mérito. Producciones de tal género no pueden aparecer vertidas con tanto vigor ni con tanto brillo, porque ni en el original nos cautivan del mismo modo. Lo sublime de la oda es de todos los tiempos, si no es de todas las lenguas. Lo gracioso ó punzante de la sátira, lo festivo del epigrama, lo delicado de la epístola, no tanto. Así que, nada extraño es que aparezcan en la traduccion diferencias y desigualdades, que tienen su principio, no sólo en la mayor ó menor dificultad que el original presenta; no sólo en la más ó ménos ardiente inspiracion del traductor, que no ha podido estar siempre á una misma altura en una obra de tan largo tiempo y trabajo, sinó tambien en la misma dificultad del poeta latino, y en el vario gusto con que recibimos en el dia producciones, que si todas satisfacen y encantan al eru-

dito; que si todas admiran al filósofo, no igualmente pueden excitar el entusiasmo, ni revelar el estro de la alta poesía.

Y si á esto se agregan las dificultades de la lengua, y la imposibilidad de ajustar á la rima y armonía métrica de nuestra versificacion el ritmo y combinaciones de un idioma de tan distinta índole, cuya prosodia y pronunciacion casi se han perdido, bien podrémos mirar con indulgencia algunos lunares, algun descuido, algun tropiezo ó caida de nuestro autor en el dilatado curso de tan vasta empresa, en gracia de tantas bellezas y primores, y de tanta imaginacion, y gala de lenguaje, y brillantez de estilo; de tanta poesía, en fin, como campéan, descuellan y resplandecen en este monumento de nuestra literatura *ære perennius*, como dijo de sus obras el mismo poeta latino.

Muchos ejemplos pudiéramos citar, que amenizando nuestro escrito, vinieran en corroboracion de nuestro encarecimiento. Empero entre las riquezas poéticas, que á manos llenas se nos ofrecen al abrir el libro de que ahora nos ocupamos, no dejaremos de señalar la oda 34 del primer libro *Parcus Deorum cultor*, y aquella magnífica estrofa en que dice:

Pues que rasgando á veces el Tonante,
Con vivo fuego el seno de las nubes,
Su carro resonante
Por el cielo tal vez lanza sereno,
Y los bridones del rugiente trueno. [1]

No merece ménos singular mencion la oda 3.ª del libro tercero *Justum et tenacem*, y la feliz inspiracion que le hizo traducir el difícil *civium ardor prava jubentium* por

[1] Nos valemos de la edicion de 1844 corregida por el traductor.
(Nota del Compilador.)

De ciega plebe el vocear insano. Es magnífica la traduccion de la oda 5.ª del mismo libro, *Cœlo tonantem:*

Proclama á Jove el trueno retumbando
Potente numen del lumbroso cielo:
Al britano feroz, al persa infando
César leyes dictando,
César el Dios será del ancho suelo.
¡Pudo de Craso el criminal soldado
En torpe nudo unirse á una extranjera?.... etc.

Competir pueden tanto como lo permite nuestra lengua, con la arrebatada inspiracion de su oda á Druso.—*Qualem ministrum fulminis alitem,* (4.ª del Libro IV) aquellos versos

Cual águila rapante
Armíjera de Jove denodada,
Á quien el Dios Tonante
El reino dió de la familia alada.....

Es muy bella y hace un feliz y gracioso efecto de armonía la oda 11 del libro tercero *Mercuri:*

Dulce Mercurio, pues por tí enseñado
Anfion las piedras con su voz movía,
Y tú algun dia, desdeñada siempre,
Siempre callada;
Ora preciada en templos y festines,
De siete cuerdas, resonante lira,
Versos me inspira, á que la dura Lide
Preste el oido.

Pero sobre todo, la que nos parece de un mérito incomparable, la que tenemos por modelo de traducciones, y la que halaga tanto nuestro oido y nuestra imaginacion como la misma original composicion, es la célebre oda 2.ª del libro cuarto *Pindarum quisquis.* Es tan be-

lla, tan magnífica, que no podemos resistir á la tentacion de insertarla íntegra [1]. Su lectura será más grata que todas nuestras críticas. Cuando se ha leido, se comprende el entusiasmo y admiracion con que debió ser recibida la obra que mencionamos, y cómo ha obtenido una celebridad europea. En 1834 se hizo en Leon de Francia una magnífica edicion políglota de las obras de Horacio. En este insigne monumento, levantado á la gloria del favorito de Mecenas, y á la de los hombres

[1] Héla aquí:

De cera en alas se levanta, Julio,
Quien igualarse à Píndaro ambicione,
Ícaro nuevo, para dar al claro
Piélago nombre.
Cual de alto monte despeñado rio
Que hinchan las lluvias, y sus diques rompe,
Hierve, é inmenso con raudal profundo
Píndaro corre.
Digno del lauro del augúr Apolo,
En metro libre y peregrinas voces
Ora atrevidos, altos ditirambos
Músico entone;
Ora à los Dioses, à los Reyes ora,
Progénie excelsa de los Dioses loe,
De ígnea Quimera y bàrbaros Centauros
Los domadores,
Ó ya ceñidos de la eléa palma
Púgil ilustre y ràpidos bridones
Inmortalice en canto duradero
Màs que los bronces.
Ó llore al jòven al amor robado
Ó aureas costumbres, ànimo y blasones
Suba à los astros, porque torpe olvido
Nunca los borre.
Sostiene el aura al Cisne de Dircéa,
Si de las nubes se alza à las regiones;
Mientras de Tíbur, Julio, en el sombrio
Húmedo bosque,
Con largo esfuerzo, cabe la onda pura,

ilustres, que han hecho saborear á los pueblos de la moderna Europa las producciones de uno de los más fecundos ingénios de la antigua Roma, al lado de la traduccion francesa de Montfalcon, de la italiana de Gargallo, de la inglesa de Francis y de la alemana de Wieland y Voss, figura la española de D. Francisco Javier de Búrgos.

Nunca bastó á Búrgos una sola especie de ocupacion. Por el mismo tiempo que acababa de imprimir las obras de Horacio, empezó á dar á luz una *Biografía universal*

Yo humilde ajusto al metro mis canciones,
Cual del tomillo la afanosa abeja
Liba las flores.
Con alto plecto cantarás tú à César,
Cuando à su carro atados los feroces
Sicambros muestre, y triunfador sus sienes
Lauro decore.
Nada más grande ni mejor al suelo
Que César dieron los benignos Dioses,
Nunca daràlo, aunque la edad de oro
Plácida torne.
Del fuerte Augusto en la anhelada vuelta
Dirás de Roma el júbilo conforme,
Dirás del foro, libres de querellas,
Los artesones.
Y si es que oïda ser mi voz merece
¡Dia feliz! cantaré yo entónces:
Cargado César à nosotros vuelve
Hoy de blasones.
Y ¡triunfo, triunfo! todos entonemos
Mientras la pompa al Capitolio corre:
Y arder hagamos en honor al cielo
Suaves olores;
Y tú diez vacas, Julio, con diez toros,
Y yo un ternero destetado inmole
Que en pingües prados à cumplir mis votos
Ya se dispone.
El corvo disco de naciente luna
Su frente imita, que lunar adorne,
Cual nieve blanco; de color el resto
Todo de bronce.

de que en pocos meses salieron tres tomos en cuarto, y habrian salido muchos más en los siguientes, si el encarnizamiento de la guerra civil y la interceptacion de las comunicaciones, que fué su consecuencia inmediata, no hubieran entorpecido la circulacion de una obra, que hubiera sido de gran recurso á las personas que no tienen bastante tiempo que dedicar al estudio, ni medios de adquirir en tratados elementales conocimientos profundos ó completos.

Quisiéramos no salir de este terreno al escribir esta biografía. Quisiéramos no tener que examinar otros trabajos y taréas que producciones literarias, y amenos estudios de imaginacion ó de filosofía. Son los más bellos, son los más venturosos dias de los hombres ilustres y distinguidos, aquellos que han pasado en el delicioso comercio con las ciencias, en el trato encantador de las musas; y á nosotros ahora tan fatigados de las vicisitudes y tormentas políticas, nos parece que hallamos cierto placer de reposo, cuando apartando de ellas los ojos, y de su sangrienta liza, pódemos examinar la vida del literato y del filósofo en la soledad de su gabinete.

Desgraciadamente en épocas de revoluciones, el talento, lejos de ser garantía contra su empuje, es lo primero que en su torrente se vé arrastrado. Las inteligencias superiores se aïslan en vano de los negocios públicos. Los grandes sucesos vienen á llamar estrepitosamente á las puertas de su soledad; y si una mudanza pasa que las oscurece y arrincona, otra viene que á su pesar las arrebata y compromete.

Búrgos, en 1822 habia quedado fuera de la arena política. Reducido al silencio por la moderacion de sus opiniones, y por la desconformidad de sus doctrinas con las

que en aquel turbulento período dominaban, la restauracion monárquica de 1823 no tenia porqué ensañarse contra él. Hallóle oscuro y retirado aquel gran cambio político, y en su oscuridad y retiro le dejó; porque si Búrgos no era de los hombres que habian sucumbido en Cádiz, mucho ménos podia pertenecer á los anuladores reaccionarios, que en aquella extraordinaria peripécia habian subido al poder. La dominacion de D. Víctor Sacz, y de sus fanáticos colégas, la intolerancia, las persecuciones del Gobierno, el mando soez de la canalla á que con el nombre de realistas se confiaban las armas, los desaciertos políticos y administrativos, que señalaron los primeros meses despues de la vuelta del Rey á Madrid, y el ver malograda de nuevo una de las ocasiones que se ofrecian á un Monarca poderoso, de consolidar el Gobierno, y cimentar robusta y perdurablemente la desquiciada administracion pública, no podian ménos de hacer desagradable, profunda impresion en el ánimo de Búrgos, y de tenerle alejado de aquellos sucesos, de aquella situacion lastimosa.

Pero en la primavera de 1824, una imprevista ocasion vino á sacarle de su retiro y á lanzarle en otra carrera. Hallábase á la sazon la Hacienda de España en el mayor desórden, en la mayor penuria en que se habia hallado hasta entónces nacion alguna. No habia fondos en el Tesoro; no habia surtidos en los almacenes. No habia sistema de rentas, ni manos capaces de llevar adelante ninguno que se adoptase. No habia ejército, ni en dependencia alguna del servicio, órden ni concierto. Todos los recursos del Gobierno del Rey, en los angustiosos apuros de aquella situacion, estaban reducidos á un empréstito, que en el mes de Setiembre anterior habia contrata-

do con el banquero Guebhard la Regencia presidida por el Duque del Infantado, y que despues el Rey habia reconocido y ratificado. Pero de este empréstito apénas habia entrado un real en las arcas del Tesoro. Aquella operacion habia luchado desde sus principios con toda clase de obstáculos y de contratiempos, entre los cuales no habia sido el menor el carácter de la Regencia, que le habia hecho, mientras que el Monarca se hallaba en Cádiz á la cabeza de otro Gobierno.

Las circunstancias de la reaccion, la marcha impolítica y desastrosa del Gobierno le habia quitado en los países extranjeros aquella popularidad, sin la cual fracasan siempre y se estrellan las operaciones de Hacienda mejor combinadas. La anulacion de los empréstitos contraidos por el Gobierno constitucional, daba el último golpe al crédito. Era un absurdo contraste pretender la emision de sumas enormes de papel en las Bolsas de París y de Lóndres, al mismo tiempo que se declaraban ilegítimas y nulas otras muchas más considerables, emitidas pocos meses habia durante el régimen de las Córtes; y fácil era suponer que los perjudicados en aquella expoliacion inícua, se opondrían á la emision de obligaciones nuevas. Los tenedores de papel de las Córtes, enemigos naturales del crédito del nuevo Gobierno, combinaban grandes operaciones que fustraban sus intentos y esfuerzos, y los de sus prestamistas.

Llegaron á tal punto estas dificultades, que en la Bolsa de Lóndres se rehusó admitir un solo bono del nuevo empréstito, y en París fué quemado en efigie el banquero Guebhard. Veíase este, por efecto de tales circunstancias, en la imposibilidad de cumplir su contrato, en virtud del cual desde Setiembre de 1823 debia haber

aprontado un millon de duros al mes. Léjos de haberlo verificado así, en Mayo del año siguiente sólo habia recibido el Gobierno español catorce millones de reales. La situacion era muy crítica y ahogada, cuando á D. Juan Bautista Erro habia succedido en el ministerio de Hacienda el celoso y entendido D. Luis Lopez Ballesteros. Fijó este todo su afan, y puso todo su conato en acelerar el cobro de las sumas del empréstito, dando las más terminantes órdenes para estrechar al prestamista; pero este no cumplía, como no cumple ninguno cuando no puede vender inscripciones; y crecian por momentos las dificultades y los ahogos. En este tiempo fué cuando el Gobierno se acordó de los talentos y habilidad del Sr. Búrgos, y el 23 de Marzo se presentó en su casa D. Juan Pablo Vincenti, Director de la Caja de Amortizacion, proponiéndole pasar á Paris á remover los obstáculos que entorpecian la realizacion de un empréstito, único recurso y esperanza del Gobierno en situacion tan angustiosa.

No era ciertamente Búrgos el que debia considerar la comision que se le proponía, á la luz del espíritu de partido; ni serémos nosotros los que califiquemos su conducta á tenor de las vulgaridades propaladas despues sobre la legitimidad de este empréstito. Á Búrgos no le ligaba compromiso alguno con el poder caido. No podia ser muy respetable á sus ojos la declaracion de las Córtes de Cádiz de que no reconocerían otros empréstitos que los contraidos por ellas, cuando el Monarca á quien despues ellas mismas devolvieron la plenitud de su soberanía, habia contratado uno nuevo, ratificando el de Guebhard. El gobierno de Fernando VII en 1824, reconocido por la Europa entera y obedecido en toda la Península, bien podia parecerle el gobierno legítimo de su país, y servir-

le entónces, servir á su Patria. Ni aun el escrúpulo podia quedarle de que el empréstito Guebhard era para destruir, como algunos dijeron, el sistema constitucional. Mal podia haber contribuido á tal empresa una operacion, de la que en Diciembre de 1823 no se habia recibido un real, y en Abril de 24 sólo se habian entregado catorce millones. Las sumas que desde entónces se recibiesen, sólo podian servir al Gobierno para sus legítimas urgencias, para sus premiosas necesidades, para cubrir sagradas y siempre reconocidas obligaciones; para ayudarle á poner órden y concierto en la administracion; para levantar su crédito; quizá, en las idéas de Ballesteros, y en las esperanzas de Búrgos, para hacerle más independiente del partido reaccionario, y ponerle en el caso de poder introducir mejoras y economías y saludables reformas en una sociedad tan desquiciada y conmovida. Búrgos pudo contemplar así su comision, y diga lo que quiera el espíritu de partido, así considerada era noble y decorosa, y meritorios á todas luces los servicios que en ella prestara.

Búrgos la aceptó despues de algunas conferencias; el 1.° de Abril recibió sus instrucciones; en 3 de Mayo se dió á reconocer en París: las dificultades que habian parecido insuperables, se allanaron: en Noviembre del mismo año habian entrado en las arcas del Tesoro español 170 millones. El servicio era inmenso. El Gobierno se apresuró á reconocerlo, colmando de elogios y distinciones al que le prestaba. Años despues, los hombres perseguidos por aquel Gobierno, ó lanzados de su Patria por el furor de la reaccion absolutista, regresando al suelo natal, habían de calificar de actos reprensibles ó dignos de castigo, los servicios prestados por personas

constituidas en más favorable situacion. La relacion de los hechos y de las circunstancias que acabamos de exponer, basta para dar á unos y á otros su merecido. Pudieran aquellas quejas ser, en la desgracia, disculpables; pero léjos los ódios, y vistos, con la distancia, á mejor luz los sucesos, mal pueden en nuestro concepto obtener el lugar de fundadas acusaciones.

Búrgos no se limitó á facilitar al Gobierno de su país los recursos que necesitaba para la regularizacion de los diferentes ramos del servicio público, tan completamente desorganizados. Desde su residencia en Paris, elevó su vista á consideraciones muy altas, y pudo ver desde allí la causa de muchos males, que afligian á su Patria, que desconceptuaban á su Gobierno, que cegaban las fuentes de su prosperidad, y neutralizaban los recursos de su administracion. El aspecto de una nacion como la Francia, que despues de tantas vicisitudes y tan inmensos desastres, había vuelto á recibir en su seno á todos sus hijos, y reponía sus pérdidas, y levantaba su crédito á favor de una administracion vigorosa, y de un poder ilustrado y entendido, le hicieron sin duda envidiar para su país, tan posible, tan fácil ventura.

La permanencia de los emigrados fuera del reino, llamó profundamente su atencion. Conocía los males de la emigracion, las hostilidades en que sin descanso tienen que ensañarse los desterrados políticos contra el Gobierno que los deja en el suelo extranjero, y las incesantes tiranías en que sueñan de contínuo para regresar á la tierra natal. Había sido él tambien un dia emigrado; había pesado tambien sobre su corazon la memoria de la Patria: había llorado tambien *sobre los rios de Babilonia*, y conocía cuán amargas eran aquellas lágrimas. Se

lisonjeó de poder contribuir á enjugarlas. Creyó que sus servicios le colocaban en posicion de poder dar generosos y saludables consejos, sin temor de que pudieran parecer sospechosos, y osó proponer al Rey la publicacion de una amnistía completa, acompañando la expòsicion de este patriótico deseo, con la demostracion de la conveniencia de otras medidas, que nadie hasta entónces se habia atrevido á invocar.

Tal es la representacion dirigida al Rey Fernando VII desde Paris, á 24 de Enero de 1826. Nada hay más notable en aquella época que este singular documento: ninguno honra más los talentos y el corazon de Búrgos. En aquel escrito, en que á su habitual brillantez y belleza de estilo, se une el exámen más profundamente filosófico de la situacion de España, de sus recursos, y medios de gobierno, nada ménos aconsejaba al Rey, que " dar una amnistía plena y entera, sin excepcion alguna—ó con pocas, y esas, personales—por todos los " actos y opiniones políticas desde 1808, con fenecimiento de todo proceso pendiente por esta causa, y remision de toda pena impuesta; plantear un sistema de " Hacienda, que bastando á las necesidades, restableciese el nivel entre los gastos y los recursos; contratar en " tanto un nuevo empréstito de 300 millones sobre hipoteca de bienes eclesiásticos, y organizar por último la " administracion civil, creando el Ministerio de lo Interior, separando la autoridad administrativa de la militar y judicial, despojando al Consejo de Castilla de " sus monstruosas facultades gubernativas, y estableciendo en las provincias, agentes especiales de administracion, independientes del poder militar y de los tribunales de justicia."

Jamás se llevó más lejos la verdad y la franqueza. En el escrito á que nos referimos, está consignado un programa de gobierno, un sistema de administracion, que algo más vale que muchas constituciones políticas. No creemos que entónces hubiera una sola persona ilustrada, á cualquiera partido político que perteneciera, que no hubiese bendecido y aclamado el poder que lo hubiera acogido y planteado. No nos parece que había un emigrado que entónces no hubiera vuelto, y reconocido la legitimidad del Gobierno que le hubiera adoptado. Hoy es, y todavía al leerle, nos daríamos por muy satisfechos de ver reemplazada la anarquía administrativa y económica en que nos vemos sumergidos, por el régimen que allí se propone. Aquellos votos eran más que una reforma; y no eran una revolucion. Aquel plan era un progreso, un inmenso progreso.

No fué acogido. Una presuncion noble engañaba al corazon generoso que se atrevía á exponerle. Conocia mal la ciega obstinacion del Gobierno á quien servía, y al cual un destino, tan fatal para nuestra ventura, mantenía en su desastrosa marcha. Estaba escrito que hubiesen de durar por largos años males que pudieron remediarse entónces, llagas que el poder de aquella época pudo cicatrizar para siempre!—No lo quiso. Otro tanto más de honra para los esfuerzos del que lo intentó sin fruto, pero no sin exposicion, ni sin gloria. Homenaje de gratitud y de respeto le debemos por ello. Acordémonos que mientras él alzaba con tanto calor su voz vigorosa, muchos de los que despues habian de acriminar con tanta virulencia sus actos, solicitaban parciales indultos por medio de humildes retractaciones, ó se disponían á merecerlos prestando al Gobierno inmorales é indecorosos

servicios contra la causa de la emigracion misma, que despues habian de ostentar como título de gloria.

Búrgos regresó á España en 1827, aceptada que fué la dimision que habia hecho muchas veces de sus funciones en Paris. Su satisfactorio desempeño le valió el nombramiento de individuo de las Juntas de fomento y aranceles, de Intendente de primera clase, y despues los honores del Consejo Supremo de Hacienda, y la cruz pensionada de Cárlos III. Los archivos de la Junta de Fomento están llenos de trabajos preciosos de aquel su infatigable vocal, trabajos á los que se debieron tal vez muchas de las mejoras importantes que adoptó el Gobierno de aquella época.

Su regreso á Madrid le restituyó al cultivo de las letras. La Academia española le habia abierto sus puertas, y su brillante discurso de recepcion en el seno de aquel ilustre Cuerpo, es notable, como todas las producciones de Búrgos, por la novedad de las idéas y la vehemencia de la expresion. Al mismo tiempo hizo representar é imprimir una comedia que con el título de *Las tres iguales* habia compuesto en 1817, con la intencion de ensanchar la via, por donde siguiendo los pasos de Moratin, caminaban entónces los pocos dramáticos españoles.

Pero la comedia de que hablamos, prueba cuánto trabajo cuesta á los hombres más resueltos y decididos romper el yugo de las preocupaciones. El autor de *Las tres iguales* habia hecho ántes ya muchas piezas y ensayos dramáticos, que pertenecían enteramente al género clásico, y se sujetaban estrictamente á las reglas. Pero rindiendo á estas el homenaje que á principios del siglo todos los autores le tributaban, conocía ya, que para

inspirar interés, y fijar la atencion de los espectadores, era preciso tentar nuevos caminos y acometer innovaciones. Sin embargo, en esta su más atrevida produccion apénas osó hacer muy poco esenciales alteraciones. Su accion es en verdad más animada, más sujeta á frecuentes peripécias que las de otras comedias que entónces se ponian en escena; pero el autor, que mostraba tanta confianza en su sistema, se detuvo al pié de la valla misma que se había propuesto saltar. En una sola escena de la pieza introdujo rimas, en otra sustituyó al romance el verso de seis sílabas. Su ensayo pareció excesivamente circunspecto, y formaba tanto más contraste su timidez, cuanto más audacia prometía la advertencia preliminar de la obra, cuanto más conocida era la facilidad con que versificaba su autor, y más brillante el colorido que daba habitualmente á todas sus composiciones.

Búrgos no pudo dejar de echar de ver el poco efecto de su comedia. Sin embargo, el mismo buen resultado de las innovaciones de su ensayo primero, le animaron á lanzarse más resueltamente hasta donde, sin renegar de sus convicciones clásicas, podía extenderse. Entónces hizo *El baile de máscara*, comedia, que sólo se representó en Granada en 1832 á solicitud de las Juntas de Damas encargadas de buscar recursos para la Casa de niños expósitos. Nosotros, que hemos visto impresa esta produccion, no solamente creemos merecidos los unánimes aplausos que obtuvo en su representacion primera, sino que hubieran sido mayores, y esta obra se hubiera presentado con toda su importancia, á haberse puesto en escena en los teatros de la capital. Quiso, es verdad, á poco, y siendo el Sr. Búrgos Ministro, obsequiarle el Ayuntamiento de Madrid, haciéndola representar con

grande aparato; su éxito hubiera sido sin duda brillante y completo; pero el Ministro rehusó lo que verosímilmente hubiera deseado el autor, y quedó casi desconocida; así como sin concluir, por entónces, *El optimista y el pesimista*; y otras que meditaba, ó que tenia á punto de concluir su fecundo talento y su incansable laboriosidad.

En estas taréas pasaba su vida, y en promover, animar y dirigir empresas agrícolas, cuando para el literato, el publicista, y el erudito de quien nos ocupamos, iba á abrirse una nueva carrera, en que parecía llamado á los más altos destinos. Desde su vuelta de Paris, se habia hecho notable especialmente en los trabajos que se habian cometido á su desempeño en la Junta de Aranceles, y en la Superior de Fomento. Distinguíase principalmente en ésta por la constancia con que habia procurado sustituir á las rutinas inciertas de una administracion empírica, las teorías elementales de la ciencia, y con ella los gérmenes de la prosperidad. El Rey Fernando VII, vuelto apénas á la vida despues de su casi mortal paroxismo en 1832, le destinaba para el Ministerio de Fomento, que adoptando por último el pensamiento de Búrgos, acababa de crearse. Con este objeto fué llamado á Madrid desde Granada, donde se encontraba á la sazon. La recaida, y larga agonía del Monarca, no le permitieron llevar á cabo su propósito; pero muerto el Rey en Setiembre de 1833, lo realizó á pocos dias su augusta Viuda, y el 21 de Octubre tomó posesion de un Ministerio, para el que la opinion pública le designaba desde el momento de su instalacion.

Había llegado para Búrgos la época de aplicar sus profundos conocimientos en la ciencia que habia ocupado toda su vida, y de realizar en el poder las mejoras, que

desde más apartada region habia anhelado para su Patria. Nosotros hemos visto despues algunos Ministros que se habian distinguido cuando no lo eran, por planes, sistemas, proyectos y teorías de reformas anunciadas como necesarias y beneficiosas; y que despues en el mando, hombres comunes y vulgares, no salieron de la trillada rutina.

No sucedió así con las esperanzas que se habian concebido de Búrgos. No se ha sentado nunca en las sillas del poder un Ministro más reformador; y si hubiera que hacerle algun cargo en su administracion memorable, acaso sería el de la precipitacion, con que en la impaciencia de su celo, se apresuraba á usar en beneficio de los intereses públicos y de su sistema, un poder que quizá presentía, que á impulsos de la revolucion política, iba á escapársele de las manos. Ningun período de Ministerio alguno es más señalado por beneficiosos decretos parciales, por importantes y transcendentales innovaciones. La mirada, que desde la cima del poder habia dirigido sobre la desquiciada administracion de la monarquía, sin duda le habia afectado más profundamente que las que en otro tiempo dirigia al poder que podia organizarla, y que ahora tenia él en sus manos.

Realmente en España no habia administracion, propiamente dicha. El sistema del gobierno civil de los pueblos, tal como se halla consignado en el libro VII de la Novísima Recopilacion y en los decretos posteriores, se había tornado un informe cáos y un sistema de trabas y embarazos, de debilidad y de preocupaciones, despues que las necesidades del siglo reclamaban más ilustracion, á la par que más fuerza y vida y actividad en el poder. El mismo Gobierno absoluto, en el apogéo de su fuerza,

se había contagiado de un mal, que más tarde debía aparecer con más graves síntomas todavía en los gobiernos llamados populares, el de considerarse únicamente como poder político, y abandonar y tener en poco la autoridad administrativa. El uno era fuerte, hasta ser tiránico; la otra, descuidada, hasta ser, más que accion, obstáculo.

El poder hacía más caso de los principios que de los intereses. Se curaba demasiado del gobierno; de la administracion muy poco. Mientras que cada persona tenía sobre sí un celador, un corchete ó un verdugo, los intereses públicos en el órden material estaban donde quiera lastimosamente abandonados. Y no era acaso por ódio del poder al bien, ó por una aversion sistemática é inexplicable á la prosperidad del pueblo. Las trabas, los embarazos, los inconvenientes y obstáculos, que encontraban las obras y empresas útiles al país, acaso los encontraban tambien las que eran útiles al gobierno. Más que una fuerza de accion, los creaba la fuerza de inércia, que estaba, como ahora, en las idéas, en las preocupaciones, en las costumbres, en los hábitos, en los hombres más todavía que en las instituciones.

El poder podía entónces hacerlo todo, y nada hacía: tenía fuerza y medios para ser la sociedad; pudo ser, y no fué, tiránico; pudo ser, y no fué reformador. No lo fué porque no quiso; no lo fué porque era imprevisor, ignorante más aun que malo. El Jefe del Estado, contento con la posesion del poder político, y con recaudar lo bastante para sostener los fundamentos de este poder, dejaba á la merced del acaso los demás intereses, y á la sociedad marchar á la aventura. Para él,—como en el dia aún para la mayor parte de los que se creen hombres de Estado,—los intereses sociales estaban fuera del círculo de

los intereses y de la accion del Gobierno. Cuando tal poder llegase á venir á tierra, nada debia quedar, nada más que la anarquía; y Búrgos había visto muy de cerca gobiernos en que, cuando caian y se desmoronaban, y se sustituian poderes y dinastías, quedaba siempre UNA LA ADMINISTRACION; y la sociedad, apénas conmovida, continuaba su camino.

Búrgos creyó llegado el momento de crearla; de echar, cuando ménos, sus cimientos. Para ello empezó por donde debía empezar, por la division civil del territorio: medida indispensablemente preliminar á la de colocar un agente superior administrativo á la cabeza de cada subdivision. Para que sirviese de regla de conducta á estos magistrados, se extendió la INSTRUCCION DE SUBDELEGADOS DE FOMENTO, obra tan superiormente pensada como elegantemente escrita, y que en no largas páginas comprendía más máximas de proteccion y gobierno, que un curso completo de administracion; y por otros decretos parciales se les encargaron los trabajos en que desde luego debian ocuparse para emplear la benéfica y protectora autoridad que se les confiaba.

Los pueblos la recibieron con entusiasmo, y libraron en aquella institucion bien fundadas esperanzas. Los nombres de los nuevos Delegados del poder eran por lo general una garantía de acierto, una muestra de patriótico y sincero deséo. No habian sido escogidos entre un solo partido, ni con exclusion de partido alguno. Pertenecían, en lo general, á las opiniones templadas y liberales; los había que habian sido agentes del poder absoluto; en mayor número habian ejercido cargos públicos durante el Gobierno constitucional. Contábanse propietarios ricos y respetados títulos de Castilla, al paso que empleados ce-

losos ó magistrados íntegros; habíalos venerables y experimentados ancianos; pero no era Búrgos de los que aborrecen ó desdeñan á la juventud; y jóvenes que no habian cumplido treinta años, fueron asimismo por él colocados al frente de las nuevas provincias. Los trabajos de estos magistrados, en el corto tiempo que por la rápida complicacion de los sucesos políticos, pudieron funcionar, no fueron estériles; y en el período de aquella corta administracion, se dispensaron más beneficios á los pueblos, y se removieron más obstáculos, que despues en muchos años de ponderadas reformas y de exagerados progresos.

No era con todo eso completa la organizacion administrativa. Los que así lo creyeron, juzgaron demasiado superficialmente el plan y pensamiento de Búrgos, que no comprendian. No creia él que era tiempo todavía de dar á los nuevos funcionarios todo el lleno de atribuciones gubernativas, que estaban diseminadas entónces en otras dependencias. Pensó que esto podria crearles demasiados embarazos y obstáculos en un principio; y que era preciso aguardar á que el transcurso del tiempo hiciese necesaria y natural la acumulacion de sus respectivas funciones en torno de los nuevos centros administrativos que se creaban. Por eso, los que considerando la Instruccion de subdelegados de Fomento como una ley de atribuciones, la hallaron incompleta y vaga, decian una verdad, y no tenian razon. Aquel documento no era más de lo que sonaba: era una instruccion. Las leyes órgánicas, el deslinde de atribuciones y facultades debia venir despues.

Búrgos no descansaba. La aurora de aquellos dias de invierno le hallaba ya trabajando en su secretaría, todo ocupado en el desarrollo de sus vastos pensamientos.

Llenaría muchas páginas la simple indicacion de los decretos que con el objeto de mejorar la condicion del país, se apresuró á expedir. La *Gaceta* publicaba cada dia tres ó cuatro disposiciones benéficas y reparadoras. Las que se expidieron por el Ministerio de Fomento en los setenta dias que corrieron desde el nombramiento de Búrgos hasta fin de año, ocupan solas en la Coleccion de Decretos más espacio que todas las de los demás Ministerios durante el curso del año entero. Sobre doscientas leyes recopiladas, y más de otras tantas Reales órdenes, fueron derogadas por aquellas resoluciones memorables. La libertad de imprenta le debió la más privilegiada atencion, y por primera vez un Gobierno absoluto autorizó la impresion, sin prévia censura, de cuanto sobre artes y ciencias se escribiera.

La libertad de comercio interior y el cultivo de cereales, le debieron el decreto benéfico de 29 de Enero. La policía de los mercados públicos, los derechos de propiedad en materia de pastos, las trabas insoportables con que los gremios, útiles sin embargo algun dia, encadenaban ahora el vuelo de la industria; la sanidad, la educacion primaria, la conservacion de los montes y plantíos, casi todos los infinitos ramos de la riqueza pública, y los complicados intereses de la Administracion interior, fueron objeto de su infatigable solicitud, de reformas y decretos que por la mayor parte notaba ó redactaba él mismo. Recibíanlos los pueblos con reconocimiento y entusiasmo: ni uno sólo provocó la más leve reclamacion. El concierto de alabanzas que resonaba unánime en todos los puntos del reino, sofocaba los clamores de la ignorancia y los murmullos de la envidia; y sus más encarnizados enemigos hubieron de resignarse por entónces á un silencio aprobador, ya que

no se asociasen generosos á la explosion del entusiasmo público.

Es cierto que muchas de aquellas disposiciones no produjeron todas las consecuencias que de ellas se esperaban; que unas no fueron secundadas por las providencias de otros Ministerios, de que habian menester para ser planteadas; que otras fueron neutralizadas á poco por las calamitosas circunstancias en que se halló la Nacion, ó por la orfandad y desamparo en que se vió el poder; y que la mayor parte de los planes y pensamientos administrativos, que arrojaba como gérmenes sobre el suelo de su país, no podian fecundarse y prevalecer sinó á la sombra del cultivo de la mano misma que los habia sembrado. La culpa no fué suya, si otros hombres y otros imprevistos sucesos los esterilizaron ó los arrancaron de la tierra.

Culpa no fué tampoco de sus intenciones patrióticas, si una triste fatalidad le deparó siempre escollos en que debian frustrarse y desvanecerse. En el año de 1826 se habian estrellado contra el absolutismo de un Monarca: en el de 1834 se levantaba otro poder no ménos absoluto, no ménos reaccionario. En el primer período la administracion no podía abrirse paso á través de las preocupaciones fanáticas, y de la intolerancia absolutista. El segundo no era tampoco período de administracion: ántes de llegar á ella, ó pasando por encima de ella, habian de venir la política, la funesta política, la discordia, la guerra, la revolucion.

Fueron vanos é impotentes sus esfuerzos. No pudo completar el sistema de mejoras, que por donde quiera se planteaba, con las leyes y disposiciones orgánicas que debian asegurar su duracion, y que tenía preparadas ya.

Todavía acaso hubiera podido dar alguna más extension á sus grandiosos planes, y conservarse en el poder por más tiempo, si hubiera confiado ménos en sus fuerzas, en sus principios y en sus convicciones; y si su carácter hubiera podido ser más flexible á las exigencias de los subterráneos poderes, que se elevaban entónces pujantes, vigorosos y amenazadores.

Un dia, empero, presentáronse en su Secretaría, como emisarios que eran de una de las sociedades secretas de Madrid, dos individuos á quienes Búrgos habia colmado de atenciones. Venian á ofrecerle la cooperacion de su club: por rodéos al principio, y resueltamente despues, le significaron que por recompensa á la proteccion que reclamaban, pondrían en movimiento todas las trompetas de la Fama para realzar lo benéfico de sus disposiciones, de las cuales le dijeron (segun auténticamente consta al escritor de esta biografía), "todos nuestros amigos " tienen órden de no hablar, mientras no contemos con " el favor y la amistad de su autor.—Nada me importa, " respondió el Ministro, pues si la corporacion que la " solicita se propone obrar dentro de la esfera de las le- " yes, para nada la há menester; y si intenta violarlas, " ó eludirlas, me constituiría yo, dándola, en una com- " plicidad á que no puedo prestarme..... Las sociedades " secretas, añadió, son por otra parte en la época pre- " sente, la llaga más profunda del cuerpo social. No seré, " pues, yo, que me creo llamado á curar muchas de ellas, " el que vaya á hacer más honda la que tan terriblemen- " te la aflige."

Esta respuesta trasladada al club, le decidió á romper las hostilidades contra el Ministro; y pocas horas despues diarios y folletos empezaron á derramar á torrentes la

calumnia sobre su reputacion. Fué entre estos el más famoso uno que debió su nombre, más á la tolerancia y longanimidad del Ministro, que á la triste celebridad del libelista. La edicion entera de *Las letras de cambio* fué sorprendida en la imprenta, y denunciada á Búrgos: mandó, sin mostrarse ofendido, que se entregase al tribunal correspondiente, depositando entre tanto la edicion en la subdelegacion de policía. De allí se extrajeron y repartieron profusamente ejemplares, sin que Búrgos tomase en contra disposicion alguna. Su autor, aunque dado por el juez de la causa auto de prision, pudo pasearse libre y públicamente, sin que el personaje por él calumniado, usase de ninguno de los medios que le daba su posicion para hacer respetar los mandatos de la justicia. Sin duda no creyó Búrgos vulnerada su opinion por verla objeto de las diatribas de quien en sus folletos satíricos no habia perdonado ni á la Hostia consagrada. Ni ántes ni despues quiso mostrarse parte contra él; y razon tuvo. El viento del olvido ha arrebatado la efímera niebla de aquellas vergonzantes producciones, y el nombre del personaje cuya vida referimos, ha permanecido en el mismo encumbrado lugar. Acaso la calumnia, de la cual siempre *algo queda*, pudo haber contribuido á lanzarle de la cima del poder; pero Búrgos habia alcanzado una altura de gloria, de la cual no podian arrojarle nunca sus enemigos.

Encarnizáronse más todavía las hostilidades de estos, desde que cediendo á los deseos de sus colégas, se encargó del despacho interino del Ministerio de Hacienda por dimision del propietario D. Antonio Martinez. Desechadas unas proposiciones llegadas de Paris para proporcionar un empréstito á España, concibieron algunos la idéa de

ofrecer al Gobierno anticipos más ó ménos onerosos. El nombramiento de Búrgos para el Ministerio de Hacienda, les hizo temer que no fuesen aceptadas, y fué causa de que se asociasen con sus esfuerzos á las anteriores embestidas. Él, en tanto, se aplicó á patentizar el estado de la dependencia que interinamente se le confiara, y lo hizo en términos de mostrar que era no ménos capaz de dirigir la hacienda que la administracion.

Entretanto, el Ministerio de que Búrgos formaba parte, se desmoronaba á impulsos de los más irresistibles ataques. D. Francisco Zea Bermudez, á quien su manifiesto de 4 de Octubre hacía mirar como la personificacion del poder absoluto, por muy ilustrada que su administracion pudiera parecer, no pudo resistir á los esfuerzos del partido liberal, que entraba entónces en escena con toda la fuerza de una compacta union y de un comun pensamiento; que no estaba aún dividido ni desvirtuado, que se creía necesario y salvador, y que anhelando lo que se llamó regeneracion política, desdeñaba y tenía en poco las reformas administrativas. Los emigrados, cuya amnistía acababa de completar Búrgos, conspiraron contra Zea, como contra el más terrible enemigo del sistema representativo: conspiraron los realistas como contra el más encarnizado enemigo de D. Cárlos: conspiraron tambien los isabelinos, que deseaban la continuacion del régimen absoluto, creyendo abrir una ancha brecha al espíritu de mejora material con que Zea quería señalar su administracion. Á esta general conjura unióse la diplomacia, y el conde de Reyneval, y Sir Cárlos Williers no eran las palancas de ménos fuerte empuje. Derribáronle en fin por medios cuya enumeracion completa tendrá lugar en la biografía de este personaje; y envolviendo en

su caida al Ministro de Gracia y Justicia, quedaron solos los Ministros Búrgos y Zarco del Valle, encargado éste de la Marina y de la Guerra, aquel de la Administracion y de la Hacienda.

No estamos bastante enterados de los motivos que pudieron animar á Búrgos á sobrevivir en el poder á la caida de Zea. Muy graves, muy poderosos debieron ser; grandes consideraciones de delicadeza, de conciencia tal vez, las que le retrajeron de unir su dimision á la exoneracion del Presidente del Consejo. Á nuestros ojos, lanzado éste Ministro, Búrgos no estaba en su lugar. En la combinacion que las circunstancias hacían necesaria, su posicion no podia ya dejar de ser anómala y falsa. En el Ministerio Zea era Búrgos el gran administrador. En un Ministerio liberal no podía ser el gran político.

Como quiera que sea, urgía constituir luego un nuevo Gabinete, y era forzoso que entrasen en él personas capaces de llevar á cabo la innovacion que acababa de proponer á la Reina Gobernadora su propio Consejo de Gobierno. Consultado éste sobre una enérgica representacion que el Capitan General de Castilla la Vieja, Marqués de Moncayo, había dirigido á S. M. sobre la necesidad de convocar las Córtes, el Consejo estimó justo el deséo del General, y añadió que si la Reina accedía á él, debían introducirse en nuestro sistema de Asambleas políticas las variaciones que el tiempo había hecho necesarias. Cuáles debian ser éstas, era fácil adivinarlo, por el carácter y los antecedentes de las personas, que el Consejo mismo designaba á la Reina para ocupar los cuatro Ministerios vacantes. Figuraban entre ellos D. Francisco Martinez de la Rosa, D. Eusebio Bardají, D. Evaristo Perez de Castro, D. Ramon Lopez Pelegrin, D. Nicolás Garelly, don

José Vazquez Figueroa, y otros que habian sido Ministros en las dos épocas anteriores de Gobierno representativo. Por otros conductos habian sido tambien propuestos á la Reina varios sujetos, que si no pertenecian á tan elevada clase, correspondian, sí, á la de adictos al régimen de Cádiz. Así se habian hecho sonar en los oidos régios los nombres de D. Valentin Ortigosa, de D. Mariano Milla, y otros varios, algunos bastante desconocidos y oscuros para no representar otros principios que los intereses de los que los deseaban en el poder.

Búrgos y Zarco del Valle fueron los encargados de entresacar de aquellas largas listas los nombres de los cuatro Ministros, que debian asociárseles para completar el Gabinete. Las consideraciones en que, durante una conferencia de más de dos horas con la Reina, fundó su voto el personaje cuya biografía escribimos, están consignadas en una carta, que poco despues de su salida del Ministerio, dirigía á uno de sus amigos, y de la cual se nos permitió entónces tomar copia. Creemos que, á riesgo de detenernos algo más de lo que nos habiamos propuesto en este artículo, nuestros lectores hallarán placer en saber las interioridades de aquella sesion memorable, que descritas bajo la influencia de impresiones recientes, y referidas con la efusion que empléa el autor de la carta en sus comunicaciones íntimas, ya verbales, ya escritas, difícilmente podrán ser más exactamente conocidas, ni más fielmente presentadas, que en los trozos del importante documento que vamos á dar á luz:

"¿Qué regla, leimos entre otras cosas en aquel curioso papel, "qué regla debí seguir yo en tal circunstancia? ¿De qué clase de personas debí aconsejar que se compusiese el nuevo Gabinete, cuando el Consejo de Gobierno, in-

sistiendo sobre la urgencia de reunir las Córtes, indicaba lo conveniente que sería hacer variaciones en el modo y los objetos de su reunion, y proclamaba así la necesidad de dar á la España un nuevo régimen político? ¿Era posible oponerse á ésta indicacion, que en lo principal se apoyaba sobre el tenor explícito de leyes nunca derogadas, y en lo accesorio, sobre las exigencias de una opinion, que se presentaba con las apariencias de unánime?

»Dado que esta no fuese tal, ¿había algun medio material de reprimirla, ni otro medio legal de conocerla y de clasificarla, que el de reunir la nacion en Córtes? Habiéndose de hacer esto, ¿no era preciso nombrar para el nuevo Ministerio hombres que fuesen bien vistos de los que habian provocado esta variacion, y que inspirándoles confianza por sus antecedentes, no se viesen atajados en su nueva carrera por una oposicion sistemática y encarnizada? Entre estos hombres, ¿no era político y patriótico preferir aquellos que, conocidamente capaces, habian completado su educacion política en la escuela del infortunio, y á quienes, por tanto, se debia suponer curados de la manía fatal de las innovaciones violentas? ¿Á los que por haber servido ántes los mismos destinos, á que de nuevo se les elevaba, se debía creer familiarizados con los negocios, y en situacion de prevenir ó de conjurar las complicaciones que pudiesen sobrevenir? ¿Á los que, por el hecho de ser presentados como candidatos del Consejo de Gobierno, se debía pensar que mantendrian entre este Cuerpo y el Ministerio la armonía necesaria para la marcha expedita de los negocios?

»¿Qué se habría hecho con hombres de otra clase? ¿Aumentar la efervescencia, que promovida al principio por instigaciones interesadas, sostenida despues por combi-

naciones astutas, aumentada más tarde por el prestigio de los Jefes militares de las importantes fracciones del territorio peninsular, acababa de ser santificada, por el hecho de declararse por el primer Cuerpo del Estado justas y legítimas las quejas que la motivaron? Movidos por estas consideraciones Zarco y yo—pues supongo que á él se le ocurrieron como á mí, visto que opinó conmigo en aquella larga sesion—fijamos la eleccion de la Reina sobre Martinez de la Rosa para Estado, y Garelly para Gracia y Justicia. Este último nombramiento no se obtuvo sin algun esfuerzo, pues la Gobernadora mostraba una predileccion decidida en favor de Ortigosa; pero cedió en fin á consideraciones de posicion, que no hacian posible su nombramiento, cualquiera que fuese el concepto que por otra parte se tuviera de su capacidad.

»No sucedió así con la designacion de Aranalde para el Ministerio de Hacienda, que combatida fuertemente por mí, fué con igual fuerza sostenida por la Gobernadora. En vano alegué que en el corto tiempo que habia yo desempeñado aquel Ministerio, habia visto por mí la profundidad de la llaga del *déficit*, que sólo podia curarse por un hombre superior, versado, no en triquiñuelas de rentista, sino en los principios de la ciencia económica, en las teorías del crédito, y sobre todo en la atinada aplicacion de estas y de aquellos á las necesidades del país. En vano añadí que Aranalde no podia tener estos conocimientos, sin que en alguna ocasion se hubiesen revelado de un modo ú otro, y hubiese llegado á pocos ó á muchos la noticia, cosa que ciertamente no habia sucedido. La Gobernadora insistió decididamente; pero ni Zarco ni yo dimos por concluido este punto, que quedó pendiente. Pasóse al nombramiento de Ministro de Ma-

rina, para el cual sólo habia sido propuesto D. José Vazquez Figueroa. Contra él no había más objecciones que hacer que la mucha edad del candidato, y la inutilidad del restablecimiento de un ministerio no provisto en muchos años, por no haber marina de qué cuidar. Pero Figueroa tenía amigos, y convenía proporcionar al Ministerio el apoyo de una arma en que habia muchos hombres de capacidad, cuya influencia local en sus departamentos no era de desaprovechar en tales circunstancias.

»Acordados estos nombramientos, y autorizados Zarco y yo para hacerlos extender, quise que la sesion no se concluyese sin que se tomara en consideracion una cuestion importantísima que suscité, y que fué decidida en conformidad de mis intenciones. Creado el Ministerio de Fomento, se habian desmembrado del de Estado muchos ramos del servicio interior, á saber: los de Correos, Caminos y canales, Sociedades Económicas, Museos de ciencias naturales y otros de esta clase. Reducido este Ministerio á sólo las relaciones exteriores que entónces, por desgracia, eran limitadísimas, manifesté haber cesado los motivos que habian hecho considerar á aquella Secretaría como la primera del despacho, y probé que por tanto no debía continuar aneja á ella la Presidencia del Consejo de Ministros. Propuse en consecuencia, que fuese ésta segregada de aquel Ministerio, y que en lo succesivo la confiriese la Reina á aquel de sus Ministros á quien su capacidad, su energía y su hábito de negocios hiciesen más á propósito para desempeñarla. Indújome á hacer ésta proposicion, no sólo su justicia originaria, su conveniencia evidente; sinó el temor de que recayendo la presidencia en Martinez, se resintiese de ello la marcha de la administracion; y mi temor se fundaba en el conoci-

miento que tenia del carácter y de los antecedentes de este sujeto. . . . . Estaba la memoria de su administracion demasiado fresca, para que yo, conviniendo en asociarle al Ministerio como hombre de luces, bien intencionado y popular, no temiese las vacilaciones de su carácter, y la debilidad de su conducta como gobernante, enmedio de la vehemencia de sus discursos como diputado. En Martinez, en fin, buscaba yo el *nombre*, no el *hombre*; el nombre, para acallar las facciones interiores, y los clamores frenéticos de la prensa extranjera, asociada al fanatismo liberal que iba cundiendo en la Península, y que exaltaban prodigiosamente los sucesos coetáneos de las armas de D. Pedro en Portugal; no el hombre, que entregado exclusivamente á teorías políticas y á distracciones literarias, no conocia el estado de la opinion general de su país, con la cual nunca había estado en contacto, ni sus necesidades, ni los medios de socorrerlas. Contando, pues, con su disposicion para mantener nuestras relaciones diplomáticas, no le creía á propósito para dar, en calidad de Presidente del Consejo, convergencia al poder, y unidad y energía á la administracion. La Reina accedió sin titubear, á mis indicaciones, y decidió que la Presidencia del Consejo no estaría en adelante aneja al Ministerio de Estado.

»Martinez mismo, llamado á mi Secretaría, al terminarse la sesion con la Reina, convino en la justicia de la medida que acababa de adoptarse; y manifestó á presencia de Zarco y mia, que la Presidencia debía recaer en el hombre que más capaz fuese de dar á la accion del Gobierno el impulso que las necesidades reclamaban. Aceptó en seguida el Ministerio, no sólo simplemente y sin

condiciones, sinó declarando que era inútil que especificásemos ningunas, *pues con hombres como Vds.*, dijo, *no puedo yo dejar de estar siempre de acuerdo.....*» [1]

No hemos podido averiguar cómo esta disposicion régia, consentida por Martinez mismo, no fué llevada á efecto. Lo que sabemos es que en las conferencias, que se abrieron seguidamente en la Secretaría de Estado para discutir la nueva ley política, no hubo Presidente, como ni Secretario, por haberse excusado Martinez de valerse del que lo era entónces del Consejo de Ministros. Así no hubo actas formales de aquellas largas y solemnes discusiones. Solamente Martinez tomaba notas ó apuntaciones sueltas, que no sabemos si existen, ó si se ordenaron despues. De ellas aparecería la parte que Búrgos tomó en la discusion de la especie de Carta promulgada despues con el título de ESTATUTO REAL.

Sólo nos consta que entre él y Martinez hubo alguna vez disidencias vivas sobre más de un punto importante, entre otros, sobre el censo para el cargo de procurador, sobre la manera de justificarlo, sobre las circunstancias del procerato y otras materias no ménos graves. Á algunos de los ilustres colégas de Búrgos hemos oido elogiar el teson con que sostuvo siempre la necesidad de multiplicar en la nueva ley orgánica los medios de reprimir las pasiones políticas, que á la sombra de ella podian crecer y desarrollarse. Sin embargo, parécenos que Búrgos debía conocer cuán insuficientes é ineficaces son todas las garantías del poder Real, cuando la influencia popular de

[1] Despues de escrita esta biografía, y en 1850, se dió á la estampa este interesante trozo como parte del libro I de una importante obra pòstuma del Sr. D. Javier de Búrgos, que con el título de *Anales del Reinado de doña Isabel II* se publicó en seis tomos en el establecimiento tipográfico de Mellado.

pronto se suelta y desencadena; así como lo son no ménos las trabas que ligan á los Reyes, cuando llega la hora fatal de las reacciones del poder.

Aunque no sea cierto lo que oimos en el año de 1834, de que Búrgos no había sido el ménos liberal de sus colégas en la discusion del Estatuto, siempre ha debido parecernos extraña su cooperacion á una obra, que más en aquel que en ningun otro período de su vida, debía estar en discordancia con sus idéas y sus principios de gobierno. Parécenos que no fué indiferente entónces á nuestro protagonista la especie de popularidad que le resultaba de contribuir al restablecimiento del sistema representativo; pero no creemos que haya podido rendir aquel homenaje al ídolo del dia, sin hacer algun sacrificio de sus opiniones. Si así fué, momentos de amarga pesadumbre habrán turbado su vida. Porque los que se estrellan al querer poner en ejecucion idéas y sistemas de que han sido partidarios y adoradores, encuentran en la sinceridad de sus convencimientos un consuelo, que no pueden alcanzar aquellos otros, que condescienden en tomar sobre sí la responsabilidad de ajenos proyectos y de innovaciones, de cuyo feliz resultado recelan y desconfian.

Cuando Búrgos hubo estampado su firma en aquel documento, creyó que debía dejar el puesto en que no se le permitía entregarse exclusivamente á sus proyectos de reformas administrativas. Promulgado el Estatuto, ya no era el Gobierno quien podía hacerlas, y la mision de Búrgos no había sido esperar á que la lenta y embarazada accion de una Asamblea legislativa plantease las infinitas mejoras, removiese los innumerables obstáculos que á la prosperidad pública se oponian. Las cuestiones de intereses materiales debian dejar el puesto á las ruidosas

querellas de opiniones y de intereses políticos. Los agentes administrativos de las provincias iban á ocuparse de elecciones y de candidaturas.

Búrgos continuaba además siendo el blanco de diarios ataques, y de la enemistad de las sociedades secretas. Queríase lanzarle del Ministerio para reemplazarle con el Conde de Toreno, muy popular entónces. Los mismos medios que se habian empleado para derribar á Zea, se pusieron en juego para alejarle del poder. Los Embajadores extranjeros se mezclaron tambien en este golpe, como en el anterior. Búrgos presentó su dimision; la Reina resistió durante algun tiempo á sus instancias; pero aceptó al fin su renuncia, dándosele por succesor al Sr. Moscoso de Altamira. Búrgos recibió, al dejar el Ministerio, la Gran Cruz de Cárlos III, y á poco fué revestido con la dignidad de Prócer del Reino.

Abriéronse las Córtes de 24 de Julio, y nombrado miembro de la comision encargada de la respuesta al discurso del Trono, fué por aclamacion designado para extenderla, aunque despues se le agregase el célebre Poeta D. Manuel José Quintana. Formularon ambos separadamente el proyecto de contestacion, pero Quintana tuvo la modestia de romper el suyo cuando hubo oido el de su coléga. La comision le adoptó sin otra variante que la de atenuar un tanto la condenacion vigorosa que Búrgos hacía del reciente asesinato de setenta religiosos, cuya sangre inocente echaba una mancha indeleble sobre el nuevo órden de cosas.

Entregábase lentamente el Estamento de Próceres á sus ordinarias taréas, cuando un acontecimiento memorable vino á darle una violenta sacudida. Habíase formado desde mucho ántes el proyecto de no comprender en

el reconocimiento de las deudas extranjeras el empréstito de Guebhard, de que ya en otro lugar de este escrito llevamos hecha especial mencion. Fundábase este intento en el horror con que los proscriptos en 1823 habian mirado una operacion que había procurado al Gobierno de 1824 los medios de atender á su conservacion, y de organizar el servicio público. En el ódio que aquel Gobierno les inspiraba, comprendieron al agente, que tanto había contribuido á hacer efectivas en el Tesoro público las sumas de aquel empréstito; y habiendo llegado el caso de fijar en el Estamento de Procuradores el carácter de aquella deuda, Búrgos debía ser el blanco de ataques especiales.

Le acometió, en efecto, el Conde de las Navas el 24 de Setiembre, en un discurso notable por una violencia de acusacion sin ejemplo en los anales parlamentarios. No sólo imputaba á Búrgos dilapidaciones y culpables manejos en el empréstito Guebhard, sinó que afirmó en su discurso que el Conde de la Alcudia había dado cuenta al Rey de un expediente sobre iniquidades, robos y perfidias en la mencionada operacion, en consecuencia de la cual había el Monarca mandado formar causa al Ministro Ballesteros y á D. Javier de Búrgos. Acudió este, celoso de su honra, pidiendo al Gobierno la vindicacion de su ultraje, suplicando á S. M. mandase averiguar si habia existido ó existía el expediente de que hablaba el Conde de las Navas, y poner en claro sus acusaciones; y pidió además que se formase una comision compuesta de Próceres y Procuradores, á quienes pasasen todos los papeles relativos á aquel empréstito, y que informasen sobre la parte que en él habia tenido. Quien de tales imputaciones era objeto, y tales medios de publicidad buscaba para poner en claro su conducta, no merecía, por cierto,

que se le cerrasen las puertas á la defensa, y se ahogara su voz, cuando tan alta y vehemente tronaba la de sus acusadores.

No presume el autor de estas líneas de entendido en materias de Hacienda, ni se ha iniciado jamás en los fáciles secretos de las operaciones de Bolsa. Pero tiene la profunda conviccion de que muchos de los que acusaban á Búrgos, no se hallan más instruidos en estas materias, y que la mayor parte de los que aceptaron aquellas acusaciones, ignorando su fundamento, y profesando una opinion formada por otros, no han descendido jamás á las circunstancias y pormenores de los hechos, que como capitales acusaciones, se acumulaban sobre la reputacion de nuestro protagonista. Por eso nos creemos en el deber de tomar su voz en este importante punto de su vida, y dar á conocer siquiera á los imparciales, ó á los superficialmente prevenidos, parte de las razones que Búrgos alegaba contra sus adversarios.

Él contaba con su posicion para defenderse de lo que acaso á la emulacion de aquella posicion misma, debía en parte. Contaba con una tribuna para responder á las imputaciones, que desde lo alto de otra tribuna se habían lanzado contra él: aguardaba la ilustracion del asunto por medio de los documentos originales, y por la comision que iba á formarse; aguardaba que el Gobierno declarase oficialmente la no existencia del expediente que el Conde de las Navas había citado: pero, entretanto, publicó con el título de *Observaciones sobre el empréstito Guebhard*, un escrito en que manifestaba á los ojos de la Nacion y de la Europa, todo lo que era bastante para formar una idéa distinta y luminosa de aquella operacion, presentándola con tal claridad en la enunciacion de los hechos, tal

órden en su calificacion, y tal fuerza de raciocinio, que no sabemos qué pudieran responder á ella sus despues mudos y silenciosos contrarios.

"Nada tendría de singular—les decía aludiendo á los pretendidos expedientes y proceso de Alcudia—" nada tendría de singular, que fiel á las tradiciones y á los hábitos de todos los partidos, aprovechase aquella coyuntura una faccion fanática, capitaneada en los años anteriores por dos Ministros, que estaban en lucha perpétua con los otros tres, cuyos sentimientos eran moderados y justos, y particularmente con el Ministro de Hacienda. El Conde de la Alcudia, Jefe de aquella faccion, pudo, pues,—en su deseo de vengarse de la enérgica y liberal oposicion de D. Luis Lopez Ballesteros—recoger algunas de las imputaciones, que por los motivos que acabo de expresar, circulaban sin duda contra él, y que ni su posicion ni el convencimiento de la justicia de sus actos le hubieran permitido desvanecer. Pero suponiendo cierto —lo que yo he ignorado hasta hoy—que Alcudia reuniese algunos de aquellos chismes, y formase con ellos un legajo, ó sea un proyecto de procesos, *nunca un expediente*, pues expediente es otra cosa, es evidentemente calumnioso que el Rey mandase formar causa á Ballesteros y á mí, puesto que aquel continuó de Ministro mientras lo fué Alcudia, y ambos cesaron de serlo juntos. ¿Quién habría podido impedir el cumplimiento de la resolucion soberana, si hubiese sido cierta? ¿Cómo Alcudia, cuyo poder igualaba á su audacia y á su odio, habría dejado de cumplir una órden que él provocara, ya por satisfacer sus resentimientos particulares, ya, si se quiere, por otro motivo más elevado? ¿Cómo, aun suponiendo que se hubiese revocado la pretendida órden, ha-

bría continuado Ballesteros de Ministro, y se habría Alcudia mantenido á su lado?.....»

Con igual fuerza de raciocinio sigue combatiendo Búrgos la posibilidad de que pudiera haber desaparecido tal expediente, concluyendo con asegurar que en *ninguno de los empréstitos hechos ántes y despues de* 1823 *habia tenido parte alguna.* Pero no se contentaba con su vindicacion personal. Revolviendo las armas sobre los que contra él las esgrimían, se atrevió á probarles que todos los empréstitos contraidos por la España en los períodos de régimen constitucional, habian sido más onerosos que el de Guebhard. «Hé aquí—decía, despues de hablar del más ventajoso de aquellos—hé aquí una revelacion, que asombrará no poco á los charlatanes, y aun á los que no lo sean.»

El empréstito Guebhard, esa operacion tan indignamente calificada y tan atrozmente juzgada, se hizo á un interés de 1 ½ por 100 *ménos* que el primero, y uno de los más ventajosos que celebraron las Córtes; y eso, cuando estas se hallaban en el apogéo de su prestigio y de su gloria; cuando Lisboa, Turin y Nápoles habian adoptado la Constitucion Española; cuando la península Itálica estaba asomada á una situacion igual á la de la península Ibérica; cuando en fin la simpatía universal estaba excitada en favor de nuestra Nacion, llamada entónces al parecer, á los más altos destinos. Pues bien: en aquella situacion, las Córtes contrataban un préstamo á 10 ¼ por 100 de interés. Por el contrario, en 1823 la Nacion española estaba entregada á una sangrienta reaccion. Un Gobierno en Madrid, á nombre del Rey, y otro en Cádiz con el Rey á su cabeza, se disputaban un mando, que sólo el pronunciamiento nacional

podía adjudicar definitivamente al Rey de Cádiz ó al de Madrid. Por colmo de complicaciones el Gobierno de Madrid proclamaba la bancarrota de los empréstitos de las Córtes, y se indisponia así con todos los capitalistas de Europa, y se cerraba todos los mercados. Pues bien: en esta situacion el Gobierno absoluto contrataba un empréstito á 9 por 100 de interés; á 1 ¼ ménos que las Córtes lo habian hecho en el más brillante período de su existencia. ¿No habria de esta comparacion grandes argumentos que sacar?»

No sabemos qué contestaban sus adversarios á tales razones. No sabemos que nadie hasta ahora las haya impugnado, ni que el hombre que tan vigorosamente se explicaba, haya sido hasta ahora desmentido por nadie. Pero cuando los ódios han querido justificarse en motivos, que no son su verdadera causa, la refutacion de estos, léjos de aplacarlos, los exaspera. Acaso Búrgos fué en su defensa más adelante de lo que al propósito del momento convenía; y atento más á la verdad que á su persona, desdeñó aquella regla vulgar, pero siempre segura, de *hacerse benévolo el auditorio.* No contento con la demostracion que dejamos transcrita, y metiendo la tienta en la llaga de los demás empréstitos contraidos en aquel período, probó la enormidad de las lesiones que todos ellos irrogaron, y justificó aquel de cuya recaudacion estuvo encargado, en términos que debian irritar más que convencer al partido que le movía tan cruda guerra. Lo que en su escrito había manifestado, debía adquirir más fuerza y autoridad, y extenderse y popularizarse más todavía cuando se oyese su voz en la tribuna del Estamento. Pero la saña contra él suscitada penetró hasta una region adonde parece no debian alcanzar vul-

gares pasiones, y estalló en un acto estrepitoso, que visto á tanta altura, hizo que pudiera llamarse atentado, lo que en otra esfera, y entre personas de otra gerarquía, hubiera sido solamente imprevision, arrebato ó ligereza.

El 18 de Octubre debía el alto Estamento tomar en consideracion la suerte del empréstito Guebhard, desechado ó no reconocido en el de Procuradores. Búrgos debía hablar, no sólo para procurar impedir la consumacion de tan inícua y antipolítica medida, sinó para cumplir la promesa que había hecho, de completar verbalmente las aclaraciones contenidas en sus observaciones, cuanto era preciso para la cabal dilucidacion del negocio. Su voz fué ahogada.

Un corto número de Próceres, alguno de los cuales debiera tener presente cuando ménos que su propia conducta no estaba exenta de acusaciones quizá igualmente absurdas, pero no ménos vulgarizadas, habia formado tan injustificable proyecto. El General D. Miguel Ricardo de Álava presentó una exposicion pidiendo que Búrgos no asistiese á las sesiones, ínterin no se justificase de la acusacion fulminada contra él por el Conde de las Navas, en el mes anterior, y en el otro Estamento. Pidió el acusado la palabra para defenderse: el Presidente se la negó, y retirándose Búrgos del salon—de donde, á nuestro entender, debió esperar á que la fuerza material le arrancara,—arrebatóse de asalto una votacion equívoca en la forma, inícua en el fondo, injustificada en sus motivos, y de peligrosísimas transcendentales consecuencias bajo el aspecto político, al frente de una revolucion que empezaba, y en la cual se sentaba el primer precedente de violencia revolucionaria en el seno del primer Cuerpo moderador del Estado.

Sentimos haber de mostrarnos tan severos calificando aquel hecho. Pero al hacerlo, obedecemos á un deber de conciencia, al cual pensamos que habrán de hacer justicia los mismos que en él tuvieron parte, acaso en breve arrepentidos de un voto, cuyo objeto y cuyas consecuencias sin duda no habian detenidamente calculado.

Por eso no debió tener lugar aquella votacion de sorpresa. Los Próceres ménos amigos de Búrgos, debian reconocer que las acusaciones del fogoso Procurador, que no tenian otra prueba que las hablillas del vulgo, ni otro estímulo que la sinceridad, frecuentemente excéntrica y extremada, de sus intenciones, se hallaban más que rechazadas en las *Observaciones;* y si alguno, sin embargo, necesitase más explicaciones que las contenidas en el impreso, fácil le habria sido pedirlas á su coléga, y honroso para todos que de palabra se completasen. Debian considerar que era, sobre vedado, anárquico y antiparlamentario, referirse en un Cuerpo colegislador á lo que en el otro, más al alcance de las pasiones del momento, se promoviese. Debian por último contemplar la brecha que abrian á la inviolabilidad de los Próceres, y á la independencia del Estamento, los que autorizaban á la mayoría á lanzar de su seno por un voto de indignidad á todos los que pluguiese arrojar de aquel recinto, bajo motivos ó pretextos, que nunca faltan en la vida de los hombres públicos algo distinguidos.

Era preciso, por una triste fatalidad, que ningun partido, que ninguna clase, que ninguna gerarquía, que ningun Cuerpo quedase exento de errores, y desaciertos y culpas en esta revolucion malhadada; de cuyos extravíos nadie puede decir que no ha sido cómplice, y de la cual habia de venir despues sobre todos tanta expiacion

de males y tribulaciones. El Estamento de Próceres no se eximió de aquella ley fatal, ni de su expiacion, por desgracia. No pasaron dos años sin que la revolucion le suprimiera.

Búrgos se había ido al extranjero, no porque le humillase la declaracion de sus colégas. Harto había mostrado la fiera altivez de su carácter, cuando en la tarde misma de aquel dia, y pocas horas despues de la votacion famosa, se presentó paseando en el Prado. "Tengo necesidad, dijo á sus amigos, de ostentar esta tarde entre los desapasionados concurrentes al paséo, la aureola de ruines pasiones, que me han ceñido esta mañana en el Estamento." Por otra parte, varios de los mismos Próceres se habian agolpado á casa de Búrgos, á darle satisfaccion del injusto acuerdo. Quejábanse todos de la sorpresa, y aun se dice que en una sesion secreta que celebró al dia siguiente el Estamento, trataron algunos de exigir la responsabilidad al Presidente. Pero, á favor de la declaracion de los Próceres, los periódicos enemigos de Búrgos soltaron la rienda á su furor, y tanto más violentamente irritados, cuanto que por ninguna parte se hallaba rastro del *expediente* de Alcudia, ni de los demás fundamentos de la acusacion, apuraron todos los medios de amargar la existencia y lastimar la sensibilidad de un hombre, que si bien de temple enérgico y de convicciones profundas, no podía ser indiferente á una série no interrumpida de ultrajes.

Búrgos sintió la necesidad de ir á esperar bajo más despejada atmósfera la hora de su desagravio. No debió este tardar seis semanas. Antes de expirar el mes de Noviembre, los archiveros de todas las secretarías del despacho habian certificado de que no existían ni habían

existido los expedientes y procesos que figuraban en la acusacion del Estamento de Procuradores. En los primeros dias de Diciembre la comision mixta de Próceres y Diputados había declarado que nada existía entre los voluminosos papeles del empréstito Guebhard que pudiese perjudicar la opinion de Búrgos. Si estos resultados, transmitidos sin dilacion á la Secretaría de Estado, hubieran pasado en seguida á la de Próceres, debieran estos haber revocado al punto su acuerdo. Pero en la Secretaría de Estado se estancó el informe cinco meses, al cabo de los cuales se acordó darle curso, cuando iban á cerrarse las Córtes. El Estamento nombró nuevas comisiones, empleó nuevos trámites, y hasta Diciembre de 1835 no se le comunicó el acuerdo para que volviese á ocupar el puesto, de que le habian alejado combinaciones de partido.

No satisfizo esta reparacion tardía el orgullo ofendido de Búrgos, quien no recató en su respuesta el desden que le inspiraba una Corporacion, que debia aparecer á sus ojos bajo un aspecto poco ventajoso. Sin embargo, quería ocupar un sólo dia la tribuna, y desahogar en ella la amargura de su corazon ulcerado. Con este objeto volvió á Madrid en el verano de 1836, cuando en el camino supo el alzamiento de la Granja y la abolicion del procerato. —"El sargento García me ha vengado,"—dijo al saberlo: palabra terrible, cruel sarcasmo, que revela cuánto envenena á los corazones más generosos y á las almas más elevadas el sentimiento de la injusticia.

Búrgos volvió sin detencion á París. La vida política había acabado para él. Pero en aquella populosa capital no renunció á los hábitos laboriosos de una existencia tan ocupada. Allí escribió la HISTORIA DEL REINADO DE ISABEL II, obra que acaso no verá la luz pública en vida de

su autor, y de la cual no hemos visto sinó un corto fragmento en los *Apuntes para una biblioteca de españoles célebres contemporáneos*, publicados hace dos años en París. Pero algunos de nuestros amigos, que conocen de ella más largos trozos, convienen en el relevante mérito de esta obra, que comprende desde la muerte de Fernando VII hasta fin de 1838. Dícennos que una de las cosas que más la realzan, es una galería completa de retratos, entre los que se distinguen por el brillo del pincel y por la perfeccion del parecido, los de los Sres. Zea Bermudez, Martinez de la Rosa, Mendizábal y otros de los que más figura hacen en nuestra revolucion.

Las musas volvieron á ser tambien el recréo de la ancianidad de D. Javier de Búrgos, como habian sido la pasion de su juventud primera. Allí compuso tambien varias comedias; y en los *Apuntes* que ya hemos citado, hemos leido composiciones líricas de una audacia y de una novedad que no sospechábamos. Conocíamos ya la magnífica cancion fúnebre á la muerte de la Reina Doña Isabel de Braganza, y una lindísima oda al casamiento del Rey D. Fernando VII con Doña Cristina de Borbon. Otras varias producciones, diseminadas en varias colecciones, nos habian hecho apreciar al hombre que pulsaba con igual facilidad todas las cuerdas de la lira. Pero en la *Oda á la Razon*, que sentimos no poder trasladar á nuestras páginas, elévase á muy grande altura de inspiracion y de estilo el que supo decir—hablando del error—:

"¿Quién no le vió ostentando ardiente celo
Proclamarse insolente
El vengador del ofendido cielo,
Y entre preces austeras,
Alzar cadalsos y encender hogueras?

Si el impulso violento
Mostró atajar más tarde,
¿No sustituyó á un mal, males sin cuento?
De apagar el incendio que atizara
Hizo estéril alarde.
Tolerante ser quiso, y hundió el ara
Su torpe desvarío;
Huyó de ser fanático, y fué impío.
Campëon de las leyes,
Paladin de sus fueros
Tal vez ser quiso, y combatió á los Reyes;
Exageró con fementido encono
Livianos desafueros:
Escalon del patíbulo hizo al trono,
Y alzó sobre él aleve
La brutal tiranía de la plebe..... "

Su *Oda al Porvenir*, empieza así:

"¿Es pez el que en la espalda
Del piélago salado
Alza entre espuma surcos de esmeralda?
—No; que á intervalos en batir se place
Las blancas alas sobre el aura pura:
¿Es cisne por ventura?
—No, que humo espeso exhala su costado:
¿Es un volcan que de las ondas nace?
—No, que su mole entre ellas sobrepuja.—
¿Que es pues?—Es nave que el vapor empuja"

Son bellos, magníficos seguramente estos trozos. Un oido muy delicado podria desear, reparando sus composiciones, alguna vez más facilidad y blandura en el versificador, ménos máximas, ménos razon abstracta, y más imágenes en el poeta. Resiéntese á veces de la severidad del gusto latino, que digan lo que quieran los admiradores—en cuyo número nos contamos—de aquella poesía,

no se adapta á los hábitos literarios de nuestra manera actual, más fantástica, ménos austera, ó más pervertida, si se quiere. Pero, á pesar de todo, no tenemos recelo en asegurar que aunque Búrgos no hubiera compuesto más que las dos piezas que citamos, bastarían ellas para que nuestra Patria le contase entre sus más distinguidos poetas.

A fines del año de 1839, y aprovechándose de la corta trégua que dió á las pasiones políticas el Convenio de Vergara, Búrgos creyó conveniente restituirse á su Patria, buscar en el hogar doméstico el reposo que exigian sus años y los afanes de su laboriosa vida, y en el dulce temple del clima natal el alivio á sus enfermedades. Retiróse entónces á su casa de Granada; pero aun allí sus últimos años habian de señalarse con nuevas y útiles taréas. El Liceo de aquella ciudad, al rogarle que se inscribiese en el número de sus sócios, añadió la súplica de que á las diferentes enseñanzas planteadas en aquel establecimiento, agregase el recien llegado algunas lecciones de Administracion. El Liceo tuvo la dicha de oirlas, y aunque natural era que las doctrinas profesadas por el Ministro de 1834 no estuviesen acordes con las anárquicas idéas que prevalecian en 1840, no por eso dejaron de ser oidos aquellos discursos con acatamiento y entusiasmo.

La Alhambra, periódico de aquella ciudad, insertó algunos, que los demás del reino se apresuraron á repetir, y que fueron por donde quiera leidos con ávido interés. Acaso no hay en ellos ninguna idéa que el mismo autor no haya ántes emitido en otras ocasiones y en otros documentos; pero las gracias de su estilo, y el vivo colorido y realce que dá su imaginacion á los asuntos más ári-

dos, hacen parecer con novedad idéas con las que el mismo autor y la influencia de sus doctrinas nos habian familiarizado.

"Objeto de la administracion—dijo en uno de sus más elocuentes discursos,—objeto de su solicitud es el hombre ántes de nacer, y lo es despues que ha cesado de existir. En las escuelas del arte, prepara en efecto la administracion socorros á las parturientas, y allana así la senda de la vida á los que la naturaleza condena á recorrerla. Contra el vírus maligno, que debe luego inficionar su sangre, tiene la administracion preparado un poderoso contraveneno en otro vírus benéfico, que por la inoculacion infiltra en sus venas. Preservado por ella el niño, de la lepra que durante siglos diezmó la infancia, la administracion le lleva por la mano á las escuelas, que tiene establecidas; infiltra asimismo en su mente los gérmenes del saber, y le preserva de la lepra de la ignorancia, tan mortífera para el espíritu, como lo es para el cuerpo el vírus de la sangre. Adulto en breve el infante, la administracion cuida de que ejercicios gimnásticos desarrollen sus miembros, y de que nuevos y más elevados conocimientos fortifiquen su inteligencia. Domiciliado en un pueblo, la administracion vela sobre su seguridad y reposo, y cuida además de que aguas copiosas y saludables aplaquen su sed, alimentos abundantes y sanos satisfagan su hambre, árboles frondosos le proporcionen sombra y frescor en el verano, y calles espaciosas, ventilacion y comodidad en todas las estaciones. Ella abre cáuces estrechos para llevar la fecundidad y la vida á las campiñas áridas, y los abre anchos para que los surquen barcos, cargados de los productos del suelo y de la industria. Ella borda las márgenes de estos cáuces, cubier-

tas ya de pingües esquilmos, de vastas y sólidas rutas, sobre las cuales se alzan á su voz protectora cómodos y elegantes albergues, donde el viajero halle no sólo abrigo y seguridad, sino sosiego y aun regalo. De sus avenidas aleja ella al mendigo, y aun al ocioso, que no siendo observados ni corregidos, harían de la vagancia y de la miseria escalones para el crímen.

»La administracion proporciona ocupacion á los hombres robustos en los trabajos públicos; proporciónala en hospicios á los desvalidos, y á los delincuentes en los establecimientos de correccion. Socórrelos en sus dolencias, ora abriendo las puertas de los hospitales, ora derramando sobre el hogar doméstico los dones de la compasion privada y los consuelos de la caridad pública. Á los desgraciados, que fruto de la flaqueza ó del crímen, son abandonados al nacer, por sus padres, tiene la administracion abiertos desde luego asilos para alimentarlos; y más tarde escuelas y talleres, donde, adquiriendo medios de vivir á sus propias expensas, pueden retribuir á la sociedad los beneficios de su santa tutela. Ni aun al morir el hombre, abdica la suya la administracion. Ella preside á los funerales, aísla el asilo de los muertos, y señalando á los vivos la mansion que les aguarda, les ofrece en cada tumba un recuerdo de su miseria y una leccion de moralidad.

»Si en las fases más importantes que acabo de recorrer de la vida del hombre en sociedad, es permanente y activa la accion de la administracion, no lo es ménos en las demás situaciones, ligadas como lo están íntimamente todas las de la existencia social. ¿Qué harian, en efecto, las autoridades militares y marítimas para el reemplazo de las tropas de mar y tierra, si la administracion no les

señalase la juventud propia para entrambos servicios? ¿Qué harian los encargados de la cobranza de los tributos, si la administracion no reuniese en el conocimiento exacto y completo de la materia imponible, los elementos de la equidad de la reparticion, equidad de que depende esencial y casi exclusivamente la puntualidad en los pagos? ¿Qué haría la justicia misma con los criminales no merecedores del último suplicio, si la administracion no preparase cárceles donde se custodiase á unos, talleres penitenciarios donde se corrigiese á otros, y presidios donde los más delincuentes hallasen á la vez escarmiento aprendizaje y castigo? ¿Hasta qué punto, en fin, no se neutralizarian las ventajas mismas del tráfico marítimo, si lazaretos ventilados y cómodos no reuniesen todos los medios de sofocar los gérmenes de muerte, que entre sus algodones envía tal vez Esmirna á Marsella y Nueva-York á Liverpool? Aun á los ministros del culto, sustraidos por la naturaleza de sus funciones á la influencia de la administracion, los arrastra ella en su órbita, asociándolos á proyectos de beneficencia, y haciéndolos así colaboradores del bien, que de otro modo no tendrian medios de fomentar.

"Con razon, pues, califiqué yo un dia de *inmensa* la administracion, y enumeré y aun desenvolví los beneficios de su omnipresencia. Con razon igualmente dije en otra parte que se podía definir "la ciencia de lo útil y dañoso," dando á entender con esta designacion—intencionalmente vaga, aunque exacta—ser ilimitada la esfera de sus atribuciones.

"En su incomensurable espacio yacerian sin fin mezclados y confundidos todos los intereses sociales, si no cuidase de su deslinde y clasificacion una emanacion de

aquella alta inteligencia, que organizó un dia los elementos de la materia, que se agitaban en el seno del cáos primitivo. Como para el órden del mundo físico amalgamó al crearlo, ó separó aquellos elementos la mano del Supremo Hacedor, así amalgama ó separa la administracion la enorme masa de intereses aislados, en cuya armonía consiste la organizacion del mundo social. Hacer confluir en un punto de conveniencia comun la mayor suma posible de estos intereses, fundirlos cuando son afines, impedir cuando son antipáticos el contacto, que luego traería el roce, y el choque á la larga, tal es la mision sublime de ese poder, que se designa en la actualidad bajo el nombre de administracion. »

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la insercion de tan bellas páginas. La ciencia así definida merecía tener por Profesor á un Poeta. Es cierto, sin embargo, que podemos preguntarnos al leerla, si eso es poesía, ó si eso es la verdad: por lo que á nosotros toca, confesamos que no nos atrevemos á resolver la cuestion. En esa magnífica pintura creemos que hay algo más que administracion. Ese cuadro es la vida, la sociedad entera, y nosotros no tenemos tan alta idéa de la accion de los gobiernos,—á lo ménos en lo que hasta ahora, por la experiencia y la historia los conocemos,— que creamos que ella sola es poderosa á constituir la vida, la organizacion de la sociedad.

La administracion pública es siempre más superficial, más egoista de lo que para los grandes fines se requiere. En la administracion no hay sentimientos, no hay entusiasmos, no hay creencias, no hay grandes pasiones, pocas veces abnegacion, pocas sacrificios. El interés, el cálculo, la razon sola no bastan para dirigir á las sociedades, co-

mo no bastan las fuerzas mecánicas y las afinidades químicas para hacer vivir los cuerpos físicos; y en la administracion no hay más que cálculo, interés, razon á lo más. Por eso las sociedades sin administracion perecen; pero con administracion sola no viven. Con anarquía y desgobierno se corrompen; pero con administracion sola no se regeneran.

Hay fuera del gobierno y de la administracion moralidad, religion, sentimientos, principios, costumbres, que tienen una fuerza de accion y de vida, que no les dan los hombres, que no les dan los Gobiernos; que la reciben de más alto, de más divino orígen; así como hay males y vicios, y plagas sociales, que la administracion no basta á extirpar, cuando la Providencia permite que se desencadenen. El Sr. Búrgos debe saberlo mejor todavía que nosotros, y á costa de una amarga experiencia. Por eso creemos que cuando dá á su ciencia favorita la importancia á que la encumbra, está él mismo persuadido de que la realidad de los hechos nunca puede arribar á la ideal perfeccion de tan bellas teorías. Mucho, sin embargo, pudiera acercarse, si al frente de los negocios públicos, hubiera siempre hombres entusiastas como él, hombres en quienes el interés del bien público fuera pasion.

Tales hombres pueden cometer errores, como en todos los géneros los caractéres muy apasionados los cometen, y el Sr. Búrgos acaso no está exento de ellos en su corta, aunque importante vida política. Pero á los hombres frios y egoistas—por sabios que hayan sido,—jamás les han debido los pueblos adelantos ni favores; y los que ha dispensado Búrgos á su Patria, no serán estériles; y dia vendrá que se recojan los frutos de los gérmenes fecundos que ha sembrado.

Para él ha empezado ya la posteridad. Los partidos y combinaciones políticas en que pudiera figurar, han pasado por largo tiempo. Extraño á todos, aguarda el término de su vida en el retiro de su casa; y los consuelos de la amistad, los cuidados de la familia mitigan los agudísimos dolores de gota, que á intervalos amenazan su existencia. Búrgos, casado desde 1805, ha tenido varios hijos, por cuya felicidad y fortuna se ha desvelado constantemente. Un hombre de una existencia tan afanada y laboriosa como la que acabamos de recorrer, no ha puesto ménos cuidado en sus asuntos domésticos que en sus trabajos literarios y en los negocios públicos. Hombre de órden y de arreglo, no descuidó por la ciencia la fortuna. Sus constantes afanes, sus conexiones de amistad, y la buena posicion en que se ha visto para hacer á veces lícitas, pero lucrativas especulaciones, acrecentaron su caudal en términos de haber servido la recompensa de sus taréas de fundamento á las imputaciones de malversacion de que le culpó la envidia, con motivo de sus agencias en el empréstito Guebhard; al paso que ha gastado muchos años y considerables sumas en empresas grandiosas de agricultura, no coronadas todas con próspero resultado.

Su carácter es una mezcla de calidades, que rara vez se reunen; pero que una vez reunidas, no pueden ménos de formar un sujeto altamente apreciable. Ningun hombre muestra más apego que él á sus doctrinas, ninguno tiene convicciones más íntimas y profundas; y nadie, sin embargo, profesa más respeto á las doctrinas y convicciones de los otros. Severo hasta la rigidez con respecto á los principios, es tolerante hasta la condescendencia con las personas que más opuestos los profesan. Sério y

ceñudo naturalmente, hasta pasar por áspero y desabrido, es ameno en su trato familiar, festivo en su trato íntimo, agasajador y rumboso en su casa, amigo de la sociedad y de proporcionar recreos y placeres á los que disfrutan de su confianza y aprecio. Vehementísimo, impetuoso, *irasci celer*, como dijo de sí mismo el poeta latino á quien él ha hecho hablar la lengua de Garcilaso, es frecuentemente dócil y complaciente hasta la debilidad.

El mérito ajeno le entusiasma. En el poder, colocó en los destinos por él creados, á los que creía que por su mérito eran dignos de ellos, aunque supiera que habían sido enemigos suyos; y amigos y parientes no recibieron en aquella época testimonios de predileccion particular. Creemos que la injuria que ha dejado más profundos rencores en su corazon, y de la cual conservará más huellas, fué la que recibió en el Estamento de Próceres, y debemos respetar ese sentimiento de la ancianidad, noble, justo en su orígen, y que recaía sobre un corazon ya lastimado por otros ultrajes. Por lo demás, sabemos que no conserva enemiga contra sus perseguidores, y consideramos con placer que aunque un disculpable compromiso de su juventud le atrajo tanta enemistad, y aunque los partidos ingratos han mirado con tanto desdén, y compensado con tantas acusaciones é invectivas sus grandes talentos, y sus no menores servicios, él con medios de fortuna, amigos, y consideracion en el extranjero, no ha podido nunca borrar de su corazon el amor de la Patria, fuera de la cual no podía vivir.

No le fué traidor tan dulce sentimiento. Cuando creía venir á encontrar un sepulcro, han podido los aires vivificadores de su querida Andalucía ensanchar su cora-

zon, dar treguas á la hora fatal que creía próxima; y prestar aún sombra á sus canas,—por dias..... que quisiera dilatar largamente nuestro deseo!—las encantadas y pintorescas márgenes del Genil y del Darro.

APÉNDICE.

Suspendida la biografía del Excmo. Sr. D. Javier de Búrgos en 1842, en que la escribió el Sr. Pastor Diaz, y habiendo vivido aquel hasta 1848, nos ha parecido conveniente apuntar sumariamente los hechos, que entre una y otra época pasaron, tomándolos de la Biografía que al frente de su obra póstuma ANALES DEL REINADO DE DOÑA ISABEL SEGUNDA se publicó con las iniciales A. P.

A los veinticinco años de haber publicado el señor don Javier de Búrgos su traduccion en versos castellanos de todas las obras de Horacio, emprendió y llevó á cabo su correccion y reforma, enriqueciendo sus comentarios, todo lo cual dió á la estampa en 1844.

En 1843 fué electo Diputado por Granada, y á los dos meses nombrado Presidente de la Comision para el arreglo del sistema tributario, de la cual eran vocales los señores Santillan, Pita Pizarro y Mon, terminándose en ocho meses tan importantes trabajos.

Reelecto para las Córtes de 1844, fué nombrado Senador vitalicio á fines del verano de 1845; individuo del Consejo Real, y Presidente de su seccion de Hacienda.

En Mayo de 1846 ocupó nuevamente el Ministerio de la Gobernacion, en el cual acordó y preparó una subasta de doscientos millones de reales para obras públicas, las Ordenanzas de Montes y una Instruccion para el deslin-

de y amojonamiento de los del Estado, de propios y comunes de los pueblos y de establecimientos públicos. Nombró una comision para extender un proyecto de ley á fin de uniformar en todo el Reino el sistema de pesas y medidas, cuya ley en efecto se dictó, y ha tenido ejecucion; fijó el espíritu de la de 1845 sobre ayuntamientos, y dió nueva y acertada organizacion á la Real Academia de San Fernando. Instruccion pública, beneficencia, carreteras, conduccion de aguas á Madrid, fueron asímismo objeto de su atencion especial: en diez y nueve dias que duró en este último Ministerio, despachó más de dos mil expedientes, prodigio de actividad que su Biografía debe consignar.

Al cabo de dicho tiempo, él y el Presidente de aquel Ministerio hicieron dimision, y vuelto á la paz de su hogar, tornó tambien á la Presidencia de la Seccion de Hacienda del Consejo Real.

A poco empezó á adolecer, y en 22 de Enero de 1848, á los sesenta y nueve años de su edad, entregó su espíritu al Criador. Sus restos mortales yacen en el cementerio situado extramuros de la Puerta de Bilbao.

Aunque Búrgos sobresalía ante todo como administrador y economista, y como hombre de gobierno, no olvidando el carácter literario de esta publicacion, por cuyo prisma principalmente se le considera, séanos permitido conservar dos rasgos característicos, que bajo este aspecto ilustran sus últimos momentos. Poco antes de fallecer se levantó, á las siete de la mañana, á corregir pruebas: era cercano su fin, y se deleitaba en conversar de literatura y administracion.

Sus últimas palabras fueron consagradas, al mismo tiempo que á la Religion, á la excelencia del idioma del Lacio. Leyéndole el Sacerdote, en aquella extremidad, algunas oraciones en castellano, "*Los Evangelios, los Evangelios,*—le dijo el moribundo;—*y en latin; que me gustan más.*" Pocos momentos despues dió el alma á Dios!

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

BIOGRAFÍA.

No es siempre la vida de los hombres conocidos en el mundo por la fama de sus escritos y el mérito literario de sus obras, la relacion tranquila de los estudios de su gabinete, la observacion lenta de los progresos del arte que cultivan, ó del vuelo de su imaginacion por las regiones que pueblan ó conquistan con el poder creador de su fantasía. No están exentos los privilegiados ingénios, de las tristes vicisitudes de la vida material, y frecuentemente suele cebarse en ellos, como en más sabroso pasto, la desventura y el infortunio.

Desde muy antiguo fué azarosa la existencia de los poetas; y mezclados,—por su voluntad unas veces, otras, mal de su grado,— en el torbellino de los acontecimientos públicos, ha solido tocarles mayor parte en los rudos golpes de la fortuna, que en los costosos favores de la gloria. Turbulenta, agitada, borrascosa aparece en los períodos de la historia griega y romana la vida de sus poetas y de sus filósofos: más animada y combatida aún en las épocas tempestuosas de la Edad media. Los Dantes, los Tassos, los Petrarcas, los Milton no pasaron su existencia en la elaboracion tranquila de sus obras in-

mortales. Su vida fué,—por lo general y desgraciadamente para ellos,—un variado é interesante drama, un poema no ménos lleno de incidentes y portentosos episodios, que los que se deben á su pluma. Solamente en siglos más avanzados, y en períodos de estabilidad y consistencia, alcanzó á veces al talento la calma que disfrutaba la sociedad entera; y los poetas y escritores del siglo de Luis XIV y de la Reina Ana, pudieron atravesar tranquilos los años dichosos de sus pacíficos tiempos, sin dejar huellas en la historia, de sus desgracias y privadas vicisitudes.

Los ingénios españoles rara vez gozaron de este favorable privilegio. El cultivo de las artes y de las letras no ha sido jamás en España una taréa única y una profesion exclusiva. Desde Cárlos I hasta nuestros dias los escritores han figurado como hombres públicos, ora en la guerra, ora en la política, desde que la política ha sustituido á la guerra. Garcilaso muriendo al escalar una torre, Ercilla cantando sus propias hazañas, Cervantes mutilado en Lepanto y cautivo en Argel, son altos y memorables ejemplos de esta verdad. Lope de Vega, Calderon, Quevedo y otros autores, que alcanzaron más prósperos y bonancibles tiempos, no se eximieron sin embargo de correr gran espacio de su vida por entre notables alternativas y no siempre prósperas aventuras.

Pero habían de venir siglos más azarosos y turbulentos; y en el huracan de las conmociones espantosas, que nuestra edad y nuestra Patria habian de presenciar, más mezclada y revuelta habia de andar la vida de los hombres distinguidos con los extraordinarios sucesos, que conmovieron tan profundamente la sociedad española, desde los primeros años de la centuria que vamos recorrien-

do. Pocos se han eximido de las grandes penalidades, que ha dejado caer la Providencia sobre este pueblo tan sin ventura. Pocos han dejado de verse contrariados en su carrera, abatidos en su prosperidad, privados de su riqueza, condenados al destierro, á la muerte quizá, y á la abyeccion de la pobreza.

Personas que habian nacido con inclinaciones pacíficas; que se habian educado con costumbres blandas y suaves; que parecian exclusivamente destinadas á cultivar las artes de la paz en la calma de la vida doméstica, viéronse en sus más tiernos años transportadas al seno de los ejércitos, y se criaron entre la sangre y estrépito de los campamentos militares. Hombres virtuosos, en cuyo corazon no hubiera podido penetrar jamás el pensamiento del crímen, llenaron en diversas épocas los calabozos, y treparon los escalones del patíbulo. Las discordias civiles no han dejado de lanzar sobre el suelo extranjero millares de proscriptos, y una generacion entera se ha visto más de una vez expuesta á diseminarse por el mundo, cual nuevo pueblo de Judá, maldito del cielo por algun delito horrendo.

La vida de cada español notable puede ofrecer en sus páginas íntimas fecunda materia para la novela y para el romance. Á veces pudieran sacarse de estos sucesos, perdidos sin embargo entre la inmensidad de tantas desventuras, y eclipsados entre la variedad de tan grandes vicisitudes, trajedias espantosas, ó caprichosos y fantásticos dramas. Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generacion, á quien el cielo permita vivir más tranquila, sobre el suelo regado por las lágrimas y el llanto de sus padres; y á la cual ahorre la Divina clemencia el es-

pectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones!

Aún, si pudiéramos consolarnos de este mal con la idéa de que los infortunios, atormentando al individuo, redundaban en pró de la sociedad, aguijando el talento y acrisolando la virtud, no nos afligiría tanto la triste reflexion con que hemos dado principio á estas páginas; pero hasta la desgracia nos cabe de profesar una opinion contraria á la teoría, que quiere extraer la virtud por la presion del martirio, y que no ve las lumbreras del ingénio sinó en las tinieblas del infortunio.

Nosotros tenemos otra conviccion. Creemos que la desgracia, por sí sola, no enaltece á los hombres; creemos que los que en la miseria cultivan las artes, en la prosperidad harían maravillas. Creemos, en fin, que los que enmedio de tantos azares y de tantos contratiempos, han podido arrojar todavía destellos de luz sobre el horizonte de su Patria, más espléndidamente la hubieran iluminado sinó les hubieran envuelto por muchos años tan densas nubes de polvo, de oscuridad y de vapor de lágrimas. La mayor parte de los hombres distinguidos que conocemos, acaso han sido en el infortunio medianías; y sólo desde que han podido desplegar en las creaciones de la fantasía ó en acciones útiles á su Patria, las fuerzas que ántes empleaban para luchar con la adversidad, se han elevado á la altura á que desde el principio eran llamados. No llamamos nosotros, no, tiempo de aprendizaje á los dias de dolor y de amargura. Para el saber y para el arte, no ménos que para la vida, le llamamos *tiempo perdido.*

La existencia del ilustre personaje cuya interesante Biografía vamos á bosquejar, nos ha sugerido naturalmente estas reflexiones. Acaso las desgracias de su país han rectificado sus idéas, y le han servido de viva leccion y de

provechoso escarmiento; pero las suyas propias y sus propias penalidades no le habian escarmentado en años ya muy avanzados. Su edad actual ha pasado más allá de la juventud; y sin embargo, literariamente hablando, es un jóven, y á la escuela de nuestros dias pertenece. En los años del 20 al 23 era ya conocido como literato y como hombre público; y para nosotros sus verdaderos progresos, su justa nombradía, su original talento, su brillante imaginacion, y el mérito que realza y distingue las producciones de este escritor, pertenecen, más principalmente en los últimos años, á la parte de su vida que no tiene tantas aventuras y contratiempos; y no tendríamos inconveniente en poner una línea divisoria entre D. Ángel de Saavedra y el Duque de Rivas.

Pero cabalmente nuestra taréa es lo contrario: tenemos que enlazar esos dos períodos, soldar esas dos existencias, empezar la vida del poeta con la del soldado; la del Grande de España con la del imprevisor, y un si es no es calavera mozalvete; la del Ministro conservador, por la del fogoso y entusiasta revolucionario; la del poeta romántico, del galano romanceador, la del cómico fantástico y calderoniano, por la del clásico imitador de Herrera, ó el humilde discípulo de Racine ó de Alfieri. Acaso no hay existencia alguna, en que estén más exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros dias.

Y así debía suceder, atendida la cualidad que principalmente descuella en nuestro protagonista. Los grandes talentos especulativos, los caractéres fijos y tenaces, son los que imprimen direccion y créan las circunstancias de su época. Pero el Duque de Rivas no nació para ser un filósofo, no nació para ser un político sistemático. Ima-

ginacion florida, vivísima, ardiente y fecunda, carácter móvil é impresionable, su destino era ser un gran Poeta, un poeta meridional, recibir y reflejar las impresiones de su país y de su época, no dominarlas ni resistirlas, ni tal vez modificarlas.

Córdoba, ciudad de tantos recuerdos y de tantas glorias; Córdoba, magnífico mosáico donde han engastado brillantes piedras los períodos más poéticos de nuestra historia; Córdoba, la ciudad de los Emperadores romanos y de los Califas orientales, de los Marco Aurelios y los Abderhamánes; Córdoba, la de los magníficos campos, la del paisaje más bello que puede ofrecerse á los ojos del hombre; Córdoba, la de las alamedas de naranjos, la de los campos de rosas, con su sierra entapizada de jazmines, y que refleja en las aguas del Guadalquivir las casas de placer morunas entre las modernas ermitas; Córdoba, la patria de tantos ingénios y de tantos hombres grandes, cuna de Séneca y de Lucano, de Averróes y Avicena, de Juan de Mena y de Góngora; Córdoba es tambien la ciudad donde nació D. Ángel de Saavedra; y Córdoba debe ser una patria muy bella y muy querida para el que nace bajo las alas de sus ángeles de oro [1], cuando su memoria es indeleble para quien, como el autor de estas líneas, la ha visto sólo un rápido momento de una hermosa mañana de Abril, y la volvió á mirar con ojos amortiguados en el paroxismo de una mortal congoja, otro dia de harto penoso y melancólico recuerdo.

Nació en 10 de Marzo de 1791. Fueron sus Padres el Sr. D. Juan Martin de Saavedra y Ramirez, Duque de Rivas, y doña María Dominga Remirez de Baquedano y

[1] Es muy comun en Córdoba la efigie de piedra ó bronce dorado del Arcángel San Rafael su patrono.

Quiñones, Marquesa de Andía y de Villasinda, Grandes de España. Pero D. Ángel, hijo segundo, no era el heredero inmediato de los títulos y grandeza de sus ilustres Padres. Criado en Córdoba al cuidado de dos hermanas de su Padre, desde los años más tiernos se acumularon en la persona del niño las gracias y favores de la córte; que se apresuraban entónces á no dejar á los segundos tiempo de ambicionar, para compensar en cierto modo el privilegio de los mayorazgos, equilibrar en lo posible su condicion, é impedir que los hermanos mirasen con envidia ó gérmen de rencor á los que la suerte del nacimiento habia favorecido más.

Así, á los seis meses de edad le pusieron la cruz de Caballero de Justicia de la órden de Malta, y poco despues la bandolera de guardias de Corps supernumerario.

Su primera educacion fué, no sólo correspondiente á su esclarecido nacimiento, sino superior en solicitud y esmero á la que por lo general cuidaban en España los Grandes de dar á sus hijos, á quienes se consideraba que no habrian menester de los favores de la fortuna, ni de ejercer en la sociedad cargos y empléos, que hubiesen de requerir conocimientos demasiado vastos y profundos. Tocóle á nuestro protagonista la buena suerte, que alcanzó entónces á muchos jóvenes que despues fueron hombres ilustres y aventajados. La revolucion francesa habia lanzado sobre nuestro suelo millares de emigrados virtuosos é instruidos, que buscaban en la generosidad española un abrigo contra la voracidad de la guillotina revolucionaria; y España, que dentro de pocos años había de lanzar de su seno tantos proscriptos, pagaba entónces anticipada la triste deuda de la futura hospitalidad.

Habíase hecho casi moda y buen tono en todas las casas pudientes recibir para ayos de sus hijos á eclesiásticos franceses fugitivos de aquella sangrienta carnicería; y ciertamente que no tuvieron motivo para arrepentirse. Los individuos del clero francés estaban entónces á mayor altura de ilustracion y de ciencia que los de igual clase en España, y aplicábanse con ahinco á corresponder dignamente á la benévola acogida, que encontraban sus talentos, sus virtudes y sus desgracias. Tocóle tambien por ayo á nuestro D. Ángel, un ilustrado Canónigo emigrado, llamado Mr. Tostin, y bajo su direccion estudió, á par de las primeras letras, la lengua francesa, y elementos de historia y de geografía. Desde aquella temprana edad le fueron asimismo revelados los principios de las bellas artes, é inoculado el gusto por la pintura, en que habia de ser despues tan sobresaliente aficionado, aprendiendo los primeros rudimentos del dibujo bajo la direccion de Mr. Verdiguier, escultor francés establecido en Córdoba.

Pero la primera invasion de la fiebre amarilla, que tan horribles estragos hizo en Andalucía, obligó á sus Padres á llevarle á Madrid, dándole por ayo á un honrado sacerdote, que le enseñó la latinidad, y por maestro para continuar sus estudios de francés, historia y geografía, á M. Bordes, tambien emigrado francés muy protegido del Duque su Padre.

Los instintos artísticos y literarios brotan en la primera infancia en todos aquellos, á quienes la Providencia destina para que cultiven las artes ó conserven vivo sobre la tierra el fuego sagrado del entusiasmo, que están encargados especialmente de eternizar y de transmitir á las generaciones succesivas los grandes poetas. Don Ángel Saavedra fué pintor y poeta desde la cuna. Afi-

cionadísimo ya en sus más tiernos años á los versos, hubo además circunstancias domésticas que determinaron esta inclinacion, y fomentaron en gran manera lo que era ya en él efecto del temperamento, espontáneo producto de una imaginacion lozana, influencia de la Patria y del clima, y generoso presente de la naturaleza.

El Duque su Padre hacía tambien versos, y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y había en la casa un antiguo mayordomo, que los componía con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creía en la obligacion de dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos, sinó muy notables y distinguidos estos ejemplos, para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginacion del jóven D. Ángel, y le estimulasen á probar tambien fortuna en aquel doméstico certámen. No menor pasion mostró por el dibujo; y el mayor castigo que le podían imponer para reprimir sus juveniles travesuras (en las que cuenta la historia que sobresalía grandemente nuestro protagonista) era recogerle los lápices, y prohibirle el dar leccion de aquel su arte favorito y predilecto entretenimiento.

En el año de 1802 perdió D. Ángel al Duque su Padre, que falleció en Barcelona, á donde había ido con la córte á recibir á la Princesa Napolitana Doña María Antonia, primera Esposa de Fernando VII, entónces Príncipe de Asturias, y de la cual estaba nombrado Caballerizo mayor. Distinguíale el Rey Cárlos IV con singular favor; y en demostracion de lo que había sentido su muerte, y del aprecio que hacía de su memoria, condecoró al heredero de la casa, hermano mayor de D. Ángel, con los empleos de Exento de Guardias de Corps y de Gen-

til-hombre de cámara con ejercicio, y con servicio particular cerca de su persona.

D. Ángel había recibido tambien, á la edad de siete años, la gracia de Capitan de Caballería agregado al regimiento del Infante; y al fallecer su Padre, la Duquesa Viuda, que quedó tutora y curadora de sus hijos, dispuso que entrase en el Real Seminario de Nobles de Madrid, para que recibiese la brillante y esmerada educacion que en él se daba. Hallábase entónces en efecto aquel establecimiento bajo el pié más brillante, y podía competir con los mejores de Europa, así por su organizacion como por el mérito y circunstancias de sus esclarecidos profesores.

Era su Director general el Brigadier D. Andrés Lopez de Sagastizábal, tanto más notable por sus modales finos y cortesanos, por su varia y escogida erudicion, y por un talento y tacto particular para el cargo delicado que desempeñaba, cuanto que había empezado su carrera de soldado raso. El laborioso y conocido humanista D. Manuel de Valbuena era regente de estudios, y hombres asimismo notables y escogidos en todas las carreras los catedráticos y directores de sala, encargados de dar á los niños de las familias ilustres una educacion, que por cierto no encontrarán en el dia, despues de tantos adelantos y progresos, en ningun establecimiento público.

Estudió D. Ángel latinidad con D. Antonio Salas; poética y retórica con D. Demétrio Ortiz, despues Ministro del Tribunal Supremo de Justicia, y que conservó siempre el más tierno cariño á su discípulo predilecto; matemáticas con D. Agustin de Sojo, y geografía ó historia con el célebre D. Isidoro de Antillon. Cultivaba al mismo

tiempo el dibujo y el idioma francés, y se ejercitaba en la esgrima, en la que salió notablemente aventajado. No sobresalía D. Ángel ciertamente por su aplicacion, ni mostraba la tenacidad necesaria para adelantar con grandes progresos en estudios profundos y en especulaciones científicas; pero era notablemente distinguida la vivacidad de su ingénio, la facilidad de su comprension y su felicísima memoria, debiéndose á estas aventajadas disposiciones el lucimiento, con que en todos los exámenes y actos públicos solía brillar más que otros compañeros suyos de esmerada aplicacion é infatigables en el trabajo. La poesía y la historia eran sus estudios favoritos; las ciencias exactas inspirábanle tédio y aversion profunda, como suele acontecer en todos àquellos en quienes predominan las facultades de la imaginacion. En aquella época componía versos de bastante mérito, ya en traducciones de los clásicos latinos, ya en composiciones originales, en que se proponia seguir las huellas de Herrera, autor que él creía, ó que le hicieron creer, —y no por cierto sin razon sobrada, — que era el modelo mejor que podía imitar su naciente musa.

Otras taréas, empero, y otras ocupaciones debian atajar el vuelo de su lozana fantasía y los progresos de su aficion literaria. La época no era entónces de letras; era de armas. Abrasábase la Europa en guerras. Las portentosas y sangrientas campañas del Emperador Napoleon absorvian la atencion del mundo entero, y amenazaban la existencia de todos los pueblos y naciones. De un extremo al otro de la Europa crujía el estruendo de las armas, y tronaba por todos los campos el cañon de las batallas. Todavía no se había dado en nuestra Península la señal de combatir; pero todas las imaginaciones estaban preocu-

padas por la guerra, que se avanzaba como una necesidad fatal. Su instinto fermentaba inquieto y vago, pero poderoso y amenazador, en los corazones de todos, y con más ardor en la sangre de la juventud. Era entónces España aliada de Bonaparte, y aquel cometa de guerra arrastraba en su órbita sangrienta no ménos á los que no eran sus contrarios, que á sus declarados enemigos.

Dispúsose para marchar al Norte la famosa expedicion auxiliar confiada á las órdenes del Marqués de la Romana. D. Ángel, á fines del año de 1806, cumplidos apénas los diez y seis de edad, había salido del Seminario para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnicion en Zamora; y fué aquel cuerpo uno de los de caballería, que debian marchar á hacer la guerra más allá del Rhin á nombre del ambicioso Emperador. Pero la Duquesa viuda, vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, para ir á guerrear en lejanas tierras, por una causa que no era la de su Patria; y deseosa, como tierna Madre, de que adelantase más rápidamente en su carrera sin exponerse á tantas fatigas, consiguió que pasara á empezar sus servicios al Cuerpo de Guardias de la Real Persona, dejando su empleo de Capitan efectivo, por el de Alférez sin despacho, como simple guardia.

No era ciertamente aquel Cuerpo una escuela de literatura, ni el Cuartel de Guardias de Corps el sitio más á propósito para perfeccionar la esmerada educacion de un jóven ilustre. Pero por fortuna de D. Ángel, tocóle en suerte tomar plaza en la compañía flamenca, compuesta de caballeros extranjeros, la mayor parte belgas, que ó por gozar de ménos medios de fortuna, ó por estar más léjos del mimo y amparo de sus familias, ó por haber re-

cibido en sus primeros años una educacion más esmerada, vivian en el cuartel con más disciplina y compostura. Fué su compañero de cuarto un Mr. Bouchelet, jóven fino, moderado é instruido, que pasaba los dias leyendo, pintando con primor en miniatura, ó tocando la flauta con singular habilidad; y el nuevo guardia, trabando con su camarada estrecha amistad, y estimulado de noble emulacion, pintaba tambien y leía á su lado.

Empezaron asimismo sus relaciones de afecto con el Conde de Haro, despues Duque de Frias, desde su edad más tierna aficionadísimo á las musas, y con D. José y D. Mariano Carnerero, y D. Cristóbal de Beña, jóvenes literatos, que bajo la direccion de Luzuriaga y del famoso Capmany, redactaban un periódico literario. D. Ángel empezó tambien á ensayar en él sus fuerzas, y á buscar en sus páginas los primeros desahogos de la publicidad, que tanto halagan al talento naciente, que tanto alientan y dilatan en la juventud primera el corazon entusiasta, que necesita, para respirar y vivir, la brisa vivificante del aplauso y de la gloria. D. Ángel escribió para aquella publicacion varios versos y algunos artículos en prosa; y solícito no ménos de cultivar el arte de la pintura, para el cual habia mostrado tan felices disposiciones, habia tomado por maestro al pintor de Cámara D. José Lopez Enguídanos. Ciertamente que la conducta de nuestro protagonista podrá parecer ejemplar, comparada con el proverbial desarreglo que caracterizaba al privilegiado Cuerpo en que servía.

Tocóle empezar á servir como Guardia, despues de algunos meses de aprendizaje, en las jornadas de los Reales Sitios de 1807, primero en Aranjuez, y en el Escorial en seguida. Ya entónces hirió su atencion la primera escena

del espectáculo político, que despues habia de desenvolverse á los ojos de la Nacion y del mundo, en cuadros tan variados como sorprendentes y espantosos. En el Escorial vió D. Ángel levantarse el telon del drama revolucionario. Allí empezó con los famosos sucesos llamados *del Escorial*, con el alto escándalo de la causa formada al Príncipe de Asturias, y con la prision del primogénito de los Reyes.

La revolucion empezaba, y empezaba desgraciadamente ántes que en las plazas públicas, en el Palacio de los Monarcas. Tremenda expiacion debia venir despues sobre los autores y cómplices de tales escándalos; grandes plagas de calamidades y de infortunios sin cuento habian de llover, á poco, sobre las elevadas personas, que así faltaban,—ellas las primeras,—al respeto debido á su carácter augusto; grave baldon, y menosprecio y descrédito sobre el sagrario del Trono, cuyas cortinas ellos descorrian, para que viesen los pueblos en él las miserias y flaquezas de la humanidad! Aquel prestigio conservador de la monarquía recibía su primer golpe; pero golpe ya de muerte, y en el corazon; primera hendidura del secular edificio, que debia conocerse más tarde cuando el vaiven del terremoto le sacudiese; fermento y levadura primera de la revolucion, que insensiblemente se inoculaba en la sangre del pueblo.

Acaso este espectáculo no dejó de influir en el carácter político de nuestro D. Ángel, y en el sesgo de sus idéas, quizá sin que él mismo lo percibiera. Cuando años más adelante contribuyó él á trasladar preso á un Monarca, de una ciudad á otra de la Península, ni él tal vez, ni los jueces que le condenaron, se acordaban sin duda de que habia empezado su vida viendo á aquel Rey

preso, é infamado por sus propios Padres, Reyes tambien y Reyes españoles.

Poco despues de aquellos ruidosos sucesos se verificó la reforma del Cuerpo de Guardias. Quedaron suprimidas las compañías extranjeras, se declaró Jefe supremo del Cuerpo al Príncipe de la Paz, y las esperanzas de D. Ángel de hacer pronta carrera se desvanecieron, así por el gran número de Jefes que quedaron supernumerarios, como porque aquel poderoso personaje no miraba con ojos muy favorables á la familia de Rivas, y estaba particularmente indispuesto con el Duque, hermano mayor de D. Ángel.

Pero, entretanto, se aproximaban, á más andar, los extraordinarios sucesos de 1808. Los ejércitos de Napoleon atravesaban los Pirinéos, y bajo pretexto de pasar á Portugal, se apoderaban de las plazas fuertes de España. La Córte de Aranjuez, conocidos ya los verdaderos intentos de los invasores, aunque sin atreverse á revelarlos, andaba aturdida y desatentada. Quiso reunir en derredor de sí el mayor número de tropas posible; y á mediados de Marzo llamó repentinamente á toda la guarnicion de Madrid. En la ansiedad que produjo esta medida, formábanse mil conjeturas, á cual más temerosas y extrañas, sobre el motivo que la impulsaba. Como quiera, los sucesos que se preparaban eran extraordinarios, y el deseo de tomar parte en ellos, de tal manera aguijaba y encendía el ánimo á nuestro jóven, que habiéndose dispuesto la salida de los escuadrones de Guardias, y no habiendo suficiente número de caballos, que quedasen en Madrid los más jóvenes, entre los que aquel se contaba, pidió y le fué concedido marchar en un potro cerril de la última remonta.

Entónces fué testigo presencial de los sucesos memorables de Aranjuez en Marzo; vió la caida de un privado, la destitucion de un Rey, la abdicacion de un Padre, y el ensalzamiento de un hijo en brazos del ímpetu popular; y entró á poco en Madrid, en la escolta del nuevo Rey Fernando VII el dia que con tanto júbilo y entusiasmo, entre lágrimas y aclamaciones, le recibió enloquecida de placer y de esperanzas la capital de la Monarquía, ocupada é invadida ya ésta por los ejércitos franceses.

La fermentacion iba cundiendo; la situacion se complicaba cada dia; la familia Real abandonó la capital de sus dominios, dejándose á la espalda el antemural que le ofrecía la entusiasta lealtad de sus súbditos; el descontento contra los franceses se revelaba por todas partes, en síntomas inequívocos, presagios de más violentas demostraciones. El terrible Dos de Mayo estalló al fin, amenazadora é imponente, aunque vencida, la indignacion del pueblo de Madrid.

No presenció D. Ángel aquellas escenas de sangre, porque al amanecer de aquel mismo memorable dia había salido á Guadalajara con un escuadron, que la Junta de Gobierno, dominada por el Duque de Berg, envió á dicho punto, y que regresó á los pocos dias. Pero el Cuerpo de Guardias, ya por la parte inmediata que había tenido en los sucesos de Aranjuez, ya por la influencia que ejercian entónces en el ánimo del pueblo sus individuos, era mirado con gran desconfianza por los franceses; y aunque reducido en la capital á ménos de la mitad de su fuerza, por los gruesos destacamentos, que habian acompañado hasta la frontera á las Personas Reales, todavía el Príncipe Murat deseaba sacarle de Madrid, y empeñarle en seguir alguna de sus divisiones destinada á invadir las provincias.

Mas sabiendo que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias, para tomar un partido decisivo, y que habian salido disfrazados varios individuos del Cuerpo á fomentar el levantamiento de las provincias, mandó que marchase al Escorial con sus estandartes y con toda la fuerza disponible.

Causó grande agitacion y alarma esta órden. Muchos Jefes, Exentos, oficiales y guardias pidieron su retiro ó su licencia absoluta. Procuró tranquilizarlos el Ministro, convocando á su despacho á los Jefes é individuos más influyentes, entre los que se contaban nuestro D. Ángel y su hermano el Duque. Hiciéronseles promesas, ofreciéronseles seguridades, y se les prometió que no encontrarían un sólo francés en el camino, ni en el Escorial. Pero salido el escuadron de Madrid, y apénas habia pasado de Galapagar, se encontró con dos escuadrones franceses de dragones, y un batallon de infantería lijera, que dejando pasar á los guardias, siguieron detrás de ellos como á un cuarto de legua, entrando casi á un tiempo en el Escorial, donde estaba acantonada la division francesa del General Frere.

Allí pasaron ocho dias en la mayor ansiedad, alarmados de contínuo con los avisos confidenciales que recibian de los parientes y amigos de Madrid, anunciándoles cada dia peligros y asechanzas. Quién les escribia que iban á ser pasados á cuchillo á media noche en sus alojamientos: quién que los franceses trataban de provocar por medio de una querella particular, una refriega en qué exterminarlos: quién que iban á ser desarmados y llevados en rehenes á Francia cargados de cadenas: voces y rumores que denotan el estado de exaltacion y de zozobrosa inquietud en que se hallaban entónces los áni-

mos, y á los que en cierto modo podia prestar probabilidad la manera irregular con que habian sido conducidos, y con que eran tratados en el Escorial.

En esta angustiosa posicion, llegó una tarde al anochecer el oficial de guardias españolas Quintano con pliegos para el General Frere. Á su recibo, hizo que sigilosamente tomaran sus tropas las armas en sus cuarteles, y que con disimulo se reforzasen los puestos; y convocó á su casa al General Perellós con los Exentos, oficiales y algunos guardias, entre los que fué D. Ángel con su hermano el Duque. Recibiólos el francés con la más atenta urbanidad, y rogando al mensajero que expusiese el objeto de su viaje. Quintano, despues de un diestro preámbulo, manifestó que el Colegio de Artillería de Segovia estaba en insurreccion; que iban á marchar fuerzas francesas á sujetarlo, y que el Príncipe Murat deseaba que el escuadron de guardias las acompañara para procurar con su prestigio calmar la efervescencia de aquella ciudad, y evitar que se llegase al último extremo. Reinaba, mientras este discurso, gran inquietud en la asamblea, sin embargo de que el oficial enviado, persona tan sagaz como cortés y discreta, no omitió ninguno de aquellos primores que disfrazaban la órden, presentándola sólo con el carácter de una insinuacion y de un buen deseo. Mas, finalizada apénas su arenga, levantóse nuestro D. Ángel de su asiento, y con impetuoso ademan, y con todo el calor de los diez y ocho años, empezó á contestar á nombre de todos, negándose á marchar sobre Segovia, y manifestando alta y resueltamente que ningun guardia pensaba en hacer traicion á su Patria, ni contribuir como instrumento de extraña tiranía á la opresion y castigo de sus compañeros de ar-

mas. En esta primer arenga y estreno de nuestro personaje, eran tan noble y patriótica la atrevida resolucion, cuanto fueron acaloradas y descompuestas sus razones. Aplaudieron, sin embargo, todos su arranque de osadía y elocuencia: quedóse perplejo el General francés; y prudente el oficial, para atajar los resultados desagradables de una resolucion estrepitosa, se limitó á echar en cara al arrojado mozo su poca edad, y la inconveniencia de tomar el primero la palabra, delante de tantas personas de respetabilidad y de servicios. Pero contra su propósito, sus palabras produjeron el efecto de irritar más los ánimos, y de que todos levantasen tumultuosamente la voz en favor de D. Ángel. Calmólos en fin el General francés, accediendo á que el escuadron quedaría en el Escorial, ó regresaría á Madrid, ya que se negaba á cooperar á los buenos deseos del Duque de Berg, y regresó en posta Quintano camino de Madrid, portador de la nueva de sus inútiles esfuerzos.

Pasaron aquella noche con ansiedad y en vela los guardias, preparados sus caballos y sus armas. Al amanecer advirtieron que la division francesa había evacuado el pueblo; y á media mañana recibieron la órden de regresar inmediatamente á Madrid. Emprendieron la marcha tarde, y pernoctaron en Galapagar. Deliberaron allí sobre tomar un partido, y fueron varios y discordes, como acontece siempre, los pareceres. Opinaban unos porque el Cuerpo se dispersara, esparciéndose sus individuos por las provincias para fomentar y organizar su general levantamiento: creían otros más conveniente mantenerse reunidos, y aprovechar la ocasion oportuna de marchar al punto en que se formase el primer ejército español. Eran de esta última opinion D. Ángel y el Duque su herma-

no; mas como no hubiese allí autoridad que decidiera, cada cual aquella noche tomó su resolucion y su camino, dispersándose los primeros, y quedándose los últimos con el General Perellós y con sus estandartes. El mermado escuadron, reducido á ménos de la mitad de su fuerza, recibió en la Puerta de Hierro la órden de ir á Pinto, sin detenerse, ni entrar en la Córte. Siguió D. Ángel á sus compañeros, y su hermano entró en Madrid para ver y tomar datos más seguros, á fin de adoptar una determinacion conveniente y decisiva.

En Pinto conocieron cuán pocos eran para permanecer reunidos, y abrazar como Cuerpo la causa de la nacion, no pudiendo abrirse paso á través de tantas tropas francesas como circunvalaban la capital. Fuéronse, unos tras otros, ausentando todos los que habian llegado allí; y D. Ángel Saavedra entróse de oculto en Madrid á reunirse con su hermano. Era de opinion de irse á Castilla, donde se decía que se habían incorporado á las tropas del General Cuesta los destacamentos de guardias, que habían acompañado á las Personas Reales, y que representaban todo el Cuerpo, teniendo allí dos estandartes. Pero el Duque, entusiasmado con las noticias de Zaragoza, y con el nombre de Palafóx de quien era compañero y particular amigo, decidió que emprendiesen el camino de aquella ciudad. Salieron los dos hermanos á Guadalajara; y en pocos dias, preparado su viaje, y escondidos sus papeles y sus armas en los tercios de una acémila, disfrazados, y provistos de buenos caballos, tomaron la ruta de Zaragoza, evitando el camino real.

Iban encontrando alarmada toda la tierra; y avizoradas todas las gentes de los pueblos, miraban con recelo á los transeuntes. En un lugar de los primeros de Ara-

gon, á que llegaron nuestros viajeros, se vieron rodeados de gran muchedumbre de personas, que les preguntaban con avidez noticias, y que querían indagar sus nombres y los intentos con que caminaban. Manifestáronles D. Ángel y su hermano sus pasaportes, firmados por autoridades españolas, si bien con nombres supuestos; cuando tropezando desgraciadamente en la plaza la acémila, rompióse el lio en que llevaban ocultas las armas. Los lugareños, que vieron rodar por el suelo espadas, pistolas y carabinas, gritaron ¡*traicion*! palabra de muerte entónces, y querían en tumulto dársela pronta á los viajeros. El alcalde los salvó del primer ímpetu de la cólera de las turbas, encerrándolos en la cárcel, á cuya puerta se agrupaba bramando el enfurecido paisanaje, que decia haber visto entre las armas, grillos y esposas para *atar españoles y venderlos á Napoleon.* Pero por gran fortuna para los dos presos, estaba en el pueblo aquel, uno de los Guardias de Corps, que se habian dispersado en Galapagar, y gozaba en él de mucha influencia y popularidad. Acudió al lugar del desórden, penetró en la cárcel, y reconociendo en el Duque á un estimado jefe, y en D. Ángel á un compañero querido, publicó sus nombres, asegurando que eran leales patriotas y amigos del General Palafóx. Trocóse luego al punto el furor popular en rendidos agasajos, la prision en obsequioso hospedaje, y los gritos de muerte en vivas y aclamaciones de entusiasmo, con que por toda la duracion de la noche, quisieron aquellas gentes recompensar de alguna manera á nuestros caminantes el mal rato, que á su recibimiento habian debido pasar.

Pero escarmentados estos con tal contratiempo, informados de que ántes de llegar á Zaragoza hallarían nue-

vas dificultades, y de que era verdad que había con el General Cuesta un escuadron de su Cuerpo, mudaron de plan y de direccion, encaminándose á Castilla buscando la sombra de sus estandartes. Hubo de ser penosa, tardía, y rodeada su marcha, para no topar con franceses; y no pudieron llegar á los reales españoles hasta despues de las jornadas de Cabezon y de Rioseco, encontrando al fin al ejército recobrándose de aquellos gloriosos desastres en las inmediaciones de Salamanca. Fueron muy bien recibidos en San Muñoz por el General en Jefe, y marcharon seguidamente á Tamames. Hallábase allí el escuadron de Guardias, compuesto de los destacamentos que habian acompañado á la familia Real á Francia, y de los dispersos de Madrid, Galapagar y Pinto, componiendo una fuerza de 200 hombres mandados por el Exento Marqués de Palacios, y muy acreditados ya por la bizarría con que habian peleado en Rioseco. Uniéronse á ellos los hermanos Saavedras, como quien despues de muchos peligros, arriba á los hogares domésticos; que en aquella guerra santa y pura, eran para los españoles la familia sus camaradas, y su paterno solar el campamento.

Ganada en las vertientes meridionales de Sierra-Morena la gloriosa batalla de Bailén, marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el General Castaños; y en esta marcha combatió D. Ángel por la primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés rezagado en Sepúlveda. Incorporado entónces á un escuadron de Guardias de la division que mandaba el Conde de Gante, marchó con ella á Logroño, que fué atacado á los pocos dias por tropas francesas. Los Guardias hicieron entónces importantes servicios, y las orillas del Ebro los vieron combatir con

tanta bizarría, como los habian visto las márgenes del Órbigo y las llanuras de Leon. D. Ángel compartió los peligros y la gloria de sus compañeros en todos aquellos sucesos, y pasó poco despues, dada nueva organizacion al ejército, á reunirse con otro escuadron del mismo Cuerpo, que se había reorganizado en Madrid, y que formando parte de la reserva en la desgraciada jornada de Tudela, fué maltratadísimo en la voladura del repuesto de municiones de Tarazona. Perdió en aquella noche el Duque su caballo, y recibió una fuerte contusion, teniendo que hacer la penosa marcha de la retirada, á las ancas del caballo de su hermano D. Ángel.

Retiráronse sobre Madrid, y en una refriega cerca de Alcalá sacó D. Ángel el caballo muy mal herido. Perdido Madrid, hizo la retirada á Cuenca, y despues del desastre de Uclés, en que se halló como ordenanza del General en Jefe, marchó con su escuadron á la Mancha. Pero adoleció gravemente el Duque, de calenturas pútridas, y tuvo que retirarse á convalecer, acompañándole su hermano á la ciudad de Córdoba, donde tenian á su Madre. Restablecióse el enfermo, y marchando ambos á Extremadura, donde se hallaba su Cuerpo, pelearon con él en la memorable batalla de Talavera. Regresó á la Mancha el escuadron, cuyo mando habia recaido en el Duque, y formó parte de la division de caballería que mandaba el General Bernuy, la cual despues de sorprender y arrollar impetuosamente á los enemigos en Camiñas, Madridejos y Herencia, habiendo avanzado hasta Mora, se vió atacada súbitamente por mayores fuerzas, y obligada á retirarse precipitadamente por el puerto de la Jara. Empeñada ya en aquel estrecho, apretóla el enemigo en tal manera, que se pronunció en completo des-

órden abandonando la artillería. Pero el Duque de Rivas, que era bizarrísimo y entendido oficial, logró mantener firme su escuadron, y corriendo de uno al otro lado con su hermano D. Ángel y otros valientes, logró restablecer el órden, contener, reunir y rehacer á los fugitivos, y dar por último una carga tan oportuna y denodada, que salvó las piezas, de que era ya casi dueño el enemigo.

Despues de otras correrías por la Mancha, retiróse la division á la Carolina, donde organizado de nuevo el ejército al mando del general Aréizaga, marchó decidido sobre Madrid. Preparábansele á nuestro D. Ángel en esta campaña más graves peligros y más lastimosos desastres, que los que hasta entónces había corrido y presenciado. Tocaba á su fin el año de 1809, y el 18 de Noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la division de Bernuy sobre Antígola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas, mandadas por el general Paris. Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel reencuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la division, rehaciéndose y volviendo cara tres veces sobre el enemigo, con pérdida de más de la tercera parte de su fuerza.

Tuvo D. Ángel herido el caballo, desde los primeros momentos de aquella accion tan desgraciada; pero continuó peleando con indecible denuedo, cuerpo á cuerpo y á cuchilladas, con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza, y una profunda estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un boto de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y

pasó por sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes. Su hermano el Duque, que á lo lejos, entre el humo y la confusion de la peléa, le había visto en tan peligroso empeño, volaba á toda brida á su socorro, cuando le vió caer y desaparecer entre la muchedumbre, que no podía atravesar.

Cerró triste y negra la noche; los nuestros, en confuso desórden, se retiraron á Ocaña, donde estaba ya el grueso del ejército; y los franceses, con pérdida de su General, se replegaron sobre Antígola, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Reunía el Duque de Rivas junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadron, y á la siniestra luz de un hacha de viento, pasaba lista para cerciorarse de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperacion, y nadie respondía. Por último, y con las lágrimas en los ojos, rogó á algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver. Hiciéronlo así varios, que amaban mucho á su Comandante, y que conocian toda la intensidad de su gran dolor; pero fué vana su fatiga. La Providencia envió por otros medios socorro al jóven moribundo.

Era más de media noche cuando volvió en sí D. Ángel. Sintióse rodeado de cadáveres de hombres y caballos, y oía en derredor los quejidos de los moribundos. Estaba casi desnudo, porque había sido despojado. Divisaba por uno y otró lado lejanas fogatas, y probó con angustiosos esfuerzos, á caminar por entre rotas armas y sobre charcos de sangre. Á pocos pasos sintióse desfallecer, turbó su cabeza el vértigo de la agonía, y se preparaba á morir. Pero entre las tinieblas de la oscurísima noche, creyendo divisar el bulto de un hombre, que llevaba detrás de sí

un caballo, le gritó para que viniese á socorrerle. Era un soldado español del regimiento del Infante; su nombre ha quedado en la agradecida memoria de nuestro protagonista, de cuyos lábios le hemos oido alguna vez. Llamábase Buendía, y había venido al campo á recoger despojos. Acercándose, y enterado de quién era el herido, con gran trabajo le levantó del suelo, y terciándolo sobre el caballo lo mejor que pudo, le condujo á Ocaña.

Estaban los hospitales tan atestados de heridos y moribundos, que ya no hubo para éste cabida. Buendía consiguió, á fuerza de ruegos, que lo admitiesen en una casa particular, donde le fueron prodigados todo género de socorros, y corrió en seguida á media legua de allí, donde con los restos de su escuadron vivaqueaba el Duque. Voló éste á abrazar á su hermano, despues de recompensar largamente al soldado libertador, é hizo traer casi á la fuerza un cirujano del hospital. Vino, y halló al herido moribundo. El frio de la noche, contrayendo las heridas y coagulando la sangre, habia contenido la pérdida de ésta; pero al calor del lecho y de una atmósfera más templada, sobrevino una espantosa hemorragia. No halló el cirujano otra cosa que recetarle que la Extremauncion, y salió á prestar sus auxilios á quienes pudiesen aprovechar. Traspasado de dolor el Duque, demandaba en vano otro facultativo, y las gentes de la casa trajeron un barbero del pueblo, que hizo diestramente la primera cura, y dió muy buenas esperanzas.

En esto, amanecía; los tambores batian generala por todas partes; los enemigos estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo á su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del país, para alejarle de allí con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba

con no ménos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir más descuidado adonde le llamaban los clarines, rogó al sub-brigadier D. Julian Poveda, y al guardia Mendinueta, que acompañasen y custodiasen, hasta ponerle en salvo, su para él tan precioso depósito.

Marchó el carro lentamente, y á poco empezó á oirse á su espalda el gran rumor de la espantosa batalla. Cuando á media tarde llegó á Tembleque, ya los fugitivos y dispersos anunciaron la infausta nueva de aquella infelicísima jornada. Los siete guardias heridos, que iban en compañía de D. Ángel, uno tras otro se habian ido muriendo por el camino: sólo él continuaba firme y animoso en situacion tan horrible. La confusion crecía por momentos. Poveda y Mendinueta entráronse con él en el carro, para asistirle más de cerca, y apresuraron la fuga. Pero el camino real se puso á poco intransitable con el número de fugitivos, carros, cañones y bagajes que llegaban precipitados, y ya perseguidos. Al anochecer aparecieron los franceses deteniendo y acuchillando aquellas apiñadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Poveda y Mendinueta, que seguían el carro con los caballos de sus amos, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heróica resolucion, mandaron á sus criados que escapasen como pudiesen, quedándose ellos con su compañero para perecer con él. Era Poveda de Daimiel, conocía la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero á dejar el camino real, y á seguir á campo-traviesa la direccion de aquella villa. La misma confusion favoreció sus intentos, y despues de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al

amanecer á Villacañas, donde descansando el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. Á su estada en aquel pueblo compuso despues aquel bello romance que empieza:

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,

que anda impreso en sus poesías, y saben muchos de memoria. Pasó allí tres dias, prosiguió su viaje con más seguridad por el camino de Montizon, regresó Mendinueta en busca de sus estandartes á meterse en nuevos peligros, y á anunciar al Duque que su hermano quedaba en salvo, y despues de once dias de penosísimo viaje, llegó Poveda con el herido á Baeza.

Logró en aquella ciudad la más esmerada asistencia, y al cabo de veinte dias hallóse muy repuesto, ménos de la lanzada en el pecho, y otra en la cadera, que le tuvo cojo algunos años; y sintiéndose con fuerzas, pasó á Córdoba, donde estaba la Duquesa su Madre. Su recibimiento en aquella ciudad debió satisfacerle y lisonjearle en gran manera. Muchas gentes salieron á esperarle al camino; y en las calles fué detenido varias veces su carruaje, por la muchedumbre, que se agolpaba á verle y victorearle. El entusiasmo popular recompensaba largamente en aquella época de verdadero patriotismo los servicios militares y la sangre derramada en las batallas.

El regalo de la casa paterna apresuró su convalecencia, aunque por la frecuencia con que vomitaba sangre, temiesen los facultativos, que á la larga, produjesen algun funesto resultado sus peligrosas heridas, algo precipitadamente cicatrizadas. Pero á principios del año de 1810 forzaron los franceses el paso de Sierra-Morena, y se der-

ramaron por Andalucía. Retiróse D. Ángel con su Madre á Málaga: detúvole allí arbitrariamente Abello, que había sublevado la poblacion contra las autoridades legítimas, só pretexto de defenderla: entraron de pronto los enemigos, no pudo embarcarse, y despues de perder sus caballos, equipajes y dinero, tuvo que esconderse con su afligida Madre, disfrazados ambos y faltos absolutamente de recursos, en la miserable barraca de un pescador del Perchel. Sacólos de esta angustiadísima posicion un oficial español, pasado á los franceses, que algunos meses ántes había estado en Córdoba, alojado y obsequiado en la opulenta casa de los entónces ocultos y desvalidos. Este hombre generoso los descubrió por una casualidad, y facilitó á D. Ángel y á la afligida Duquesa pasaportes con nombres supuestos, caballerías y dinero con que dirigirse por la costa á Gibraltar, adonde llegaron felizmente.

Pasó desde allí á Cádiz, acabado de sitiar por los franceses, y volvió á ver á su amado hermano, que acababa de llegar, siempre al frente de su escuadron de Guardias. La Regencia del Reino, instalada en la isla de Leon, y presidida por el General Castaños, colmó á Don Ángel de honras y elogios, y le concedió en premio de sus servicios el grado y sueldo de Capitan de caballería ligera, quedando agregado al Cuerpo de Guardias, y otra vez á las órdenes de su hermano; y formado á poco por el General Blake el Estado Mayor de los ejércitos, entró D. Ángel como adicto, en el Estado Mayor general, que se estableció cerca del Gobierno, y tres meses despues con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa había sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña.

Había ciertamente en los trabajos de la guerra, de sobra con qué absorver y ocupar toda la actividad, ardor y entusiasmo de la juventud primera. La direccion belicosa que debían haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones, los temores contínuos, los frecuentes reveses, las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podían dejar á los vuelos de la imaginacion y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo ha necesitado siempre el ingénio recogimiento, ócio y regalo. Sin embargo, nuestro D. Ángel no había dejado, enmedio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios sucesos, ó los variados cuadros, que á su vista se desarrollaban, acaloraban á veces su fantasía.

El entusiasmo es más que la sensibilidad. Es esta una cualidad meramente pasiva; la otra, fecunda, expansiva y creadora. Los hombres muy sensibles y delicadamente impresionables, sienten mucho, gozan ó padecen mucho, viven más vida que los otros hombres; pero pueden absorver en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazon sus impresiones. El entusiasmo las recibe para reflejarlas; para comunicar á todos los demás lo que en sí no cabe, y rebosa. El entusiasmo no siente sólo, se inspira; no sólo vibra, suena; no sólo arde, quema; no sólo escucha, canta; y despues de mirar, pinta.

D. Ángel Saavedra, primero que militar, había nacido entusiasta, porque había nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentía, pintar lo que miraba. No habia dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entónces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfeccion; era la del estudio, la del progreso. Las artes

son tambien una especie de guerra, y sólo los que han combatido en esa liza, saben cuán dura es á veces. En las batallas del génio, la lucha no es el triunfo, y tambien en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas, que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podía hacer entónces obras maestras; pero sus producciones mantenían y atizaban el fuego sagrado de las musas, que á veces, si no se remueve, se apaga. Compuso entónces una oda al alzamiento de la Nacion española, otras piezas líricas que se imprimieron despues entre sus poesías; y canciones patrióticas, versos de circunstancias, que él mismo no ha querido que sobreviviesen á los sucesos que los inspiraban. Y tambien en los campamentos y cuarteles dibujaba siempre que podía, ya haciendo lijeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patronas, ya tomando apuntaciones de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares, ó de vistas y paisajes; todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animacion y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar, le hicieron singularmente apreciado en el Estado Mayor, en que sus jefes le encomendaron el negociado de topografía é historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno, le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entónces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al Gobierno, documentos preciosos para la historia de la guerra de la Independencia, que habrán desaparecido, ó yacerán sepultados en algun archivo. Publicó una defensa larga y razonada del Estado Mayor, contes-

tando á un folleto que apareció en Cádiz contra aquel establecimiento; redactó varias Exposiciones y Memorias al Gobierno sobre la organizacion del Cuerpo, y fué redactor y Director del periódico militar del Estado Mayor, que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptacion en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entónces contrajo con el Conde de Noroña, Gobernador de Cádiz, con Don Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con D. Manuel José Quintana, D. Juan Bautista de Arriaza, con Don Francisco Martinez de la Rosa y con otros esclarecidos literatos, avivaron su pasion por la poesía, haciéndole progresar cada dia, sinó en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevía á lanzarse entónces, sí en la correccion y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificacion, en la profundidad y elevacion de los pensamientos. Distínguese ya por estas dotes el PASO HONROSO, poema en cuatro cantos, en buenas octavas, que fué muy leido y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinacion al dibujo, no sólo ejecutaba planos y cróquis por obligacion de su empléo, sinó que concurría todas las noches á la Academia de Cádiz á estudiar el modelo vivo, y á copiar algunas buenas estampas de la escogida coleccion que aquel establecimiento posee.

Nuestro D. Ángel habia nacido artista, poeta, caballero; pero á pesar del papel que le ha tocado hacer en la escena de los negocios públicos, creemos que á esta fecha él mismo pensará que no había nacido para ocuparse en materias políticas, y que fué como una aberracion en el destino de su vida la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cometa fatal de la revolucion debía

lanzar á todos de su órbita, y arrebatarlos por un momento en su excéntrica y fatídica carrera. La política ha sido para los talentos de esta época el génio malo que los ha perdido; el epidémico influjo, que ha tenido por largos años paralizadas y en postracion sus fuerzas más vitales; que ha abatido contra la tierra las alas de su vuelo.

Afortunadamente ese cometa maléfico se aleja. El talento y la juventud se han desprendido de su órbita en sus postreras violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las musas han dejado á ese funesto meteoro marchar solo; y ahora, cuando más arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina sólo las regiones de la ignorancia y de la vanidosa presuncion. Pero en la época de que vamos hablando, los hombres de más ilustracion estaban preocupados de los sentimientos, que habian despertado en todos los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las idéas y teorías, que la revolucion francesa había esparcido en la sociedad.

D. Ángel habia respirado el aire de guerra de los campamentos: respiraba ahora la atmósfera política de la isla gaditana y de la sociedad allí reunida; y sin apercibirlo él mismo, la revolucion se inoculaba en sus venas. Había mirado la independencia como el mayor bien de su Patria, y la vuelta de Fernando al Trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneracion y ventura. Pero tras de los nombres y los sentimientos de Monarquía é Independencia, habian venido los nombres y las esperanzas de Constitucion y de Libertad. Creía, como

todos, que los Gobiernos que se habian succedido desde el alzamiento, eran la causa de los desastres de la duracion de aquella guerra desoladora. *Las Córtes* era la palabra mágica, que simbolizaba el único remedio de los males y desaciertos que se lamentaban: D. Ángel participó naturalmente del entusiasmo unánime que excitaba su reunion. Las sesiones de aquel Congreso, á que asistia constantemente, fueron su primer escuela de política. La ardiente fantasía del Poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos tribunos. Todo lo que se le figuraba reformas, merecía sus aplausos; y abrazó con calor las más exageradas ideas del partido liberal.

Las doctrinas políticas, como el cólera morbo, son más fulminantes y vehementes en el punto en que empiezan, y cuando tienen una esfera reducida de accion. Cádiz fué entónces el foco generador del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro D. Ángel. Varios versos satíricos, y algunos artículos, que publicó en el *Redactor General*, fueron el desahogo de aquel entusiasmo. La Constitucion del año 1812 fué á sus ojos la obra más perfecta de la inteligencia humana, el monumento más grande de su sabiduría y el cimiento más sólido de la grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del extravío de estos sentimientos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido á los dias de vértigo en que nacieron. El cantor de Mudarra, el poeta de los bellos romances, y que celebró despues en versos inmortales los caballerosos recuerdos y las glorias tradicionales de la Nacion española, se burlaría tal vez hoy, si pasara la vista por producciones, que le inspiraron sus primeros amores con la revolucion y con la libertad.

Mejores eran sin duda los que, más mozo todavía, habia compuesto á su primera amada.

No cesaron en Cádiz sus taréas militares. Ascendido á Ayudante primero de Estado Mayor (Teniente Coronel efectivo), desempeñó varias comisiones importantes: se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, á donde fué de órden de la Regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó á mezclarse activamente en la peléa, ántes que á atender el inmediato objeto de su comision. Habiendo entrado el Gobierno en algunos recelos del General Ballesteros, pasó á su cuartel general comisionado para averiguar sus intenciones; y cuando levantado el sitio de Cádiz, y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la division del general Merino, so pretexto de sostener la resistencia de Ballesteros á reconocer al lord Wellington por General en Jefe de los ejércitos españoles, envió la Regencia á D. Ángel con plenas facultades para atajar aquel desórden. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperacion y consejo, el General Echávarri reasumió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen órden la division, despues de deponer al General, y de prender á los oficiales, principales cabezas y promovedores de la insurreccion.

La guerra tocaba á su fin. El triunfo importante de Vitoria aseguraba la evacuacion inmediata de la Península. D. Ángel pretendió ser destinado á la seccion de Estado Mayor, que servía á las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho, que le hacía arrojar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos quietud y reposo en el templado clima de Andalucía, pasó á Sevilla destinado al ejército de reserva. Fué á poco comisionado á Córdoba;

y recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español, se retiró del servicio militar con la consideracion de Teniente Coronel, que por su empléo le correspondía.

Á la vuelta del Rey Fernando, y abolida por el decreto de Valencia la Constitucion de Cádiz, tuvo D. Ángel la rara suerte de no ser perseguido por sus idéas liberales, como al principio se lo habia temido. Léjos de eso, el Rey dispensó á ambos hermanos la más cordial acogida, elogió en pública córte sus servicios militares, y concedió á D. Ángel el empleo de Coronel efectivo de caballería, con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en la plaza de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ócios de la paz, y consagrarse de lleno á las taréas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respetable anciano D. Francisco Saavedra, con el erudito, aunque extravagante Vargas Ponce, con el ilustrado Ranz Romanillos, y con el poeta D. Manuel María de Arjona avivaban su aficion á la literatura, inspiraban nuevas idéas en su entendimiento, y dirigian sus estudios ó moderaban la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones de su juventud recibian saludables correctivos de aquellos sesudos varones. Sabemos, por ejemplo, que era D. Ángel un tanto aficionado á torear, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance, que empieza con este requiebro:

"Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura.....
Y en demonio, siendo Ángel,
Tu torpe sandez te muda."

Empero esta direccion, que sin duda era un bien para formar el gusto de nuestro Poeta, contribuía no ménos poderosamente á cortar los vuelos de su originalidad, y á sujetarle demasiadamente á seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus manoseados asuntos; camino á cuyas orillas ya no quedaban entónces flores, que pudieran recoger los nuevos peregrinos. Lo que ménos podian temer los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias: estaban muy léjos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía á fines del pasado siglo y principio del actual, hubieran podido, con más razon y con pretensiones más modestas, llamarse restauradores del buen gusto poético. Eran sin duda un gran progreso, un inmenso progreso despues del siglo de decadencia, en que yació postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbon al Trono de Castilla.

Melendez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas. Ellos volvieron á versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de Leon, de Villegas, de los Argensolas, de Herrera y de Rioja. Pero demasiado desdeñosos de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando á ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecióles que no podía haber, sin extravío, novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse,—por muy reconciliados que ahora nos hayan puesto con la antigua escuela los excesos de la actual anarquía,—que era algun tanto académica é imitativa, y no muy rica de originalidad y de jugo, la literatura que recomendaban por modelo.

Nunca había sido muy original, muy profunda, ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Léjos de tener el carácter de espontaneidad, que debía darle aquel clima tan poético de suyo, y donde brotan los versos como las flores, sus principales y más celebrados maestros habían cerrado los ojos—y no sabemos si el corazon,—á las bellezas de aquella naturaleza, grande, magnífica todavía más que risueña, para ir á beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Rioja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos é insípidos. Eternos amores y pálidas galanterías, tratados á la manera antigua, sin idealismo, sin profundidad, muchas veces sin pasion y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza, y de sus escenas, y de sus pinturas, aparecen más pobres todavía. Los colores de la aurora y las plateadas linfas de los rios, los jazmines y las rosas de sus campos son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones.

Los poetas del Guadalquivir no habian bajado nunca por sus aguas al mar inmenso que ciñe sus playas; jamás se habian extasiado ante los grandiosos é imponentes cuadros de Sierra-Morena, ó de las perpétuamente nevadas cumbres que circundan á Granada; jamás se habian inspirado con la impresion honda y melancólica de aquellas llanuras, que se despliegan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo, sin celajes, como sin nubes. Jamás habian evocado las sombras de las generaciones, que cultivaron en otros tiempos aquel riquísimo suelo; jamás habian oido las voces, que suenan todavía en los monumentos romanos, en los palacios árabes, en las ruinas de los vándalos, ó en los castillos y torres de los conquistado-

res godos. Jamás habian reflejado en sus amanerados versos aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad, que hasta el pueblo,—más poeta allí que sus poetas,—exhala en sus *romances*, en sus *cañas* y en sus *playeras*. La historia, en sus diversos períodos, no les había dicho nada.

Los conquistadores del Nuevo Mundo no habian encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Ándes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos rios, más grandes todavía, ni en los palacios de Motezuma y de los hijos del Sol. La Religion, que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los mágicos lienzos de Murillo, no había hablado al corazon de los poetas el mismo idioma que á sus colosales arquitectos y á sus divinos pintores. El mismo Herrera, para celebrar á D. Juan de Austria, pone sus loores en boca de Apolo, é introduce todas las deidades de la Mitología escuchando las alabanzas de aquel, que en las sangrientas aguas de Lepanto, tremolaba el estandarte de la Vírgen del Rosario.

Toda la poesía española se había resentido del carácter académico de la imitacion clásica. Los romances, principal tesoro de la poesía nacional; los romances, en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los siglos y las generaciones las magníficas epopeyas de los Bernardos y de los Cides, de los Guzmanes y Almanzores, eran desdeñados por los grandes maestros; y crítico ha habido entre nosotros que los declaró incapaces de servir para asuntos heróicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien á su tono y á su estilo las Vénus y los Cupidos, Palas Atenéa, y el Bistónio Marte, habíanse creido igualmente triviales y

no á propósito para calzar el alto coturno poético, los asuntos que en ellos habian sido tratados; y por el contrario, las estrofas y las *liras* del verso endecasílabo no podian prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas, ni emanciparse del yugo de la imitacion pagana. Los mismos poetas, que poco há mencionamos, y que tanto ensancharon el campo, y con tan nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propia tendencia; y si eran á veces atrevidos y originales en sus producciones, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas; y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposicion tal vez con sus ejemplos.

D. Ángel Saavedra empezó á escribir bajo la influencia de estas idéas y de esta escuela. Los amores vestidos de Ninfas y de Faunos, la historia de los siglos medios, pintada con los colores y las costumbres de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas transportada al foro de Roma, ó de las repúblicas griegas; tal era el fondo de la poesía que había cultivado, tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro autor. Á fines de 1813 había publicado un tomo de poesías, que tuvieron entónces bastante voga; pero que no son leidas hoy. D. Ángel añadía un volúmen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera ó de Petrarca, á los muchos que habian salido. Era una maceta más en el recortado jardin de la literatura imitativa y convencional; eran plantas de estufa, sin calor propio, sin raices en la tierra, y D. Ángel Saavedra había nacido para ser árbol pomposo y lozano, al aire libre, y bajo el sol fecundo de su propia inspiracion y fantasía.

Su inclinacion le arrastraba á escribir para el teatro, y

en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. Á fines del año 1814 compuso la tragedia *Ataulfo*, que si no le valió coronas escénicas, mereció la señalada honra de ser prohibida por la censura. No era para desalentarle, un contratiempo que podía lisonjear su amor propio; y dió á poco otra tragedia titulada *Aliatar*, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y excitó más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más intencion y detenimiento, y versificadas con más correccion y esmero. Siguió á estas *Doña Blanca*, aplaudida tambien, aunque no tanto como la anterior. Escribió luego, aunque no dió al público, *El Duque de Aquitania*, descolorida imitacion del Orestes de Alfieri; y *Maleck-Adhel*, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofía. Con estas dos tragedias, con el *Paso honroso*, y con otras producciones líricas nuevas, pensó hacer en 1819 la segunda edicion de sus poesías, sujetándolas para ello á la censura y correccion de D. Juan Nicasio Gallego, confinado entónces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, enmedio de la incorreccion de sus primeras obras, las grandes cualidades de poeta que adornaban á D. Ángel, hacia grande aprecio de sus versos y de su talento [1].

[1] Hé aquí un soneto en que le daba los dias aquel año:

Tú á quien afable concedió el Destino,
Digna ofrenda á tu ingénio soberano,
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino,
Vibrando el plectro, y animando el lino,
Logras, Saavedra, con dichosa mano
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.

Y merecíanlo sin duda. Nosotros, al lamentarnos de alguna manera, de la influencia que pesaba sobre un ingénio, que no tenía acaso las dotes necesarias para elevarse á más altura que sus modelos en el campo de la imitacion clásica, estamos muy distantes de creer que Saavedra no fuera ya entónces, y en aquella literatura, un poeta muy distinguido, y que podía serlo más todavía. Su versificacion no era correcta, porque nunca lo ha sido; pero era ya sonora, rica, y armoniosa, y siempre fácil, si á veces no igualmente elevada y vigorosa.

Sus producciones dramáticas pertenecian á la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri, escuelas que Cienfuegos y Quintana habian introducido no sin gloria y sin éxito en el teatro español, y que tanto como el talento de estos poetas, había contribuido á poner en voga el génio trágico del ilustre Máiquez. Las tragedias con que habia enriquecido nuestro D. Ángel la escena española, no eran obras maestras; pero no serémos nosotros los que neguemos que si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado en el género de Corneille y Voltaire al mismo grado de perfeccion y de belleza que en el de Calderon y de Moreto.

Pero la edicion de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años despues. Entretanto había ocurrido la revolucion política, que tuvo por resultado el restablecimiento

Lógralo; y logre yo, si más clemente
Se muestra acaso la áspera fortuna,
Que hoy no me deja en blando son loarte,
Tejer nuevas coronas á tu frente,
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

de la Constitucion de 1812. Hallábase en Madrid Don Ángel cuando estalló aquel suceso, que aplaudió entusiasmado, como todos los liberales españoles: júbilo desinteresado, en el que no entraban miras personales. Aquel cambio político no despertó ambicion alguna en su pecho. Aunque todos sus amigos volvian á ejercer influencia, y á ocupar los primeros puestos del poder, nada pretendió, nada quiso para sí. Aprovechó sólo aquel acontecimiento para realizar sus vehementes deseos de viajar y de recorrer la Europa. Había solicitado en vano la competente licencia de los Ministros de la Guerra del régimen absoluto. Se la concedió por seis años, y con todo su sueldo, el Marqués de las Amarillas, despues Duque de Ahumada, encargándole al mismo tiempo recorrer y examinar los establecimientos militares de los países extranjeros, dando al Gobierno noticias de sus adelantos y mejoras, conforme á un pliego de instrucciones, dignas de aquel entendido é ilustrado personaje.

La impresion de sus poesías le detuvo aun algunos meses en España; pero publicado en Madrid en Enero de 1821 el segundo tomo de aquella coleccion, se partió D. Ángel á Francia á principios de Mayo del mismo año, despues de haber ido por algunos dias á Córdoba, á despedirse de su familia. Llegado á Paris, procuró realizar el objeto para que el Gobierno le había comisionado, sin olvidar su propia instruccion, y las artes que le eran más queridas. Visitó los establecimientos militares: frecuentó las bibliotecas y museos: trató con intimidad al ilustre lord Holland, al anciano Desttut-Tracy, y al célebre pintor Horacio Vernet; y preparábase en el mes de Diciembre á continuar sus viajes por la pintoresca Italia, cuando la revolucion política, que iba recorriendo en Es-

paña una de sus más violentas fases, le llamó estrepitosamente á su país, para lanzarle por una nueva carrera, en que los riesgos, los infortunios y los errores debian pesar más que la gloria, y serle tan fatales para su suerte personal, como para la de las artes y las letras, que estaba llamado á cultivar.

Durante su última mansion en Córdoba habia contraido D. Ángel amistad, que siempre tuvo tierna y estrechísima con D. Antonio Alcalá Galiano, entónces Intendente en aquella ciudad. No sabemos si era ya el señor Galiano, como despues, un prodigio de saber y de erudicion; pero era ya seguramente una maravilla de elocuencia. Por desgracia, las opiniones que profesaba eran á la sazon las más ardientes y exajeradas, y el poder con que el elocuentísimo tribuno arrastraba la conviccion y las voluntades del partido democrático, no se ejerció ménos fascinador y poderoso sobre la imaginacion móvil y ardiente y el carácter apasionado de Don Ángel. El talento subyuga con más fuerza todavía al talento, que á la ignorancia; y Galiano arrastró á Saavedra en el torbellino de sus opiniones, y en la carrera de su partido.

En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de tanto mérito, y ligado además con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le distinguian, sería un digno representante de aquella provincia. D. Ángel Saavedra fué elegido Diputado á Córtes; y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisonjearle grandemente ésta muestra de aprecio de sus compatriotas, más que asustarle las eventualidades de una revolu-

cion, que ya entónces se presentaba amenazadora y embravecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debía esperarse de las circunstancias de su eleccion. Unido estrechamente con Galiano y con D. Javier Istúriz, á quien habia tratado de jóven en Cádiz, se colocó, como ellos, en lo más extremo de la oposicion al Ministerio que presidía Martinez de la Rosa, en lo más culminante del partido exaltado. Chocaba tanto más su conducta, é incurrió por ella en tanto mayor animadversion de la Córte, cuanto que su educacion, sus conexiones de familia, y sus maneras aristocráticas le hacian extraño por demás á las exajeraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política; ni estímulos de su ardor tribunicio los bastardos intereses, que principalmente en nuestros tiempos, se suelen ocultar bajo la máscara de las pasiones políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entónces era sin duda más sincero y más desinteresado. Jamás D. Ángel Saavedra llevó en su virulenta oposicion miras personales, deséos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados; jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafíaba en la tribuna.

Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasía: aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que habia admirado entónces; y el ódio de una Córte, que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevía á contrarestar frente á frente, no podía en verdad hacer en él la misma impresion que en otra época más próxima, el amor ó la gratitud de la Reina, que habia abierto las puertas de su Patria á los que léjos de ella gemian desterrados. Las teorías políti-

cas no estaban entónces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nacion, ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas, ilusiones, que el transcurso de veinte años ha desvanecido. D. Ángel las abrigaba. ¿Á quién de nosotros no le ha sucedido otro tanto?

D. Ángel creyó que eran verdadera popularidad los aplausos que las galerías daban á sus discursos. Parecíale sin duda que eran tan desinteresados y tan sinceros, como los que pudiera arrancar una buena tragédia ó la vista de un buen cuadro; y cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leía bellos versos. Don Ángel no podía entónces profundizar las cuestiones políticas, que ni aun otros hombres más exclusivamente consagrados á su estudio, habian examinado sinó muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolucion nada más; y todos los hombres políticos de entónces, con más ó ménos generosas intenciones, con más ó ménos ilustrados instintos, eran sin embargo revolucionarios. ¿Nos atreverémos á asegurar si todavía no lo somos, si profesamos ahora principios capaces de organizar un Gobierno que pueda durar una generacion?....

D. Ángel fué Secretario en las Córtes de 1822, y desempeñaba su cargo con facilidad y expedicion. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Despues del 7 de Julio,—en el cual se halló con otros Diputados en el Parque de Artillería,—y reunidas las Córtes extraordinarias, apoyó al Ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso; y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso, de dimensiones más extensas que los que hasta entónces había

pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesion de 11 de Enero de 1823, en que se aprobó la conducta del Gobierno, por la contestacion dada á las amenazadoras notas de los Gabinetes de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores extravíos y aberraciones; pero la posteridad dificultosamente podrá formarse idéa del vértigo, que desvaneció las cabezas de los que osaron en aquellas circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la Nacion, y estaban solos.

La cuestion no era de independencia, como en 1808; era de libertad política; y el pueblo, ó desdeñaba ó no comprendía este principio abstracto. Ardía embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan iguales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisible la victoria. Sin embargo, el Gobierno del Sr. San Miguel arrostró la cólera de todas las Potencias, y los Diputados que debian pedirle cuenta de su conducta, que podian acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público Parlamento la apoteósis del insigne desacuerdo, que había sido ya sancionado con la aprobacion y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entónces. Tocóle en aquella discusion hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima, que acaso dió temple y tono al debate de aquel dia, fué el intérprete fiel de las opiniones, que embriagaban, por decirlo así, la delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas fra-

ses rayaron en los últimos límites de la vehemencia. El salon y las galerías se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano y de los demás oradores, que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió, y circuló profusamente dentro y fuera de España, como un monumento notable, en el juicio de unos, de temeraria arrogancia, en el de otros, más atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amenazas, de extravagante é inexplicable ceguedad.

Consecuente á sus principios y opinion, influyó el Diputado por Córdoba en la traslacion de la córte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesion del 11 de Julio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspension del Rey, propuesta por Galiano, y su traslacion á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de Diputado. Al amanecer del dia 1.° de Octubre, en que el Rey Fernando VII recobraba la plenitud de su poder, emprendía D. Ángel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinacion de proscripto y su carrera de emigrado.

Condújole, en compañía de su amigo Galiano, una barca catalana, y sufrió en aquella plaza los amargos sinsabores, que experimentaron entónces todos los refugiados españoles. El mal estado de su salud le detuvo allí sin embargo, hasta que en Mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegacion á Inglaterra, centro entónces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos, Istúriz y Galiano, y al respetable Don Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corría entónces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le habia apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el interválo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué D. Ángel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, había compuesto en pocos dias la tragedia titulada *Lanuza*, obra más bien inspirada por los sentimientos políticos de la época, que por los recuerdos históricos del Justicia aragonés. No carecía, enmedio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas; era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificacion; y sus diálogos, más que para expresar las pasiones y caractéres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribunicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid, en el teatro del Príncipe; y por efecto de las circunstancias, se repitió por espacio de muchos dias con un éxito prodigioso. Reprodujéronla todos los teatros de provincia, y llegó á ser la funcion obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entónces.

Pero la emigracion le llamaba de nuevo con más tranquilidad y conciencia á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra había escrito *El Desterrado*, composicion lírica de alguna extension, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, separándose de la imitacion servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recréo de sus ocios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo para un proscripto, el poder reproducir,—á lo ménos con el pincel,—la imágen de las personas y lugares de que la desgracia le aleja.

Hizo entónces D. Ángel varios retratos, escribió una

sátira en prosa, titulada *El Peso Duro*, llena de cuadros de costumbres, de no escaso mérito, y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas, titulado *Florinda*, la composicion titulada *El Sueño del Proscripto*, y otras de ménos fama.

Entretanto, la Audiencia de Sevilla había fulminado contra D. Ángel, por la votacion de 11 de Junio, la sentencia de muerte y la confiscacion de todos sus bienes. Su hermano el Duque, por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba, sufrió dura persecucion: el Rey le había quitado la llave de Gentil-hombre, y tenía en secuestro sus estados. D. Ángel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada Madre, que aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscripto todos los sacrificios y esfuerzos de que sólo es capaz el corazon maternal.

El clima de Inglaterra no era favorable á la salud de D. Ángel, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso, que podía servirle algun dia para hacer frente á su situacion, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados españoles. La Duquesa Madre imploró del Nuncio de Su Santidad en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el Nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud, y le fué respondido, que como D. Ángel se comprometiera á no hablar ni escribir de política en Italia, ni frecuentar la sociedad inglesa, se le librara el pasaporte, seguro de que allí encontraría hospitalidad y amparo. Dió D. Ángel por medio de su Madre las seguridades que le exigían, y provisto del resguardo del Nun-

cio, en que este había escrito de su propio puño: "Dado por órden expresa de Su Santidad" dejó el proscripto á Lóndres á fines de Diciembre de 1824, y con dura navegacion llegó á Gibraltar.

Permaneció allí hasta Junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano concertado, con la señorita Doña María de la Encarnacion Cueto, marchó con su jóven esposa á Italia, arribó á Liorna despues de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al Cónsul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte, no podía visarle sin remitirle antes á Roma. Hízolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibicion absoluta de que el portador pusiera los piés en los Estados romanos.

Á esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una órden del Gobierno Toscano para que D. Ángel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres dias. En vano escribió D. Ángel al Gobierno Pontificio: en vano reclamó de Florencia un plazo más largo para aguardar en Liorna: en vano le protegió eficazmente el Conde de Bruneti, que residía accidentalmente en Massa Carrara: la inexorable policía dispuso arrojarlos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto D. Ángel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte, que llevaba tambien nuestro viajero, dado por lord Chatam en Gibraltar, como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantin maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeara el pabellon de Inglaterra.

El mal tiempo dilató algunos dias el viaje, y D. Ángel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distincion que habia en Liorna, y por lo más florido de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecucion, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscriptos las más lisonjeras atenciones y los más cordiales ofrecimientos.

Diéronse por fin á la vela, y navegaron prósperamente cuatro dias. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Marétimo*, sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al Sudoeste, y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado; su tripulacion, compuesta de seis viejos malteses, desconocía la autoridad del capitan, hasta el punto de no obedecerle, cuando mandó varias veces tomar rizos. La luz de un relámpago descubrió muy cerca por la proa el *Marétimo*, y al orzar por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con gran estruendo el trinquete, que quedando trabado en la jarcia, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los gallineros y toda la obra muerto. Los viejos malteses abandonaron aterrados la maniobra, y apiñados en la popa, entonaron la salve, pidiendo á Dios misericordia en el último trance. D. Ángel, con el desesperado aliento, que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí, reanimó la tripulacion con amenazas y golpes, y ayudando al capitan á sujetar la caña del timon, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcia, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigían las circunstancias. Hecho lo cual, bajó á la cá-

mara todo empapado en el agua del mar y la del cielo, y cayó, y estuvo por largo tiempo desmayado, de la gran fatiga y del extraordinario esfuerzo.

Al amanecer se hallaron sobre la costa de Sicilia; y detenidos lo absolutamente necesario para hacer los reparos más precisos, siguió su viaje el buque, siempre con el mar embravecido, hasta que despues de otros dos dias de navegacion, como dijo nuestro viajero en su preciosa composicion *Al Faro de Malta*.....

. . . . . los marineros
Olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
¡MALTA, MALTA! gritaron.

No pensaba D. Ángel detenerse más tiempo en aquella isla que el necesario para encontrar proporcion de regresar á Lóndres. Pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalária acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le habían llevado la casualidad y el infortunio. El ser Caballero de la Órden de San Juan, fué una recomendacion muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna, y otras que llegaron de Lóndres, le procuraron la proteccion decidida del respetable Marqués de Hastings, gobernador de la isla, y de su segundo el General Woodford, que le conserva la más fina amistad, y de la que le dió, andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara persecucion que habia experimentado en Italia; los peligros de su viaje; su trato ameno; su imaginacion rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le

hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñon del Mediterráneo.

Cinco años pasó D. Ángel en tan agradable residencia, frecuentada entónces de extranjeros, con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto, que aquellos años no fueron los ménos venturosos de su vida, ni los ménos útiles para la literatura de su Patria. En el largo reposo de aquel destierro, volvió D. Ángel á buscar ocupacion y consuelos en la literatura; pero entónces ya el campo de las bellas letras, se presentó á sus ojos en más dilatado horizonte, que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. D. Ángel no conocía antes más que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputacion á quienes habia podído consultar, no le presentaban otros modelos, ni otros principios, extraños, como eran absolutamente, al movimiento que fermentaba entónces en toda Europa, sordo y latente, por emanciparse de las antiguas trabas, y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginacion y de la inventiva.

En aquella época, empero, tomó D. Ángel conocimiento de las nuevas tendencias, y vió autorizado por hombres de gran saber y de inmensa reputacion, los que segun la austeridad de sus antiguos principios le hubieran parecido extravíos. Vivía en Malta, por ser clima á propósito para la salud de su esposa la Condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Frére, que habiendo sido Ministro plenipotenciario en España para la paz de Amiens, y despues en tiempo de la Junta Central, tenía en gran aprecio á los españoles, y mucha aficion á las cosas de España, poseyendo con perfeccion nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y reuniendo en su

biblioteca muchos, muy escogidos y muy raros libros españoles.

Honró desde luego este sábio y respetable inglés á Saavedra con el más tierno y paternal cariño; le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron y Walter Scott; le reconcilió con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo décimo octavo; le regaló la antigua edicion completa de Lope de Vega, y una coleccion de nuestras crónicas, y le exhortó á escribir con brío y originalidad sus propios afectos y sus propias sensaciones.

Prendieron desde luego estos combustibles en la ardiente imaginacion de D. Ángel. Hubo de pasmarse al ver tantas bellezas y primores, en lo que hasta entónces había mirado con desdeñoso menosprecio; hubo de presentársele la historia nacional como un tesoro soterrado, como una mina no beneficiada todavía, y en que había oro y pedrería á montones, y púsose con ahinco á explotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe? Acaso tambien el estar ausente de su querida Patria contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local más pronunciado del que hasta entónces habian tenido.

Los recuerdos y las esperanzas son más poéticos siempre que la inmediacion á la posesion de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginacion. La antigüedad, sólo por serlo, es poética, como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remotos. Ha dicho Juan Jacobo Rousseau, que para pintar las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrado entre cuatro paredes, y que en un calabozo estrecho es donde se puede describir con

ricos colores la libertad, y en un abrasado desierto las orillas encantadas de un rio.

¿Quién sabe, decimos, si algo de esto, sin él mismo percibirlo, aconteció á nuestro Poeta? En España parecíanle sólo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y países. En las playas lejanas de Malta, á donde sólo de tarde en tarde *le llegaban de su Patria nuevas amargas y renglones con lágrimas escritos*, ¡qué interesantes y qué llenos de poesía no debian presentarse á su imaginacion todos los lugares de su país, las más leves circunstancias y accidentes de localidad! ¡Cuánto no debian halagarle, y parecerle bellos y dignos de contarse los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le aparecía la imágen de los héroes castellanos!

Entónces ciertamente debieron presentársele, no vestidos á la griega y á la romana, sinó con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y desmandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y tornéos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entónces debian ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripcion, todos los bellos accidentes, todas las más leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya sólo las rosas y los jazmines, sinó el cielo azul y las sierras magestuosas, el mar bravío, y las ruinas, y los templos, y los cantares del pueblo, y sus festejos y procesiones, y su culto, y sus lugares y sus ciudades, morunas ó góticas, y hasta el Arcángel dorado, *que corona de Córdoba la torre*, y que se le presentaba como un faro resplandeciente, mirado desde la tormenta del destierro.

No entró, sin embargo, en esta nueva senda rompiendo de una vez todos sus hábitos. Desde luego comprendió, como debía, lo que despues se llamó escuela romántica; y tenía ya demasiado ilustrada su razon, demasiadamente perfeccionado el gusto, para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones, y los fines, y el plan, y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, correccion y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creía que se había emancipado ya de las antiguas trabas, cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así, despues de concluir la *Florinda*, compuso el *Arias Gonzalo*, trajedia clásica en la forma, de versificacion, por lo general robusta y fácil, aunque desigual, como suya; y la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, clásica tambien, aunque escrita en variedad de metros, y que despues hemos visto representada en los teatros de la capital.

Su primera composicion, en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado al *Faro de Malta*, y que copiaríamos íntegra, si la extension de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya: notable ciertamente, no ménos que por su mérito artístico, por ser la primera en la nueva série de producciones que emprendía el autor.

Pero donde más resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debia tremolar el primero en su país, fué en *El Moro expósito*, ó *Córdoba y Búrgos en el siglo X* [1] que despues se publicó en Paris con un brillan-

[1] En un periódico literario, que salió á luz en esta córte, con el título de El Pensamiento, publicó el jóven poeta D. Enrique Gil un excelente

te prólogo. No harémos mérito de éste al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuente pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda filosofía, y con elevacion y miras hasta entónces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidian á la reforma, que entónces para nosotros empezaba. En él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, y en él se marca la senda que deben seguir los ingénios en la nueva regeneracion á que con esta obra se abría la puerta. Es el asunto de este poema, la historia lastimosa, la popular tradicion de los siete Infantes de Lara. Obra de esta clase no tenía modelo en nuestra literatura. Está muy distante de parecerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Ercilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romanceros, en que descosidamente y á la ventura, aparece tejida, en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras.

El Moro expósito tiene su plan: *El Moro expósito* no es meramente un romance de alguna extension. Mayor analogía se le encuentra con producciones extranjeras, especialmente con las novelas en verso de Walter Scott. No es nuestra intencion hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Sería preciso dar una extension inmensa á nuestra biografía, y copiar trozos enteros de una produccion, que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embar-

y juicioso artículo de análisis y crítica de las poesías de D. Ángel Saavedra, especialmente de *El Moro expósito* y de los *Romances históricos*. Nosotros, convinlendo casi enteramente en los juicios y opiniones del señor Gil, de tal manera hemos seguido al hablar de estas dos obras su opinion, que hemos copiado á veces hasta sus mismas frases.

go, el poema del Sr. Saavedra no es perfecto en su conjunto: la crítica severa puede tacharle de lánguido y lento en la accion, de tímido en el plan, de embarazoso y monótono en la narracion, y su desenlace no aparece demasiadamente preparado ni bien traido. Las trabas mismas, de que su autor pensaba sacudir el yugo, le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el autor le despliega sin reparo, entónces es difícil pedir más riqueza y más valentía á los cuadros que nos describe.

Hay bellezas de detalle incomparables; hay trozos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas; hay pinturas de relieve, que se mueven y se palpan; hay ternura, hay sentimiento, y hay gala oriental, y lozanía andaluza, y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caractéres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza.

Nada más tierno que los recuerdos de Córdoba en la invocacion ó entrada del poema. Nada más brillante y galano que la descripcion de las fiestas de Almanzor. Nada más cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algazara que se mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada más sombrío y altamente poético que el incendio de Barbadillo, ó que el salon lúgubre de Rui-Velazquez. Nada más magnífico que la descripcion de Zahara. Para hacer sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, sería menester otro libro igualmente extenso; y bien pueden compensar sus defectos, sin em-

bargo de que á veces, las mismas bellezas que el autor sabe producir, nos hagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra más acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran con frecuencia trozos lánguidos ó prosáicos, y expresiones triviales, que desdicen bastante del tono general del diálogo ó de la narracion, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance endecasílabo, que se hace á la larga tan monótono como el martilléo de la octava, que el autor creyó evitar. De todos modos, ésta obra, que no tenía modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el más bello floron de la corona poética de D. Ángel Saavedra.

No sólo consagró su tiempo al cultivo de la poesía: la pintura fué tambien objeto de sus taréas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos, bajo la direccion del profesor Hyrler, llegado á Malta desde Roma, pocos meses antes que nuestro proscripto.

A pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luego que el Ministerio francés, presidido por Martignac, aflojó algun tanto el ódio á los emigrados españoles, quiso D. Ángel acercarse á su Patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á París con su mujer é hijos. El General Ponsomby, Gobernador entónces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para transportarle á Marsella. Pero á su llegada, Martignac habia caido, y su succesor volvía á la misma política intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internara con su familia hasta Orleans, donde precisamente debía fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condicion,

y allí, arruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierna Madre de contínuo le enviaba, estableció una escuela de pintura, á que no faltaron discípulos; pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el Museo de Orleans, donde existe, un cuadrito de *natura muerta*, que estudió con acierto del natural.

Acaeció á los cuatro meses de su residencia en aquel punto, la revolucion de Julio: trocóse la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á París con su familia. Encontró allí á sus amigos Istúriz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas idéas de estos tres amigos se habían templado mucho con la observacion inmediata de países tan bien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia había desvanecido en D. Ángel muchos errores, y no creía tanto ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina, con que aún en la desgracia, los dividian encarnizados ódios. Sus estudios y la pintura eran sus planes y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la Exposicion del Louvre de 1831, y el nombre de D. Ángel Saavedra se halla en el Anuario de artistas establecidos en París en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano á *El Moro expósito*, y escribió en prosa el *Don Álvaro*, que Galiano tradujo al francés, con ánimo de que se representara en algun teatro de París.

La primera amnistía del Rey Fernando VII en 1833, no comprendía á D. Ángel, como ni á los demás Diputados que votaron en Sevilla la deposicion momentánea del

Rey; pero se aprovechó de ella para enviar á Madrid su familia, regresando él sólo á la capital de Francia. Entónces fué cuando D. Vicente Salvá publicó *El Moro expósito*, con la *Florinda*, y otras composiciones, entre ellas algunos romances históricos, primeros ensayos en que el poeta habia empezado á cultivar un género, en que fué el primero en esta época, y en que con tanto lustre debía sobresalir despues. Pero la inmortal Reina Cristina extendió, muerto Fernando VII, los beneficios de la amnistía, hasta un punto donde habian impedido que llegara, durante la vida del Rey, graves consideraciones de política.

Abriéronse al fin para D. Ángel, como para todos los españoles, las puertas de la Patria, y el dia 1.º de Enero de 1834, á los diez años y tres meses de ausencia y de lágrimas, vertidas por la memoria de este tan amigo suelo, volvió á derramar las que la vista de la Patria deseada arranca, entrando en España por Perpiñan y la Junquera. Apresuróse á jurar á la Reina en manos del Gobernador de Figueras, y de Barcelona llegó á Madrid, á los brazos de su familia, y de la tierna Madre, á quien tantos suspiros y llantos habían costado su ausencia y su desgracia.

Era ya á su llegada Presidente del Consejo de Ministros D. Francisco Martinez de la Rosa, con el cual, á pesar de la oposicion que le había hecho el año 22, había contraido cordial y estrechísima amistad. Publicado á poco el Estatuto Real, D. Ángel no participó del ódio tenaz que le declararon en su mayor parte los malcontentos emigrados, que llegaban con la presuncion de conquistadores, á un país que los recibía como hijos, pero por cuya felicidad nada habían hecho, no teniendo si-

quiera la gloria de haber contribuido al restablecimiento de las instituciones liberales, que era llamado á dar al país el Sr. Martinez. D. Ángel aplaudió sinceramente la publicacion del Estatuto, y le pareció un buen principio y sólido fundamento de mayores adelantos y progresos. No estaba curado todavía de sus antiguas idéas, y en el periódico que entónces fundó con D. Gabriel José García y D. José de Álvaro, titulado *El Mensajero de las Córtes*, defendió opiniones más avanzadas de lo que convenía, en la primera época de la revolucion, si bien comparadas con sus antiguas doctrinas, no merecían el dictado de anárquicas ni revolucionarias.

Como quiera, la política volvia á apoderarse de su espíritu, y un suceso doméstico, próspero á la par y desgraciado, vino á arrebatarle más decididamente en su agitado torbellino. El 15 de Mayo de 1834 falleció en Madrid, de una pulmonía aguda, el Duque de Rivas su hermano mayor, y no dejando succesion, hallóse D. Ángel heredero de su grandeza de España, títulos y bienes. Vióse el nuevo Duque de Rivas llamado, como Grande, á ocupar un puesto en el Estamento de Próceres; y abiertas las Córtes en 24 de Julio, fué elegido segundo Secretario del Estamento, quedando al dia siguiente, de primero, por la repentina muerte de D. Diego Clemencin. Conocióse desde las primeras sesiones cuánto había madurado su juicio en materias políticas, y el notable discurso que pronunció en el debate de contestacion al discurso de la Corona, de oposicion sí, pero comedida y templada, le valió un lugar distinguido en el aprecio del alto Estamento.

Pero el discurso más profundo de todos los suyos, el más trabajado y lucido, y el que le valió más justo cré-

dito y merecida reputacion, fué el que pronunció con motivo del proyecto de ley presentado á las Córtes, excluyendo al Infante D. Cárlos y á su familia, del derecho de succesion á la Corona de España. Elevóse el primero Don Ángel á la altura de la gran cuestion que se presentaba, abordóla con resolucion y con franqueza, la determinó y fijó con no comun valentía, y la consideró en el verdadero punto de vista, desde el cual las Córtes debian mirarla. No fué á sus ojos aquella cuestion un pleito civil en que dos familias venían á ventilar ante un tribunal de justicia la propiedad de un Trono. No eran tampoco las Córtes jueces, que iban á sentenciar en una causa criminal contra el Príncipe rebelde, y desposeerle de sus derechos en pena de sus delitos. Tratábase en su concepto de una cuestion de alta política, de conveniencia nacional, y las Córtes no eran en aquel asunto jueces, sino legisladores. El fundamento de su exclusion actual era la ley del Reino sí, pero el de su exclusion perpétua y la de toda su línea en cualquier eventualidad, fundábase en la incompatibilidad de la estirpe de D. Cárlos con las instituciones representativas, y en el fundado temor de una futura violenta reaccion de sus hijos y descendientes contra el gran partido nacional, que habia proclamado á Isabel II.

Osado y resbaladizo era el modo de tratar esta cuestion, y lo hizo el nuevo Prócer con todo el brillo y con toda la ilustracion de que era capaz una teoría ocasionada á sentar máximas y principios de algun tanto peligrosa aplicacion, convertidos en doctrina general. La tendencia de su discurso, y las citas históricas en que apoyó su raciocinio, no podrán acaso reputarse por muy ortodoxas para una creencia severamente monárquica. Pero

disculpábalo todo la criminal conducta del Infante rebelde, y la injusta guerra que habia movido á la legítima Reina de España su ambicion desatentada. Era el partido de D. Cárlos entónces el que tomaba la iniciativa de la revolucion, y disculpaba por cierto, por sus mismos hechos, las medidas revolucionarias contra él tomadas. Con respecto á su descendencia y á las esperanzas de su estirpe, todos sabian que la cuestion no se decidía entónces; que esas cuestiones las deciden los sucesos, y las ejecutorían los siglos.

D. Ángel tuvo sin embargo un arranque monárquico al fin de su discurso, en que á despecho de sus idéas, se revelaban sus hidalgos pensamientos. "Ciertamente, Se-
" ñores, dijo, es dolorosísimo el que nos haya puesto en
" trance tan amargo un Infante de España, descendiente
" de cien Monarcas, y del glorioso Enrique IV de Fran-
" cia, Padre de sus pueblos; un nieto de Cárlos III, un
" hijo del benigno y candoroso Cárlos IV, anciano vene-
" rable que murió en el destierro, léjos de su Trono y de
" sus servidores. Soy agradecido: mi Padre y mi familia
" le debieron honras y favores sin cuento, y la mayor par-
" te de los que estamos en este salon le servimos en nues-
" tra juventud con lealtad y buen celo, y conservamos su
" memoria con aquel recogimiento que inspiran la grati-
" tud y el respeto." Estas palabras honrarán para siempre el corazon y los sentimientos del que se atrevía á alabar á los poderes caidos.

Las taréas parlamentarias no le distrajeron de la literatura. Hemos dicho ya cuándo había escrito el *Don Álvaro, ó la fuerza del sino.* Entónces le corrigió, hizo en él notables variaciones, le versificó en quince dias, y le puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el pú-

blico, primero con asombro, despues con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose, y excitando siempre la admiracion, el interés y la sorpresa. No juzgarémos esta obra. Se resiste á la crítica. Pueden hallársele defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la vé representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros, que fuese nuevo, de esa produccion?

Fué sin duda una revolucion en el arte dramático de nuestros dias. Su éxito alentó á los autores, que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro, á separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió á seguir la trazada por Saavedra; ni él mismo sin duda. El *Don Álvaro* es el único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caractéres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Eso es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera; y las intenciones que al hacer esta obra tuvo, están realizadas con singular talento, con inimitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginacion sorprendente y arrebatadora, con versificacion maravillosa á veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderon.

Acaso el principal defecto, que para nosotros tiene la creacion del *Don Álvaro*, no está en sus formas, ni en su estructura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas, es el mismo que el de la antigua trajedia griega, la fatalidad. D. Álvaro es un Edipo destinado por el cielo

para hacer la desgracia de una familia, como el Edipo griego la de la suya. Ni la religion salva á D. Álvaro de su mision sangrienta, de su destino de crímen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intencion más acomodada á las costumbres, á los caractéres de nuestro siglo, y de nuestra Religion; una tendencia más moral y más cristiana. D. Ángel creó un carácter, que no pertenece á época ninguna determinada, acaso más universal en esto porque pertenece á todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta produccion á su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Álvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor hunde y sepulta, más que la de otro cualquiera, sus obras anteriores de ménos mérito y de ménos alcance.

Despues de la excision revolucionaria contra el Ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas, influyente en el suyo, y que debía por sus idéas políticas no ser desfavorable al Gabinete nombrado despues de aquellos sucesos, fué elegido por la Corona Vicepresidente del Estamento de Próceres y condecorado con la gran cruz de Cárlos III. Á estos honores en el órden político, correspondieron otros en el órden literario. La Academia Española le recibió en su seno en 9 de Octubre de 1834, y al crearse el Atenéo de Madrid, le nombró por unanimidad su Presidente.

Había conocido nuestro Duque en el año de 1820 al Ministro Mendizábal, y le había tratado despues en Lóndres y París. No podía, por consiguiente, creerle un hom-

bre de Estado; pero participaba de aquella ilusion popular, con que en los grandes peligros, los hombres que aparecen en la escena, son mirados, no como son, sinó con todas las calidades y circunstancias que la situacion requiere. En el gran conflicto del año de 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y estremecido hasta sus cimientos el edificio social, la opinion pública había de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto más cuanto que absolutamente no le conocía. D. Ángel participó algun tanto de este vértigo, le creyó un entendido hacendista, y le parecía aun en aquel tiempo, un buen instrumento para el objeto de avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que entónces figuraba nuestro Prócer, más que política, era gubernativa. Su exaltacion no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera opresor y despótico, sino por los peligros de que la causa de D. Cárlos triunfara. Exigíase del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra.

El error consistía en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos; interesados en extraviar la opinion, amalgamando, confundiendo estas dos idéas, y sobre personas de la mejor buena fé llegaron á conseguir su objeto, con tanta más facilidad, cuanto que la administracion del partido moderado y ménos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, había sido desafortunado en la direccion de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y visto que en sus manos todavía se embravecía más la lucha, y que á la par se desataba la revolucion amenazadora, hu-

bieron muchos de contemplar con espanto la suerte del país, y los peligros á que le precipitaban los charlatanes de la política, ó los que hicieron infame mercadería de promesas estériles de libertad. La experiencia, más rápida en su enseñanza ineludible que las teorías todas, hizo volver en su acuerdo á muchos hombres extraviados. La necesidad de dar fuerza y vigor al poder, empezó á sentirse viva y perentoria; los héroes de 1812 cayeron á poco en vergonzoso descrédito, y separáronse de las filas del partido exaltado casi todos los hombres de ilustracion y saber, y la juventud toda, que conoció desde luego que no era de los antiguos revolucionarios la sociedad, ni el porvenir.

Refundióse entónces el partido moderado, ó se creó, por mejor decir, un nuevo partido, al que convino mejor el dictado de monárquico constitucional. No fueron la parte ménos vital y robusta de sus filas, los que habían pertenecido ántes al partido exaltado. Contábanse á su frente dos coriféos notables de las antiguas opiniones demagógicas, Istúriz y Galiano. El Duque de Rivas acompañó á sus antiguos colégas en lo que sus antagonistas llamaron necia y despechadamente defeccion y apostasía, y contribuyó á preparar por los medios constitucionales un cambio ministerial, que las circunstancias hacían necesario, y en que debían estar representadas las fuerzas y las tendencias, las doctrinas y las personas de un nuevo partido conservador.

Para esto, en la legislatura de 1836, se presentó oposicion al Ministerio Mendizábal: empezaron á ejercer verdadera influencia en el alto Cuerpo colegislador los discursos de nuestro Duque, que eran escuchados con atencion y agrado sumo, y formuló á pocos dias una pro-

posicion, que otros Próceres firmaron, y que aprobó el Estamento, poniendo coto al uso que se hacía del célebre voto de confianza. Fué éste un golpe mortal para aquel Ministerio, aunque contara con el apoyo del Cuerpo popular. Su posicion se hizo cada vez más crítica: los Ministros presentaron su dimision; y S. M. confirió en 15 de Mayo al Sr. Istúriz la presidencia y la formacion del nuevo Gabinete.

No es ésta biografía el lugar competente para juzgar al Ministerio de 15 de Mayo. Su turno le llegará en alguna de las nuestras. Aquí sólo debemos referir cómo Istúriz, atento sin duda á que el Duque de Rivas era el representante de su pensamiento en el Estamento de Próceres, le designó por uno de sus colégas, y S. M. le confirió el Ministerio de la Gobernacion del Reino. Sabemos que D. Ángel se sorprendió sobremanera al verse nombrado Ministro, y que recibió con sumo desagrado un poder que jamás había ambicionado, un cargo para cuyo desempeño no se reconocía con suficientes fuerzas, en tan difíciles circunstancias. Tentó en vano todos los medios honrosos de evadir su compromiso; pero sus amigos Istúriz y Galiano le arrastraron en su suerte comun, y unióse al fin con ellos, decidido á arrostrar los riesgos de una administracion, desde sus principios tan combatida.

Presentóse con sus colégas en el Estamento de Procuradores en la célebre sesion de 16 de Mayo, y el Estamento, só pretexto de no haberse recibido la comunicacion oficial de su nombramiento, y estimulado por la peroracion violentísima y apasionada del Sr. Olózaga, hizo dejar su asiento á los nuevos Ministros, con grande aplauso de la tribuna pública. Mortificó no poco á nuestro Duque aquella demostracion. Los silbidos de las tur-

bas llevadas á aquel recinto, no sonaban en sus oidos todavía como alabanzas y gritos de triunfo. No le parecía aún gloriosa la impopularidad de la pagada plebe. Don Ángel, primero que Ministro, era poeta dramático: antojábansele acaso aquellas vociferaciones los silbidos de una comedia, y decía con muestras de pesar á uno de nuestros amigos, que presenciaba aquella farsa: "¡Es posible! ¡silbarme á mí!"—Nuestro Duque se habrá reido más de una vez de aquellos improperios, cuando vuelto de su natural sorpresa, haya podido apreciarlos en su valor verdadero.

No había pensado jamás en ser Ministro: no tenía pretensiones de administrador, ni funda hoy su gloria en sus taréas de Ministro. Sin embargo, en el corto período de aquel efímero Gabinete, desempeñó su parte, sinó con extraordinario mérito, con dignidad, decoro y conciencia. Abrazó con decision y entusiasmo el pensamiento político de sus colégas, y demostró en todos sus actos su anhelo de concluir á toda costa la guerra, de establecer sólidamente la Monarquía constitucional, y de combatir los esfuerzos de la revolucion amenazadora. Los nombramientos de sus agentes y funcionarios fueron dignos y acertados, y para los pormenores de administracion y gobierno, á que no podia descender, tuvo el acierto de nombrar un Subsecretario que valía por muchos Ministros, el Sr. D. Alejandro Olivan. Durante su administracion se redactó un plan general de estudios, que honrará para siempre su memoria, y que la revolucion ignorante y retrógrada condenó despues á la nulidad y al olvido. Convocadas las Córtes llamadas revisoras, ejercióse por primera vez la eleccion directa, y el Ministro de la Gobernacion dirigió con sumo tino aquellas elec-

ciones, las más solemnes y más tranquilas de cuantas tuvieron lugar en España, y en que sin acusaciones de corrupcion ni violencia, se reunió lo más ilustrado y respetable de la Nacion, llamada á discutir una nueva ley fundamental de la Monarquía.

Pero aquellas Córtes no llegaron á reunirse. El partido revolucionario las condenó de antemano. Vencido en el campo de la legalidad, invadió el terreno de la fuerza. La Nacion había elegido Córtes: la revolucion nombró juntas. Dióse la señal del alzamiento, asesinando en Málaga á un Jefe político. En Zaragoza el Capitan General proclamó la Constitucion de 1812. Un batallon embriagado sitió en la Granja el Palacio de la Reina, y la obligó á adoptar el Código de Cádiz. El Ministerio resistió en Madrid valerosamente: pero recibidos los decretos de destitucion, y envalentonados los vencedores con su triunfo, nuestro Ministro se vió precisado á ocultarse en un barrio extraviado, para no ser víctima de la sed de sangre, que se cebó en el valiente y benemérito General Quesada.

Pasó algunos dias el Duque en la mayor ansiedad: halló refugio en la casa del Ministro de Inglaterra Mr. Villiers, hoy lord Clarendon, y allí permaneció veinte y cuatro dias, rehusando siempre el emigrar como la última desgracia. Pero como las pasiones no se calmaran, ni se viese término á una época de inseguridad y peligro para los hombres que habían figurado en el caido Gabinete, resolvió al fin dejar por segunda vez el suelo de que le lanzaban sus amigos los liberales, como ántes le habían expulsado los absolutistas, sus adversarios.

No era ésta resolucion tan fácil de verificar como de concebir. Los pasaportes extranjeros no ofrecían garantías suficientes. Los caminos no estaban seguros. Casi

todos los pueblos por donde se podía transitar, se hallaban dominados por la sedicion. El camino de Zaragoza, único entónces que comunicaba con Francia, estaba interceptado por la faccion. En el de Portugal, por Extremadura, había suma vigilancia, despues que se supo que Istúriz había pasado por Badajoz, disfrazado, y con grave riesgo de su persona. Acudió entónces el Duque de Rivas al General Seoane, con quien le ligaban relaciones de antigua amistad, y correspondiendo caballerosamente á la confianza del Duque, le proporcionó pasaporte y un bizarro oficial de coraceros de la Guardia, que le acompañó hasta Gata. De aquel punto D. Pedro Ontiveros le introdujo en Portugal con nuevo disfraz y precauciones, dándole por guía un contrabandista del país.

Ya en Portugal, y en la ciudad de la Guarda, corrió un nuevo inesperado peligro. Su conductor dijo en una taberna que aquel caballero era un alto personaje, y corriendo éste rumor de boca en boca, alarmóse la ciudad toda con la noticia de que había llegado un agente de Don Miguel. El Gobernador civil le llamó á su casa, le participó el desórden, que tomaba cuerpo, y le exigió que le dijera la verdad. Descubrióse el Duque sinceramente, y aquel digno caballero desplegó la mayor eficacia para salvarle del peligro. Hizo traer los caballos del Duque, y por la puerta falsa de su propia casa le sacaron al campo seis hombres armados y de su confianza, que le alejaron de la ciudad y de su término.

Llegó el Duque á Lisboa, donde acababa de publicarse la Constitucion del año 20, y allí supo que le habian secuestrado los bienes (á pesar de prohibirlo expresamente la Constitucion restablecida) por el delito de haber salido de España sin permiso del Gobierno, delito tan ca-

pital á los ojos de los liberales. Con la mira de acercarse á su familia, establecida en Sevilla, resolvió pasar á Gibraltar, y lo verificó, no sin riesgo y precaucion, por la circunstancia de que los vapores que salian de aquel puerto, se detenian en la bahía de Cádiz.

En Gibraltar encontró y fué obsequiadísimo por su antiguo amigo sir A. Woodford, con quien había tenido en Malta tan estrecha amistad. Allí pasó un año; allí contribuyó, por el influjo de que gozaba con el Gobernador inglés, al alivio y socorro de las familias españolas de aquellos contornos, que se refugiaron aterradas al peñon, cuando apareció la expedicion de Gomez. Allí se dedicó de nuevo á la pintura y á la poesía, y escribió muchos de sus romances.

Promulgada la Constitucion de 1837, y aceptada por la Reina, la juró el Duque en manos del Cónsul español, y el dia 1.º de Agosto se trasladó á Cádiz, y volvió de su segunda emigracion á los brazos de su familia.

En las elecciones de aquel año figuró su nombre como candidato para Senador por varias provincias. Propuesto en terna por la de Cádiz, le nombró la Corona. Consecuente á sus principios, apoyó al Ministerio Ofalia, y pronunció un largo y vehemente discurso en favor de la proposicion del Senador Sanchez, para que se le devolviesen sus bienes á las monjas, uno de los mejores sin duda de su larga carrera parlamentaria. En las siguientes legislaturas, y tomando siempre parte en los debates del Senado, defendió los principios conservadores, apoyó con buenas razones el convenio de Vergara, y la necesidad de conservar sus fueros á las Provincias Vascongadas, y sostuvo, en fin, todos los planes y proyectos que tenian por objeto dar unidad y fuerza al poder. Defendió el estable-

cimiento de un Consejo de Estado, la ley de ayuntamientos y la de imprenta. Verificado el viaje de S. M. á Barcelona, se retiró á Sevilla, y el cambio político conocido con el nombre de Pronunciamiento de Setiembre, le alejó acaso por mucho tiempo, de trabajos y taréas en que ya no debió conservar fé, ni esperanza alguna para el porvenir y ventura de su Patria.

El desaliento de la política no le retrajo del entusiasmo de la literatura. La gloria estéril, problemática y disputada del Parlamento, al rebajarse ó desvanecerse á sus ojos, dejó más vivo y más ardiente en su alma el sentimiento de la gloria literaria, sentimiento inmortal y siempre generoso. El literato tiene á todas horas elevada la tribuna en su gabinete, un Parlamento en las creaciones de su fantasía, un auditorio inmenso en el mundo entero. El Duque de Rivas no abandonó, ni creemos que abandone jamás, sus artes queridas, sus primeras inclinaciones, que fueron como la religion de su alma.

Desde la publicacion de *Don Álvaro*, nada había vuelto á componer para el teatro. En este último período, la escena le llamó de nuevo á su palenque glorioso. No se atrevió á seguir en el género de que habia dado tan insigne muestra. Arredráronle sin duda los peligros de incurrir en exageraciones, y sintió que, sin trepar á tan altas y tempestuosas regiones, envueltas á veces, como las crestas de las altas montañas, en nubes, y surcadas del rayo, había, á menor distancia, no tan terribles y más despejadas eminencias.

Nuestra Patria había tenido un teatro nacional rico y glorioso, como ningun teatro del mundo. Cuando la Europa no tenía más que un autor dramático, España los contaba por docenas. Cuando la poesía había perdido to-

da su vida propia y su jugo natural, y no acertaba el génio poético á formular un género, toda la originalidad y la fecundidad inmensa del ingénio español se había refugiado al teatro. Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas y el gran Calderon se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres eminentes, de donde descienden los rios y manantiales, que han de fecundar la llanura tendida á sus piés.

Originales y espontáneos siempre estos poetas, porque bebieron sus inspiraciones en el carácter y las costumbres de su Patria, quedan todavía las mismas dotes para sus imitadores; como quiera que el carácter nacional y las costumbres del pueblo no hayan sufrido aún modificaciones tan absolutas, que le tornen otro carácter y otro pueblo distinto. La parte de sociedad española, que se confunde con la sociedad francesa y con la de todas las naciones de Europa, es una capa bastante superficial y somera; y los mismos que la componen, sienten aún renovarse los antiguos sentimientos, no borradas del todo en su corazon las huellas de las antiguas costumbres, cuando al escuchar en el teatro los acentos de Calderon y de Moreto, simpatiza desde luego con ellos el alma, como se descubren las letras de una tinta simpática al contacto del reactivo que las colora. El género y la poesía de aquellos grandes maestros es, aun con las modificaciones del tiempo transcurrido y de las costumbres alteradas, el género cuya poesía pertenece á nuestro teatro moderno.

D. Ángel volvió á él: su imaginacion tiene más puntos de contacto con nuestros antiguos dramáticos, que con autores más modernos. Las tres comedias tituladas

Solaces de un prisionero, *El Crisol de la lealtad* y *La Morisca de Alajuar*, han sido el fruto de esta nueva direccion. El público ha recibido con aplauso estas producciones, y la crítica sólo ha tenido acaso que censurar el sabor demasiado fuerte á la comedia antigua, la rehabilitacion, inoportuna quizá, del carácter gracioso, que ya no puede ser tolerado en nuestros teatros por un público distinto del que los frecuentaba en tiempo de Felipe IV; y alguna vez, lo precipitado y no siempre interesante del desenlace. La crítica ha sido más severa con *La Morisca de Alajuar*: ha visto en ella demasiada complicacion, muchos y atropellados incidentes; materia en fin, para dos dramas distintos, ora ligados, ora independientes.

El autor de este artículo no ha logrado verla representada en las tablas, ni puede, por tanto, juzgar de su efecto en el teatro; pero cuando en dias, de que conservará siempre tiernísimo y grato recuerdo, escuchó de los labios mismos de su autor la lectura de aquella composicion, formó un juicio, que no se ha conciliado todavía con la severidad de esta censura. Á sus ojos *La Morisca de Alajuar* es la produccion más acabada y más bella del Duque de Rivas; la más interesante, la de más movimiento y de más preparado desenlace. Los caractéres están de relieve, y sostenidos sin desmentirse jamás, sin decaer nunca. El Conde de Salazar es un tipo de los más bellos que puede ofrecer ninguna produccion dramática, y hasta la versificacion nos parece más igual y más esmeradamente correcta que en las demás obras de aquella fecunda, pero á veces demasiado fácil y suelta, vena.

Por último, ha coronado sus trabajos con la publicacion de sus Romances históricos, obra en que segun nos

manifiesta en el elocuente y erudito prólogo que la precede, se propone vindicar al romance, del magistral anatema que contra él había fulminado la crítica de nuestros dias, volviéndole á su primer objeto, y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía. Ya hemos manifestado en qué tiempos y por qué circunstancias había vuelto á cultivar este género, tan rico como abandonado, de nuestra literatura. Ya se habian impreso, con *El Moro expósito*, *La vuelta deseada*, *El sombrero*, *El Conde de Villamediana* y *El Alcázar de Sevilla*, muestra de la profundidad con que el autor sentía la poesía histórica de su país, y de la verdad con que sabía pintarla.

Los romances posteriormente publicados no han desmentido las esperanzas, que habian hecho concebir sus primeras inspiraciones. No nos es dado recorrer todos los cuadros de esta magnífica galería. Remitimos á su lectura á todos los que quieran sentir las originales bellezas de nuestras grandezas históricas, y reposar sus ojos en la viva y animada pintura de una naturaleza engalanada por un pincel de tanto fuego, de tanta vida. Encontrarán atesorados en esa coleccion argumentos hábilmente conducidos, caractéres soberbiamente delineados, figuras vivas, ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos, entonacion poética, locucion castiza, y grande inteligencia histórica.

Á veces, como en *El solemne desengaño*, *El cuento de un veterano*, *Amor, honor y valor*, *La noche de Montiel* y otros, éstas composiciones son unos verdaderos dramas llenos de animacion, de progresivo interés en su plan, de escenas brillantes, á veces de cuadros siniestros y sombríos. Otros, empero, se distinguen por su mayor senci-

llez, por su mayor regularidad; son apacibles historias, agradables cuentos llenos de candor y dulzura, como tiernas bucólicas, como campestres baladas; galanas y bellas, aunque tal cual vez monótonas, como el curso de un arroyo, ó como una dilatada pradera. Sentimos que las dimensiones obligadas de nuestro artículo no nos permitan, para prueba de esta verdad, trasladar, ora las estrofas en que describe las angustiosas agonías del Rey D. Pedro en su noche postrimera, ora la pintoresca descripcion del Guadalquivir, cuando Hernan Cortés se embarca en él en busca de la corona de Motezuma, ora las dulces y melancólicas meditaciones á que se entregaba en su triste prision el Marqués de Lombay, ora la animada pintura, las pinceladas de franco y vigoroso estilo, en que retrata los tres ilustres misteriosos galanes de la bellísima Princesa de Évoli.

El Duque de Rivas ha levantado en este libro á la literatura nacional un monumento, que durará más que otras obras, en que libran acaso algunos muy altas pretensiones y esperanzas. En la amanerada y anárquica literatura de nuestros dias, nuestro Poeta ha trazado un vivísimo surco de luz por las regiones de la belleza y de la originalidad. Á los defectos de su época y á las particulares circunstancias de su azarosa vida, ha pagado más de una vez tributo; pero sus defectos quedarán oscurecidos en el olvido con sus obras medianas, bastándole para una aureóla muy espléndida de gloria el mérito de las muchas que pasarán á la posteridad.

Y su gloria literaria será la única que de él quede. En los hombres que la obtienen, se oscurecen todas las demás con su brillo. La gloria de los destinos públicos, la reputacion política pasa con las circunstancias, aun en los más eminentes hombres de Estado. ¿Quién se acuer-

da ya de que Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién une al nombre de Ariosto su carácter de Embajador en Venecia? ¿De qué le sirve á Milton haber sido Secretario de Cromwel? ¿Quién dentro de pocos años sabrá que Chateaubriand ha sido Ministro, y Lamartine Diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama póstuma en sus recuerdos de orador, de Prócer, de Senador, y de Secretario del Despacho, por más que para sus contemporáneos sean gratos ó censurables su exageracion en un período, su medianía en algun puesto, y sus brillantes cualidades en otro. La política que tanto ha influido en su vida, no influirá para su fama.

Y sin embargo, todavía en las elecciones de 1840 la provincia de Vizcaya le propuso para Senador en segundo lugar, y la de Álava en primero. El Gobierno de Setiembre no tuvo por conveniente elegir á quien sin duda hubiera unido su elocuente palabra á las que en el Senado fueron la última protesta, si bien severa y terrible, contra los nuevos poderes. No le pesó de tan honroso desaire, y vive en Sevilla contento, satisfecho y desengañado, en el seno de su numerosa familia, ocupada toda su atencion en los placeres y trabajos de la vida doméstica, en la composicion de sus comedias, en la publicacion de sus obras, y en el trato de sus amigos.

El autor de estas líneas ha sido testigo de esta vida deliciosa, en dias á cuyo recuerdo puede consagrar aquí una línea, siquiera le tachen por ella de parcialidad ó de impertinencia. Cuando desfallecido y enfermo fué á buscar aire de salud y de vida en las perfumadas riberas del Guadalquivir, bajo el sol vivificante de la bella Andalucía, allí, donde acaso más que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de

sus solícitos amigos, no fué entre ellos el ménos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus lábios mismos oyó alguna vez la interesante narracion de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches, de que sólo pueden formar idéa los que las hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol, y macetas de flores, y árboles y fuentes, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena como aquellos jardines.

Los recuerdos que de esto nos quedan, van unidos á la grata memoria del Duque.—Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo, sin querer, al recuerdo de nuestras conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entónces se nos ocurrían. Complacidos como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creido á veces que tendrían para todos la importancia que para nuestro corazon.

La amistad puede habernos hecho prolijos: un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.

APÉNDICE

Á LA BIOGRAFÍA DEL SEÑOR DUQUE DE RIVAS.

(ÚLTIMA ÉPOCA.—DE 1854 Á 1866.)

La ancianidad del literato y la del hombre de Estado son el crisol verdadero de sus merecimientos: en ellas se aquilata la estimacion que, no por voga ó por adulacion,

ó por esperanzas de proteccion y de medros, sinó por aprecio, admiracion y respeto, tributan á los varones ilustres las generaciones que van á succederles. Y de igual manera que debe parecerles expiacion cruel de sus errores el abandono y el olvido en que hayan de recaer los más, debe ser grata en extremo á los pocos elegidos, el aura de desinteresado favor, que aunque apartados del torbellino del mundo, gocen, sientan y respiren.

Así logró la fortuna de que le acaeciese, el buen Don Ángel de Saavedra para sus contemporáneos, y para la posteridad, el Duque de Rivas. El obtener estimacion tan grande por parte de la opinion pública, no era debido en verdad á las obras que en su ancianidad, y desde el regreso de Italia hubiese dado á luz el Duque, ni tampoco porque en los cargos que aún desempeñó, haya tenido proporcion de prestar servicios señalados á la Patria.

Únicamente dos composiciones poéticas del autor de *El Moro expósito* han sido publicadas en esta época: la una, alarde feliz de jovial ingénio, escrita como respuesta á una invitacion galante para la cena anual, que en Noche-Buena daba el Marqués de Molins á los principales literatos; y la otra, airoso y bello fragmento de *El Romancero de la guerra de África*, único en verdad que puede ser popular, y que corresponde plenamente al ambicioso intento de este libro. Irán pasando los años; mas no se dará al olvido aquel respetable viejo, que al ver llegado el instante de la generosa lucha, prorumpía en firme acento:

¡Ah! ¿Porqué la Omnipotencia
No hace conmigo el milagro
De que la nieve se funda
Que está en mi frente pesando;
Y que se siente mi planta,
Y que se afirme mi brazo,
Como un tiempo memorable
Bajo el invicto Castaños?
. . . . . .

¿Qué corazon no latía con el corazon del Duque, cuando éste sentía vibrar su fibra más honda al recordar los heridos? ¿Cómo no simpatizar con el trasunto inteligente y vivo de otro tiempo más glorioso, y no participar de su justo orgullo, cuando exclamaba con altivo arranque:

Al herido..... Yo tambien
De Ocaña por los collados
Con el licor de mis venas
Regué los laureles pátrios;
Y hoy en cárcel de dolores
Por la vejez amarrado,
Con mi lira solamente
El marcial grito acompaño,
Mientras que mi nietezuelo
Hace mi baston caballo,
Y dice que va á la guerra
De moros y de cristianos!

¡Cuán grato, en fin, oir de lábios, de quien por la edad y los pesares, los vaivenes de la fortuna y las alternativas de la opinion, ménos podría esperarse conservara esa pureza y verdor de juventud, el desprendimiento que campéa en su arrogante desprecio de los intereses, que son hoy, más bien que guia, el pérfido faro de muchas naciones:

Pues si sólo por guarismos
Se rigieran los Estados,
Y sólo á cuentas mirasen,
No hubieran salido acaso
Pelayo, de Covadonga,
Cristóbal Colon, de Pálos,
De Medellin y Trujillo,
Hernan-Cortés y Pizarro;
Y aun ¿quién sabe si vivieran,
De innobles canas cargados,
Velarde en su alojamiento,
Y Mina junto á su establo?

Hé aquí el secreto de la popularidad del Duque. Haber hecho de jóven lo que canta; haber procedido, hombre maduro y Prócer estimado, con igual resuelto brío, y decir con franqueza, sencillez y natural gallardía, cuanto venía á sus lábios, cuanto de improviso brotaba en su mente, más que por fría razon, por irreflexivo impulso.

Así es que la opinion pública, mirando sólo al varon recto, al Poeta esclarecido, simpatizó con el Duque hasta los últimos instantes de su vida, como habia simpatizado con aquel otro hijo mimado suyo, D. Francisco Martinez de la Rosa.

Uno y otro desearon siempre hacer el bien: ambos tenían bien merecidos los honores y el aprecio público. Martinez de la Rosa, como el Duque de Rivas, gozaban al fallecer, de igual ó menor fortuna que la que heredaron, y los dos á la par habian sufrido por la constancia y lealtad de sus propósitos, la persecucion y el encono de los bandos enemigos; y perdonando siempre, y no abusando jamás de su posicion, más tarde, aquel había tenido constantemente los restos de su valor cívico, y los últimos rayos de su elocuencia para emplearlos en pró de las causas perseguidas, y éste, para igual empresa, la fácil expresion de su palabra donosa, de su intrépido gracejo.

Por eso nadie tildó al buen Duque, al aceptar en 18 de Julio de 1854, con el cargo de Ministro de Marina, la presidencia de un Consejo de Ministros, que vivió veinticuatro horas, y que, merced á poco felices circunstancias, llevó el apodo de *Ministerio de las barricadas*. Por eso nadie desaprobó más adelante su nombramiento de Embajador de España en París, hecho en 20 de Julio de 1859, por un Gobierno muy combatido por los bandos militantes. Hizo dimision de este cargo en 2 de Julio del siguiente año; y tampoco persona alguna vió despues con desagrado que aceptase la Presidencia del Consejo de Estado, que desempeñó desde el 2 de Noviembre de 1863 hasta el 20 de Noviembre del siguiente año, recibiendo al otro dia, como último galardon que podia otorgarle la bondad de la Reina, el Collar del Toison de Oro.

Aún recuerda el que esto escribe, la solemne ceremonia celebrada en la Real Cámara para la imposicion del Collar al venerable Prócer; y aún le parece oir de lábios de éste, terminado ya el acto, su festiva respuesta á la felicitacion de la Reina. «Señora, decia desde su asiento, mientras ella en pié, el impedido anciano: «esto es como la cena que, deba dársele ó no, se concede á los antojos del enfermo desahuciado, del hombre ya moribundo.»

Y no sin razon así hablaba: estas palabras decía el 9 de Diciembre de 1864; y el 22 de Junio de 1865 había fallecido, despues de recibir con serenidad apacible las visitas y consejos del Cardenal Arzobispo de Búrgos, D. Fernando de la Puente, su paisano y buen amigo, cuya muerte ocurrida ayer [1] lloran sinceramente cuantos aman la sabiduría y la virtud.

Madrid unánime lamentó la eterna ausencia del Duque de Rivas. Y como si desde entónces hubiese de extinguirse toda una época, toda una literatura, los poetas, los artistas, la masa general de los madrileños se asociaron á los varios pensamientos, que, para conmemorar el aprecio universal hácia el autor de *Don Alvaro*, formaron entónces renombrados escritores; y asistieron á la par con recogimiento y fervor, á las honrosas exequias que al Duque fueron tributadas, y en las cuales cuanto hubo de modesto procedía de la voluntad del finado; cuanto de pomposo, del anhelo de sus compañeros y amigos.

Algunos meses despues, otra solemnidad reunía en el salon de sesiones públicas de la Academia Española á cuanto Madrid encierra de florido en letras, artes, ciencias y direccion de los negocios públicos. Esta ilustre Corporacion,—cuyo Director era el Duque desde el 20 de Febrero de 1862, hasta que falleció,—con más suerte y mejor acierto que los que tuvieron las reuniones de admiradores de aquel, antes habidas, oía el elegante y concienzudo discurso, que el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, hermano político del Duque, consagraba al exá-

[1] 12 de Marzo de 1867.

men de las dotes y de los escritos de aquel eminente varon, á quien rendía, no como pariente, sino llevando la voz de la Academia, este tributo de veneracion y de afecto. Pulcro, castizo, exacto y muy razonado el escrito del Sr. de Cueto, era una obra tan grata y tan acabada, como lo son cuantas salèn de su bien cortada pluma. La deleitada concurrencia oyó luego, recitadas por la voz sonora del Sr. D. Manuel Cañete, las dos poesías que el Duque escribió, en bien diferente situacion de su existencia por cierto, con los títulos *Al Faro de Malta* la una, y *A la Vejez* la otra.

Este ha sido el último homenaje de los contemporáneos, y especialmente de los hombres de letras, que se lo tributaron cumplido [1].

Todo lo demás que pueda honrar la memoria del Duque de Rivas, queda á la posteridad desapasionada. ¿Cabe, sin embargo, prever su juicio?.Si no fuera temeridad arrogante, no vacilara en decir que el patriota estará, con el tiempo, al nivel del poeta; el poeta tendrá primacía sobre el hombre público; y la alcanzará por encima del Prócer y del Académico, el hombre como era en sí: el fogoso y discreto decidor; el razonador caprichoso, pero noble siempre; el perpétuo enamorado de tradiciones, grandezas y libertades; de lo grave y lo jovial á un tiempo.

Como nada era á él ajeno, nadie consideró al Duque como persona que le pudiera ser indiferente: y nuestros hijos, aunque lean ménos sus obras, estimarán aún más que nosotros al varon á quien se deben.—Benito Vicens y Gil de Tejada.

Madrid 13 de Marzo de 1867.

[1] El Duque dejó á la Academia la parte más querida de sí, en su hijo D. Enrique, sucesor de sus títulos y que esperamos lo será de su gloria literaria. Es Académico desde 14 de Mayo de 1865.

(Nota del Compilador.)

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL LICEO DE LA CORUÑA

EN 1846.

Señores: Estoy profundamente conmovido..... Ante la honra extraordinaria que me dispensa esta reunion; ante las demostraciones de consideracion que me prodiga la sociedad artística y literaria de la Coruña; ante los immerecidos obsequios de que soy objeto, al volver á pisar, despues de muchos años de ausencia, el suelo de mi querida Patria, el sentimiento que embarga mi corazon en este instante, y que empeña para siempre mi profunda gratitud por tan benévola y paternal acogida, apénas me deja aliento, ni voz para significar, como deseaba, hasta dónde llega mi reconocimiento por tan señalada honra, por tan alta gloria.

En la emocion que me turba y desvanece, en el temblor que me embarga, yo apelo al corazon de todo aquel que se hallara en mi posicion y en estas circunstancias. Desde este sitio, señores, y á las demostraciones que acabo de recibir, todo corazon generoso, que sepa palpitar por el sentimiento de la Patria, no puede contestar con los lábios, sino con las lágrimas de sus ojos.....

Recuerdo, señores, que en otros recintos, en más árduas circunstancias, y en un campo en que se ventilaban

altos intereses, y se necesitaba otro esfuerzo y otro ardimiento, no me sentía embargado como ahora. No temblaba mi voz, no me faltaba el aliento, no se anudaban las palabras á mi garganta. Era que tenía que pelear, que era necesario combatir. Era que tenía delante de mí adversarios y opositores. No eran los hijos de mi país los que me rodeaban: no eran mis amigos y conciudadanos, que me festejaran y acogieran: no me hallaba, como ahora, entre gracias y hermosuras, y podía estar sereno mi ánimo, y podía ser vehemente mi palabra. Así, señores, puede marchar intrépido á la carga, y presentarse denodado ante una batería, el mismo militar, á quien acobarda la mirada de unos ojos bellos, y á quien corta el aliento la palabra penetrante de una mujer querida.

Empiezo, señores, por declinar, al agradecerlas, el merecimiento de estas demostraciones. Ménos que nadie puedo yo considerarme benemérito de las artes, que se cultivan en este recinto. Soy tanto más culpable para con ellas, cuanto que las he abandonado, despues de haber recibido sus primeras caricias. Culpable de ingratitud, y de desercion me confieso para con las musas, por haberme dejado ir en brazos de otros sentimientos y en alas de otras inspiraciones. He sido como el que abandona la esposa en el hogar doméstico, por volar al campo de la guerra; como quien deja por ilusiones de vana gloria, realidades de amor y de felicidad. Sirva esta confesion triste y sincera, de escarmiento á la juventud generosa, que rinde culto al génio de las artes en este santuario. Para mí no es más que un remordimiento estéril. Cuando á cierta edad se abandona la literatura, la inspiracion no vuelve, por más que despues se la invoque. Sucede con ella, al pasar ciertas crísis de la vida, lo que al viaje-

ro que atraviesa cordilleras de nieve. Si en su fatiga se rinde al sueño, no vuelve á despertar: en aquel sueño le hiela la muerte.

Sin embargo, yo he conservado siempre hácia la literatura un culto idólatra en mi corazon. Por lo mismo que había dejado sus placeres, había quedado en mi mente una memoria tiernísima, como la de la felicidad perdida, como la de los primeros amores y de las primeras amistades. Esta veneracion, este culto, esta religion, no pereció nunca, no podía extinguirse del todo, porque los sostenía un sentimiento indeleble en mi alma: el recuerdo de mi país. Si Galicia pudo dejar de ser alguna vez mi patria política, era siempre mi patria literaria, porque era mi patria natural.

Diré más. Todo lo que fuí bajo otros conceptos, no me pertenece á mí. Pertenece á las circunstancias, á los tiempos en que he vivido, á la revolucion que atravesamos, á la generacion que la hizo, á esa falange de la época y del siglo, que se lanzó á conquistar un nuevo porvenir, y de la cual he formado parte como soldado de fila. Funcionario del Gobierno, ó representante del pueblo; escritor político, ó miembro del Parlamento; unas veces invocando el santo nombre de libertad; otras veces gritando ¡órden! á los que á mi parecer se avanzaban, á riesgo de separarse temerariamente del campo en que combatíamos; mis taréas, mis esfuerzos, mis palabras, mis escritos no me pertenecen. Son hechos comunes, son voces confundidas en la gritería de la comun peléa: el viento de la batalla se las lleva; con ella pasarán. De todas esas páginas, que han nacido y muerto en un dia, de todas esas voces dadas en el clamoréo de los partidos, ni el eco quedará. Y ¿quién nos podrá responder de que á

veces no han sido errores, de que acaso nuestras voces y nuestros gritos no han sido ecos de extraviadas pasiones? Cuando el tiempo haya hecho silencio sobre todo ese estruendo, puede ser que nuestra reputacion tenga que ser agradecida al olvido de nuestras palabras.

Una sola cosa tenía propia, exclusiva, individual, que no pertenece al mundo, ni á la política, ni á la revolucion. Era una flor cogida una mañana en el campo de la literatura: unos preludios de poeta, notas sueltas y perdidas, acordes solitarios, leves hojas dadas al viento, y que ha recogido, como se guardan las cenizas en una urna funeral, el génio, para mí benévolo, de la literatura contemporánea. Si es esto tal vez lo que vivirá más en el recuerdo de mis amigos, si esto durará á lo ménos lo que dura una modesta flor de siempreviva guardada en un fanal, ó las hojas de una rosa deshecha entre las páginas de un libro, mientras que las copas frondosas de otros árboles desaparecen á cada primavera; si es esto lo que el Liceo gallego me recuerda y me galardona, yo tambien se lo consagro, y se lo devuelvo. Esos cantos oscuros, y ya olvidados, son de Galicia. Esas inspiraciones son de mi país natal. Las llevé de aquí. Son de estos campos, de estas riberas, de estas playas: son de las amistades de mi infancia, de los amores de mi adolescencia: son de las imágenes de este suelo de flores; de las emanaciones fragantes de esta tierra bendecida.

Por eso han sido, por eso serán siempre para mí como un preciado tesoro. Modestas como son, mis producciones literarias han sido como las conchas de mi esclavina en la peregrinacion del mundo: escasos como son mis títulos, han sido como los blasones del solar nativo. Los acaricié con amor dos veces paternal, porque eran

mios y de mi país. Yo los llevaba como un vivo testimonio, como una contínua protesta contra la preocupacion absurda de que en esta tierra calumniada y desconocida no pueden cultivarse las letras; contra la asercion paradójica y arrogante de que las aguas del Duero son la frontera del reino de la poesía. Señores: el que aventuró esta expresion, de tan triste fortuna, ni era eminente literato, ni era tal vez buen español.

Verdad es que escaso esfuerzo se necesita para vindicar á nuestro país de una inculpacion, que sólo puede caber en aquellos espíritus superficiales, que, desde dos ó tres grados más al Mediodía, consideran á nuestras provincias como una tierra septentrional; como si Galicia fuera una region del Norte sobre el mapa de la Europa; como si Galicia fuera ménos meridional que la Provenza, cuna de la poesía moderna; ménos meridional que Venecia, ciudad casi oriental en su clima; como si los países mismos que están muchos grados más al Septentrion, no tuvieran poetas; como si en el Támesis y más allá del Rhin, no hubieran existido Milton y Klopstock, Shakespeare y Schiller, Byron y Goethe; como si el calor del corazon se graduara por el termómetro; como si la inspiracion y el entusiasmo se midieran por la altura de polo. Las fuentes de la poesía son la gloria, la religion, la libertad, el patriotismo, el amor, el espectáculo de la naturaleza; y estas fuentes están esparcidas sobre éste suelo con tanta profusion, como los veneros de aguas puras en las cumbres de sus montes y en las honduras de sus valles.

Cada castillo de nuestras montañas, cada iglesia de nuestras marinas, cada vieja atalaya de nuestras costas, encierra el principio de una leyenda, ó el fin de una his-

toria. En nuestros tiempos, y en los tiempos de nuestros padres, los hijos de este suelo llegaron donde quiera que ha llegado el valor de España en la tierra, y más allá de donde los más audaces llevaron su pabellon por esos mares. En esta tierra, donde hasta las mujeres han sido heroinas, la historia es poesía. La naturaleza ha desplegado cuadros de lozanía y de verdor, que admira el viajero, en la misma estacion que es ahora aterido y desolado invierno en otros países; y con los matices de sus campos, y con el esmalte de sus flores, sólo pueden competir los ojos y la tez, la azucena y la rosa de sus hermosuras.

¿Dónde tienen la sensibilidad y el génio mayores fuentes de inspiracion, más grandes objetos de entusiasmo? Yo he podido comparar alguna vez con mi tierra otros países. Yo he visto la primavera en los jardines de Aranjuez, entre aquellas arboledas de vegetacion formidable; yo he respirado brisas embalsamadas á orillas del fabuloso Guadalquivir; he visto salir el sol sobre los encantados vergeles y sobre los alminares de la morisca Valencia; he mirado los pingües campos que fertilizan el Jalon y el Ebro; más allá del Pirinéo he costeado las orillas de el Loira, y he saludado los románticos castillos del jardin de la Francia. Diéronme sombra los tilos de Montmorency, á cuyo pié escribió sus páginas ardientes Juan Jacobo Rousseau; bajo las bóvedas augustas de Westminster, me postré en adoracion al pié de la tumba de Shakespeare; paseé algunas mañanas sobre las nebulosas orillas de la *House*, donde las conversaciones de Cromwell inspiraban el génio de Milton; por todas partes busqué inspiraciones poderosas, invoqué el génio de aquellos lugares. Y era el génio de aquellos grandes hombres el que me faltaba; era el talento lo que no había en

mí. Á las escenas ó á las tradiciones, á la grandeza ó á la hermosura de aquellos países, en nada cedían las bellezas y los cuadros, los recuerdos y las sensaciones de este suelo inspirador y privilegiado.

Por eso veo con tanto placer que en él se dé culto á las musas; que en él se haya abierto este templo á las artes. Los jóvenes generosos y entusiastas, que en este momento me rodean, reciban de mis lábios, como mi gratitud, el parabien. La civilizacion, la moralidad, su propia gloria se lo agradecerán algun dia. Porque de civilizacion y de moralidad son instituciones estas taréas deliciosas, que elevan el corazon, que ennoblecen el espíritu, que hacen bien al alma, que suavizan las costumbres, que calman el ardor de otros afectos, y que inspiran esos sentimientos de tolerancia y esos hábitos de dulzura, más necesarios que nunca, en los tiempos que alcanzamos, de pasiones conmovidas y de intereses encontrados.

Respecto á sí mismos, ellos conocerán tambien, — y yo les ruego, como escarmentado, que lo consideren, — que en el hombre de talento los títulos literarios son al fin los que le dan carácter, los que aseguran y eternizan su nombre. Ya ántes de ahora lo he dicho en otro lugar. ¿Quién se ocupa hoy de las querellas políticas en que intervinieron el Dante en su siglo, Petrarca en sus tiempos? ¿Quién averigua si Ariosto era un hábil diplomático? ¿Quién recuerda que Milton era Secretario de Cromwell? Ahora mismo, en nuestros dias, ¿no hemos olvidado el Ministerio, para nosotros infausto, de Chateaubriand, para no acordarnos más que del grande escritor? ¿Quién, dentro de pocos años, tomará en cuenta las opiniones, por cierto encontradas, de Quintana y de Moratin? Los mismos que han florecido en nuestros dias, y que contaban nuestros años, Larra, Es-

proneeda, Pelegrin, Villalta,—cuya memoria me es triste recordar, porque habian empezado conmigo su carrera malograda,—apénas han bajado al sepulcro, y ya sus nombres no pertenecen á la política en que militaron, ni á los partidos en que se dividieron. Son ya solamente de su Patria, porque fueron de la literatura.

Yo, que no puedo alcanzar tan alta gloria, habré de resignarme tristemente á mi destino. La revolucion me lleva, á pesar mio: la vida práctica me arrastra con su inexorable realidad. Soy como el hombre de negocios y de industria, que amando la naturaleza, no puede, sin embargo, vivir en sus propios campos, entre sus árboles y sus flores.

Sean estos honores estímulos para otros. Para mí el recuerdo de esta reunion y de esta noche,—la más satisfactoria de mi vida!—serán á la par que una alta honra, un descanso y un consuelo. Los recuerdos indelebles de este momento vendrán á advertirme alguna vez que la casa materna de las musas no me está cerrada; que no soy un hijo desterrado de la literatura; y vendrán á decirme todos los dias una cosa más deliciosa todavía y más consoladora, una cosa que algunos momentos de mi vida pude tener olvidada,—el cielo sabe porqué!—que soy hijo de Galicia; tan hijo con la sangre de mis venas, como con los sentimientos de mi alma.

Doy gracias de todo corazon á esta sociedad; se las doy con las lágrimas en los ojos por haberme hecho experimentar placer tan grande. Este no es sólo en mi vida el buen hospedaje de un viajero en una noche de su peregrinacion. Es como para el marino que reside habitualmente en el mar, un dia que le es dado desembarcar del navío que monta, en el puerto de la casa paterna, y pasar

la noche al hogar bendecido de la familia, para volverse con un tesoro de caricias y de memorias, el marino á la soledad de los mares, yo, dentro de poco, á ese golfo del mundo, azotado de eternas tempestades, donde la esperanza más consoladora que puedo abrigar, es que al fin me arroje la última oleada sobre estas playas queridas.

Si entónces he podido dispensar algun bien á mi Patria, ese placer me indemnizará de una gloria que no me es dado alcanzar, para poder consagrársela. Buscar esa compensacion será el afan eterno de mi vida. Las demostraciones de esta noche dejan empeñada mi gratitud hasta la última noche de mi existencia.

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN 17 DE NOVIEMBRE DE 1847.

En cualquiera ocasion, Señores, bajo cualquiera título que me abrieran paso para llegar hasta el escabel de sus sillas los esclarecidos varones que en este recinto se congregan; al dirigir una mirada sobre el reducido punto de mi propia suficiencia, para volverla con gratitud reverente por todo el ámbito en que se dilata la benevolencia de los que me dispensan tan alta honra, sería, no ménos que un justo tributo de agradecido reconocimiento, una declaracion sobradamente motivada de aquella sumision respetuosa, con que la modestia sincera se complace en recogerse dentro de su pudor, para rendir acatamiento á la alteza de los claros nombres, de las indisputadas glorias.

Pero el desempeño, en los momentos presentes, de deuda para mí tan sagrada; la contemplacion de mi exíguo valer ante la grandeza de tan cumplidos merecimientos, no es en el comienzo de mi discurso una fórmula obligada de cortesía, ni una idéa incoherente con el órden ulterior de mis razonamientos. Tan adelante, señores, ha penetrado en mi ánimo esta consideracion, tan impetuoso y vivo ha sido el estímulo de mi gratitud, que ha bas-

tado él sólo para formar asunto de una meditacion detenida; que él sólo ha venido á ser la base fundamental de mi discurso; y culpa será, Señores, de mi rudo ingénio, culpa tambien de las circunstancias que me han rodeado, si no corresponde, como cualquiera otro tema más literario ó más académico, á la solemne y señalada ocasion en que me traen á decirlo vuestra generosidad y mi buena ventura. En éste, como en todos los casos prósperos ó adversos de mi vida, mis pensamientos no han podido acomodarse dentro de una tésis de antemano redondeada y medida; en ésta, como en otras circunstancias, el corazon ha hablado primero, y de sus movimientos ha brotado despues, como del pedernal herido, ora la centella de la verdad teórica que buscaba, ó más veces, por desgracia, el vapor fosfórico de las que, en su esencia, ilusiones de la fantasía, visten ante los ojos desvanecidos del hombre pensador las resplandecientes formas ó los galanos ropajes de luminosos descubrimientos.

Verdad es, Señores, que al penetrar en este recinto he debido considerar cómo todos los ilustres varones aquí reunidos, han escrito más de una página indeleble en el libro de oro de nuestros gloriosos fastos literarios; cómo todos llevan en sus manos una guirnalda inmarcesible para la siempre verde corona de la musa castellana. Donde quiera que hubieran de volverse mis ojos, habrian de presentárseme venerables acusadores emplazándome con severidad ante el tribunal de gloriosos muertos ó de afamados vivos, interrogándome en nombre de una literatura que muere, y de una literatura que revive, sobre los títulos que yo presentaba, para allegarlos á lo pasado, ó para encomendarlos al porvenir. Los unos podrian preguntarme si había levantado sobre el teatro español el

coturno de Sófocles, ó hecho suspirar los campos de mi Patria con las graciosas modulaciones de Anacreonte; los otros, si había conservado, en bien de las costumbres, la herencia y la enseñanza de Iriarte y de Moratin. Allí, vivo aún el ingénio armonioso de los Herreras y Riojas, pediríame estrecha cuenta de la sonoridad de incorrectas estancias, de la frase castiza y heróico número de endebles y desaliñadas estrofas; allá, el Tirtéo de nuestra guerra sagrada podría decirme qué patrióticos ditirambos había yo consagrado á la libertad de mi Patria.

Los que todavía pueden repetir las palabras de oro que recogieron de los lábios de Jovellanos, me preguntarian si adelantaban un siglo, como las de aquel grande hombre, mis concepciones políticas y mis teorías económicas: los que hoy han exornado el saber del jurisconsulto con la belleza de la frase elegante y del decir grandilocuente, podrian reclamar el fruto de mis estudios en la ciencia de la justicia, y desconocer en mis oscuras y olvidadas polémicas el carácter de un periodismo, elevado por ellos á una alta y digna magistratura. De un lado los émulos de Calderon, de Tirso y de Moreto, presentaríanme, resucitadas sobre la escena nacional, las heróicas figuras de los Cides, de los Guzmanes, de las Marías y de los Fernandos; en otro, los hijos de Solís y de Mariana buscarian en vano sobre mis páginas los nombres de los grandes Reyes ó de los esforzados Capitanes. Qué bellezas nuevas habia descubierto con el telescopio de la crítica en los astros de nuestra esfera literaria, me demandarían los filosóficos intérpretes de nuestras antiguas leyendas; qué autores clásicos había hecho hablar en el idioma de los nietos de Marcial, podía preguntarme la musa venerable del que llevó á los cármenes del Genil el génio de

Horacio; ó con qué nuevos principios de crítica y de ciencia habia abierto camino á los vates venideros, podía interrogarme con severo acento desde las orillas del Guadalquivir, la voz aún no apagada del Maestro querido de toda una generacion literaria.

Á estas preguntas, Señores, tenía que enmudecer avergonzado. Buscando los títulos de mi suficiencia, no encontraría sinó los de mi presuncion. Estas voces magestuosas y penetrantes habían de resonar con su propio eco en el vacío de mis trabajos. Mi existencia literaria no pasaba de ser una iniciacion interrumpida. Mis escritos eran bosquejos: mis cantos nada más que preludios. Por taréas de historia sólo podría ofrecer breves y diminutas reseñas individuales: y mis estudios morales ó políticos desvaneceríanse en las tinieblas del olvido, como las exhalaciones meteóricas de una noche de tormenta, ó habrian corrido arrastradas en el velocísimo raudal de ese torrente, más atronador que fecundo, con que la prensa ruge entumecida por entre los partidos, en los borrascosos dias de las tempestades políticas.

La evidencia de mi flaqueza fué, Señores, tan profunda en mi ánimo, que no atreviéndome á extremar mi propia modestia en desdoro del alto juicio de la Academia, osé buscar una significacion á mi nombramiento, ya que no podia buscarla en mi oscuro nombre; no de otra manera que ciertos arqueólogos, inquiriendo el significado simbólico de un extraño geroglífico, ya que no acierten á descifrar el enigma, alcanzan á declarar con nuevos juicios el sentido de las confusas historias.

Lo que no hubiera podido responder á la Academia interrogándome, héme atrevido yo á indagarlo en el pensamiento de la Academia. Al ser indulgente y benévola

conmigo, ha querido mostrar tal vez la necesidad de serlo con la época que corremos. No consagrando trabajos, sino prohijando conatos y deséos, no ha querido sin duda hacer una declaracion de ciencia, sino calificar el carácter de una existencia.

He supuesto que recorriendo las alternadas fases de mi vida política y literaria, la Academia ha creido escuchar una tónica predominante en éste desacordado concierto de acciones y de pensamientos, y adivinar con generosa benevolencia que estaban subordinados á una sola idéa, á una sola tendencia y aspiracion; y que esta aspiracion y esta tendencia, más bien á la region de las letras que á la esfera de los negocios políticos, iban guiadas. Más bien que juzgar indulgente mis escritos, ha presumido, sin duda, benévola, lo que pudieran haber sido mis trabajos, si una existencia ménos dividida y agitada hubiera concentrado mis esfuerzos sobre un objeto, perenne y exclusivamente literario.

La Academia, en fin, habrá considerado que en la agitacion tumultuosa de la sociedad actual hay existencias que pertenecen, por la primitiva consagracion de su alma, á la religion de la literatura; pero á quienes la parte que les cabe en la práctica de los negocios públicos, y en la comunion activa de la vida social, impiden pasar adelante de los dinteles de oro, que en el templo de las musas separan las curules de los sacerdotes, del vestíbulo en que se prosternan los profanos. La Academia ha podido creer que alguna vez debian franquearse estos sacros penetrales á perseverantes devotos.

No de otra manera, Señores, en nuestras antiguas basílicas se guardaba un asiento de honor en las graderías de sus coros, ó en los escaños de sus presbiterios, para

aquellos caballeros, que en rudos combates ó en arriesgadas peregrinaciones, habian acometido una empresa, ó consagrado una ofrenda piadosamente meritoria de la Iglesia Santa. Si así fuera, Señores, cúmpleme rendir de nuevo á los piés de la Academia el tributo de mi acrisolada gratitud, por cuanto tiene para mí de merced doblemente generosa distincion tan señalada.

Pero, si dejando á un lado mi personal merecimiento para hacerme cargo de consideraciones más generales, aquella muestra de tolerancia pudiera ser parte para caracterizar la condicion de una época literaria, de camino que cumplía con la obligacion de agradecerla, cuadraba maravillosamente á mi propósito la taréa de explicarla; encontrándome así naturalmente conducido á considerar hasta qué punto la participacion en los negocios públicos de los que cultivan las letras y profesan las ciencias, puede ser causa ó síntoma de decadencia en la literatura de una edad; hasta qué punto el consorcio de las tareas políticas con los trabajos del entendimiento, de la vida práctica con la especulativa contemplacion de la verdad y de la belleza, puede ceder en detrimento de los adelantos del saber, y rebajar los quilates de la perfeccion ideal con la liga impura de las miserias terrenas, de las pasiones mundanas, de los intereses y necesidades materiales.

Cuestion es esta, Señores, que á mi entender se presta á ser dilucidada. Bajo la pluma de un observador filosófico ó de algun crítico profundo, su detenido exámen pudiera dar ocasion á consideraciones harto variadas y fecundas. No lo eran tanto quizá las especies, que, controvertidas por muchos años en el parangon de las letras y las armas, dieron lugar desde lo antiguo á luminosas disertaciones y á razonamientos, no los ménos decora-

dos y famosos entre las producciones de inmortales ingénios.

Ceñido yo por los límites de mi entendimiento, y por la cortedad del mayor tiempo que pudiera usurpar á la atencion más indulgente, puesto que no me confieso bastante atrevido para el propósito de tratarla, no puedo resolverme á proponerla tan de paso, que no deje asentadas algunas indicaciones sobre los términos de decidirla. Podrán no servir quizá para fijar una conclusion, ó para determinar resueltamente una tésis; pero no estarán de sobra para encaminar investigaciones más detenidas, y para conducir á afirmaciones ménos problemáticas, en punto que algo importa á la historia de las artes, al estudio de las vicisitudes y progresos del espíritu humano.

Lo que la Historia nos enseña indudablemente, Señores, es que los caminos de la perfeccion intelectual y literaria no son las veredas de la tierra. Acontece con la investigacion de la verdad, y con la intuicion de la belleza, lo que con el descubrimiento de las tierras lejanas para el navegante atrevido. Nó ha menester mirar en derredor de sus pasos la derrota de su camino. Una brújula á través de un cristal, le señala el polo; una estrella más allá de las nubes, le demarca el rumbo.

La mitología y la tradicion de todos los pueblos ha colocado en todo tiempo los orígenes de las artes y de las ciencias en la revelacion del cielo, en los misterios del santuario, en las cumbres del Olimpo, en la cima del Parnaso, en los arcanos de subterráneas profundidades, morada de númenes superiores. Esta enseñanza religiosa y tradicional no la desmiente por su parte la Historia. Las concepciones grandiosas del espíritu, las máximas fundamentales de la moral, los partos sublimes del ingénio,

las obras maestras del arte, el descubrimiento de aquellas verdades, que cambian la faz de los pueblos, y que imprimen nuevo impulso á la marcha de los siglos, y nueva direccion á los conocimientos humanos, han sido en todo tiempo fruto de aquella soledad contemplativa, de aquel retraimiento religioso, que es la verdadera comunicacion del espíritu del hombre con la divina inteligencia, y el sentido genuino de lo que con su pompa, su énfasis y su alegoría, quiso consagrar el simbólico lenguaje de las generaciones primitivas.

No en vano el saber ha revestido siempre el carácter de sacerdocio para los que adoraron sus oráculos: no en vano los grandes poetas fueron aclamados como hombres divinos. Este sacerdocio tánto ha querido significar como consagracion, como sacrificio, como dedicacion exclusiva, como desprendimiento del mundo material, como absoluto abandono de la personalidad humana y de sus terrenales intereses: aquella divinidad fué la intuicion inmediata de la inmortal belleza, la contemplacion espiritual y directa de las leyes de la verdad eterna. Colocadas á más excelsa altura en las zonas del mundo moral, como en el mundo físico las cumbres más altas de las cordilleras, las eminencias del espíritu humano han necesitado estar solas en su region, solas con su luz y su cielo, y su peculiar enrarecida atmósfera, como soles con sus rayos y sus tempestades; y aisladas más de una vez, como las agujas eléctricas, para que pudiera descender por ellas el fuego del cielo.

Sólo así, Señores, los poetas y los legisladores, los artistas y los filósofos pudieron ser los fundadores de los pueblos y los maestros de las gentes. Si los grandes hombres hubieran sido no más que la representacion de los

tiempos que alcanzaron, y el espejo de la sociedad en que vivieron, no los hubiera apellidado el mundo sus lumbreras, ni sus guías las generaciones.

No ha sucedido así, Señores: la sociedad humana no ha caminado sin llevar delante exploradores á quienes Dios enseñara los caminos. Para que la civilizacion adelantara, necesario fué que nacieran hombres que adivinaran lo que la humanidad no sabía, y que aprendieran léjos del mundo, lo que el mundo en que vivían, no podía enseñarles.

Ved aquí, Señores (así me atrevo á creerlo), porqué todos los dias se reproduce delante de nuestros ojos un fenómeno histórico que no explican ciertos sistemas, que no admiten ciertas creencias. Ved aquí porqué existieron en pueblos rudos idiomas filosóficos y armoniosos, poemas acabados y perfectos en civilizaciones nacientes: ved aquí porqué encontramos principios de admirable moralidad en el código de naciones corrompidas; porqué nos asombran las obras maestras del arte en períodos atrasados; porqué los cálculos sublimes de las matemáticas y los descubrimientos transcendentales de la astronomía preceden á la ordenacion del calendario en pueblos todavía en su infancia; porqué construyó las Pirámides una generacion, que probablemente no sabía escribir, y porqué están de pié todavía, delante de nuestros ojos, maravillas de arquitectura, herencia de tiempos no lejanos, de indisputable cuanto densísima barbárie.

Si del orígen de las primitivas verdades, puntales y fundamentos de las ciencias, nos place descender á aquella edad, en que la inspiracion de las artes pudo ser ménos original y más imitativa; en que la obra de los filósofos fué de investigacion y adelanto, y la taréa de los

sábios, de aplicacion y de experiencia, todavía nos es dado reconocer que para llevar adelante la empresa del saber humano, fué necesaria la consagracion entera de la existencia del hombre. Una de las primeras obras filosóficas con que se encabezan los fastos de las ciencias, sancionó esta sentencia en un inmortal apotegma.

Al anunciar el sábio de Cós el evangelio de su enseñanza con las solemnes palabras *Ars longa vita brevis*, proclamaba al frente de los principios de la medicina el aforismo primordial de la literatura. Siendo el arte más que la vida, en el órden del tiempo, no podía exigir ménos que la vida toda. Pero el arte es además la inspiracion, y la inspiracion es el fanatismo. La elevada filosofía es además la síntesis, y la síntesis es el aislamiento. La ciencia es además el análisis, el estudio, la investigacion, la asiduidad, lo exclusivo. Razon por la cual, Señores, si en las edades fabulosas hubo ninfas inspiradoras y conferencias con los númenes, en otra, si bien más cercana antigüedad, hubo cavernas de ascética austeridad, adonde se retiraron los filósofos, y soledades de claustros, donde se guardaron los secretos de la sabiduría, y revivieron en trabajos de penitente paciencia las maravillas de las artes. Si el fanatismo de la verdad hizo á Sócrates beber la cicuta, más tarde Galiléo debia esperar en un calabozo la revolucion de la astronomía. Si Plinio corrió á sepultarse en el Vesubio, y Arquímedes no sintió los pasos de los asesinos, Cook en nuestros dias se dejó despedazar por los salvajes, y Lavoisier pedía á sus verdugos unos dias de plazo para verificar un experimento.

Si es verdad que el ciego de Esmirna mendigaba su pan de los pueblos á quienes contaba las hazañas de sus hé-

roes, con mayor certeza sabemos que los más esclarecidos entre los Homeros de la nueva edad heróica, compraron su corona de inmortalidad al triste precio de morir mendigos. Recorriendo la inmensa galería de los conocimientos humanos; repasando el glorioso catálogo de los nombres, que así en lo antiguo como en lo moderno representan á los arquitectos y directores de la grande obra; registrando las páginas de aquel libro de oro, que empieza en Homero para concluir en Cervantes, que alcanza desde Ésquilo á Calderon y á Racine, que llega de Herodoto á Mariana, de Pitágoras á Kant, de Aristóteles á Cuvier, y desde San Pablo á Bossuet, apénas nos es dado preguntar, con intencion de duda, si fuera de la consagracion de la vida es general condicion la medianía, si fuera de la dedicacion exclusiva hay puesto para la gloria. La respuesta, que nos dan las generaciones pasadas, no es en verdad demasiadamente lisonjera para los que se atrevan á creer con presuncion orgullosa que se pueden servir á un tiempo los altares de la ambicion y los de la ciencia, y que el mismo carro con que el mundo paséa en triunfo á los héroes del poder, sirve para volar sobre los siglos á través del éter de los cielos.

Sin embargo, Señores, es necesario distinguir en este exámen la vida de los hombres, y la historia de los pueblos. En derredor de esos soles del firmamento intelectual ha colocado Dios los mundos de una creacion, que no deja de ser magnífica y espléndida, aunque sea por ellos iluminada. Si, como el del sol, el fuego del génio vive de su propia esencia, hay en el género humano otro principio de vida artística y de movimiento moral, que, como en el órden físico, se desenvuelve en la fecundacion recíproca de los séres, y en la mútua partici-

pacion de la existencia. Si el génio es el privilegio de la divinidad, la especie humana ha recibido tambien y acumulado su patrimonio comun de sabiduría. Si los astros mayores de la inteligencia brillan con el propio resplandor, que en ellos mismos se alimenta, y que con ellos se extingue, hay una herencia de verdades prácticas, un tesoro comun de idéas adquiridas y cultivadas, que unos á otros se van encomendando y transmitiendo, dilatando y engrandeciendo los siglos en el lento y laborioso afan de su civilizacion no interrumpida. Si Dios suscita esos titanes, que arrebatan, como Prometéo, los rayos divinos, extiéndese á los piés de esos colosos un dilatado espácio, en que es dado á las inteligencias más prácticas reducir á dimensiones proporcionadas la grandiosa figura, velando á veces sus resplandores para que no nos deslumbren por lo que tienen de divinos; á veces tambien reduciendo sus proporciones al compás de las humanas medidas, para quitar á los gigantes lo que pudieran tener de mónstruos.

Si sobre la arena en que se levantan las Pirámides se han succedido generaciones de ciudades; si á la sombra de los templos y de las fortalezas, que cuentan por siglos los años de su duracion, asentaron los hombres su morada en edificios, que, no por haberse arruinado y construido cien veces, dejaron de ser espléndidas metrópolis de la riqueza y del señorío de los Imperios, no de otra manera al pié de los monumentos del ingénio, construyeron, idéa por idéa, los arquitectos del saber, vastísimos alcázares de sistemas, pintorescas residencias y frondosos jardines de amena y deleitosa literatura.

Á esta construccion gradual y succesiva, á esta obra comun de las edades y de las generaciones, no concurrió solamente el ingénio creador ó divino. Seguida con

ojos atentos la historia de este trabajo general, al que llevó cada pueblo su taréa, y cada inteligencia su jornal penoso, ¿podrémos asegurar tan absolutamente que el humano saber haya padecido menoscabo, ó que los dominios de la belleza hayan menguado en riqueza y extension, porque los operarios de esta obra perenne reunieran, combinadas en justas proporciones, las dotes artísticas del alma y los afectos de su época; el conocimiento experimental del mundo, y el estudio metafísico del hombre; la participacion de la vida social y la investigacion filosófica de las verdades abstractas?

Yo me atrevo á creer, Señores, que la Historia responde ménos severa, y que la civilizacion hace justicia á los esfuerzos y sacrificios de aquellas almas generosas, sobre las cuales el mundo no cargó tan pesadamente el yugo de sus intereses y pasiones, que no dejara á su razon albedrío para estudiar las leyes de los mismos hechos en que se veían encadenadas: yo me atrevo á asegurar que la literatura guarda grata memoria de aquellos corazones entusiastas, que enmedio de los afectos con que combatieron, encontraron una expresion artística para revelarlos al mundo en forma de ideal belleza, ó con tonos de celestial armonía. Quizá, Señores, la Historia podrá atestiguar que los hombres y los pueblos, que tocaron más de cerca las realidades de la vida, si no se elevaron á las regiones sublimes del idealismo, comprendieron más exactamente la verdad; que si no rayaron muy alto en transcendentales teorías, no se extraviaron tantas veces en aquellas paradojas, con que la eterna sabiduría castiga diariamente el orgullo de la curiosidad humana, y que, si más circunspectos ó ménos temerarios, no dilataron tanto las conquistas del saber, han presentado con

ménos frecuencia el espectáculo de aquellos lastimosos errores, que en el mundo moral reemplazan á las devastaciones del fuego y de la espada.

Hay un sentimiento interior que nos revela esta verdad ántes de que la Historia nos la enseñe: el reconocimiento de nuestro propio corazon, la conciencia de nuestro propio juicio nos la comprueban. ¿Quién de nosotros no ha podido hacer en su ánimo el experimento de la grave modificacion, que imprime á sus sentimientos ó á sus raciocinios la proximidad de los objetos, que ocupaban en un ideal lejano su especulativa solitaria? ¡Cuántas veces el rigor de una abstracta dialéctica ha conducido nuestras meditaciones á resultados de matemática exactitud, que se desvanecieron como ilusiones de óptica al primer contacto de los hechos! ¡Cuántos proyectos generosos, brotando en nuestro corazon á impulsos del más noble deséo, no han llegado á verse, como alucinaciones de la fantasía en noche de insomnio, disipados á la luz primera del conocimiento de las pasiones humanas! ¿No nos ha sucedido á todos no comprender la historia de otros tiempos, hasta que hemos visto correr la de nuestra época? ¿No hemos aprendido mejor que nuestros padres las revoluciones antiguas, porque las hemos presenciado análogas? Y Tácito, que todavía en tiempo de Rousseau era un libro solo inteligible para los ancianos, ¿no se ha hecho, por desgracia, en nuestros dias, lectura familiar y perspícua aun para los jóvenes?

Hasta en la escena literaria, Señores, más de una vez hemos admirado los grandiosos personajes creados por la imaginacion, ó la viveza de colorido con que realzaba la Historia algun narrador elocuente de las acciones humanas; y luego hemos aprendido que no pasan de tal

manera las escenas de la vida; que no revisten proporciones tan clásicas las peripécias de la política, y que hay en los infortunios del hombre, y en las catástrofes de los pueblos, una grandeza de más honda impresion, una verdad, cuyo estudio experimental puede subministrar al talento más ricos tesoros de artística belleza, que los que acumula la desnuda fantasía en sus más animadas creaciones.

Lo que nos revela nuestro propio corazon, á poco que le ilustren las mudanzas de la varia fortuna, ó los ejemplos de una mediana experiencia, lo encontramos reproducido con más abultadas proporciones en la vida de aquellos pueblos, cuya historia ha llegado con alguna exactitud á nuestro conocimiento. Así como los hombres, las naciones tienen períodos en que las artes y el saber vivieron en union con la vida práctica, y enlazadas al movimiento social. Tambien hay otras épocas, en que la especulacion filosófica y la inspiracion artística hicieron su morada en el desprecio del mundo, apartadas del trato comun de las gentes.

Y forzoso es decirlo, Señores, aunque es de trivial observacion el averiguarlo. Este divorcio puede darse en un individuo, sin mengua, ántes con provecho de los adelantos sociales; pero donde quiera que se encuentra aplicado á la universalidad de un pueblo, á la índole de una literatura, ó al carácter general de una civilizacion, allí el saber ha sido falso, la filosofía escéptica, el arte estéril, la civilizacion limitada, la condicion del pueblo mísera, el gobierno de la sociedad violento, duro, tiránico.

Tal se nos presenta, Señores, enmedio de su esplendor aparente, la éra más culta de la antigua Grecia, y despues algun período del Bajo Imperio Oriental. Allí,

donde las ciencias no llegaron á tener aplicacion política, donde los filósofos no se hicieron legisladores, donde los economistas no eran gobernantes ni jurisconsultos; allí las ciencias naturales no salen de la infancia; los conocimientos morales revisten la forma de sectas ridículas ó de conjuraciones sediciosas; los filósofos se hacen sofistas, y el cultivo del entendimiento degenera en una gimnásia de idéas, ó en una vana esgrima de palabras. Extínguese allí el saber como una llama que no encuentra pábulo. Sólo el arte dura y vive.

Vive y dura, Señores, porque el arte se hace práctico y social; vive, porque se mezcla á la vida; porque toma parte en la religion y en la política; porque hermoséa y anima y realza la existencia comun de un pueblo apasionado y sensible. La poesía vive, porque á Homero los rápsodas le cantan, y los sacerdotes le interpretan; vive, porque Píndaro es el protagonista en los triunfos de las justas olímpicas; porque los guerreros de Esparta se excitan á la peléa con las *marsellesas* de Tirtéo; porque Sófocles y Eurípides hacen llorar y estremecer á todo un pueblo móvil é impresionable.

Las bellas artes viven, porque hay templos con estátuas, pórticos con pinturas, jardines con mausoléos. La filosofía no puede vivir, porque el pueblo que condenaba á Sócrates, y se dejaba mandar de Alcibiades, debia obligar á Platon á soñar utopias sobre un escarpado promontorio: la moral no puede adelantar, porque una civilizacion en que Epicteto era esclavo, debía tener por maestro á Epicuro: las ciencias no podían vivir, porque el grande discípulo de Aristóteles acudía, como una mujer supersticiosa, á consultar sobre el éxito de sus empresas los oráculos falaces de Délfos. El arte sobrevivió á

la civilizacion griega; pero la filosofía y la política habian abandonado su suelo natal ántes de que la Grecia exhalara su último suspiro.

Otro pueblo recogió su herencia y la engrandeció en todo lo que se dilataron los términos de su vastísima dominacion. Roma no es un pueblo científico; Roma no es una sociedad artística: *Regere imperio populos..... hæ tibi erunt artes.* Pueblo de leyes y de batallas, donde quiera que van sus legiones y sus códigos, allí van sin embargo las ciencias y las artes. La historia de Roma es la historia de la civilizacion del mundo antiguo: pero la historia de la civilizacion romana no es la historia de ciencia alguna, ni de alguna clase de literatura. Todo su saber es práctico: es actividad toda su inteligencia. No piensa, no discute, no investiga. Conquista, manda, obra, funda, legisla. Roma no tiene sabios, y es un pueblo sapientísimo: no tiene filósofos, y sin embargo todos hemos aprendido en las escuelas esta definicion de la jurisprudencia romana: *Rerum divinarum et humanarum notitia.* Roma no produce á Platon; pero el imperio romano algo más vale que la república ideal del discípulo de Sócrates.

Más sabía que la Academia y el Pórtico, aquel incomparable patriciado, que empieza en Numa para acabar en Sila; las doce Tablas, el edicto del Pretor, las respuestas de Gayo, las sentencias de Papiniano y las leyes de Julio, que la economía de Xenofonte, y que la ética de Aristóteles. ¿Quién es aquel legislador, que oculta debajo de las sangrientas listas de proscripcion admirables trabajos de legislacion filosófica? El rival de Mario. ¿Quién es aquel Cónsul, que aparece conjurando en la tribuna de las arengas las sediciones populares? Se llama Ciceron. ¿Quién es

aquel Dictador que amotina las turbas militares contra el órden establecido? Es César. ¿Quién es aquel literato que entre las delicias de una vida muelle y disipada, distrae sus placeres con versos, que han de ser enseñanza y doctrina de todos los tiempos? El poeta Horacio. Todos aquellos hombres que ejercieron tan directa influencia en la política y la gobernacion de su patria, no fueron ciertamente estériles para la civilizacion del mundo. Los que llevaban sus armas victoriosas desde la Bretaña á la Persia, para asentar con la fuerza la unidad del Imperio, los mismos eran, Señores, que fundaban con su vastísima inteligencia aquella unidad intelectual, que hizo reinar la misma ley, la misma filosofía y la misma lengua desde el Támesis al Eufrátes.

Examínese con mayor detenimiento en la succesion de sus vicisitudes la historia de aquellas sociedades y de aquellas literaturas, y siempre se encontrará el mismo resultado. Cuando la profesion científica y la influencia política ó social caminan separadas, siempre el saber decae, como la preponderancia política declina. Siempre que la civilizacion retrocede, la inteligencia y la accion se dividen, los caractéres del sábio, del filósofo, del literato, del estadista y del legislador se aïslan, se apartan y se divorcian.

Por eso en los tiempos bárbaros este divorcio se consuma. Artes y ciencias van á vivir en los yermos y á refugiarse en los claustros. Dos ó tres veces, que en los siglos medios aciertan á penetrar en los palacios, parece que el hemisferio européo se ilumina. Pero es una aurora boreal en la noche de un invierno polar. Las tinieblas de la barbarie vuelven. La inteligencia duerme. La conservacion de las artes y de las ciencias en aquel aislamiento,

es como la vegetacion debajo de la nieve. En lo exterior reina una sociedad grosera, una gobernacion anárquica, un poder sin obediencia, una ley inícua, la fuerza por razon de estado, la venganza por derecho del individuo. En la esfera intelectual la filosofía escolástica, las leyendas falsas, la astrología judiciaria, la nigromancia, la alquimia, las mil visiones de la metafísica teológica engendrando otras tantas heregías. Al fin raya la luz. Dios la trae. Algunas eminencias aparecen coronadas de un vivo resplandor. No son ellas sin duda los focos luminosos; bástales la excelencia de ser las cumbres en que el nuevo sol dá primero. Á poco que se levanta, los hondos valles le reciben.

El movimiento del nuevo dia, de la nueva estacion empieza, y los anteriores fenómenos se reproducen. Los árboles seculares y gigantescos, como quiera que estén, aunque sea sólos y aislados, reverdecen. Para que los tallares y viveros se tornen selvas frondosas, es menester que apiñados troncos y enlazadas ramas de consuno se abriguen y se fecunden. No basta ya para el movimiento intelectual de esta época el saber del hombre sólo y el saber de la sociedad; donde quiera que la influencia social no le difunde y le aplica, allí se estanca y se corrompe. Si hay una ciencia cuyo esplendor es el primero y universal, no tanto consiste en que es universal la ciencia, sinó en que es contínua su aplicacion. Lo mismo en Italia que en Alemania, lo mismo en Inglaterra que en España, las ciencias sagradas resplandecen con una misma lumbre. La generacion de los Santos Padres se renueva en toda la latitud de las zonas européas.

En todas ellás era igualmente práctica y necesaria la controversia, el magisterio religioso, la predicacion cris-

tiana, la gobernacion episcopal, la educacion pública, la *institucion*, ó sea educacion de los Príncipes, la direccion de las corporaciones eclesiásticas, la asistencia y discusion de los concilios. Tal vez ésta circunstancia sea parte principal para que los hombres de Iglesia sean llamados á todas las otras profesiones, y á poner mano en todos los demás negocios. En una parte son los primeros estadistas; en otra los más grandes historiadores; aquí los más hábiles diplomáticos, y hasta en el teatro, no los ménos eminentes y filosóficos poetas. Lo que sucede en la profesion teológica se repite donde quiera que los grandes estudios y los árduos negocios se aünan y combinan. Allí descuella más pronto el saber, y caminan con más largos pasos la civilizacion y la cultura del siglo.

La índole particular del gobierno en las Repúblicas de Italia dá mayor participacion en las cosas del Estado á los hombres de ciencia. Allí se forman los primeros políticos, allí habian escrito los primeros sábios. En Aragon y Castilla florecen, á impulso de influencias análogas, hombres, que por contrarios motivos no se continuaron. En Inglaterra, desde muy temprano, fueron hombres de accion los hombres de inteligencia. Por eso en aquella tierra de grandes políticos, los estudios profundos y los grandes descubrimientos precedieron en más de un siglo al saber de otros pueblos. Por eso en aquel país de profundos pensadores, sus primeros estadistas, desde Bacon hasta Canning, han sido literatos y filósofos. Por eso sus historias y sus empresas, sus revoluciones y sus conquistas, sus constituciones y su industria, su política y su filosofía, llevan impreso, desde muy antiguo, aquel sello de superioridad práctica, de solidez y de duracion, que se reproduce en su poder material, en su dilatada influen-

cia sobre el mundo, y en la misma organizacion interior de sus gerarquías sociales.

Si en Francia el saber vivió por más tiempo alejado de la escena política, nada, de cierto, ganaron en ello, ni la causa de la filosofía, ni la de la administracion pública. Los desaciertos de una gobernacion ignorante dieron motivo á un trastorno social; los estragos del estudio teórico y solitario pararon en aquella anarquía de la razon, en aquel desquiciamiento de toda moral, en aquel absurdo sistema de filosofismo material y descreido, que cuando llegó el plazo de la revolucion política, estimularon sus delirios, precipitaron sus catástrofes, y dieron á sus errores la realidad espantosa de crímenes. El órden con la libertad no se reconciliaron hasta que la inteligencia y la política se unieron. No bastaba Sieyes, ni alcanzaba Lafayette: era menester Napoleon; y despues de Napoleon, la desgracia y la verdad, la experiencia y el talento.

El nuevo régimen, concertando lo desunido, y reconciliando lo divorciado, imprimió nuevo sello de moderacion á las doctrinas políticas, dió una base de creencia á los principios morales, presentó resultados de utilidad á los espíritus contemplativos, señaló un objeto y un criterio moral á la literatura, y trazó el camino de los estudios históricos por regiones más fecundas en enseñanzas útiles al género humano. Sus hombres más eminentes han alternado desde entónces la profesion de la ciencia con la práctica y direccion de los grandes intereses sociales, sin que en juicio comparativo tengamos ciertamente que deplorar las consecuencias de esta mudanza. Los Guizot, los Molé, los Dupin, los Thiers, los Royer Collard, los Villemain, los de Broglie, los Lamar-

tine, los Cousin, y tantos otros que hemos visto pasar alternativamente de la cátedra del profesor á la tribuna parlamentaria, y de la silla ministerial al gabinete del filósofo, no creo, Señores, que hayan llegado á ménos altura de honra, y de esplendor para su Patria y para su siglo, que aquellos declamadores y sofistas, que hace ahora cien años escribian y estudiaban en la soledad, sin que el estrépito del mundo interrumpiera la vigilia de sus teóricas especulaciones. ¿Quién sabe, Señores, si el haberle faltado las mismas condiciones que á la sociedad francesa, ha sido parte para que la Alemania, con una superioridad reconocida, presente hoy un espectáculo tan extraordinario, literaria y filosóficamente considerado? ¿Qué se han hecho, en verdad, aquellas apariciones luminosas, que deslumbraban, no hace aún medio siglo, del otro lado del Rhin? ¿Á dónde se han ido los discípulos de Kant y Schelling? La descendencia de Goëthe y de Schiller ¿qué ha sido de ella? La declinacion rápida de aquella remontada literatura, la anarquía moral de aquellas escuelas filosóficas son un ejemplo vivísimo, Señores, que no puede dejar de ser notado por los ojos de una crítica, que desde la elevacion de la filosofía, haga descender juiciosamente sobre los hechos la sonda de la experiencia.

Tambien nuestra España subministraría ejemplos, que vinieran en apoyo de nuestras explicaciones, si no nos desviara del propósito de buscarlos el temor de encontrarnos cara á cara con un hecho peculiar de nuestra historia, que cambió súbitamente la direccion de los espíritus y la marcha de los negocios, desnaturalizando la condicion del saber y de la literatura, del gobierno y de la sociedad. Cuando con mayor grandeza y con un brío,

sólo comparable á la intrepidez de sus hazañas de guerra, amenazaba extenderse el ingénio español por todos los dominios de la inteligencia humana, erigióse un tribunal, armado con la cuchilla de la justicia, para condenar en nombre de la fé los juicios atrevidos de la razon humana. El establecimiento anti-evangélico de la Inquisicion fué de consecuencias más funestas á la literatura, que á la política. La pretension satánicamente orgullosa de que no hubiera errores, cegó en su manantial la fuente de las verdades. La censura del Santo Oficio produjo en España los mismos efectos, á que había dado lugar en la Grecia la envidiosa y suspicaz cautela de aquellas democráticas tiranías. Oculta detrás de su negro velo la luz de la ciencia, quedó sólo el dominio del arte, para que en él se viera, aunque quebrantado, su reflejo.

Nuestra historia literaria de aquellos tiempos no es á propósito para deducir conclusiones generales: pertenece á la historia del génio; es la biografía individual de algunos talentos excepcionales y portentosos. Se desvanecen como una radiosa aparicion de gloria; la literatura decae; y en este período de decadencia, la separacion entre el cultivo de las letras y la práctica de los negocios, es de dia en dia más profunda. La restauracion de los buenos estudios no empieza hasta que en el reinado de Cárlos III los hombres de inteligencia y de doctrina son llamados de nuevo á los cargos de la república. En nuestros dias, Señores, cuando una guerra nacional primero, y más tarde una contienda encarnizada de intereses y de principios, arroja á la liza de estos combates y al foro de estas querellas á todos los hombres de actividad, de espíritu y de elevacion de idéas, la escena literaria cambia completamente de aspecto. ¿De qué mane-

ra, Señores? ¿Podemos creer que se oscurece y se reduce? ¿Podemos asegurar que se ensancha y se ilumina?..... *Ai posteri l'ardua sentenza*, diré con Manzoni: á mí, Señores, pensar confiadamente que los que vivimos, vemos en nuestra época al lado de lo bueno y de lo grande, todo lo mediocre, efímero y perecedero que se produce siempre; pero que en el juicio de la posteridad, la literatura de estos revueltos y procelosos dias podrá sostener dignamente su parangon con el recuerdo de otros tiempos, en que el saber era más exclusivamente académico, y en que los amigos de las Musas no tuvieron que exclamar tantas veces como con penoso afan lo hemos hecho nosotros: *¡Beatus ille qui procul negotiis!*

No, Señores, no. Las circunstancias particulares de nuestra actual condicion no pueden ser síntoma, ni serán causa de decadencia literaria. ¿Se extinguirá por ventura el génio? No puede ser, Señores: el génio, que recibe su inspiracion directa de la sabiduría divina, continuará revelando sus oráculos á esta Nacion gloriosa, cualesquiera que sean la desventura ó la prosperidad que la Providencia le depare. Los que reciben esa mision privilegiada, no habrán menester el estímulo de las recompensas, ni podrán ser desviados de su elevado rumbo, por las ráfagas del torbellino del mundo. Inteligencias, que, perteneciendo á la literatura de todos los tiempos y países, nacen para ser modelos y guias de la raza humana, continuarán independientes de su sociedad y de su siglo. La atmósfera en que viven, y la region en que campéan, está más alta que los Gobiernos, que las revoluciones; más que los intereses de la sociedad, más que las sectas filosóficas y que las escuelas literarias. No haya miedo, Señores, de que el Cielo deje de enviar sus elegi-

dos sobre nuestra Patria, por revueltos y agitados que hayan de ser sus dias, por más réciamente que pudieran batallar todavía las encontradas pasiones. Lo que sucedió en la edad más caliginosa de la barbárie, no dejará de acontecer en los tiempos más bonancibles de una civilizacion espléndida.

El sol, que inflamaba nuestros horizontes en los siglos rudos de una sombría esclavitud y de una anarquía tumultuosa, no dejará de brillar cuando asientan su imperio sobre la tierra la libertad de la razon y el órden de la justicia. Aquí, donde las hogueras de la Inquisicion no pudieron quemar las alas angélicas de nuestros insignes ingénios, no podemos creer, sin desconfiar temerariamente de la misericordia divina, que las turbulencias políticas ó las calamidades sociales, las preocupaciones del mundo, ó los extravíos del entendimiento sean bastantes á impedir el nacimiento y desarrollo de los Lopes, de los Cervantes y de los Calderones venideros.

Las Academias, Señores, no representan este portentoso talento individual. Como el mundo y como el siglo, obedecen sus preceptos, acatan sus oráculos, oponiendo en verdad á veces á sus extravíos, el antemural de aquellos principios permanentes y conservadores, que el comun sentido les tiene encomendados. Las Academias pueden representar el saber colectivo de una sociedad en sus diversos dominios, y la participacion de todos los hombres entendidos en la taréa comun de la civilizacion de una época. Que no sea desmedidamente exclusivo este concurso; que encuentren proporcional cabida en este fecundo trabajo las inteligencias que se consagran á la sociedad, ó los corazones que pagan á la humana naturaleza el tributo de sus afectos,—he creido demostrarlo,

Señores,—no implica decadencia y ruina en los adelantos científicos de un pueblo, ni empaña aquella aureola de esplendor literario, con que señala la Historia el giro de las sociedades por las órbitas de la civilizacion.

Redundaría, sí, en desdoro de este esplendor, el que los que recibiéramos este lauro, por consideraciones en que tiene parte tan principal la generosidad y la benevolencia, creyéramos que era un galardon debido á grandes trabajos, y un asiento de reposo al cabo de una carrera de laboriosos merecimientos. Pero los que se encuentren en mi caso habrán de aceptarle, Señores, como una consagracion que nos impone grandes sacrificios, y que nos empeña en la esforzada empresa, debajo de cuyas gloriosas banderas acudimos á recibir humildes la bendicion de nuestras armas. ¿Qué importa que hayamos militado en otro campo? La enseñanza que allí hayamos recogido, puede ser no del todo infructuosa para saber cumplir nuevos empeños. Los juramentos que aquí nos liguen, podrán realzar y enaltecer las obligaciones que de otros compromisos conservemos.

Aquí, como en la sociedad, el estudio de los hombres consumados en las vigilias de su gabinete, fecundará la viva enseñanza que dá la amarga experiencia del mundo. En este consorcio, señores, la política podrá recordar diariamente á la ciencia, que la perfeccion moral del hombre, y la mejora contínua de su condicion social es el final propósito de todo saber, de todo estudio, de toda duradera inspiracion. Aquí la ciencia podrá repetir todos los dias á los hombres pagados en demasía de la importancia política, ó sobradamente preocupados de positivos intereses, que nunca, sin esplendor literario y sin superioridad científica, han alcanzado las naciones, por gloriosas y

prósperas que aparezcan, aquella supremacía de influencia moral, que es la verdadera grandeza de los pueblos y de los hombres.

La combinacion de estos dos principios, Señores, es el seguro de vida de toda civilizacion sólida, como es el sello de perfeccion de toda consumada literatura.

HE DICHO.

ÍNDICE.

	Fólios.
Prólogo, por el Sr. D. Antonio Ferrer del Rio..	VII
Advertencia del Autor.	3
Una cita, anécdota.	5
Prólogo á las obras poéticas de D. José Zorrilla.	42
Juicio sobre la segunda parte de *El Zapatero y el Rey*.	64
De las novelas en España, con motivo de la publicacion de *Sab*, novela original de la Señorita Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda. .	72
Juicio sobre las poesías de la Señorita Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.	84
La Alhambra.—Gonzalo de Córdoba.—El Cid.	96
Apéndice sobre San Pedro de Cardeña, tomado del *Boletin eclesiástico* del Arzobispado de Búrgos.	110
D. Francisco Javier de Búrgos.—Biografía. . .	121
Apéndice á esta biografía.	197
D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas.—Biografía.	199
Apéndice á la biografía del Señor Duque de Rivas.	279
Discurso pronunciado en el Liceo de la Coruña en 1846.	285
Discurso de recepcion en la Real Academia Española en 17 de Noviembre de 1847..	294

FÉ DE ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
XXIII	16	à este discurso de Pastor Diaz, me reduje à decir	à esto discurso, de Pastor Diaz me reduje à decir
124	13	Lamenais	La Mennais
133	última	menester	menester,
141	14 y 15	ò no hubiera sido peor que la de 1812 ò se habria abolido en 1812	no hubiera sido peor que la de 1812, y acaso no se habria abolido en 1812
148	13	plęcto	plectro
166	29	la aflige	le aflige
252	22	y viò autorizado	y viò autorizados
278	4	Cromwel	Cromwell
290	21 y 22	do el Loira	del Loira
297	25	buscarla	encontrarla

LS.
P2953
150014
Author Pastor Diaz, Nicomedes
Chaos Vol. 3

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU